

Historias 83

- Rodrigo Martínez Baracs, *El largo descubrimiento del Opera medicinalia de Francisco Bravo* • Jean Meyer, *Dos siglos, dos naciones, México y Francia, 1810-2010* • Delia Salazar, *Presencia extranjera en México: de cifras difusas y cualidades evidentes* • Paulo César León Palacios, *Guerrilla urbana colombiana: el M-19 en 1974*



Historias

Revista de la Dirección de Estudios Históricos

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
Director General: Alfonso de María y Campos
Secretario Técnico: Miguel Ángel Echegaray
Directora de Estudios Históricos: Inés Herrera
Coordinador Nacional de Difusión: Benito Taibo
Director de Publicaciones: Héctor Toledano



CONACULTA

publicaciones

DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

- ▶ **Niños y adolescentes: normas y transgresiones en México, siglos XVII-XX**, México, INAH (Científica, 538), 2008.
Delia Salazar Anaya y María Eugenia Sánchez Calleja (coords.)
- ▶ **Actividad anarquista en México**, México, INAH (Fuentes), 2008.
Max Nettlau
- ▶ **El siglo XX desde el XXI. Revisando un siglo**, México, INAH (Científica, 532), 2008.
Delia Salazar Anaya y Lilia Venegas Aguilera (coords.)
- ▶ **Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina**, México, INAH/ INM-Segob/DGE Ediciones (Migración), 2007.
Dolores Pla Brugat (coord.)
- ▶ **La pérdida *Relación de la Nueva España y su conquista* de Juan Cano**, México, INAH (Científica, 497), 2006.
Rodrigo Martínez Baracs
- ▶ **Xenofobia y xenofilia en la Historia de México. Siglos XIX y XX. Homenaje a Moisés González Navarro**, México, INM-Segob/CEM/INAH/DGE Ediciones (Migración), 2006.
Delia Salazar (coord.)
- ▶ **De tierras extrañas. Un estudio sobre la inmigración en México, 1950-1990**, México, INM-Segob/CEM/INAH/DGE Ediciones (Migración), 2006.
Mónica Palma Mora

DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
Allende 172, Col. Tlalpan,
14000, México, D.F.
Tel: 50 61 93 00

DIRECCIÓN DE LA REVISTA:
Esteban Sánchez de Tagle

EDITORES:
Dolores Pla, Guillermo Turner,
Antonio Saborit, Esther Acevedo

CONSEJO EDITORIAL:
Clara García, Inés Herrera, Sonia Lombardo,
Sergio Ortega, José Emilio Pacheco,
Roberto Sandoval

CONSEJO DE ASESORES:
José Aricó, Marco Bellingeri, Marcelo Carmagnani,
Juan Carlos Garavaglia, Enrique Montalvo, Enrique Semo,
Ilán Semo, Paco Ignacio Taibo II
Producción editorial: Benigno Casas
Cuidado de la edición: Héctor Siever y Arcelia Rayón
Diseño de cubierta: Efraín Herrera
Ilustración de portada e interiores:
Grabados de *L'illustration Journal Universel*.

CORRESPONDENCIA: Apartado postal 5-119,
C.P. 06500, México, D.F., Tel.: 50 61 93 00.
Historias, Revista de la Dirección de Estudios Históricos,
núm. 83, septiembre-diciembre de 2012, es una publicación
cuatrimestral editada por el Instituto Nacional de Antropología
e Historia, Córdoba 45, col. Roma, C.P. 06700, deleg.
Cauhtémoc, México, D.F.

Editor responsable: Héctor Toledano.
Reservas de derechos al uso exclusivo:
04-2008-012114374100-102.
ISSN: 1405-7794. Licitud de título: en trámite.
Licitud de contenido: en trámite.
Domicilio de la publicación: Insurgentes Sur 421,
séptimo piso, col. Hipódromo, C.P. 06100, deleg. Cuauhtémoc,
México, D.F. Imprenta: Taller de impresión del INAH,
av. Tláhuac 3428, col. Culhuacán,
C.P. 09840, deleg. Iztapalapa, México, D.F.
Distribuidor: Coordinación Nacional de Difusión del INAH,
Insurgentes Sur 421, séptimo piso, col. Hipódromo,
C.P. 06100, deleg. Cuauhtémoc, México, D.F.
Este número se terminó de imprimir el 30
de noviembre de 2012, con un tiraje de 1000 ejemplares.

La ilustración y el texto

En París, en 1843 empezó a verse una publicación nueva: *L' Illustration Journal Universel* no era la primera revista hebdomadaria que salía con ilustraciones, sus antecedentes estaban en el *Magazine Pictoresque*, que había comenzado una década antes en la misma ciudad, y *The Illustrated News* salido en Londres. La diferencia entre el *Magazine* y *L' Illustration* era clara: la primera se había propuesto educar con principios éticos a la población al contrario de *L' Illustration* que quería mostrar desde las modas hasta el arte.

El nombre *L' Illustration* tuvo gran éxito y salieron diferentes publicaciones en Leipzig, Portugal y Madrid. Pero de alguna manera, se relacionaron ya que encontramos en esas publicaciones los grabados a pie en madera publicados que venían de *L' Illustration* francesa.

La formación del grupo para echar andar el proyecto estaba vinculado a un grupo liberal de libreros editores, Paulin y Dubochet, quienes necesitaban quinientos mil francos para la empresa. El esquema ideado sería lanzar acciones de 2500 francos, de las cuales los directores y gerentes generales aportarían 37500 francos y lo demás se vendería en acciones.

Lo difícil era encontrar un editor que tuviese un equipo que los respaldara y para ello echaron mano de Eduard Charton, antiguo editor del *Magazine Pictoresque* y quien contaba con parte del camino avanzado, ya que su colaboración con el taller de los grabadores del M. Jean Best y Leloir era uno de los más antiguos. Best fue el encargado de grabar el cabezal del semanal.

L' Illustration salía cada sábado y era enviada por correo a diferentes partes del mundo. Las noticias, aunque tardías, tenían una gran influencia para quienes la leían porque no sólo se centraba en cuestiones políticas francesas, sino su objetivo era recoger los eventos del mundo, como la visita de Napoleón III a Egipto, la guerra de Crimea y la guerra en México, entre muchas más. A diferencia con *The Illustrated London News*, la imagen empezó a pesar más que el texto.

El periódico se recibía en México cada semana, ya que casi todos los ejemplares en la parte superior están sellados por el correo de la administración de París y luego encuadernados en las pastas originales del semanal. ¿Quién decidió que llegaran a México esos periódicos? ¿Quién tuvo la iniciativa de inscribirse, una institución, un personaje? La suscripción extranjera era la más cara: 90 francos cuando la tarifa local era de 30 francos.

Sin poder resolver estas preguntas, el semanal duró de 1843 a 1944 en edición de lujo, es decir empastado y con cantos de oro; sin embargo, el valor de la imagen atrajo a algún coleccionista, quien pudo sacar el periódico de la institución y de manera magistral recortar las hojas que pertenecen a la historia de México. Seguirá la investigación policiaca.

El curioso lector se puede informar en el artículo "Los misterios de *L' Illustration*", revelando un año después de su fundación la formación de los equipos, los escritores y los grabadores. Para los grabados ya se tenía camino andado, y además intentaron mandar reporteros para los eventos y encontrar grabadores locales que les hicieran el trabajo. Buscando, encontraron para México artistas en Europa que habían estado con anterioridad en dicho país, como Maurice Rugendas y, más tarde, a Casimiro Castro.

Si bien el proyecto que estoy trabajando cubre más años, quisiera mostrar en este número de *Historias* algunos referentes al año de 1863, fecha en que la intervención francesa triunfa, y ver algunas características de estos grabados en pie. Se les llama así a la madera tallada a contra-hilo para que el grabado aguante el fuerte peso de la imprenta y con ello la imagen pueda integrarse en la misma página que el periódico. En México se hacía un croquis de la escena a representar, por algunos de los artistas expedicionarios que viajaron con el ejército, o entre los mismos miembros del ejército siempre había uno que podía hacer los *sketches*. Éstos se mandaban a París, y en diferentes talleres los traspasaban a los cubos de madera de diferentes tamaños para llenar las páginas del hebdomadario.

El semanal tardaba en dar las noticias, ya que las imágenes tenían que cruzar el Atlántico, ser grabadas e impresas. Desde 1843 empezó a usar la fotografía como ayuda para el grabador, y de ello deja constancia cada escena.

Las imágenes que conforman este número son de batallas anteriores a la entrada de las fuerzas extranjeras a México y se puede observar en ellas la destrucción de Puebla por parte del ejército francés. La diferencia entre los dos ejércitos y el espacio que rodea a las batallas, en un tramo de Veracruz a México, ya se cuenta con el camino de hierro como un gran adelanto, sin embargo, la mayoría de las batallas se da a pie o desde el caballo.

Esther Acevedo

Historias

83

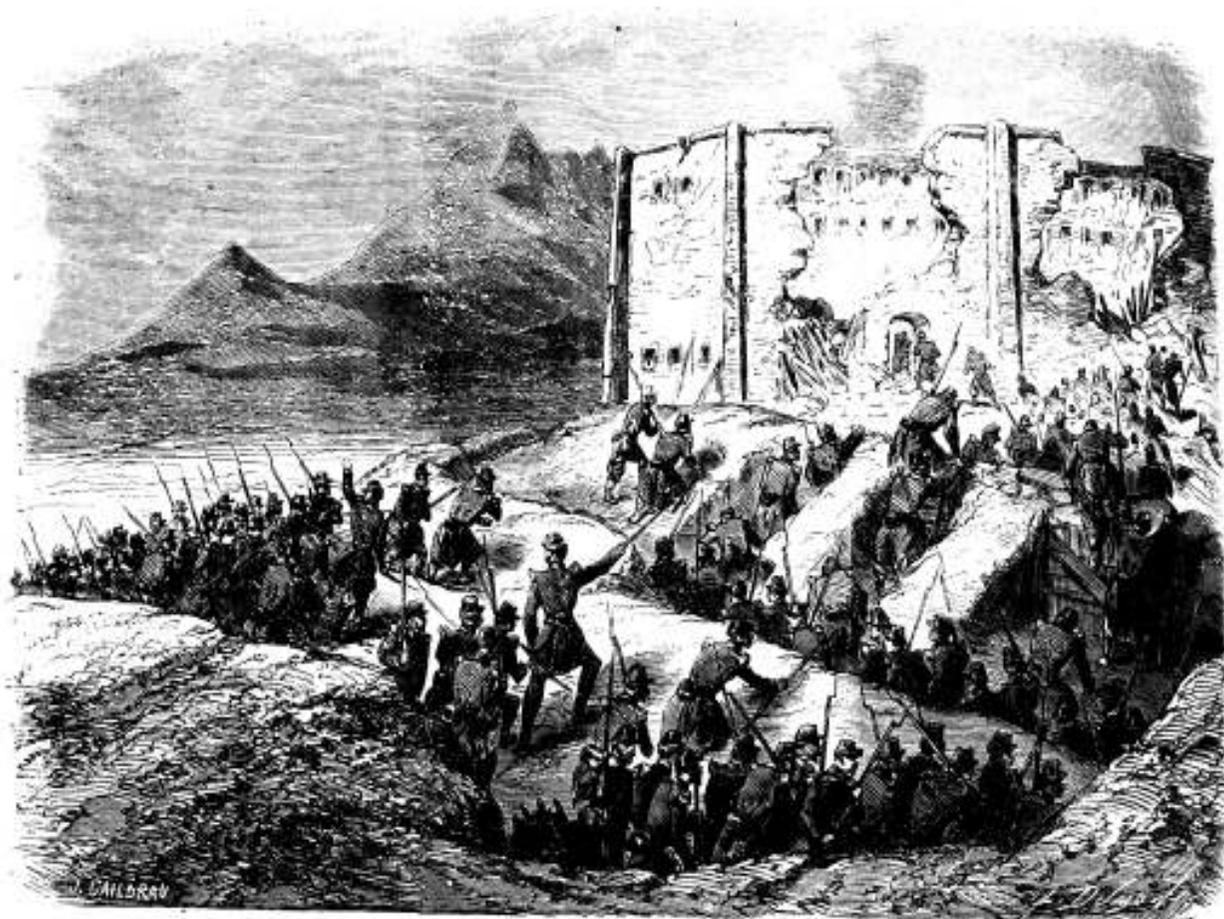
REVISTA DE LA DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

ÍNDICE

ENTRADA LIBRE	
Alfonso Junco	3
Stephen Schwartz	17
Katie Roiphe	20
Geoff Dyer	24
Simon Sebag-Montefiore	27
ENSAYOS	
Rodrigo Martínez Baracs	
<i>El largo descubrimiento del Opera medicinalia de Francisco Bravo</i>	31
Jean Meyer	
<i>Dos siglos, dos naciones, México y Francia, 1810-2010</i>	41
Delia Salazar	
<i>Los extranjeros en México. Reflexiones sobre una presencia diversa, de cifras difusas y cualidades evidentes</i>	79
AMÉRICA	
Paulo César León Palacios	
<i>El espectacular lanzamiento de la guerrilla urbana en Colombia, el M-19 en 1974</i>	103
ANDAMIO	117
RESEÑAS	122
CRESTOMANÍA	137
ABSTRACTS	143



Almae, apud Petrum Colvenerum
Compositio, 1574.



ASSAUT DU FORTINCHES.

Entrada Libre

Un poeta de casa

Alfonso Junco

Discurso de recepción como individuo de número en la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española. Leído en la sala “Manuel M. Ponce” del Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México, la noche del 25 de septiembre de 1950, fecha en que la Academia celebró sus 75 años de vida.

VIVIMOS BAJO un régimen peculiar, muy a la mexicana, en esta Academia Mexicana. Como el restablecido número de dieciocho individuos de número nos resultaba angosto, se discurrió duplicarlo dando a otros dieciocho caballeros el nombre de correspondientes, aunque radicarán en esta misma capital, con lo que forzábamos un tanto la lengua que nos incumbe defender. Y así, toda persona designada entra primero en el núcleo de los correspondientes, los cuales, por línea de antigüedad, van después reemplazando —si viven en la metrópoli— a los individuos de número que fallecen.

Y como se juzgó atinado que leyeran discurso público de ingreso también los correspondientes —porque si no, muchos académicos abandonarían, como en la realidad abandonaron, esta corporación y esta vida sin haberlos hecho—, el que habla hoy se encuentra en flagrante caso de redundancia: figura retórica no muy

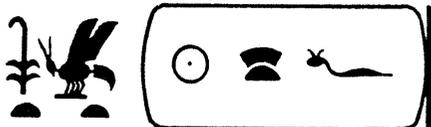
de su gusto. Designado académico desde abril de 1931 —fecha que pasará a la historia... por la República Española—, diez años más tarde pronunció un discurso sobre Lope de Vega y se le recibió formalmente en este mismo recinto de Palacio de Bellas Artes, dándole la bienvenida el gran poeta don Enrique González Martínez; luego, cuando el venerable don Ezequiel A. Chávez rindió la nobilísima jornada el 2 de diciembre de 1946, por mandato cronológico le tocó ocupar el numerado sitial vacío; y —retardado por una compleja red de agobios y descuidos que le atrajeron el impensado premio de coincidir con la celebración de los 75 años de nuestra Academia—, preséntase esta noche a ofrecer un segundo discurso de ingreso —¡ahora sí ya el último!—, al que responderá la voz insigne de José Vasconcelos.

Pido, pues, disculpa —aunque sin culpa rigurosamente personal— por este pleonasma de recepción académica. Y me apresuro a cerrar, señores, el preámbulo, y a decir cómo tengo por gala que me excede y por privilegio que me conturba, venir a tomar el sitio de uno de los varones más sapientes y ejemplares, de uno de los entendimientos más acuciosos y remontados, de una de las plumas más aireadas y aligeras, de una de las almas más finas y translúcidas que han honrado esta tierra de México.

Es don Ezequiel Chávez un alto paradigma de aquel “Buscad y encontraréis” que resuena, invitador, en las páginas evangélicas.

Formado en ambiente positivista y liberal, nutrido en los maestros del pensamiento heterodoxo, encuadrado en robusta armazón política donde el laicismo era dogma, fue inmediato colaborador de don Joaquín Baranda y don Justo Sierra en la Instrucción Pública de México. Explícate así, por destacado ejemplo, que presentara en el Concurso Científico Nacional de 1897 —siempre caballeroso y ponderado— puntos de vista que don Trinidad Sánchez Santos contrastó en un alegato memorable —nutrida documentación, férrea lógica, maciza elocuencia— en pro de la necesidad religiosa en el proceso educativo.

Pero don Ezequiel Chávez, aunque pagó el tributo natural a su medio y su hora, sentía el acicate de la insatisfacción y la inquietud; espíritu nunca gregario, siempre leal, inquisitivo y abierto. Jamás en el decurso de sus setenta y ocho años se anquilosó; no hubo disciplina cultural, libro de nota, congreso científico ni experiencia humana que pasaran sin enriquecerlo; las conmociones sociales lo alertaron y dieron más luz y profundidad a sus pupilas; su connatural sentido religioso, entumecido o replegado un tiempo, fue avivándose gradualmente y en los últimos lustros pasando de cierta vagarosa nebulosidad a concreciones más firmes y maduras y operantes.



Ya en su *Ensayo de psicología de la adolescencia* (1928) surgen trascendentales confesiones. Pero tal vez el ímpetu decisivo arrancó de su encuentro con Sor Juana Inés de la Cruz, sobre la cual trazó en 1931 un libro excepcional de descubridor y enamorado, y con la cual siguió dialogando activamente todos los días, hasta el último de su vivir.

Puesta la sandalia por tal sendero, el franciscano Pedro de Gante, maravilloso educador, atrajo la mirada y el estudio —siempre originales y personalísimos— de este educador nato que fue don Ezequiel. Y, entregado a repensar y profundizar las más altas cuestiones que preocupan y dignifican al hombre, lanzó en 1935 su libro *Dios, el universo y la libertad*; y, ya con el pie en el estribo para el viaje postrero, nos dejó en su obra *¿De dónde venimos y a dónde vamos?* (1946) una autobiografía espiritual y un examen conciso de los problemas fundamentales del mundo y de México, obra que vino a redondearse con el “Glosario e índice biográfico” que apareció póstumo, en 1947, merced a la esclarecida devoción de la señora viuda de nuestro colega.

Yo confieso, señores, que me espolea y edifica el proceso ascendente de este varón escogido, en cuyas páginas de encendida filosofía y de místico vuelo —como cuando nos cuenta su diálogo inaudible con Sor Juana Inés y su vivencia de la comunión de las alas—, suele sobrecogerme el aleteo de lo sublime y el carisma de Dios.

Una vida inmaculada lo preparó y dispuso para la plenitud de la celeste claridad. El hombre a quien conocí ya en sus dos décadas finales —blando en la cortesía, firme en el deber, benigno en la humildad de su sabiduría—, rimaba a maravilla con sus mejores páginas y merecía el coronamiento que alcanzó.

Con la llamativa singularidad de que aquel frágil anciano que parecía ya fuera del mundo, entregaba su preocupación y su presencia a los debates cívicos y a los problemas de la hora. Atento a las cosas sumas e imperecederas, de ellas tomaba inspiración para acudir a las menores y transeúntes. Y era portento. Porque, casi anulada por la invasora primicia del espíritu, su corporeidad dijérase ya a punto de transparencia y de evasión.

Y, finalmente, se nos fue de los ojos. Aquel que con tan pura y desasida avidez había buscado, encontró. Encontró para siempre. ¡Y fue a saciarse de su hallazgo!

Después de rendir, señores, este mínimo homenaje a don Ezequiel A. Chávez, concededme vuestra licencia y compañía para evocar esta noche a un poeta de casa. De casa, por las preferencias de su inclinación afectiva y versificante; de casa, porque lo fue de la mía; de casa, porque lo fue de la de esta Academia.

Después de rendir, señores, este mínimo homenaje a don Ezequiel A. Chávez, concededme vuestra licencia y compañía para evocar esta noche a un poeta de casa. De casa, por las preferencias de su inclinación afectiva y versificante; de casa, porque lo fue de la mía; de casa, porque lo fue de la de esta Academia.

Nervioso, cordialísimo, de plática vivaz. Era pequeño, extraordinariamente pequeño; y llevaba —ocultándolo cuanto podía— un nombre feo, extraordinariamente feo:

*Dos cosas, para tortura,
me salieron del demonio:
tener tan corta estatura
y llamarme Celedonio.*

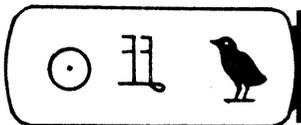
Ya está. Se llamaba Celedonio —Celedonio Junco de la Vega— y era, para más señas, mi padre. ¿Padre de más de cuatro? De muchos más: de quince.

Por el tamaulipeco puerto de Matamoros entró al mundo, el 23 de octubre de 1863. Su padre era español de Asturias, su madre mexicana de Nuevo León. Le impusieron —y siempre le pesó como un impuesto— el susodicho nombre del abuelo asturiano: Celedonio. Contentábale, en cambio, el doble apellido paterno: Junco de la Vega. Tan significativo y poético le pareció a López-Portillo y Rojas cuando llegó a sus oídos, que de buenas a primeras creyó que era un buscado seudónimo.

Don Cele —con esta apócope le abreviábamos la pena bautismal— estudió en su nativo Matamoros, donde tuvo por discípulo y émulo de primeros sitios escolares a don Francisco León de la Barra. Quedó mi padre huérfano del suyo a los trece años, y desde entonces se encarnizó en el trabajo hasta los setenta y tantos, en que una hemiplejía —dichosamente superada— fue el grave aviso de que la tarea obligatoria debía cesar. Sus hijos le impusieron el descanso, y así, con desahogada espontaneidad, dedicóse a despilfarrar versos de ocasión y a entretenerse plácidamente en su rinconcito regiomontano. Y allí expiró, el 3 de febrero de 1948, a los 84 años bien cumplidos.

Sesenta hacía que había arraigado en Monterrey. Ardió en lumbres de amor, nunca entibiado, por una serenísima regiomontana, y con ella labró, a los treinta años, su hogar. Quince hijos vinieron, el segundo de los cuales habla en estos momentos. Nada de turbiedades y egoísmos de *birth control*: limpia y cabal aceptación de la vida, con todas sus cargas y todos sus júbilos; y éstos nunca faltaron, fervorosos y claros, en el hogar sin mácula, que alcanzó glorias patriarcales en las Bodas de Oro, coronadas por medio centenar de nietos.

Aquel hogar alborozado, resonante de risas y besos, donde eran turistas los enojos y residentes las alegrías, donde nunca se vio sino limpieza y rectitud, donde la salud moral era algo tan connaturalizado y familiar como el aire que se respira, vuelve ahora al recuerdo y la nostalgia.



Nunca sabremos todo lo que debemos a la atmósfera hogareña, a aquella formación de cada segundo que subconscientemente se infiltra y se instala en el espíritu, que no requiere tanto la advertencia o la sanción, sino que se absorbe por todos los poros con la eficacia penetrante y misteriosa de la vida. Nunca seremos bastante benévolo y perdonadores para aquellos que no tuvieron esta bendición inicial. Nunca sentiremos con hondura bastante, cómo en el hogar desquiciado se nutre la raíz de la desgracia de tantas gentes y de la ruina de tantas cosas que fortifican y salvan.

Tuvo don Celedonio, como rieles paralelos por donde corre el vivir la cotidiana tarea y la vocación literaria; la oficina bancaria o mercantil —nunca gubernamental— y el bregar periodístico y poético.

Fecundidad insólita: montañas de artículos, diluvios de versos, algunas obras teatrales —así “El retrato de papá”, así aquel “Dar de beber al sediento” que estrenó en Monterrey, en 1909, la ilustre doña Prudencia Grifell—; todo suelto y abandonado al rigor de la intemperie, salvo tres volúmenes de poesías: *Versos* (1895), *Sonetos* (1904) y *Musa provinciana* (1911). Triunfó en certámenes, cortó la flor natural en los Juegos del centenario de 1910, y hacia 1917 ingresó en esta Academia Mexicana, propuesto por López-Portillo y Rojas, González Martínez y Fernández Granados.

Los periódicos succionaron sus jugos: desde el lejano *Cronista* de Matamoros, obra del selecto espíritu de don Guadalupe Mainero, después gobernador de Tamaulipas, hasta *El Sol* de Monterrey, donde todavía a los setenta y tantos años escribía un editorial diario; pasando por el añoso y tradicional *Espectador* neoleonés, por *El Porvenir* que allá fundó la pluma diamantina de Ricardo Arenales —después Porfirio Barba Jacob— y por otras hojas innumerables. Periodista fue toda su vida don Celedonio, y llenó toneladas de papel con una prosa transparente y una gallarda caligrafía.

En escarceos de crítica y controversia literaria puso aquella tersura y pulcritud, aquella amenidad y señorío que hechizan en Valera, siempre con la sonrisa a flor de pluma. Viéneme al recuerdo la intencionada travesura con que deliciosamente despedazó un soneto célebre de Lope de Vega, todo para defender por tácita baranda cierta poesía de Ricardo Arenales, ineptamente vapuleada por un crítico provinciano.

En cuanto a seudónimos, le haría competencia a Rafael Heliodoro Valle, de quien las malas lenguas dicen que constituye por sí solo un sindicato de redactores. Don Cele se multiplicó y explayó como Y Griega, Martín de San Martín, Ramiro Ramírez, Armando Camorra, Quintín Quintana, Modesto Rincón, Silverio, Rubén Rubín, Pepito Oria...

En escarceos de crítica y controversia literaria puso aquella tersura y pulcritud, aquella amenidad y señorío que hechizan en Valera, siempre con la sonrisa a flor de pluma. Viéneme al recuerdo la intencionada travesura con que deliciosamente despedazó un soneto célebre de Lope de Vega, todo para defender por tácita baranda cierta poesía de Ricardo Arenales, ineptamente vapuleada por un crítico provinciano.

Para don Celedonio toda coyuntura era causa eficiente y sobradísima razón de disparar estrofas. Una de mis hermanas que, en el recinto doméstico y sin más humos que los del hogar, cultiva también la versificación, le dio múltiples motivos. Aurora —casada con Roberto Gómez— se despedía en una carta diciéndole a don Cele que le mandaba el corazón. Y él, de rebote, le mandó esta décima:

*Me envías el corazón
que habías dado a Roberto,
y me pone en desconcierto
tu original decisión.
Más resuelvo la cuestión
mi queridísima Aurora,
bajo ley niveladora:
aquí tu padre te envía
aquel corazón que había
entregado a su señora.*

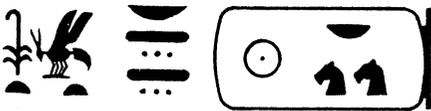
Nunca con hiel, dejó correr don Celedonio la vena humorística lo mismo en prosa que en verso:

*Admiro a Samaniego,
me maravilla Iriarte:
en sus hermosas fábulas
¡qué ingenio y qué donaire!
¡cómo en forma tan fácil y castiza
han hecho hablar a tantos animales!*

*¡Qué chasco llevarían si, viviendo
estos dos fabulistas, intentasen
obtener ese mismo resultado
con tantos caballeros respetables!*

Cultivó mi padre, con fertilidad feliz, el epigrama. He aquí uno que me parece antología:

*Sé de un ciego y una ciega
que pronto se casarán:
¿será que hayan sabido
lo de “cásate y verás”?*



El ejemplo de don Celedonio animó por este camino del epigrama al celebradísimo *Kien*, según el propio Pepe Elizondo, con cariñosa humildad, se lo contó alguna vez a mi padre. El cual disparaba a cada instante la saeta, nunca enherbolada:

*Te quejas de la impresión
de tu libro, buen Severo:
¡pues qué dirán los lectores
de la que ellos recibieron!*

Y a otro supuesto literato:

*Yo no sé por qué tu drama
lleva por título “Insomnio”,
cuando en el acto primero
nos dormimos casi todos.*

Sobre un usurero:

*Viendo Quirós y Bujanos
al prestamista Pinillos
retratado con las manos
metidas en los bolsillos,*

*“Mal no está —dijo Quirós—
mas fuera mejor con las
manos metidas en los
bolsillos de los demás”.*

Era un humorista don Celedonio. También poeta en serio, aunque no presumía de velos encumbrados. Y señalábase más bien como versificador impecable y eufónico, de estupenda fertilidad y soltura, que descerrajaba improvisaciones a vuelta de esquina.

Literalmente a vuelta de esquina tropezó una vez con cierto amigo que le dijo al paso:

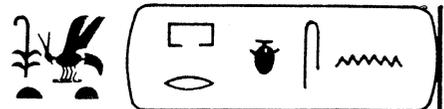
Adiós, ilustre pigmeo.

Y él, recogiendo el octosílabo, replicó de golpe:

*Adiós, insigne gigante,
que te me paras delante
con ese rostro tan feo.*

A su viejo colega Manuel Barrero Argüelles, encalabrinado cierta vez porque un cajista —inexperto o socarrón— le había trocado una vocal y convertido en “Burrero”, le soltó:

*Ninguno en el mundo entero
más desdichado que tú,*



*cuando la a de Barrero
te la han cambiado por u.*

En cuanto había con quién, iniciaba el juego a dúo de la improvisación. Lo practicaba desaforadamente con Juan B. Delgado, cuando este poeta radicó en Monterrey y nos visitaba noche a noche. Al que nunca pudo conquistar fue a su gran amigo Othón, cincelador austero y premioso, que reputaba como agravios para la majestad de la poesía aquellos livianos escarceos.

Y siguió bullidora la vena. Ya octogenario don Celedonio, con exquisita inoportunidad llevóle, mientras florecía una huelga telefónica, el recibo del teléfono. Y exclamó al hacer el pago:

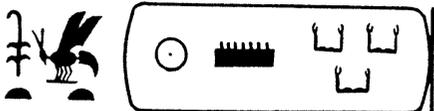
*Es un contraste que no concibo
pero que ahora claro se ostenta:
por un servicio que no recibo
pago un recibo de ocho cincuenta.*

Una improvisación recuerdo, singularmente feliz y de especial resonancia por la publicidad de la ocasión. Tenía el español don Francisco Somohano, periodista de amarga y satírica vena que escribía en *El Espectador* de Monterrey, una cantina principalmente concurrida por hombres de letras. Cierta noche, allá por el 1898, el licenciado Francisco de P. Morales —corpulento, sanguíneo, exuberante, cordial amigo de mi padre—, lo retó a que improvisaran un soneto dialogado, con la sanción de que el primero que titubeara o no hallase rápida respuesta, pagaría las copas de todos los presentes. Al dulce “peligro” se arremolinaron los contertulios. No había más que apechugar con el retórico desafío. Y establecidas las condiciones para aquel soneto “al alimón” que había de tener consonantes forzados, por decisión de la suerte tocóle a mi padre comenzar. Y oyóse este diálogo:

J. *El negro porvenir está cercano,
y no quiero tomar ya más veneno.*
M. *No tienes tú razón, porque es muy bueno
el líquido que vende aquí Somohano.*

J. *Yo me debo marchar: tu empeño es vano,
que de este vino blanco ya estoy lleno.*
M. *Yo, que bebo mezcal, estoy sereno:
¡si no achispa jamás vino paisano!*

J. *Si yo sigo bebiendo pierdo el tino.*
M. *Y si yo te acompaño salgo mono.*
J. *Eso ya no es raro en ti, tú eres un tuno.*



- M. *Has errado en tus bromas el camino.*
 J. *Tú ya te emborrachaste, y te abandono.*
 M. *Eres poco hombre tú como ninguno*

Y como ninguno de los dos interlocutores titubeó, Somohano, entre el alborozo de los oyentes, obsequió las copas para todos.

Gustábale a mi padre, como por retozo y ejercicio, plantarse dificultades y embarazos en la versificación, para vencerlos. Y así tuvo predilección por la ardua arquitectura del soneto; y lo prefirió de consonantes forzados, o le redujo las sílabas hasta la angustia, o se dedicó a suprimir en él sucesivamente cada una de las vocales, o a comenzar todas sus palabras por la misma letra.

¿Venía el onomástico de una hija ausente? Pues don Cele, aunque acosado a la sazón por recio achaque, lanzábale este sonetino:

*Hoy que es tu santo,
 cruzando el viento
 mi pensamiento
 te lleva un canto.*

*Es un encanto
 que en el momento
 del sufrimiento
 yo pueda tanto.*

*No sobre el plinto
 del arte, monto
 para este asunto.*

*A tu recinto
 llego de pronto,
 te beso... y punto.*

Cierta vez —eran los días de “la revolución de entonces”—, recluido en la casa por alguna ligera enfermedad, aguardaba que del periódico le llevaran su sueldo. Tenía encargo de este menester un excelente joven, Nazario Villarreal; y como demorase un poco, y como don Cele —que era un portento de puntualidad y eficacia— no se distinguía por saber esperar, le enderezó al presunto emisario estos versos:

*¿Será preciso que al gentil Nazario
 le dirija un soneto escrito en serio,
 para que pueda yo en mi cautiverio
 recibir el pedido numerario?*



*Que vivo de los frutos del salario
no lo puedo tomar como dichterio;
pues nunca para nadie fue misterio
que no soy opulento propietario.*

*No me atrevo a clamar a San Porfirio,
porque fuera pecado bien notorio;
mas clamo a San Honorio y San Saturio,*

*por ver si así, clamando mi martirio,
manda, por San Saturio o San Honorio,
Nazario el numerario a mi tugurio.*

En esta búsqueda de tropiezos por el gozo de saltarlos, surgió un soneto mínimo, con versos de tres sílabas, que Alfonso Méndez Plancarte —encarnizado escudriñador y cata-dor literario— tiene por lo más logrado y redondo que en su línea conoce:

*Canoro:
te alejas
de rejas
de oro.*

*Y al coro
le dejás
las quejas
y el lloro.*

*Que vibre
ya libre
tu acento.*

*Las alas
son galas
del viento.*

Surgieron también cinco sonetos: *Sin A*, *Sin E*, *Sin I*, *Sin O* y *Sin U*. Éste, el primero cronológicamente, nació suscitado por una plática amistosa y sirvió luego de ocasión y acicate para que vinieran al mundo sus congéneres. Helo aquí:



*Soneto me pedís en donde omíta
la postrera vocal del alfabeto,
y en dos por tres pergeñaré el soneto
si no se me llega a enmarañar la pita.*

*Nadie para tal obra necesita
estar de ingenio y de saber repleto:
basta paciencia, y sale del aprieto
toda persona en el rimar perita.*

*“¡Vanidoso!” —exclamáis, ante el sentido
del octavo renglón; mas yo no paso
por mote, a mi entender, inmerecido.*

*Vanidad, si la tengo, será acaso
en haberme de sobra conocido
para no pedir sitio en el Parnaso.*

Pero donde se la vio negras don Celedonio, fue en cierto certamen con otros ingenios amigos, a consecuencia del cual se comprometió a forjar un soneto cuyas palabras todas empezaran con *c*. Chorreando sudores y congojas apareció el canto a Canuta:

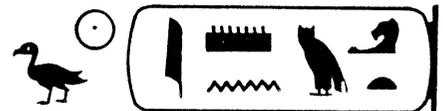
*¡Canuta celestial! ¡Cuán caprichoso
catoniano certamen cohibitivo!
Comenzando con c cuanto concibo,
¿cómo cantar con cato cadencioso?*

*Cada concepto, ¡cielos!, cuán costoso.
Cadenas cargaré como cautivo.
Contéplame ceñudo, convulsivo,
ciñéndome cilicio congojoso.*

*Cuando cada concepto, como claro
cristal corriera cadenciosamente,
¿cogiera consonantes cual “Calcuta”?*

*¡Condenado certamen! ¡Cuesta caro!
Comenzando con c constantemente,
¿cómo cantarte, celestial Canuta?*

Este humorista, este prosador, este poeta, es ahora prácticamente desconocido. Tuvo, en sus tiempos de actividad mayor, bajo el seudónimo de Y Griega, cierto renombre que desbordó la comarca, llegó a otros rumbos de la República y le hizo trabar comercio epistolar con gentes destacadas, como don José López-Portillo y Rojas, don Enrique González Martínez, don Victoriano Salado Álvarez, don Manuel Puga y Acal... Pero siempre siguió oculto en su rincón; la provincia no posee los magnavoces que forjan nombradías, y a don Celedonio —la verdad sea dicha— le tenía absolutamente sin cuidado la fama.



*Vencido a los 84, en su rinconcito
sosegado del que estaba
contento en no salir,
con la sencillez con que había
vivido, se extinguió don Celedonio
Junco de la Vega.*

Vivió dichoso en su penumbra, y nada le interesó más que el amor y la amistad. Tenía el corazón en la mano para todos, y a todos les ganaba el corazón. Era una emisora de simpatía, y la simpatía volvía a él como un eco múltiple. Hombre bueno y jovial, caballero sin tilde, varón de ternura, recogió en los suyos la que sembró. Su partida fue un duelo grande en la capital nuevoleonense. Tuvo vida y verdad en don Celedonio aquel alentador alejandrino de Amado Nervo: “Cuando sembré rosales, coseché siempre rosas”.

Permitid ahora, señores, que el hijo evoque y reviva en estos momentos aquel trance final.

Febrero de 1948. Teléfono de Monterrey. De noche, como los ladrones, me llega la noticia. Primero, muy grave. Después, ha muerto. Ha muerto mi padre, y ni siquiera tengo el triste consuelo de recoger sus últimas palabras y pedirle su postrera bendición. “Dios lo ha querido así: ¡bendito sea!”

Y mientras dispongo, a media noche, mis cosas para partir por el avión matutino, agólpanse, en tumulto de ternura, los recuerdos. No, no tengo de qué plañirme sino de qué dar gracias. Traspuesto el medio siglo, es la primera vez que se acerca la muerte a esculcarme en lo vivo del alma.

Vencido a los 84, en su rinconcito sosegado del que estaba contento en no salir, con la sencillez con que había vivido, se extinguió don Celedonio Junco de la Vega. No tuvo mucho esfuerzo que hacer el espíritu para separarse de aquella leve y menuda porción de materia que apenas lo retenía. Se apagó mansamente la llamita veladora que sólo suavizaba ya la penumbra para señalar el sitio sagrado.

Y se levantan, en la profunda lejanía, los recuerdos...

Aquellas pláticas mientras venía el sueño, ya metidos los dos en la cama anchurosa. Mi avidéz infantil, amamantada en leche de poesía y jugo de letras, suscitaba y bebía con deleite las confidencias paternas: amistades literarias, anécdotas, opiniones... Y el espíritu se iba nutriendo gustosamente.

Un día, sentado él a la mesa y a la vista las pruebas de su libro *Sonetos*, me alargó uno:

—A ver. Te doy cien pesos si me encuentras aquí una *a*.
¡Pero cómo no la había yo de encontrar!

Y ante la azorada decepción, vino el leer ya a sabiendas aquel soneto *Sin A*, y luego sus medio hermanos, huérfanos de las otras vocales.

Se me representan aquellas cuartillas en que, a lápiz y con elegante caligrafía, iba mi padre trazando sus artículos, sin

premiosidad ni celeridad: con un ritmo tranquilo y sin una sola tachadura. Rara vez el lápiz se invertía para borrar, con pulcritud, algún vocablo. Y así, limpio el original como la prosa, íbase a las cajas. Resmas y resmas de periódicos de provincia quedaron atestadas de aquella ingente labor, desperdigada y en gran parte perdida, mucha en anónimo editorial, mucha bajo una capa variopinta de seudónimos.

Luego, llegada la máquina de escribir —y vencida la etapa del desdén, con reto de mi padre a los primeros inexpertos mecanógrafos para que escribieran sin errata más aprisa que él a mano— adoptó la novedad que, naturalmente, le fue al cabo imprescindible. Y así tecleó, ya anciano y durante largos lustros, un editorial diario, que quedaba concluido al amanecer, antes de que las gentes y los ruidos de la casa entraran en movimiento.

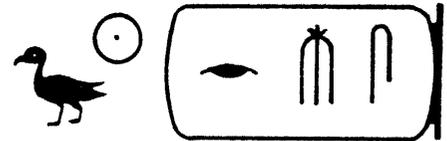
Alcanzo todavía a recordarlo en sus líricas arengas de fiestas patrias. Con dignidad y fervor celebrábanse en Monterrey las fechas septembrinas. La noche del 15, en la Plaza de Hidalgo y desde templete al aire libre, don Bernardo Reyes, gallardo en su uniforme de gala, volcaba con estentórea voz un “¡Mexicanos!” que estremecía la plaza y todavía me retumba en el espíritu. Y la mañana del 16, en el Teatro Juárez atestado de público vehemente, presidía de levita cruzada el gobernador y hablaban los letrados más idóneos. Mi padre siempre en verso, blandiendo el papel porque jamás fiaba en su memoria, y declamando con clarísima dicción y tono y mano vibrantes.

Aun no acababan los prejuicios contra España, que solían rebrotar en la oratoria populachera de esos días. Mi padre acentuaba la nota opuesta. Quédanme prendidos en la memoria los cuartetos rotundos con que inició su arenga un 16 de septiembre:

*¡Heroico pueblo de la patria mía!
No vengo aquí para lanzar injurias
a la nación indómita y bravía
que dominó en Anáhuac tres centurias.*

*Siempre a lo noble tributé mi culto,
y aunque a ciegos espíritus no cuadre,
no he de arrojar el lodo del insulto
sobre la tierra en que nació mi padre.*

Y el pueblo nuestro, ingenuo y emotivo, pronto siempre a la voz de la nobleza, desplomábase en un enorme trueno de aplausos.



De niño —y ya autor incipiente— fui a menudo amanuense de mi padre cuando hacía versos. Su facilidad contrastó siempre con mi dificultad. Dictábame y, sin exceso de dudas ni repulgos, corregía y se decidía. Él cancelaba pronto mis perpetuas perplejidades y cavilaciones en la elección. Pero amaba la exigente pulcritud, y detestaba por igual el rebuscamiento y el descuido. Su norma se objetiva en esta décima a un poeta novel:

*No tengas, bardo, a desdoro
pulir con tesón el verso
por exhibirlo tan terso
como lámina de oro.
Bien está: mas el decoro
de la musa que se estima,
pide que limar la rima
sea tan sutil labor,
que no perciba el lector
los chirridos de la lima.*

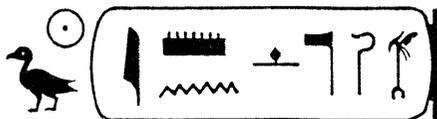
Entre los versos que tracé al dictado de mi padre y que hicimos juntos, vuélveme ahora, con punzante oportunidad, un soneto a la Muerte. Desde entonces, en plenitud de tarea para sustento y por amor de los suyos, preocupábase generosamente por los demás, no por él. Cantaban los tercetos:

*No de su propia suerte mi corazón se cuida:
mas a mi lado hay seres, y mírolos perplejo
pensando qué destino les guardará la vida.*

*Son de mi hogar encanto, son de mi amor reflejo:
y tu presencia ¡oh, Muerte! Mi espíritu intimida,
no por lo que me aguarda, sino por lo que dejo.*

Quiso el señor llamarlo cuando ya no podía esta perplejidad ponerle zozobra. Y su despedida fue como para diseñarla en un deseo de buen morir. Sin prolongación de congojas ni para él ni para los suyos, resolvióse en unas horas, que le dejaron recibir con dulce lucidez los auxilios y la visita misma de Dios, llamar a los hijos para acariciarlos y bendecirlos uno a uno, poner en el dedo de la esposa el propio anillo nupcial y dedicarle un último piropo...

Ochenta y cuatro años de tarea ejemplar, de humor no acibarado, de inexhausta ternura, de vida hidalga, quijotesca y diáfana. Al evocarlos, señores, en vuestra presencia hospitalaria, ha querido la sonrisa de los labios engañar la humedad de los ojos.



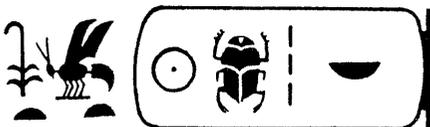
Formé un volumen literario/semi académico con mis notas sobre la historia judía en el occidente de los Balcanes (principalmente sefaradita) con el título *Sarajevo Rose* (Londres, Saqi Books /The Bosnian Institute, 2005). Una de las personas sobre las cuales ahí mismo abundé, basándome en contactos personales y en la cooperación ocasional de otros, es el ex presidente de la Comunidad Judía de Sarajevo, Ivan (apodado *Ivica*, a veces *Ivo*) Čerešnješ. Ivan Čerešnješ es hijo de Sándor Cseresnyés. Sándor y su esposa, Eva, la madre de Ivan, se fueron a vivir a Yugoslavia después de 1956.

El apellido de su familia lo reproduje, a lo largo de mi relato, con la ortografía eslava del sur y con los diacríticos, en lugar de emplear su forma húngara, en concordancia con la ortografía bosnia. Ivan Čerešnješ fue un bosnio que hoy vive en Israel.

Sarajevo Rose incluye asimismo una fotografía de Ivan.

A petición de Ivan, examiné una cantidad significativa de material sobre su padre, las Brigadas Internacionales Húngaras [durante la Revolución y la Guerra Civil españolas de 1936-39], y otros asuntos relacionados. Soy coautor del único libro en inglés que aborda la historia completa del Partit Obrer d'Unificació Marxista o POUM (*Spanish Marxism vs. Soviet Communism: A History of the POUM*, con Víctor Alba, New Brunswick, Transaction, 1988) y también pude incluir en *Sarajevo Rose* un breve comentario sobre el juicio purga que se llevó a cabo en Budapest en 1949 contra el importante comunista húngaro László Rajk. En ese juicio se trató de vincular a Rajk, mientras estuvo internado en Francia tras la Guerra Civil española, con el bien conocido ex anarquista vuelto marxista y dirigente del POUM, Enric Adroher i Pascual (1908-87), conocido en la vida política como "Gironella". Fueron increíbles las intrigas anti judías en contra de Rajk y sus codefenidos durante su juicio. Debido a su apellido alemán (Rajk=Reich), el juez lo estuvo ridiculizando hasta que él estalló y dijo: "Soy de ascendencia aria, y genuina para el caso, pues por una vía soy sajón", *i. e.*, de origen cristiano germano. Rajk fue ejecutado poco después del juicio.

Ivan Čerešnješ se fue de Bosnia a Israel tras el acuerdo de Dayton de 1995. El gobierno francés le confirió un rango en la Légion d'Honneur durante el conflicto bosnio. Me contó que su familia era de judíos Ashkenazi de Bukovina, cuyo apellido original era Kirschner —Cseresnyés es la traducción húngara de una palabra que, al igual que el término alemán, se deriva de "cerezo"—. Sin embargo, algunas fuentes afirman que Sándor Cseresnyés nació en Temesvár o Timișoara en Transilvania. Los Ashkenazim eran una pequeña minoría de



judíos bosnios, la mayoría de los cuales fueron sefaraditas que se asentaron ahí en tiempos otomanos.

Eva Čerešnješ se volvió una figura bien conocida en la industria cinematográfica yugoslava y trabajó en al menos dos de los filmes “partisanos” yugoslavos más populares: *Walter defiende Sarajevo* (1972), cuyo título original es *Valter Brani Sarajevo*, y *El puente* (1969), cuyo título original es *Most*.

Walter defiende Sarajevo es una película excepcionalmente popular sobre la cual los bosnios se muestran particularmente nostálgicos. Vladimir Perić, alias Walter, era el dirigente de la red partisana que mandaba Tito dentro de Sarajevo durante la guerra y la película cuenta la historia de los esfuerzos de la Gestapo por “descubrir” su identidad. Viví en Bosnia tras la guerra de 1992-1995 y vi varias veces la película en la TV.

La trama es muy complicada, toda vez que en ella hay agentes dobles y triples. Pero la famosísima última escena muestra a la cabeza de la Gestapo y al comandante de los cuerpos alemanes en el parapeto de la fortaleza que domina Sarajevo, y el dirigente de la Gestapo, con un movimiento de su mano señala a la ciudad que se ve debajo y dice: “*Das ist Walter!*” La escena es tan famosa que se volvió un comercial de jabón luego de Dayton. *Walter defiende Sarajevo* se ha exhibido con frecuencia en China, entre tantos lugares, y supuestamente así se le puso a una marca de cerveza. En Sarajevo conocí a una inmigrante china que me dijo que sí, en efecto, a todos ellos les gusta *Walter defiende Sarajevo*.

Most es uno de los mejores filmes partisanos de Yugoslavia, en mi opinión, y la produjo antes el mismo equipo.

El verdadero Vladimir Perić “Valter” (para usar la fórmula común) fue muerto durante la liberación de Sarajevo en 1945, a una cuadra de la casa en la que me hospedé en Sarajevo entre 1999 y 2001. Hay un pequeño busto de él en un parquecito ahí cerca, una imagen que aparece en Google.

“Valter” es común como una metonimia de Sarajevo, y un grupo de periodistas bosnios, con mi apoyo y mi participación, lanzaron un diario satírico político en bosnio con ese título en el año 2000. Por desgracia lo acabaron los islamistas, su fundador murió en misteriosas circunstancias, y ya no existe. Una auténtica historia de los Balcanes.

En cuanto a Sándor Cseresnyés, su participación en el juicio de Rajk y en asuntos similares fue ambigua y desconcertante.

Sándor Cseresnyés fue, según Ivan, un escritor sumamente popular en *Magyar Jövő* (*Futuro Húngaro*), un diario en húngaro que publicaba en Nueva York la *International Workers Order* que dirigía el PC, que es menos bien conocido que el periódico que menciona el profesor Sakmyster, el diario *Új Előre* (*Nuevo Porvenir*).

Sándor Cseresnyés fue, según Ivan, un escritor sumamente popular en Magyar Jövő (*Futuro Húngaro*), un diario en húngaro que publicaba en Nueva York la *International Workers Order* que dirigía el PC, que es menos bien conocido que el periódico que menciona el profesor Sakmyster, el diario *Új Előre* (*Nuevo Porvenir*).

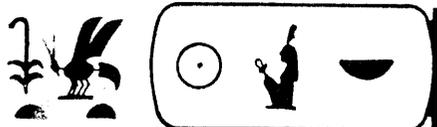
Mi madre comparte sus secretos

Katie Roiphe

Katie Roiphe es profesora en el Arthur L. Carter Journalism Institute de la Universidad de Nueva York. Nació en 1968 y es autora de libros muy diversos, como *The Morning After: Fear, Sex and Feminism* (1994), el cual le valió un gran elogio de parte de Camille Paglia, *Last Night in Paradise: Sex and Morals at the Century's End* (1997) y *Uncommon Arrangements: Seven Portraits of Married Life in London Literary Circles 1910-1937* (2007), así como de la novela *Still She Haunts Me* (2001), la cual trata sobre Lewis Carroll y quien fuera su modelo para Alicia en *el País de las Maravillas*. Es hija de Anne Roiphe (1935), quien formara filas entre las feministas de Estados Unidos de medio siglo, autora de un puñado de novelas autobiográficas y de los siguientes libros de memorias: *Fruitful: A Memoir of Modern Motherhood* (1996), *1185 Park Avenue, A Memoir* (2000), *Epilogue: A Memoir* (2008) *Art and Madness: A Memoir of Lust Without Reason* (2011). Esta nota, tomada de *The New York Times* el 27 de marzo de 2011, versa precisamente sobre *Art and Madness*. Nota y traducción de Antonio Saborit.

CADA FAMILIA tiene su propia inimitable manera de comunicar, y en mi familia a veces uno se topa en la librería con un secreto o con el trozo de una historia familiar oculta. En la cuenta que le llevo mi madre ha escrito tres libros de memorias, seis novelas autobiográficas y cuatro indagaciones memoriosas, de suerte que se puede decir con toda seguridad que los estantes de la librería Barnes & Noble saben casi tanto como yo sobre su vida y su tiempo.

Pero había unos cuantos años oscuros y misteriosos en sus veinte sobre los que no escribía, los años posteriores a que dejara a su primer esposo, un talentoso y chocante dramaturgo alcohólico, y antes de que conociera a mi padre. Como suele suceder, esos eran los años que más me interesaban.



Como madre soltera que a menudo se ve atravesando la ciudad en taxi durante la noche, bien vestida para una fiesta, tenía curiosidad natural sobre esta etapa de la vida de mi progenitora cuando ella era una madre soltera que atravesaba por la noche la ciudad en taxi vestida para una fiesta. Pero no estaba dispuesta a hablar de eso. Para cuando yo nací, ella se había reinventado a sí misma como esposa de un médico que vivía en casa de muros de piedra junto a Park Avenue y ya había cuatro criaturas, dos gatos, dos perros, veranos en Nantucket y ninguna huella de la locura y de la búsqueda y de la inestabilidad de sus veinte.

Así que hace un año y medio, cuando mi madre me dio a leer el manuscrito de su nuevo libro de memorias, *Art and Madness*, nunca me había mencionado una sola de las locas y desconcertantes cosas que suceden en él. Me topaba por primera vez con estas historias en letra de imprenta.

Leí sobre sus romances con escritores casados como Doc Humes, George Plimpton, William Styron y otros; leí que una vez a mitad de la noche se llevó a mi hermana mayor, a la sazón de tres años, a casa de Doc Humes porque él pasaba por una especie de episodio psicótico, y que lo cuidó mientras mi hermana dormía en la cama de él, y que luego lo fue a dejar al Bellevue en la mañana, en el camino a la escuelita de mi hermana; leí que una mañana se despertó junto al flaco de George Plimpton con mi hermana arrastrándose sobre las sábanas, preguntando “¿Quién es este?”

Mi madre quería ser escritora, pero como al final de la década de 1950 ser escritora parecía poco plausible para una joven que acababa de terminar su carrera, se le antojó acostarse con un escritor. El libro captura la delirante e incoherente mezcla de los valores de Eisenhower con la tardía obsesión *beatnik* con el artista. Así que ahí sale mi madre de mezclilla y sandalias, con una maltrecha edición de bolsillo de Camus en su mesa de noche, y con pensamientos como este: “Tenía la esperanza de conocer a un escritor y prepararle de comer eternamente”.

En la saga de mi madre de estos tiempos raros y revueltos, es sarcástica con otras personas: “Ella parecía ser la perfecta chica Radcliffe atrapada en un fumadero chino”, “Él parecía conocer todo, o tal vez fuera a todos”. Y sin embargo de nadie escribe más agudamente que de sí misma: “Tenía la moral de una niña de cuatro años”.

A ella sobre todo le preocupan la soledad, el exceso, la sorprendente irresponsabilidad hacia los niños de ese círculo de artistas y escritores del comienzo de los años sesenta; no está interesada particularmente en lo exhilarante. *Art and Madness* es el relato de una conversión y escribe como una persona convencional ardientemente conversa.

Así que hace un año y medio, cuando mi madre me dio a leer el manuscrito de su nuevo libro de memorias, Art and Madness, nunca me había mencionado una sola de las locas y desconcertantes cosas que suceden en él. Me topaba por primera vez con estas historias en letra de imprenta.

El punto es que ella le dio la espalda a toda esta bohemia; en la actualidad no es una gran creyente de la felicidad, o acaso deba decir de la alegría, fuera del matrimonio o de una vida asentada. La esposa de Terry Southern le dice que ella no se arrepiente de nada de lo que pasó, y que lo volvería a hacer, y mi madre escribe: “Por mi parte, nunca repetiría nada de eso. Nunca”.

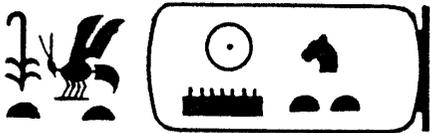
Sólo que como mi madre es una narradora trascendentalmente buena, los relatos se alejan de ella. Se cuentan solos, y siento como si la exaltación, la emoción, el gusto por romper tabúes, el magnetismo de algunos hombres, estuvieran ahí en la página, no obstante las mejores y más responsables intenciones de mi madre.

¿Es raro toparse con toda esta historia familiar íntima en un pulido manuscrito rumbo a una casa editora? Mentiría si dijera que no lo fue. Pero me enteré que mi madre encontró a su padre con su amante en la casa de campo de ella con un grupo de amigos del colegio, y que su tía le robó los abrigos de piel y las joyas de su madre mientras esta última agonizaba, a partir de sus libros; la voz de mi madre contándome cuentos de niña, y sus novelas y memorias, se mezclan a tal grado que hasta ahora no podría decir cuál era el verdadero nombre de mi bisabuelo y cuál fue el que ella le inventó en sus novelas.

Me siento a gusto en esta ambigüedad, y también vivo ahí: ¿es un cuento para dormir o es la vida? Este perverso compromiso romántico con el relato, con las palabras en la página, con el decir verdades espantosas que personas más sensatas estarían satisfechas con no decirlas, ahí crecí y no conozco otra cosa.

Sin embargo, mi respuesta a este manuscrito en particular, con sus particulares secretos exhumados, es actuar como si fuera una académica y alguien me hubiera pasado una fascinante relación histórica del mundo literario de la ciudad de Nueva York al comienzo de los años sesenta. Mi mente se lanza de inmediato al análisis cultural de las mujeres de la época, o hacia las cambiantes actitudes hacia el artista, de un modo que oscurece convenientemente el hecho de que es mi madre la mujer tirada en el sofá en la fiesta de la *Paris Review*.

Como pieza de historia social, sin embargo, estas memorias me resultan fascinantes porque mi madre cruza los mismos círculos sociales que yo, sólo que medio siglo antes. Lo que su generación identificó como carisma en sus famosos escritores hoy se llamaría “alcoholismo”. En donde ella y sus amigos eran creyentes de la idea del arte puro y de desacatar abiertamente la convención, el novelista que admiramos venden su película al cine, vive en una casa en Brooklyn o en un piso en



TriBeCa y tiene un buen carro, su bohemia y su rebelión contra los convencionalismos reducidas a comprar comida orgánica, con una vida, en síntesis, que se parece sospechosamente a la del banquero de junto. (Mi madre recuerda una cita con mi padre en la que ella llamó “burgués” a algo, y él, hijo de inmigrantes, un doctor, dijo “¿Qué tiene de malo el burgués?” Y mi madre, apenada, no supo que responder. Pero tal vez las décadas intermedias han respondido por ella y tal vez podríamos usar una distancia un poco más crítica de las cosas materiales, una obsesión ligeramente mayor con la frase sublime, ¿cómo saber?)

Así, desde luego, el casual y exuberante adulterio que describe mi madre sería juzgado al día siguiente por nuestras más sanas, sobrias y serenamente infelices parejas; el engaño era más raro y furtivo, y ciertamente no era parte del ambiente y de los festejos de la salida de un libro, digamos, que hoy también es un asunto más rápido y comercial. Y yo no creo que hayamos alcanzado la fluidez disoluta de las fiestas y *happenings* que mi madre describe, una atmósfera que John Berryman sintetizó como “Alguien abofeteó / Por algún lado a la segunda esposa de alguien”.

A mí lo que me resulta más impresionante al leer este libro de memorias de mi madre es el elegante abismo entre su mundo y el nuestro, la placentera sensación de que hemos avanzado. ¿Pero la escena literaria es completamente distinta a la nuestra? Es diferente, con toda seguridad, y una joven de veinticinco años como mi madre se sentiría absolutamente a gusto acariciando ambiciones literarias propias. Sin embargo, si se asiste a una fiesta de *Paris Review* en White Street, o a una fiesta de *N+1*, uno se sigue encontrando al joven novelista, hoy irónico, auto despreciativo, exquisitamente seguro de sí mismo, con su camisa de vestir y sus anteojos, recién llegado de Buenos Aires, tal vez, y a las chicas que orbitan felizmente alrededor de él. De manera que sigue existiendo una cierta cantidad de energía femenina complaciente, afirmante, que ronda a los editores y escritores varones; un cierto brillo masculino en el que hay que cebarse y al que hay que suscribir y seducir.

La dinámica es diferente, a todas luces más sutil y adecuadamente posfeminista, pero sería deshonesto si dijera que las fiestas de *Paris Review* circa 1964 eran desconocidas del todo para mí. De hecho, hace unos días que estuve en sus repletas oficinas, junto al trago, teniendo aún en la cabeza las escenas más delirantes del libro, casi esperaba que mi madre cruzara la puerta, en su mini vestido de margaritas estampadas, con el chongo sesentero, los ojos con *kohl*, con un cigarro al que no sabía darle el golpe.

A mí lo que me resulta más impresionante al leer este libro de memorias de mi madre es el elegante abismo entre su mundo y el nuestro, la placentera sensación de que hemos avanzado. ¿Pero la escena literaria es completamente distinta a la nuestra?

El libro bien leído como objeto de belleza

Geoff Dyer

Geoff Dyer es narrador y ensayista. Nació en Cheltenham, Inglaterra, en 1958. Es editor de una antología de ensayos de John Berger (1986) y del libro *What Was True: The Photographs and Notebooks of William Gedney* (Norton, 2000), así como de numerosos estudios introductorios y prólogos, como el que preparó para la edición inglesa de un libro de fotografías del mexicano *Enrique Metinides* (2003). Dyer es autor de cuatro novelas: *The Colour of Memory* (1989), *The Search* (1993), *Paris Trance* (1999), y *Jeff in Venice, Death in Varanasi* (2009, traducida como *Amor en Venecia, muerte en Venarés*), reunió sus propios ensayos en dos libros, *Anglo-English Attitudes. Essays, Reviews, Misadventures 1984-99* (2000) y *Working the Room. Essays and Reviews, 1999-2010* (2011), y es autor además de una meditación sobre la memoria y la guerra a partir de los hechos de la Primera Guerra Mundial, *The Missing of the Somme* (1994), un libro de jazz, *But Beautiful* (1996, traducido como *Pero hermoso*), un singular ensayo biográfico *Out of Sheer Rage. Wrestling with D. H. Lawrence* (1997), *Yoga For People Who Can't Be Bothered To Do It* (2003) y un libro de ensayos sobre fotografía, *The Ongoing Moment* (2005). Esta nota apareció originalmente en *The New York Times Book Review* el 28 de agosto de 2011. Nota y traducción de Antonio Saborit.

SIEMPRE SE ha dado una amplia discusión sobre el efecto que los libros de lectura tienen sobre nosotros. Mucha menos atención se pone al efecto que nosotros (los lectores) tenemos en ellos (los libros). No me refiero a las reputaciones o a las regalías de los autores que escribieron los libros sino a los mismos objetos físicos.

De niño sacaba prestados libros de la biblioteca. Siendo estudiante compraba con frecuencia libros usados, algunos con las anotaciones en lápiz de otras personas. Éstas se podían



borrar, pero a veces me llegué a llevar un libro con el nombre y las notas en tinta del anterior propietario. En cualquier caso, tales etiquetas nos hacen sentir como si estuviéramos siguiendo los pasos de alguien —si las notas se hicieron con pluma, las huellas están sobre concreto—. En la actualidad, a menos que me vea en circunstancias absolutamente fuera de lo común, me resisto a leer un libro que muestre cualesquiera señales de ocupación previa. Más que nada cosmética, aunque no exclusivamente, esta repugnancia va junto con una creciente indisposición a tomar las lecturas de otras personas —sus opiniones de lo que han leído— tal como aparecen. Allá en la década de 1960 me sometí a la infeliz experiencia de fatigar una edición de segunda mano del *Nostramo* de Conrad en la serie de Penguin Modern Classics (la portada muestra una imagen de Zapata realizada por Alfredo Zalce) en parte porque Walter Allen, según una cita en la tapa posterior del libro, la consideraba “la mayor novela en inglés de este siglo”, lo que me hace feliz que ya no estemos en el que debió ser un siglo verdaderamente malo para la literatura, si eso fue todo lo bueno que alcanzó. Tal vez el deseo de leer libros antes de que empiecen a dejar un rastro de nubarrones de supuesta gloria es lo que lleva a la gente a volverse editores o agentes.

En lo personal no tengo inconveniente en esperar a que los publiquen —e idealmente, a que los vendan como saldos—. No me importan las bolitas o las líneas de tinta que se emplean para señalar la condición de un libro como despojo comercial —una práctica muy difundida aunque no universal—, pero siempre elijo un ejemplar con la marca en la parte baja de las páginas más que en la de arriba, de manera que una vez en la repisa el libro oculte su innoble origen. Así no me recuerda que es un saldo.

Aparte de eso el libro debe estar en magníficas condiciones cuando yo lo empiezo a leer, pero no soy obsesivo en conservarlo de esa forma. Por el contrario, me gusta la manera en la que gradual y sutilmente se gasta y rompe, en la que el libro va siendo vivido (por mí), como un par de pantalones de mezclilla.

Es hora de ponerse específico. Compré un ejemplar saldado de la edición inglesa de *Why the Allies Won* por Richard Overy (Pimlico) por 4.95 libras en Judd Books en Londres el 11 de diciembre de 2010 —siempre anoto la fecha y el lugar de la compra en la solapa, con lápiz. Una edición rústica en gran formato, en la portada tiene una fotografía de un hinchado cadáver alemán cuyo color ha sido intervenido, sugiriendo así que los Aliados ganaron porque las fuerzas del Eje perdieron. Es una obra de análisis denso, sin la propulsión que asociamos a las historias narrativas de Anthony Beevor o John Keegan, de manera que cuando yo estaba metido en el libro

Aparte de eso el libro debe estar en magníficas condiciones cuando yo lo empiezo a leer, pero no soy obsesivo en conservarlo de esa forma. Por el contrario, me gusta la manera en la que gradual y sutilmente se gasta y rompe, en la que el libro va siendo vivido (por mí), como un par de pantalones de mezclilla.

Los cambios impuestos al libro eran bastante discretos, pero a riesgo de proyectar mis propios sentimientos de satisfacción por haberlo logrado leer completo, estoy tentado a decir que se veía realizado.

—luego de siete meses de haberlo comprado porque supuestamente lo iba a leer ya— era incapaz de concentrarme en él durante más de una hora diaria. A resultas de eso el libro anduvo por muchos lados, en diversas bolsas, en aviones y en trenes. En el proceso se doblaron las esquinas y se arrugó el lomo. Extendiéndose en proporción directa a la cantidad del contenido del libro que entraba en mi cerebro, tales pliegues se volvieron la corporeización externa del esfuerzo en el entrecerjo que requirió el leerlo. Al cabo de un tiempo, conforme crecían estas muescas, el libro se negó a cerrarse del todo cuando lo dejé. Esto me encanta. En la biblio equivalencia de una cama abierta, que invita a meterse, es como si el libro te animara a no dejarlo, a quedarte con él. Que fue lo que hice. Hice notas, puse marcas de lápiz en los pasajes que más rehacían mi entendimiento de la guerra: “Durante la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial Inglaterra y Estados Unidos lucharon en un conflicto predominantemente naval...” Mmmmh. Además de estas anotaciones un par de páginas tienen las manchas de sangre seca. George Steiner en alguna parte escribió que un intelectual es una persona que no puede leer un libro sin tener un lápiz en la mano. Mi versión de esta compulsión es que al parecer no puedo leer sin picarme la nariz —de ahí las manchas de sangre.

En algún momento logré terminar este enorme volumen. Pasó de ser un libro nuevo y sin leer a uno que muy evidentemente estaba usado y leído. Lo dejé por ahí durante varios días, disfrutaba ver la transformación que había sufrido, golpeado por la misteriosa transfusión de conocimiento en la que este objeto había desempeñado un papel tan relevante y tan históricamente probado y probado. Los cambios impuestos al libro eran bastante discretos, pero a riesgo de proyectar mis propios sentimientos de satisfacción por haberlo logrado leer completo, estoy tentado a decir que se veía realizado. Como el joven en la novela *La roja insignia del valor* (comprada el 28 de diciembre de 1987, Cheltenham), tras un comienzo ignominioso (cobardía / saldo) había cumplido su propósito. Juntos, el libro y yo nos ganamos la Roja Insignia del Logro Compartido.

Por último trepé el libro en la sección de historia militar de mis estantes entre otros dos títulos de Overy (¡sí, el tipo es prolífico!) para que lo aplanaran como era debido. Si lo saco, ahora ya está muy enderezado, pero a diferencia del alemán muerto en la portada tiene mucha vida en su interior. Las muescas, las anotaciones y las manchas de sangre apropiadas le dan el sello de que fue leído. La diferencia, desde luego, es que esas señales están ahí para quedarse, mientras que mi entendimiento del contenido del libro se empezó a desvanecer casi tan pronto se instalaban (temporalmente) en mi cabeza.

Esto es muy normal en el corto plazo. El largo plazo lo describe John Updike en su libro de memorias, *Self-Consciousness* (16 de septiembre de 1991, París): “Tengo muchos libros que están llenos de anotaciones mías, prueba de que alguna vez los leí, aunque yo no me acuerde de haberlo hecho”. Nunca podré explicarles por qué ganaron los Aliados, pero en un incommunicable nivel juro que lo sé —mejor que hace seis meses—. Y además el libro está listo y preparado para intentarlo otra vez —si se puede vivir con las señales a lápiz, las esquinas dobladas y las manchas de sangre.

El gorrión de Stalin

Simon Sebag-Montefiore

Simon Sebag-Montefiore (1965) se ha dedicado a reconstruir y contar la vida y los tiempos de Stalin, por encima de su otra pasión: el siglo XVIII ruso y sus autócratas. En español existen por el momento estos títulos: *La corte del zar rojo* (traducción de Teófilo de Lozoya Elzurdía, Crítica, 2004), *Llamadme Stalin. La historia secreta de un revolucionario* (traducción de Teófilo de Lozoya Elzurdía, Crítica, 2007, 2010), amén de su novela *Sashenka* (traducción de Máximo Sáez Escribano, Punto de Lectura, 2009, 2011). La hija de Stalin murió el pasado 22 de noviembre de 2011 en Richland, Wisconsin, bajo el nombre que asumió al casarse con un ciudadano estadounidense, Lana Peters. Esta nota se publicó el 3 de diciembre de 2011 en el *Financial Times*. Nota y traducción de Antonio Saborit.

SVETLANA STALINA, quien murió la semana pasada, dijo que Stalin, su padre, le “destrozó la vida”. Esta tumultuosa vida



ilustra la manera en la que el poder vuelve áspera, corrompe y corroe a la misma familia. Aun en las democracias, las incesantes exigencias del poder son extenuantes. Los delicados vínculos familiares se ven hechos polvo por las ruedas de acero del poder. Los hombres de poder como Stalin o Hitler por lo general se ven a ellos mismos como desinteresados caballeros solitarios que avanzan sobre territorio hostil con la espada desenvainada. Aun para aquellos como el coronel Gaddafi, Saddam Hussein o los Asaad, para quienes la política es dinástica, el poder es supremo.

Al final, como vimos con la caída de Gaddafi, se esperaba que los hijos se sacrificaran voluntariamente en la pira de la megalomanía narcisista de su padre. Saddam luchó por preservar el equilibrio entre las rivalidades de sus propios y diabólicos príncipes; sus hijas resultaron aplastadas en este vicio filial y en el envenenamiento último de la vida familiar, al permitir que sus hijas asesinaran a sus yernos. Los Assad se han visto condenados por rivalidades familiares. Gaddafi preparó a varios atroces hijos para el poder, aun cuando complotaban contra él, pero todos fueron sacrificados en su híbrido beduino del *götterdämmerung* sahariano y el rey Lear árabe.

Para una hija es más fácil. Mientras investigaba la relación entre Stalin y Svetlana, descubrí que al mismo tiempo que presentaba sus memorias como algo franco y revelador, ella había reescrito la historia y había dejado fuera tal vez el mayor de sus secretos. En los papeles de Stalin encontré pasajes de la vida de Svetlana que ella había cortado u olvidado: por un lado, su infancia fue privilegiada e indulgente, su padre la adoraba, la besaba todo el tiempo, le daba de comer de su propio plato, comparaba su cabello rojo y sus pecas con los de la madre del propio Stalin, Keke. Por otro lado, la normalidad de sus primeros seis años terminaron cuando su madre, Nadia Alliluyeva, se suicidó en 1932 en el momento de la crisis más grande de Stalin, la colectivización.

A los hijos de ambos, Svetlana y su hermano mayor Vasili, se les dijo que había muerto de peritonitis. Pero no pudieron pasar por alto que el mundo se hacía bruno conforme Stalin destruía a sus colegas e incluso a los tíos y tías de Svetlana. Si Vasili quedó hecho pedazos tras el suicidio de Nadia, padre e hija se volvieron más cercanos: él cenaba con ella después de la escuela y le firmaba la tarea; con orgullo la presentó a Winston Churchill. Si alguna vez él amó en verdad a alguien en la vida fue a ella. “Yo era su mascota”, dijo ella. “Él era muy cariñoso”.

En los archivos encontré las cartas de ambos. Stalin la llamaba “mi gorrióncito, mi gran dicha”. Stalin animó a Svetlana, a los once años, a que actuara como si fuera la dictadora de



Rusia. Svetlana le escribió al politburó en Moscú dando la orden de postergar la entrada a la escuela en toda la URSS. El diputado de Stalin contestó con esta nota: “¡Viva nuestra Jefa Svetlana! ¡Aguardo sus instrucciones sobre la postergación de la escuela durante veinte días!” El politburó en pleno firmó la nota con comentarios graciosos: “¡De acuerdo! ¡Su obediente campesino!” En otra ocasión le escribió a Stalin: “Orden del Día Número 3: Le ordeno que me muestre lo que sucede en el Comité Central. Estrictamente confidencial. S. Stalina, La Jefa”. El propio Stalin, llamándose a sí mismo “Su humilde secretario”, respondió “su carta nos ha permitido abrirnos camino en unos asuntos políticos harto complicados”. Pero hasta la indulgencia del amor paternal no soporta la autocrática ansiedad por el control total: la relación entre ambos se fue al diablo cuando ella descubrió el suicidio de su madre y su independencia emocional: Stalin, un padre con la mojigatería victoriana y el tradicionalismo georgiano, se volvió loco cuando ella se enamoró de Alexei Kapler, un guionista judío. Él tenía 40, Svetlana 16. Stalin, al menos en esto un padre típico, le dio una bofetada a su hija y rompió sus cartas de amor. Luego hizo deportar a Kapler a Siberia. Los dos primeros matrimonios de ella fueron un fracaso, y Stalin le echó a ella la culpa.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, ella alcanzó a otear la naturaleza criminal de su padre: lo escuchó ordenar la muerte de un actor yiddish. Más adelante achacó los crímenes de su padre a Lavrenti Beria, su jefe de la policía secreta, a quien presenta como un demonio en sus memorias. Pero ella se guardó el mayor secreto de su juventud: el verdadero amor de su vida no fue otro que el hijo de Beria, Sergo, con quien estaba loca por casarse. Sólo que Beria estaba decidido a impedir un matrimonio que habría puesto en peligro la vida de su hijo. Cuando Sergo casó con alguien más, Svetlana, como la verdadera princesa de Stalin, trató de forzar un divorcio.

Es una carga ser la hija de un titán; ser el hijo, una maldición: Stalin tenía a su hijo mayor Yakov por un blandengue... Luego lo hicieron preso los nazis y se suicidó; cuando Stalin se enteró que había actuado con valentía, hasta se conmovió. Su otro hijo, Vasili, el hermano de Svetlana, fue velozmente ascendido a general de la fuerza aérea pero era un libertino débil, alcohólico, arrogante, al que un avergonzado Stalin humillaba y degradaba.

El éxito del padre omnipotente es imposible de soportar. Para el padre, el hijo es una decepción, y el poder siempre va primero. Stalin envenenó todas las relaciones amorosas en su vida por su misión política. Acabó solo y taciturno.

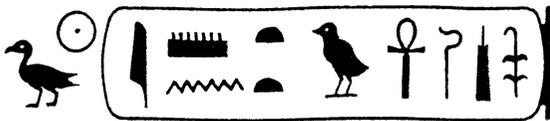
Todo poder, hasta en las democracias, es personal. Randolph Churchill sufrió la grandeza de su padre, murió joven de alco-

El éxito del padre omnipotente es imposible de soportar. Para el padre, el hijo es una decepción, y el poder siempre va primero. Stalin envenenó todas las relaciones amorosas en su vida por su misión política. Acabó solo y taciturno.

holismo. Bismarck impidió que su hijo Herbert se casara con el amor de su vida, y lo llevó al alcoholismo y a una muerte temprana.

El bolchevique ascético de Stalin nunca le dio a su familia ningún poder. Sin embargo en la mayoría de las tiranías, el poder es monárquico: el hijo contenido por el padre al que amenaza el hijo. De ahí la revuelta de Absalom en contra del rey David; el feudo de Jorge II y Federico el príncipe de Gales; el odio de Guillermo II hacia su padre el emperador Federico. La amenaza es tan grande que el filicidio muchas veces por necesidad se convirtió en la política de los autócratas: Herodes el Grande mató a tres hijos; Constantino el Grande, Gengis Jan, Iván el Terrible, Pedro el Grande, el sha Abbas de Persia, Selim el Severo y Solimán el Magnífico, todos mataron hijos —Pedro e Iván mataron a los suyos personalmente—. Solimán observó el estrangulamiento desde atrás de un tapiz.

La tóxica maldición de Stalin sobre sus hijos al fin llegó a su término con Svetlana. La actitud de Churchill hacia su familia, a pesar de su decepción con Randolph, acaso fuera la más sana de todos los potentados. Cuando le preguntó su nieto Nicholas Soames: “Abuelo, ¿tú eres el hombre más importante del mundo?” Churchill dijo: “Sí, ahora sácate de aquí”.



El largo descubrimiento del *Opera medicinalia* de Francisco Bravo

Rodrigo Martínez Baracs

El libro titulado *Opera medicinalia*, escrito por el doctor Francisco Bravo (?-1599?), nacido en Sevilla y graduado en la Universidad de Osuna, fue publicado en la ciudad de México en 1570 por Pedro Ocharte y es el libro de medicina más antiguo impreso en México, y también en América.¹ Es anterior a la *Summa y recopilación de chirugia, con un arte para sangrar muy provechosa*, del maestro Alonso López de Hinojosos (1578), y el *Tratado breve de anothomia y chirugia* del agustino fray Agustín Farfán (1579), impresos ambos por Antonio Ricardo (1540?-1606) en la ciudad de México. A diferencia de estos libros, que tienen una finalidad más

bien práctica, el *Opera medicinalia* está escrito en latín y está dirigido a un público más restringido, pues trata de cuestiones más teóricas y en su momento polémicas. Está compuesto por cuatro libros que tratan sucesivamente “de la enfermedad llamada tabardete”, de “las sangrías por pleuritis”, de “los días decretorios” y “de la raíz zarzaparrilla”. Parte del libro fue escrito en Sevilla, donde ejercía el doctor Bravo antes de pasar a México (hacia 1569), y parte fue escrito en la ciudad de México, donde pudo ver los estragos de las epidemias de tabardete (tifo exantemático) y examinar las variedades locales de la zarzaparrilla, que él consideraba las únicas verdaderas, útiles para combatir males como la sífilis. Aunque el doctor Bravo se ceñía a las categorías galénicas y arábicas de la medicina de su época, médicos y eruditos bibliófilos, como el doctor Germán Somolinos d’Ardois (1911-1973)² y el doctor Francisco Guerra (nacido en 1916)³ consideran el *Opera medicinalia* como el mejor

¹ Presenté una primera versión de este texto el martes 25 de octubre de 2011 como ponencia en la “Sesión abierta” del Seminario del Libro Antiguo del Centro Universitario de Investigación Bibliotecónica (CUIB). En mi ausencia, leyó y comentó vivazmente la ponencia Idalia García Aguilar (el video está en internet). Ella, junto con Miruna Achim, Marina Garone Gravier y Emma Rivas Mata, me fueron un muy grande apoyo en toda esta investigación. El sustento de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, donde felizmente laboro, me permitió visitar las bibliotecas de Nueva York y de Puebla en donde se encuentran los tres ejemplares conocidos del *Opera medicinalia* del doctor Francisco Bravo. Los encargados de la New York Public Library, de la Hispanic Society y de la Biblioteca Lafragua fueron muy amables y eficientes. Debo muchos otros agradecimientos, pero prefiero expresarlos mejor en el libro que este artículo resume.

² Germán Somolinos d’Ardois, “Francisco Bravo y su *Opera medicinalia*”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, núm. 4, 1970, pp. 337-388. Reedición en Germán Somolinos d’Ardois, *Capítulos de historia médica mexicana*, México, Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina, s.f., vol. IV, pp. 27-58.

³ *The Opera Medicinalia by Francisco Bravo Printed in Mexico, 1570, with a Biographical and Bibliographical Introduction*, by Francisco Guerra, M.D., Ph.D., D.Sc., 2



libro de medicina impreso en México durante el periodo colonial. Además, curiosamente, es el único libro de medicina novohispano con grabados de plantas y con esquemas del cuerpo humano: incluye dos grabados de la zarzaparrilla, la europea y la americana, y un esquema de la circulación sanguínea, ejecutados por el grabador Juan Ortiz (1538?-1595), colaborador de Pedro Ocharte (¿-1592), ambos franceses, enjuiciados y torturados por la Inquisición en 1572.

Todo esto lo sabemos ahora, pero en su momento el *Opera medicinalia* pasó prácticamente desapercibido y poco faltó para que se perdiera. En efecto, pese a su importancia, tal vez debido a su carácter teórico y polémico, y a estar escrito en latín, prácticamente no se registra la presencia del *Opera medicinalia* durante todo el periodo colonial. No aparece en las bibliografías,

vols. (edición facsimilar), Folkestone/Londres, Dawson's of Pall Mall, 1970.

no lo citan los libros de medicina o de otras materias, y su presencia fue prácticamente olvidada hasta que lo registraron algunos médicos españoles en el siglo XIX. En 1802 y 1803 el doctor Joaquín de Villalba (1752-1807), aragonés, en su gran *Epidemiología española*, de 1802 y 1803, mencionó el *Opera medicinalia* del doctor Bravo, aunque aclaró que no lo pudo consultar.⁴ Lo mencionó al describir la poco conocida epidemia de tifo de 1570 en México, de la que habla el doctor Bravo.⁵ Años después, en 1843, el *Opera medicinalia* apareció en Madrid, en el tercer tomo de la *Historia bibliográfica de la medicina española, Obra póstuma* del doctor don Antonio Hernández Morejón (1773-1836),⁶ vallisoletano, quien fue dueño de un ejemplar del *Opera medicinalia*, quien lo describió y citó con elogio unos extractos. Y poco después el doctor Anastasio Chinchilla (1801-1876), valenciano, retomó la descripción de Hernández Morejón en 1845 en sus *Anales históricos de la medicina en general, y biográfico bibliográficos de la española en particular*.⁷ Algunos médicos mexicanos

⁴ Joaquín de Villalba, *Epidemiología española, o Historia cronológica de las pestes, contagios, epidemias y epizootias que han acaecido en España desde la venida de los cartagineses hasta el año 1801. Con noticia de algunas otras enfermedades de esta especie que han sufrido los españoles en otros reynos, y de los autores nacionales que han escrito sobre esta materia, así en la península como fuera de ella*, Madrid, Mateo Repullés, 1802, 2 vols.; *Epidemiología española*, Madrid, Fermín Villalpando, 1803, 4º, 2 vols. Citado por Francisco Guerra, "A Biographical and Bibliographical Introduction", pp. 39 y 77.

⁵ Peter Gerhard no menciona la epidemia de 1570 en el cuadro "Epidemias en Nueva España" de su *A Guide to the Historical Geography of New Spain*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972 (mapas de Reginald Piggott); versión española revisada por el autor: *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821* (traducción de Stella Mastangelo), México, IIH/IG-UNAM, 1986, p. 23.

⁶ Antonio Hernández Morejón, *Historia bibliográfica de la medicina española. Obra póstuma*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Jordán e Hijos, 1843, t. III, pp. 165-169.

⁷ Anastasio Chinchilla, *Anales históricos de la medicina en general y biográfico-bibliográficos de la española en particular. Historia de la medicina española. Volumen 2*, Valencia, Imprenta de D. José Mateu Cervera, a cargo de Ventura Lluch, 1845, t. II, pp. 114-116. Esta obra y la anterior fueron publicadas en internet en *La historia de la medicina española de Hernández Morejón y de Chinchilla. Edición facsimilar e índices*, José L. Fresquet Febrer, María Luz López

cultos también sabían del *Opera medicinalia*. La mencionó en 1841 el joven doctor Manuel Robredo (1808-1875), médico y cirujano, en su “Breve noticia de los médicos españoles que han escrito de la fiebre tifoidea o tabardillo”, uno de los estudios que publicó en el *Periódico de la Academia de Medicina de Méjico*.⁸

Estas referencias, sin embargo, no rebasaron el campo de influencia de los médicos cultos, porque nadie chistó cuando el *Opera medicinalia* apareció en el catálogo de una subasta bibliográfica parisina, el *Catalogue* del librero Tross, en 1862, quien lo describió con la fecha no de 1570 sino de 1549.⁹ El libro fue adquirido por el “bibliópolo” y fraudulento Guglielmo Libri (1803-1869), quien lo ofreció en el *Catalogue* de su subasta londinense de 1862, también presentándolo con la fecha de 1549.¹⁰ Adquirió el libro el bibliófilo anticuario estadounidense, establecido en Londres, Henry Stevens (1819-1886), a cuenta del gran bibliófilo neoyorquino James Lenox (1800-1880), en cuya biblioteca acabó el libro, también con la enigmática fecha

de 1549. Más adelante, su gran biblioteca americanista se integró a la New York Public Library, donde hoy puede ser consultada.

Precisamente en los años en que el *Opera medicinalia*, con la extraña fecha de 1549, apareció en las subastas de Tross y de Libri, y fue comprado por Stevens para Lenox, un ambicioso y laborioso abogado franco-estadounidense, Henry HARRISSE (1829-1910),¹¹ comenzó a elaborar una gran obra de bibliografía americana, la *Bibliotheca Americana Vetustissima*, que debía ser una descripción muy precisa, rigurosa y documentada de todos los libros de tema americano o impresos en América entre 1493, fecha de la primera carta de Cristóbal Colón, y 1550. HARRISSE comenzó trabajando en la gran biblioteca americanista de su amigo, mentor y protector Samuel L. M. Barlow (1826-1889), también de Nueva York, pero pudo aprovechar las grandes bibliotecas americanistas de la costa este de Estados Unidos, como las de John Carter Brown (1797-1874), Peter Force (1790-1868) y el ya mencionado James Lenox. Estas bibliotecas eran particularmente ricas gracias a las grandes fortunas de estos bibliófilos y a la falta de interés por los libros americanos, que se podían conseguir a buenos precios en España y, algo más caros, en las subastas parisinas y londinenses.

Sin embargo, estas bibliotecas no incluían todos los libros impresos en México, donde comenzó la imprenta americana, y HARRISSE sabía que se tenía que auxiliar con los eruditos mexicanos. Gracias a su amigo el erudito antropólogo Carl Hermann Berendt (1817-1878), establecido en Rhode Island, HARRISSE supo del historiador mexicano Joaquín García Icazbalceta (1825-1894), que había publicado un estudio excepcionalmente in-

Terrada y Carla P. Aguirre Marco (eds.), Valencia, Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación López Piñero, Universitat de Valencia, CSIC, s.f.; véase también la reimpresión de 1967, con el estudio del doctor Francisco Guerra, *Introduction to the Works of Chinchilla and Morejón*, Nueva York, Johnson Reprint Co., 1967.

⁸ Manuel Robredo, “Breve noticia de los médicos españoles que han escrito de la fiebre tifoidea o tabardillo”, en *Periódico de la Academia de Medicina de Méjico*, t. V, 1841, pp. 452-457. Lo cita Somolinos d’Ardois, “Francisco Bravo y su *Opera medicinalia*”, pp. 337-388. Este *Periódico* de la primera Academia de Medicina de Méjico se estableció en 1836 y fue dirigido por el poeta y doctor Manuel Carpio (1791-1860) hasta 1842. Véase Ana Cecilia Rodríguez de Romo, “El Periódico de la Academia de Medicina (1851-1852)”, en *Anales Médicos, Historia y Filosofía de la Medicina*, Asociación Médica, Centro Médico ABC, vol. 55, núm. 1, enero-marzo 2010, pp. 46-50, en línea [<http://www.mediagraphic.com/pdfs/abc/bc-2010/bc101i.pdf>].

⁹ *Catalogue de la Librairie Tross*, Passage Des Deux-Pavillons (Palais-Royal), No. 8, Rue N°-des-Petits-Champs, No. 5, París, 1862, núm. IV, pp. 6-7.

¹⁰ *Catalogue of the reserved and most valuable portion of the Libri Collection [...] of manuscripts and printed books*, S. L. Sotheby and J. Wilkinson, Londres, 1862. Edición simultánea en francés: *Catalogue de la partie réservée et las plus précieuse de la collection Libri*, Londres, S. Leigh Sotheby & John Wilkinson, julio de 1862.

¹¹ Algunos de los estudios más importantes sobre HARRISSE son los de Randolph G. Adams, *Three Americanists: Henry HARRISSE, Bibliographer; George Brinley, Book Collector; Thomas Jefferson, Librarian*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1939, pp. 1-33. Carlos Sanz, *Henry HARRISSE (1829-1910). “Príncipe de los Americanistas”. Su vida. Su obra. Con nuevas adiciones a la Bibliotheca Americana Vetustissima*, Madrid, Librería General Victoriano Suárez, 1958. Max I. Baym, “Henry HARRISSE and his Epistola to Samuel Barlow”, en *Bulletin of the New York Public Library*, núm. 71, junio de 1967, pp. 343-405.



formado sobre la “Tipografía mexicana” en 1855, en la versión mexicana del *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*,¹² en el que expuso con erudita precisión las circunstancias de los inicios de la imprenta en México en 1539, dando la versión básica de los hechos que hasta la fecha se acepta, y dio una lista de los 44 libros impresos en México durante el siglo XVI que él había podido examinar directamente, o a través de colaboradores perfectamente confiables, como el madrileño Francisco González de Vera (1811-1896).¹³ La mayor parte de los libros los tenía García Icazbalceta en su biblioteca particular, y otros lo tenía su gran amigo, el historiador y po-

¹² Joaquín García Icazbalceta, “Tipografía mexicana” (concluido en “México, mayo 12 de 1855”), en *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, t. V, México, J. M. Andrade y F. Escalante, 1854 (en realidad 1855), pp. 961-977.

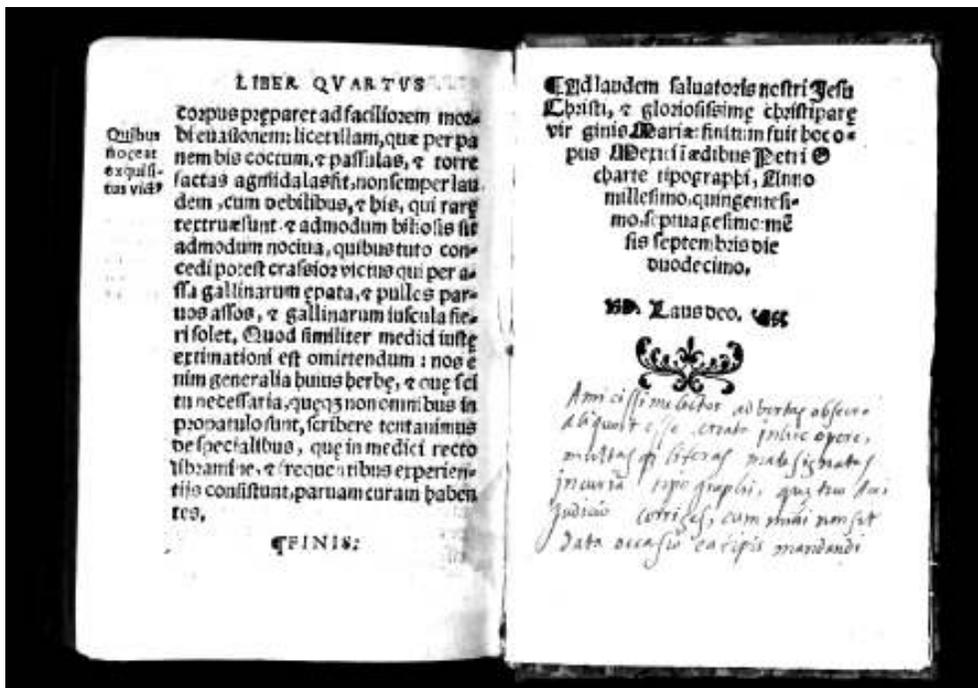
¹³ Emma Rivas Mata y Edgar Omar Gutiérrez L. averiguaron durante su viaje a España de 2010 las fechas de nacimiento y fallecimiento del historiador y bibliotecario Francisco González de Vera.

lítico José Fernando Ramírez (1804-1871).¹⁴ Otros pocos se encontraban en diversas bibliotecas mexicanas o españolas. HARRISSE también pudo leer que el gran bibliógrafo francés Jacques-Charles Brunet (1860-1865) había solicitado el apoyo de García Icazbalceta para enriquecer la quinta edición (1860-1866), de su *Manuel du libraire et de l'amateur de livres*,¹⁵ y que García Icazbalceta le había mandado descripciones de libros que no aparecían en su lista de 1855. HARRISSE solicitó el apoyo del doctor Berendt, quien en 1865 le escribió una carta de recomendación a García Icazbalceta, gracias a la cual pudo entrar en contacto con él. Sin preliminares ni pena, HARRISSE le expuso su proyecto de *Bibliotheca Americana Vetustissima* a García Icazbalceta, que estaba por concluir en 1866,¹⁶ le solicitó su apoyo y le pidió una gran cantidad de datos generales y particulares, indicándole con precisión cómo quería que le realizara las descripciones de los libros. Desde su primera carta, y a lo largo de muchas más en 1865 y 1866, HARRISSE le pidió descripciones particulares de libros raros, una nueva versión de su lista de impresos del siglo XVI y un resumen de su versión de los orígenes de la imprenta en México. HARRISSE pudo actuar con tanta confianza y García Icazbalceta contestó con tanta generosidad porque ambos estaban imbuidos por la filosofía positivista de Auguste Comte (1798-1857) y de Herbert Spencer (1820-1903), que veía la ciencia como una

¹⁴ Sobre la amistad de Joaquín García Icazbalceta y José Fernando Ramírez véase: Emma Rivas Mata y Edgar O. Gutiérrez L. (compilación, estudio introductorio, transcripción y notas), *Libros y exilio. Epistolario de José Fernando Ramírez con Joaquín García Icazbalceta y otros correspondientes, 1838-1870*, México, INAH (Fuentes), 2010.

¹⁵ Jacques-Charles Brunet, *Manuel du libraire et de l'amateur de livres*, París, 1809. Para la quinta edición, reordenada y aumentada (1860-1865), Brunet pidió y obtuvo la ayuda de Joaquín García Icazbalceta: *Cinquième édition originale, entièrement refondue et augmentée d'un tiers par l'auteur*, París, Librairie de Firmin Didot Frères, fils et C. Imprimerie de l'Institut, Rue Jacob, 56, 1860-1865, 5 vols. La primera edición es de 1809. A la quinta edición se le hicieron varios suplementos y apéndices hasta 1880.

¹⁶ Henry HARRISSE, *Bibliotheca Americana Vetustissima. A Description of Works Relating to America, Published Between 1492 and 1551*, Nueva York, Geo P. Philes, 1866.



gran hermandad internacional de los científicos de todas las ciencias particulares, que colaboraban de manera desinteresada y generosa por el avance de cada una y de la gran síntesis del saber universal. Desde su primera respuesta, escrita, como toda su correspondencia con HARRISSE, en francés, García Icazbalceta le mandó muchos de los datos que le pedía, y en reciprocidad HARRISSE le mandó a García Icazbalceta algunos de los datos que podía no conocer y que había encontrado en la biblioteca de Lenox.¹⁷ O más bien, para ser precisos, en su ejemplar todo maltrecho y anotado de la *Bibliothèque Américaine* (1837) de Henri Ternaux (1807-1864), que, a falta de un verdadero catálogo (que Henry Stevens no le había podido hacer), le servía como catálogo provisional de sus propios libros.¹⁸ Además, Lenox y

Stevens no querían mucho, o más bien nada, a HARRISSE, y le dificultaban el acceso directo a su biblioteca neoyorquina, y lo llegaron a dejar esperando en la puerta sometido a las inclemencias de la nieve y el frío.¹⁹ Pero en este catálogo provisional HARRISSE había localizado la ficha del *Opera medicinalia* de Bravo, supuestamente impreso en México en 1549, y envió la información a García Icazbalceta, pidiéndole además información sobre este libro desconocido.

García Icazbalceta, por supuesto, se mostró muy interesado por el hallazgo, pero tuvo que reconocer que nada sabía de este libro ni sobre su autor. Puede parecer curioso que estudioso tan erudito como García Icazbalceta nada supiera sobre las menciones del *Opera medicinalia*

¹⁷ Joaquín García Icazbalceta y Henry HARRISSE, *Epistolario* (edición bilingüe y anotada de Rodrigo Martínez Baracs y Emma Rivas Mata), México, INAH, en prensa.

¹⁸ Henri Ternaux, *Bibliothèque Américaine, ou Catalogue des ouvrages relatifs à l'Amérique, qui ont paru depuis sa découverte jusqu'à l'an 1700*, París, Arthus Bertrand, Li-

braire-Éditeur, Librairie de la Société de Géographie, Rue Hautefeuille, 23. Imprimé chez Paul Renouard, Rue Garancière, 5, 1837.

¹⁹ Henry Stevens, *Recollections of James Lenox and the Formation of his Library* [1886], *Revised and Elicidated by Victor Hugo Paltsits*, Litt. D., Nueva York, The New York Public Library, 1951.

en las bibliografías médicas españolas de los doctores Hernández Morejón y Chinchilla, pero el hecho es que tampoco las habían consultado Lenox, Stevens y HARRISSE, ni el propio doctor Berendt, quien era médico.

El doctor Berendt tenía mejores relaciones con Lenox y Stevens que HARRISSE, por lo que, a petición de HARRISSE y de García Icazbalceta, acudió a la biblioteca neoyorquina de Lenox, donde pudo examinar el ejemplar del *Opera medicinalia* con detenimiento. Efectivamente, la fecha en la portada decía 1549. Pero Berendt tomó abundantes notas, hizo transcripciones y realizó calcas de la portada. Así salieron a la luz varios datos, como que el libro fue impreso por Pedro de Ocharte, que uno de los autores de los preliminares era Francisco Cervantes de Salazar (1513?-1575) y que una de las epístolas proemiales estaba dedicada al virrey don Martín Enríquez de Almanza (quien gobernó entre 1568 y 1580), todo lo cual hacía imposible la supuesta fecha de 1549, que, sin embargo, figuraba en la portada del libro. ¿Qué pensar? El asunto dio lugar a una gran cantidad de cartas y conjeturas intercambiadas por García Icazbalceta, HARRISSE, el doctor Berendt y Lenox. Se barajaron varias posibilidades: que 1549 es en realidad una inversión de 1594, que tal vez se imprimió hacia 1577, cuando hacía estragos la epidemia de 1576, y se llegó más bien a la probabilidad de que el libro haya sido escrito entre 1568 y 1572. Pero la fecha de 1549 en la portada seguía sin explicación.

Aunque García Icazbalceta sí tenía una explicación, o una parte de ella. Él había tenido la suerte de que su amigo el editor y librero José María Andrade (1807-1883) le regalara un libro que se consideraba perdido, los *Commentaria in Ludovici Vives exercitationes linguae latinae* de Francisco Cervantes de Salazar, impreso en 1554 en la ciudad de México por Juan Pablos (?-1560). Estaba y está perdida la portada de su ejemplar, que hasta la fecha es el único existente, hoy conservado en la Biblioteca Benson de la Universidad de Texas en Austin; pero se conserva una portada interna o portadilla a la parte de los *Commentaria* en la que se encuentran los *Diálogos latinos* originales de Cervantes de Sa-

lazar, con la fecha de 1554, idéntica a la calca de la portada del *Opera medicinalia* realizada por el doctor Berendt.²⁰ El enigma estaba cuando menos medio resuelto para García Icazbalceta: aunque el libro de Cervantes de Salazar era de 1554, el frontis de la portadilla decía 1549. Lo mismo debió suceder con el *Opera medicinalia*: aunque el libro había sido impreso entre 1568 y 1572, el mismo frontis había sido reutilizado y traía esta fecha de 1549, tomado de un impreso anterior, probablemente traído a México por el primer impresor Juan Pablos, oficial del impresor sevillano Juan Cromberger (?-1540), utilizada una vez por Juan Pablos para los *Commentaria* de Cervantes de Salazar y otra vez por Pedro Ocharte para el *Opera medicinalia* de Bravo. No sé si García Icazbalceta transmitió sus conjeturas a HARRISSE en las notas sobre el *Opera medicinalia* que le mandó, pero llegaron demasiado tarde para ser incorporadas a la *Bibliotheca Americana Vetustissima*. En todo caso, García Icazbalceta no le volvió a hablar de la identidad de los dos frontis, el de Cervantes de Salazar y el de Bravo, porque HARRISSE no menciona el tema en sus *Additions* a la *Vetustissima* de 1872.²¹ Pero, curiosamente, García Icazbalceta sí le habló de la identidad de los dos frontis a James Lenox, el malqueriente de HARRISSE, en una carta escrita el 19 de octubre de 1866, poco después de la publicación en julio de la *Vetustissima* de HARRISSE.²²

²⁰ Debo a la amabilidad de mi amiga y colega Emma Rivas Mata la posibilidad de consultar la calca realizada por el doctor Berendt de la portada del ejemplar de Lenox del *Opera medicinalia*, que se conserva en la Colección Ignacio Bernal de la Biblioteca Cervantina del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM).

²¹ *Bibliotheca Americana Vetustissima. A Description of Works Relating to America, Published Between 1492 and 1551. Additions*, París, Imprimé par W. Drugulin à Leipzig pour la Librairie Tross, 1872.

²² García Icazbalceta a Lenox, 19 de octubre de 1866; Colección Ignacio Bernal de la Biblioteca Cervantina del ITESM. Agradezco a Emma Rivas Mata haberme transmitido esta carta, así como el borrador de carta del 31 de enero de 1866, en la que García Icazbalceta se refiere a la identidad del grabado de la portada del libro de Cervantes de Salazar de 1554 y la del *Opera medicinalia*, pero tengo la impresión de que García Icazbalceta no le mandó esta

La *Bibliotheca Americana Vetustissima* se publicó en 1866, y HARRISSE incluyó el *Opera medicinalia* aunque expresó todas sus dudas sobre la fecha de 1549, que, sin embargo, no era una falsificación. Después de publicada la *Vetustissima*, HARRISSE viajó a París, su ciudad de nacimiento e infancia, donde se estableció por el resto de su vida. Allí, en efecto, su libro fue muy bien recibido, a diferencia de su tierra adoptiva de Estados Unidos, donde no dejó de ser un extranjero. HARRISSE continuó sus estudios históricos, historiográficos y bibliográficos, pero más orientados hacia la historia del descubrimiento de América y de los primeros viajes a Norteamérica (Estados Unidos y Canadá). La imprenta en México dejó de ser prioritaria para él y se fue alejando de García Icazbalceta. También se alejó porque, cuando el bibliógrafo Henry Stevens publicó en Londres un ataque feroz contra la *Bibliotheca Americana Vetustissima*,²³ García Icazbalceta no escribió la reseña que HARRISSE le solicitó insistentemente. Sucedió que con la caída en 1867 del imperio mexicano de Maximiliano, García Icazbalceta, sus amigos, su familia y sus negocios (haciendas en Morelos), sufrieron muy fuertes ataques de parte de los liberales triunfantes, de modo que le fue imposible concentrarse en lo que HARRISSE le pedía.

Sus relaciones, con todo, no se interrumpieron del todo. García Icazbalceta le mandó el segundo tomo de sus *Documentos para la historia de México*, sus *Apuntes para un catálogo de escritores en lenguas indígenas de América*, de 1866, y la segunda impresión de su edición gótica, impresa en su propia imprenta, de la “carta secreta” de Hernán Cortés del 15 de octubre de 1524. Y HARRISSE, de vez en cuando, le mandaba informaciones bibliográficas producto de sus viajes de investigación en Francia y las grandes ciudades de Europa.

En 1871 HARRISSE le escribió a García Icazbalceta desde Madrid, donde fue a visitar a su nuevo amigo el bibliófilo Manuel Remón Zarco

información en la carta definitiva en limpio, y sólo lo hizo en la del 19 de octubre.

²³ Carta firmada por G.M.B. [Green Mountain Boy], en *London Athenæum*, 6 de octubre de 1866.



del Valle (1833-1922). Zarco del Valle lo conectó con otro gran bibliófilo español, José Sancho Rayón (1830-1900), quien le hizo una “confesión” tremenda a HARRISSE, referida precisamente al *Opera medicinalia* y a su enigmática fecha: que fue él, Sancho Rayón, quien le vendió a un librero (posiblemente Tross) un ejemplar del *Opera medicinalia*, al que recortó en la portada una tirilla con la fecha de 1570, dejando visible solamente la fecha de 1549, presente en la portadilla heredada por Ocharte. Lo hizo, dijo, para vengarse de un librero, o jugarle una “broma”. Por fin quedó aclarada que la fecha del *Opera medicinalia* era 1570, aunque a García Icazbalceta se le hacía muy difícil aceptar que un sabio tan respetable como Sancho Rayón fuera capaz de semejante trapacería.

Pasaron los años, hasta que en 1879 Zarco del Valle le mandó una carta a García Icazbalceta en la que mencionó, a propósito de otro libro, la *Historia bibliográfica de la medicina española* del doctor Hernández Morejón.²⁴ Entonces pudo enterarse de la posible existencia de otro ejemplar del *Opera medicinalia* en España, y finalmente en 1881 se animó a preguntar a Sancho Rayón si él poseía un ejemplar. Sancho Rayón le contestó el 16 de octubre de 1882 y le confirmó que él tenía un ejemplar, que incluye un colofón con una nota manuscrita redactada acaso por el propio doctor Bravo, disculpándose con el lector por la gran cantidad de erratas y descuidos tipográficos de su libro.²⁵

García Icazbalceta nunca se animó a preguntarle a Sancho Rayón si era cierto lo que le había contado HARRISSE, que él había poseído un ejemplar, al que cortó una tirilla con la fecha de 1570 y se la vendió a un librero, quien se lo vendió a otro y éste a otro, hasta llegar a la biblioteca de Lenox. Pero el hecho es que Sancho Rayón tenía otro ejemplar, con la portada completa con la fecha de 1570 y además con el colofón (también sustraído en el ejemplar que dio a conocer TROSS en 1862) que precisaba que el libro se acabó de imprimir el 12 de septiembre de ese año, y que además tenía una nota manuscrita probablemente escrita por el mismo Bravo.

De modo que nos quedaremos, junto con García Icazbalceta, para siempre con la duda de si verdaderamente Sancho Rayón tuvo un ejemplar que mutiló, además de este ejemplar anotado por el mismo doctor Bravo. Pues todo pudo ser una burla bibliográfica de HARRISSE a García Icazbalceta, o de Sancho Rayón a HARRISSE, o incluso, del propio impresor Ocharte al doctor Bravo, el de imprimir un ejemplar eliminando la fecha de 1570 y dejando solamente la de 1549,

²⁴ *Entretenimientos literarios. Epistolario entre los bibliógrafos Joaquín García Icazbalceta y Manuel Remón Zarco del Valle, 1868-1886* (edición, introducción y notas de Emma Rivas Mata), México, INAH (Científica), 2003.

²⁵ Biblioteca Cervantina, Colección Ignacio Bernal, del ITESM, C 32-39. Emma Rivas Mata, "Estrategias bibliográficas de Joaquín García Icazbalceta", en *Istor*, núm. 31, 2007, p. 142.

pues en ese año fue precisamente cuando el doctor Bravo y Francisco Cervantes de Salazar coincidieron en la Universidad de Osuna y se hicieron amigos. Apunta a considerar esta posibilidad el que en el ejemplar de la New York Public Library nunca pude realmente confirmar que el papel había sido recortado allí donde falta la fecha de 1570. Ojalá los bibliógrafos materiales logren desentrañar este misterio.

Una duda sí se aclaró, sin embargo, pues tras la muerte de José Sancho Rayón su gran biblioteca se dispersó en varias, y aunque Henry Raup Wagner (1862-1957)²⁶ y otros bibliógrafos supusieron que el *Opera medicinalia* había quedado en la biblioteca madrileña de Francisco Zabálburu, nunca fue encontrado allí. Sin embargo, gracias a la reciente bibliografía médica hispánica dirigida por José María López Piñero (nacido en 1933) pude ver que un ejemplar del *Opera medicinalia* se encuentra en la Biblioteca de la Hispanic Society of America de Nueva York.²⁷ Acudí a examinar el ejemplar, y pude constatar sin ninguna duda que se trata del (segundo) ejemplar (no mutilado) de Sancho Rayón, pues ostenta la inscripción manuscrita en el colofón que describió Sancho Rayón en carta a García Icazbalceta, quien incluyó el dato en su *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. De modo que el segundo ejemplar del *Opera medicinalia* de Sancho Rayón no pasó a la biblioteca de Zabálburu, sino a la de Manuel Pérez de Guzmán y Boza Liaño Aubarede, marqués de Jerez de los Caballeros (1852-1929).²⁸ De ella pasó en 1902 a la del próspero y sabio neoyorquino Archer Milton

²⁶ Enrique R. Wagner, *Nueva bibliografía mexicana del siglo XVI* (1940), traducción de Joaquín García Pimentel y Federico Gómez de Orozco, México, Jus, 1946, pp. 248-249.

²⁷ J.M. López Piñero et al., *Bibliographia Medica Hispanica, 1475-1950*, Valencia, Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia, 1987, vol. I, p. 43.

²⁸ Antonio Rodríguez-Moñino, *El marqués de Jerez de los Caballeros. Semblanza de un gran bibliófilo*, Badajoz, Departamento de Publicaciones, Diputación Provincial, 1989, pp. 74, 75 y 91. Manuel Pérez de Guzmán y Boza Liaño, marqués de Jerez de los Caballeros era hermano gemelo de Juan Pérez de Guzmán y Boza, duque de T'Serclaes de Tilly (1852-1934), que también adquirió parte de la biblioteca de Sancho Rayón.

Huntington (1870-1955), quien la donó a la biblioteca de la Hispanic Society of America, que él mismo fundó en Nueva York en 1904. Y además pude constatar que este ejemplar perteneció anteriormente al doctor Hernández Morejón, el autor de la *Historia bibliográfica de la medicina española*, pues precisamente el párrafo del *Opera medicinalia* que cita Hernández Morejón aparece marcado con pluma con una línea al margen en este ejemplar.

Aparte de estos dos ejemplares neoyorquinos, apareció en México un tercer ejemplar. Lo registró por primera vez el doctor Nicolás León (1859-1929) en un artículo publicado por la *Gaceta Médica de México* en 1925.²⁹ El doctor León publicó la portada completa de este ejemplar, pero sin indicar su proveniencia. El doctor León falleció en 1929, pero en 1947 apareció entre sus papeles otra foto de la portada del *Opera medicinalia*, también tomada por el doctor León en 1925, pero con dos sellos de la Biblioteca Pública del Estado de Puebla y unas notas manuscritas.

Puede pensarse que el doctor León obtuvo prestado el ejemplar de la biblioteca poblana, le tomó una foto a la portada, borró los sellos y el texto manuscrito con la intención de apropiarse del ejemplar, le tomó otra foto con los sellos y el texto manuscrito borrados, la incorporó a su artículo de la *Gaceta Médica de México* sobre el *Opera medicinalia* y le mandó copias de la portada y del colofón a la New York Public Library.

Como el doctor León tiene fama como biblioclepto, se ha llegado a pensar que envió las fotos a la NYPL para ofrecerlas en venta, aunque yo prefiero pensar en un gesto de cooperación académica, pues el doctor León sabía que el ejemplar de la NYPL tenía la portada mutilada y le faltaba el colofón. En todo caso, el doctor León no pudo sustraer el ejemplar y lo tuvo que devolver. La primera foto de la portada, con los dos sellos y la anotación, se la guardó el doctor León, pero reapareció, como vimos, en 1947.

La foto reaparecida quedó en poder de los médicos bibliófilos cultos, particularmente del doc-



tor Francisco Guerra, quien la utilizó dos veces para evitar que el ejemplar poblano fuera robado identificándolo: la primera en 1950 y la segunda en 1956. Dos veces el ejemplar fue devuelto a la Biblioteca Lafragua de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, y durante mucho tiempo después del intento de 1956, que provocó un vistoso escándalo en la ciudad de Puebla, el libro se conservó en una bóveda bancaria, hasta que el diligente y profesional director actual de la Biblioteca Lafragua lo trasladó a la Biblioteca donde está muy bien cuidado, tanto de las manos codiciosas como de los estragos del calor, la humedad y los bichos.

Tres ejemplares, pues, son los que se conservan del *Opera medicinalia* del doctor Bravo: en la New York Public Library, el ejemplar mutilado, sin la fecha de 1570, que acaso recortó Sancho Rayón, y sin el colofón, que fue ofrecido en las subastas de 1862 de Tross y de Libri, antes de pasar a manos de Stevens y de Lenox; el ejemplar que fue del doctor Hernández Morejón

²⁹ Nicolás León, "El primer libro de medicina impreso en México", en *Gaceta Médica de México*, núm. 56, 1925, pp. 234-243.



y fue a dar también a la biblioteca de Sancho Rayón y de allí a la del marqués de Jerez, a la de Huntington y a la Hispanic Society of America; y el ejemplar poblano, que se salvó tres veces de ser robado, en 1925, en 1950 y 1956, siempre queriéndose ir a Nueva York, y que sufrió severas mutilaciones en la portada, la encuadernación y otras partes. Y por ahí en los cenáculos de los bibliófilos corre el rumor de que un cuarto ejemplar quedó nada menos que entre los libros que prefirió no donar a la Biblioteca Complutense el anciano y erudito doctor Francisco Guerra, que tan determinante fue para salvar el ejemplar poblano en los intentos sustractivos de 1950 y 1956.

En 1970 se cumplió el cuarto centenario del *Opera medicinalia* y se publicaron dos importantes estudios sobre este libro, uno del doctor Somolinos d'Ardois y otro del doctor Guerra, este último junto con una bella edición facsimilar hecha sobre la base del ejemplar poblano, e inclu-

yendo la determinante primera foto de 1925 del doctor León que apareció en 1947. Ambos estudios, basados en una cuidadosa lectura del texto mismo, aportaron información muy importante sobre el contenido del libro y las circunstancias y condiciones de su impresión. Pero un enigma quedó sin resolverse. Si el impresor Ocharte tomó la portada del *Opera medicinalia* de 1570, con la fecha 1549, de los materiales de Juan Pablos, quien la utilizó en 1554 para los *Commentaria* de Cervantes de Salazar, queda la duda de dónde tomó el propio Juan Pablos esta portada con la fecha de 1549. El doctor León, en su artículo de 1925, opinó que posiblemente se trataba de una portada francesa. El doctor Guerra, al no encontrar un original, se inclinó por la posibilidad de que se trate de una portada hecha en México, tal vez con el afán de contradecir al doctor León. Pasaron los años y solamente en 1992 el doctor Guerra encontró una portada en Francia que según él resolvió el enigma.³⁰ Se trata de la portada de una Biblia Vulgata impresa en Lyon por Baltasar Arnouillet con el mismo frontis, efectivamente, que el de las portadas de los *Commentaria* de Cervantes de Salazar y del *Opera medicinalia*. Pero esta portada de Lyon no ostenta la fecha de 1549 sino la de 1545. De modo que el enigma, lejos de resolverse, se complica, porque ahora nos falta saber por qué en la portada aprovechada para los dos libros mexicanos, o antes, se cambió la fecha de 1545 por la de 1549.

Como vemos, conforme se resuelven problemas respecto al *Opera medicinalia* de Francisco Bravo se agregan nuevos enigmas. Algunos de ellos se irán resolviendo y nos dan la alegría y orgullo de insertarnos en una historia de descubrimientos de la que somos parte activa.

Cambridge, Inglaterra,
martes 18 de octubre de 2011.

³⁰ Francisco Guerra, "La portada de la 'Opera medicinalia', México, 1570", en *Revista de Indias*, vol. LII, núm. 194, 1992, pp. 159-163.

Dos siglos, dos naciones: México y Francia 1810-2010

Jean Meyer*

I. 1810-1910

Primeros contactos

No es extraño hallar franceses en la Nueva España durante el siglo XVIII, dado el papel que éstos desempeñaron en España. Mercancías y hombres atraviesan de Francia a México por España y el movimiento se acelera en la segunda mitad del siglo. Los hombres llegan directamente de Europa: soldados, médicos, peluqueros, impresores, cocineros, orfebres, artesanos, artistas, talladores llevados por virreyes y oficiales. No se puede estimar su número, pues no se oye hablar de ellos excepto cuando tienen algún problema con la Inquisición. Encabezan una corriente de inmigración profesional especializada que continúa durante todo el siglo XIX. Los franceses provienen asimismo de América: tras la Guerra de los Siete Años, Luisiana pasa a España y sirve de antecámara para la inmigración al imperio español. ¿Cuántos escaparon de este modo a cualquier tipo de contabilidad? Son suficientemente numerosos para que se haya deportado una centena en 1795-1796, por temor

al contagio revolucionario. Militares como Porlier, que tuvo una actuación brillante durante la guerra civil (después de 1810); religiosos como los padres Taillandier o Fréville, el abate Jean Chappe d'Auteroche, científicos como este último, Thierry de Menonville o Aimé Bompland, los franceses son más numerosos de lo que se cree en un mundo menos cerrado de lo que se ha dicho. Desde el siglo XVIII vienen del Béarn, como, por ejemplo, el antepasado de Miramón.

Son 700 en una lista del año 1800.

El final de las guerras napoleónicas aporta su contingente de héroes fatigados: 900 veteranos se instalan en el Champ d'Asile, en Texas, en la bahía de Galveston. Jean Arago, hermano del astrónomo, compañero de Francisco Javier Mina, inicia una carrera de general mexicano, algunos oficiales se instalan en numerosos puntos del estado de Veracruz: Acayucan, San Andrés Tuxtla. La inmigración del siglo XIX se vuelca en buena medida sobre dicho estado por la presencia de aquéllos. Quince franceses se encuentran entre los fundadores de Tampico. Algunos años más tarde, en 1821, llegan los primeros barcelonnettes, Arnaud —propietario de una hilatura de seda en Jausiers—, Joseph Coutollenc —su hijo será general mexicano y su nieto, senador— luego los Caire, Derbez, Ebrard, Manuel, Jaufred... Con ellos se inicia una nueva etapa de

* Centro de Investigación y Docencia Económica.

inmigración francesa, ligada al comercio y, posteriormente, a la industria y a la banca.

Detrás de sus súbditos, el gobierno francés, que tardó en reconocer la independencia de los países americanos, envía en 1823 al teniente de marina Samouel, para informarse sobre la economía, las finanzas y el ejército de México. Comienza una ola de viajeros que no se agota hasta la Primera Guerra Mundial, y que mediante sus escritos estimula la partida de franceses hacia México, los sueños del reino francés, imperio de México o gran ducado de Sonora... Entre 1820 y 1830 ¡son más de 300! Acaudalados excéntricos como Fred Maximilien, barón de Waldeck, sacerdotes como el prolífico abate Domenech, sabios pagados por el gobierno para estudiar las posibilidades del canal de Tehuantepec, técnicos contratados, arqueólogos. Son los Isidore Lowenstern, Duflot de Mofras, Arthur Morelet, Just Girard, Jean Jacques Ampère, Désiré Charnay, Alfred de Valois, Brasseur de Bourbourg.

En algún momento se soñó con resolver el problema agrario y demográfico del campo francés y el problema agrícola y demográfico de las tierras vírgenes mexicanas mediante la inmigración internacional. Fracasa la colonia del río Coatzacoalcos. Una segunda colonia fue fundada en 1833 por colonos borgoñeses, provenientes sobre todo de Champlite, en Jicaltepec-San Rafael (Veracruz).

La cultura francesa fue un horizonte de referencia a partir del siglo XVIII. Por su lado, la Nueva España comenzó a suscitar la curiosidad de Francia en el mismo momento, como tierra desconocida y misteriosa vagamente identificada con viejos imperios indígenas y mitos dorados reforzados por el auge minero. Esa curiosidad justifica el envío del capitán Jean Monségur en misión secreta a México en 1707, con el encargo de levantar un informe riguroso sobre el estado del gobierno colonial, la economía y los recursos del remoto país americano. Ese informe, el *Manuscrito de Jean Monségur* —que en sus versiones modernas se titula *Memoires du Mexique*— señala el principio de la mutua fascinación entre ambos países.

La de los novohispanos por Francia, claro, fue de otro talante. Los jesuitas mexicanos ilustrados del XVIII (y el cura Hidalgo), por ejemplo, se apasionaron por los autores franceses muy temprano: Francisco Javier Alegre tradujo el *Arte poética* de Boileau, mientras que Francisco Javier Clavijero y Benito Díaz de Gamarra traducían y estudiaban a Descartes, Malebranche, Voltaire y Rousseau. Más tarde, en 1801, fray Servando Teresa de Mier se instalará en París y fundará la que quizás fue la primera academia de lengua española en Francia.

Las ideas de los filósofos franceses de la Ilustración son una de las fuentes de inspiración de los insurgentes y, más tarde, de los arquitectos de las instituciones del México independiente. La presencia de las ideas de la Revolución francesa, y más tarde la epopeya napoleónica y también el pensamiento liberal y conservador generaron una influencia francesa en México. Es cuando Francia empieza a gozar de un prestigio que facilitaría los contactos culturales entre ambos países para rato.

Si bien Francia figuró entre los últimos países de Europa en entablar relaciones diplomáticas con México, el movimiento independentista llamó muy temprano la atención de Napoleón. Al fracasar sus intentos por convencer a los criollos mexicanos de la conveniencia de aceptar el gobierno de José Bonaparte, el emperador alentó el movimiento independentista por medio de sus agentes en Estados Unidos: un interés que frustraba la imposibilidad de enviar refuerzos y armas a los insurgentes debida al dominio que en los mares ejercía la armada inglesa. Restablecida la monarquía borbónica, los agentes secretos enviados a México, y los oficiales de la armada francesa presente en aguas mexicanas, tenían al tanto a París de los avances insurgentes y aconsejaban la necesidad de contrarrestar la creciente influencia inglesa. Sin embargo, la corte de Luis XVIII, en estrecha alianza con la de Madrid, se negó a recibir al ministro plenipotenciario enviado por Agustín de Iturbide luego de la salida del último virrey español en 1821. La Santa Alianza y el Pacto de Familia eran un impedimento para

que Francia reconociese la independencia de las nuevas naciones latinoamericanas.

El primer contacto diplomático entre México y Francia (1826) obedeció a razones estrictamente económicas. Las relaciones, meramente mercantiles, se establecieron mediante el envío a México de un agente comercial francés y la admisión en París de una contraparte mexicana. Los señores Murphy —padre e hijo— fueron los primeros representantes mexicanos acreditados en Francia. Con la revolución parisina de julio de 1830, el gobierno de Luis Felipe, en septiembre del mismo año, reconoció oficialmente la Independencia de México. Envió a un ministro plenipotenciario a México y otorgó categoría diplomática, con rango de encargado de negocios, al agente comercial mexicano en París, Fernando Mangino.

Las relaciones franco-mexicanas experimentaron un auge particular en el campo comercial entre 1830 y 1838. En la Legación Mexicana en París se suceden los ministros Lorenzo de Zavala, Lucas Alamán, Luis Cuevas y Máximo Garro. El comercio francés en México florecía y Francia ocupó el tercer lugar entre sus socios comerciales, con 23 por ciento del comercio exterior, después de Estados Unidos e Inglaterra. Los intercambios eran, sin embargo, muy desiguales: para 1831 se calculaban en 46 millones de francos, de los cuales 37 correspondían a las importaciones venidas de Francia, y sólo nueve a las exportaciones mexicanas. México, por su parte, era el cuarto cliente de Francia en el mundo, y sus negocios al menudeo dominaban al país con medio millar de tiendas establecidas.

El imperialismo francés

Desde 1826 hasta 1861, una larga serie de informes, consejos, proyectos e invitaciones familiarizan a París con la idea de una “intervención francesa”; “l’expédition du Mexique” de Napoleón III no fue el fruto de una idea nueva, como tampoco lo había sido la campaña de Egipto encargada por el Directorio a su tío Napoleón Bonaparte: aquella la acariciaban los diplomáticos franceses y los comerciantes marseleses del siglo XVIII.

En 1826 un capitán Cuvillier presenta un “informe sobre la situación de México” que la pinta como catastrófica, algo que repiten los informes diplomáticos de 1836, 1839, 1840, 1843, 1846, 1847, 1852-1853, 1857-1858... Desde 1830 surge un proyecto de “reino francés” en el norte de México para cerrar el paso al expansionismo estadounidense claramente denunciado: “un ejército de 15,000 hombres será suficiente”. En 1843 el “Tableau du Mexique par M. Guérout” afirma que “la intervención europea puede contar con un éxito fácil”.

Ese “Cuadro” se completa con un estado del país, de su ejército, con planos de los fuertes de San Juan de Ulúa, Veracruz, Perote, Puebla, una descripción del itinerario hasta México, para realizar “el gran proyecto”... Concluye que se debe crear “una monarquía fuerte o resignarse a que el mundo antiguo pierda las riquezas del Nuevo”. Ingleses y españoles no dicen otra cosa...

Otro informe afirma que “no existe una nación mexicana” y por lo tanto “una santa misión se ofrece a Francia”, según el diplomático A. de Cipay.²

En 1857-1858, París recibe un “Projet pour la régénération du Mexique”.³ En los tres años que preceden la intervención francesa, el tema se expande y ocupa los tomos 49, 50 y 56 de la Correspondencia diplomática, sin contar los proyectos sobre Sonora, Chihuahua y el canal de Tehuantepec.

En 1838-1839, la “Guerra de los Pasteles” no desemboca en una “intervención” porque en ese momento el propósito inconfeso de París —las reparaciones por los daños sufridos por los franceses en el motín del Parián en 1828 son un pretexto— es obtener por fin el tratado de comercio favorable a los intereses franceses, tratado tan deseado desde 1828.

Dejo la palabra a Jacques Penot en cuanto a las operaciones militares:

² Ministère des Affaires Etrangères, Correspondencia Diplomática (MAE/CD), vol. 24, ff. 81-96; vol. 26, f. 166; vol. 27; vol. 29, p. 121.

³ *Ibidem*, vol. 46, ff. 104-120.



COMBAT DANS LA COUR DE PÉNITENCIER. — D'après un croquis de M. V. Pléssier.

Cuando la marina francesa tuvo que entrar en guerra contra México lo hizo sin aprobar dicho conflicto y sólo en cumplimiento de las órdenes emanadas de un gobierno ávido de expansión económica. El capitán de navío Bazoché, agotado por las dificultades del bloqueo, solicitó que se le relevara de su puesto. Su sucesor, el almirante Baudin, por quien con seguridad nuestros amigos mexicanos no sienten la menor estimación, tuvo, sin embargo, la constante preocupación de preservar las vidas humanas y de evitar a la población los horrores de la guerra. Nunca deseó obtener una victoria rápida utilizando medios que juzgaba deshonorosos. Aún antes de salir de Francia ya había rechazado con altivez un proyecto cuyo propósito era el de adueñarse de la ciudad de Veracruz quemándola. Por el contrario, siempre quiso proteger de la destrucción a esa bella y heroica ciudad. Enviado a México con órdenes de obtener por la fuerza las reparaciones y el tratado, obedeció adueñándose del fuerte de San Juan de Ulúa, pero toda su correspondencia oficial y privada, y sobre todo su diario personal, revelan su total desaprobación del conflicto. Como almirante en servicio de guerra, la supo conducir con honor sin dejarse llevar jamás por deseos de gloria, o por la pasión y aún menos por el odio. No quiso comprometer el porvenir de las relaciones franco-mexicanas imponiendo a sus adversarios condiciones demasiado duras. Al poner fin al conflicto, cuidó del honor de México y pensó en el interés de todos. Demostró la confianza que ponía en los mexicanos al retirarse de la fortaleza de San Juan de Ulúa, antes de haber recibido un tercio de los 600 mil pesos de indemnización exigidos por Francia, pasando así por alto las instrucciones de su Gobierno que le indicaban expresamente mantenerse en la fortaleza mientras no fuera pagada íntegramente dicha suma. Su confianza no fue defraudada. El Gobierno mexicano saldó

su deuda con toda la puntualidad; se procedió a la firma y ratificación del tratado y, poco tiempo después de terminado el conflicto, se restablecieron rápidamente las relaciones diplomáticas y comerciales entre los dos países. A su regreso a Francia, el almirante Baudin fue objeto de críticas por parte de la opinión pública, que lo acusaba de haber concedido a los mexicanos condiciones demasiado benévolas, de no haber aprovechado las luchas interiores entre federalistas y centralistas, y de no haber buscado el apoyo de los partidarios del establecimiento de la monarquía extranjera en México. Con altivez y dignidad contestó que había actuado conforme a su conciencia y su honor. Como se verá por las siguientes líneas que envió al mariscal Soulé, presidente del Consejo, el almirante, inclusive, dio una lección a su Gobierno proclamando que ningún pueblo tiene derecho a intervenir en los asuntos de otro para imponerle un soberano o cualquier otra forma de gobierno:

“Entre todas las naciones, Francia es hoy en día la más interesada en proclamar y sostener el principio de que ningún pueblo tiene derecho a intervenir en los asuntos de otro para imponerle un soberano o cualquier forma de gobierno. Francia debe respetar en otros países el principio que desea ver respetado en el propio”.

Sabia lección, desgraciadamente olvidada por Napoleón III en 1862.⁴

Se habla a menudo de los filibusteros estadounidenses y de sus intentos por despedazar al país; ahora bien los franceses no se quedaron atrás, si bien fracasaron, como el más conocido de todos, Gaston Raousset-Boulbon quien en 1852, luego en 1854, se la juega en Sonora y pierde la vida.

⁴ Jacques Penot, *Primeros contactos diplomáticos entre México y Francia, 1808-1838*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1975, pp. 116-117.

La intervención francesa

“La grande pensée du règne” viene después de treinta años de formulaciones repetidas del “grand projet”.

La aparición de Napoleón III envió al exilio, de nuevo, a muchos republicanos, algunos de los cuales llegaron a México, como Alfred Auguste Dugés, que enriquecerá el conocimiento científico de la fauna mexicana. Cuando en 1857 el gobierno de México proclamó una nueva Constitución, le incorporó muchos elementos del Código Napoleónico. En el mismo momento, los conservadores derrotados soñaban con la implementación en México de una monarquía fuerte, presidida por un príncipe europeo capaz de hacer por México lo que Napoleón III estaba logrando en Francia. El monarca francés se interesó en la idea, atraído por la riqueza del país y por su vecindad con la naciente potencia estadounidense. La suspensión en 1861 del pago de la deuda externa provocó el enfado de España, Inglaterra y Francia. Ingleses y españoles aceptaron negociar, pero Francia decidió romper relaciones y enviar una pequeña fuerza armada que fue derrotada en Puebla el 5 de mayo de 1862. Reforzados con el envío de veinticinco mil hombres, los franceses tomaron la capital en 1863 para Maximiliano de Habsburgo, ahora emperador de México. No fueron pocos los franceses que se opusieron a una aventura siempre impopular. El poeta Victor Hugo, exiliado voluntariamente, otorgó su apoyo a la causa liberal mexicana:

[...] Tenéis razón en creerme con vosotros. No os hace la guerra Francia; es el imperio. Estoy con vosotros. Vosotros y yo combatimos contra el imperio; vosotros en vuestra Patria, yo en el destierro. Luchad, combatid, sed terribles y, si creéis que mi nombre os puede servir de algo, aprovechadle, apuntad a ese hombre a la cabeza con el proyectil de la libertad.

Valientes hombres de México, resistid. La República está con vosotros y hace on-

dear sobre vuestras cabezas la bandera de Francia con su arco iris. Esperad. Vuestra heroica resistencia se apoya en el derecho y tiene a su favor la certidumbre de la justicia.

El atentado contra la República Mexicana es un atentado contra la República Francesa. Una emboscada completa la otra. El imperio fracasará en esa tentativa infame, así lo creo, y vosotros venceréis. Pero ya venzáis o seáis vencidos, Francia continuará siendo vuestra hermana, hermana de vuestra gloria y de vuestro infortunio. Y yo os repito que estoy con vosotros: si sois vencedores, os ofrezco mi fraternidad de ciudadano; si sois vencidos, mi fraternidad de proscrito.⁵

Los soldados franceses tenían una visión humorística de las causas de la Intervención:

Érase una vez un presidente de la República mexicana llamado Zuloaga que era un viejo cornudo. Su joven y guapa mujer se enamoró de un hermoso muchacho llamado Miramón; consiguió que su marido lo hiciera general y luego obligó a su marido a abdicar a favor de su amante. Pero un malvado llamado Juárez pretendió que a él le tocaba la presidencia y corrió al joven y hermoso Miramón; entonces Miramón le firmó a un banquero llamado Jecker una letra reconociendo muchos millones de los cuales recibió muy poco, utilizó ese poco para hacer la guerra a Juárez, quien lo derrotó y por lo mismo arruinó a Jecker. Pero el emperador Napoleón tenía un hermano, el duque de Morny, que siempre necesitaba dinero; el tal duque compró a Jecker su vale por unos centavos y llevó a su hermano Napoleón a hacerle la guerra a Juárez para obligarle a pagar el préstamo conseguido por el rebelde Mira-

⁵ Victor Hugo, *Actes et paroles pendant l'exil*, Londres, Melson, 1911, pp. 321-323.

món para destruir al gobierno legítimo de su país.⁶

Esa interpretación, recogida por quien era entonces un joven teniente coleccionista de “pequeños buddas” en Oaxaca, no está nada mal, si bien no toma en cuenta “el gran pensamiento del reino”: ponerle un alto al rápido desarrollo de la joven república de los Estados Unidos tomando como base de operaciones a México. Napoleón esperaba una buena acogida por parte de los mexicanos, “raza latina” como los franceses, gracias al rencor que guardaban a los Estados Unidos, que les habían quitado Texas y California. Dueño de México, o mejor dicho, en acuerdo con México, el emperador soñaba con apoyar a los Estados del Sur (otra “raza latina”) contra los anglosajones del Norte. La Unión captó inmediatamente la amenaza, y tan pronto como hubo acabado con los confederados exigió, invocando la doctrina Monroe, la pronta retirada de los franceses. Así fue. Napoleón tomó la amenaza muy en serio y anunció inmediatamente al mariscal Bazaine su decisión de poner fin a la Intervención; como le exigió guardar un total secreto sobre ese cambio de planes, el mariscal cayó bajo la sospecha de llevar un doble juego, hasta la traición, lo que no fue el caso.

El resultado fue la retirada anticipada, el abandono de Maximiliano cuando aquél optó por quedarse, la pérdida del prestigio conseguido en Argelia, Italia, China, Líbano. Tres años después de Querétaro, la derrota de Sedán selló el destino del Segundo Imperio.

La empresa de dar un gobierno estable y regular a México, a través de ese gobierno bien asentado, ilustrado, liberal, favorecer el desarrollo de una sociedad avanzada, preparar para los tiempos venideros un gran Estado de peso en la balanza del mundo; esa empresa está hecha para gustar a los corazones generosos y para ganar la simpatía de esta-

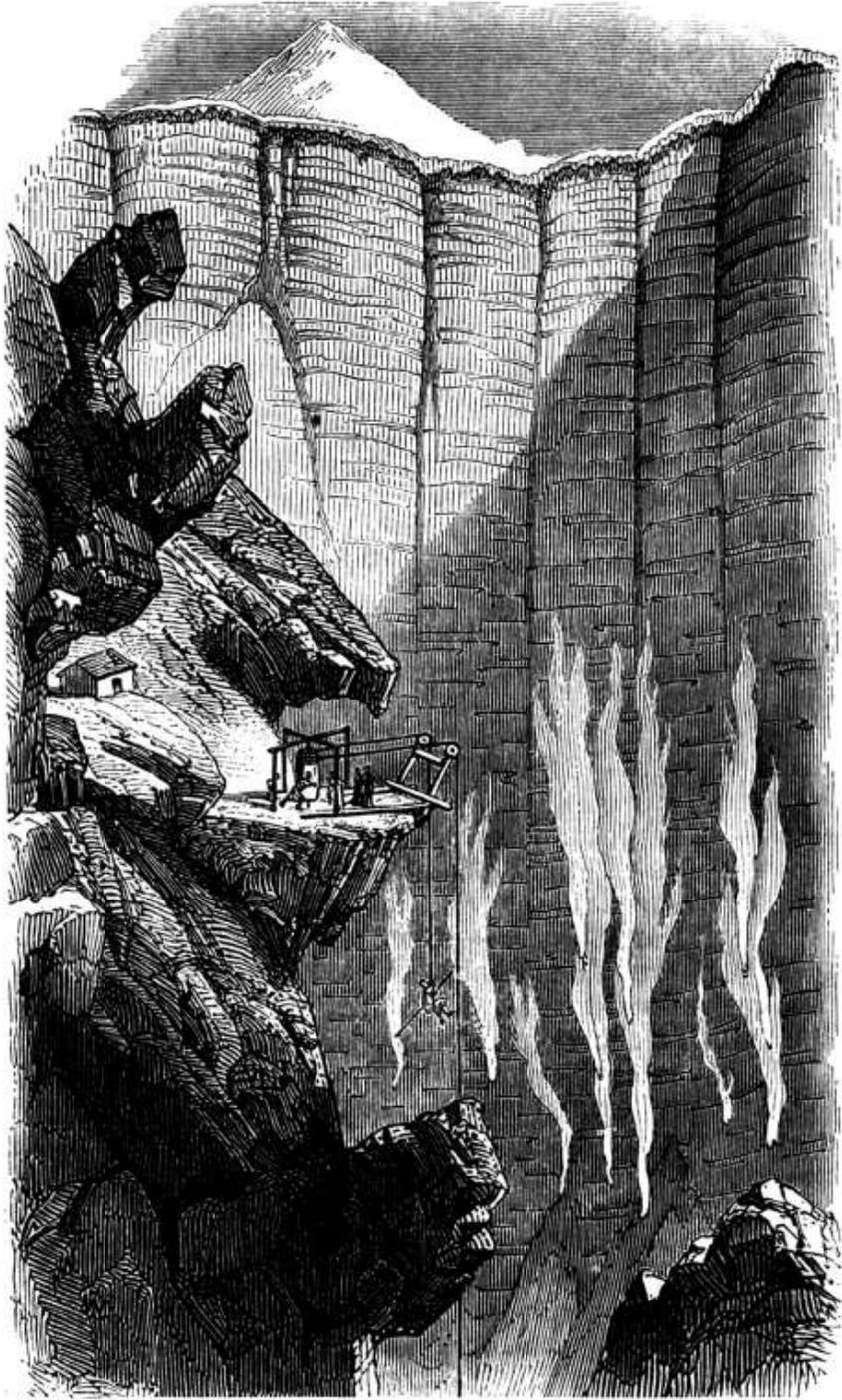
distas preocupados de los intereses más elevados de la política francesa [...] ⁷

escribía Michel Chevalier en abril de 1862, cuando las tropas francesas se preparaban para el asalto sobre Puebla. No fue así.

Y aquí va un recuerdo mío muy personal —escribe Justo Sierra—. Yo, simple y gordo estudiante de filosofía y derecho, complicado con la lectura asidua de los folletos antinapoleónicos de Víctor Hugo y de cuanta obra revolucionaria podía pescar, asistí a algunas conferencias de hombres perfectamente probos y liberales que dieron su adhesión al imperio, en virtud de este razonamiento que oí repetir cien veces: la república no puede restablecerse contra el empeño del emperador francés resuelto ‘evidentemente’ a apurar en México todos sus recursos hasta lograr la pacificación; el gobierno legal de Juárez va acabar o ha acabado, sin sustitución constitucional posible; Juárez, para sobreponerse a los franceses, necesitará venir en los bagajes de cien mil americanos; la independencia del país, que es antes que la república, tiene, pues, dos amenazas supremas: el imperio sostenido por los franceses; la república restaurada por los americanos. Tenemos, pues, el deber de ayudar a quien trate de impedir estos dos peligros. Los que habían hablado con Maximiliano (podría yo citar nombres, lo haré en mis memorias) afirmaban que el príncipe les había comunicado confidencialmente este programa: si el partido liberal me ayuda, prometo, en primer lugar, hacer inútil por medio de la paz, no sólo impuesta, sino aceptada y por medio del divorcio con el partido ‘mocho’, que nos atraerá a los liberales militantes, la permanencia de los franceses en México; obtenida así esta independencia, yo doy a

⁶ General Zédé, “Souvenirs de ma vie”, en *Les carnets de La Sabretache*, 1935, p. 72.

⁷ Michel Chevalier, “L’expédition du Mexique”, en *La Revue des Deux Mondes*, 1 de abril de 1862.



Cratère de Popocatepetl.

ustedes (decía Maximiliano) mi palabra de honor de que me considero un jefe provisional y de transición en la nación mexicana, que, una vez consolidada nuestra independencia en ambos sentidos, hemos de llamar al pueblo a una consulta libre, enteramente libre, y si se pronuncia por la república, entregaré el gobierno a quien elija; lo natural es que sea a Juárez.

Ahora es cuando vemos la dosis formidable de ilusión que había en este modo de pensar; entonces era muy difícil, casi imposible, ver claro y ver recto. De este error vino la adhesión de muchos al imperio, no del deseo “inhumano” de traicionar a la patria; creyeron servirla, los que no estaban obcecados por la pasión política o religiosa, los que no podían partir del concepto de que no hay patria sin religión y menos contra la religión. Y cierto, la franqueza en apariencia incontestable del razonamiento que acabo de simplificar en unas cuantas palabras realza el mérito de quienes se mantuvieron firmes en torno de la bandera republicana en una lucha que, durante una época, fue sin ilusiones, casi sin esperanza.

Precisamente esto fue lo que determinó a Napoleón a retirarse; tres cosas exigían, con la exigencia de tres fatalidades ineluctables, la retirada del ejército francés: 1) La imposibilidad de aclimatar en el suelo mexicano, formado por la lava de las revoluciones, una monarquía; la resistencia creciente o decreciente, pero incesante del pueblo a los invasores, que llegó a formar, para estos mismos, la demostración perfecta de la primera verdad que está documentada ya y lista para ser utilizada por la historia. 2) La amenaza cada vez más clara de una guerra con la triunfante federación americana; cierto que hubo un momento en que se pensó organizar la resistencia y en que Napoleón ofreció a Bazaine mandar los refuerzos necesarios, pero esto fue una de tantas veleidades del irresoluto soberano, y pronto se encomendó a la diplomacia dar un aspecto decente a un abandono inevitable. 3) El

estado de la cuestión germanoitaliana en Europa. Si antes de Sadowa pudo haber vacilación, no la hubo después.⁸

Después de la intervención: paradojas

No solamente los franceses residentes en México no fueron molestados, sino que entre mil y dos mil soldados franceses pudieron quedarse tranquilamente en el país.

Luego de la derrota de Maximiliano, las relaciones diplomáticas se suspendieron por espacio de trece años, toda vez que Francia condicionaba su restablecimiento a la negociación de la deuda. Esta condición sería satisfecha por el gobierno del general Porfirio Díaz, quien desde su primer periodo presidencial decidió romper con el aislamiento de México frente a Europa y reabrió las puertas al capital inglés y francés, para extender las líneas de ferrocarril y explotar los centros mineros del norte.

Benito Juárez, para quien “la causa republicana francesa es la causa de todos los pueblos libres”, recomendó a los franceses luchar contra los prusianos utilizando la misma táctica de guerrillas que venció a Bazaine en México. Para colaborar en la causa de la Francia republicana contra Prusia, Juárez apoyó el envío de tropas mexicanas hacia Francia: “la Legión Mexicana —escribe el presidente Juárez en una carta hecha pública por el diario *Le Rappel* en 1870— es digna de combatir y morir al lado del ejército francés regenerado, por la sagrada causa de la república universal”. Vendría después en 1871, la Comuna... Varios comuneros, al ser derrotados, llegarían exiliados a México, y divulgarían ahí ideas y letras socialistas...

“La guerra de intervención francesa (que) ha tenido sobre el porvenir de la colonia de nuestros nacionales [...] una considerable y afortunada influencia”, escribe Arnaud. Las simpatías de la colonia por Juárez le evitaron problemas ulteriores y durante la guerra su origen les valió la clientela de los proveedores del ejército francés.

⁸ *El Mundo*, 17 de diciembre de 1899.

Los comerciantes franceses se beneficiaron de las sumas considerables gastadas en el mantenimiento del ejército y por los soldados del cuerpo expedicionario. Muchas grandes fortunas se hicieron entonces. La intervención resultó además en la creación de una línea marítima entre St. Nazaire y Veracruz, abierta a las mercancías cuyo transporte caía de 320 francos a 20 francos los cien kilogramos. Los franceses se libran entonces de las casas de mayoreo inglesas, alemanas y españolas para comprar directamente en Francia y en Manchester y fundar sus propias firmas distribuidoras. Una de las consecuencias más afortunadas para el comercio fue el gusto por el gasto y el lujo en el vestido desarrollado en proporciones enormes en todo México.⁹ El comercio de ropa, ya en gran parte en manos de los “Barcelos”, prospera. En el momento en que México va a conocer el despegue económico, en el último tercio del siglo, existía un grupo de franceses ricos y emprendedores. Éstos aprovechan su oportunidad histórica.

Entre 1870 y 1890 el imperio comercial francés se desarrolla y liquida a sus rivales: “en la época de nuestros desastres, un soplo de cólera e indignación se levantó en la colonia francesa”, escribe Leon Signoret.¹⁰ La explicación psicológica e ideológica tal vez no sea la única, pero jugó un papel importante en el asalto lanzado entonces en contra del comercio alemán. Es notable el hecho de que el comercio alemán, en expansión en el resto del mundo, tuviera que renunciar a la industria del vestido, al por mayor y al por menor, y refugiarse en la quincallería.

Los franceses no se limitan a monopolizar la ropa, la rama comercial más importante, sino que se lanzan a todas las ramas. Es la edad de oro de los grandes almacenes franceses: Palacio de Hierro, Puerto de Veracruz, Puerto de Liverpool, Centro Mercantil, Ciudad de Londres, Correo Francés, Nuevo Mundo... Pertenecen a sociedades en las que se encuentran todos los grandes

nombres de Barcelonnette. No se utilizan apenas capitales de Francia y ya no se depende de la industria francesa, puesto que de los 150 millones de francos en mercancías vendidas cada año, apenas la vigésima parte procede de Francia.

Para 1880, cuando se restablecen las relaciones diplomáticas, la presencia de la colonia francesa en el altiplano mexicano, más urbanizado, tenía el peso político para animar esa cordialidad. Porque si bien la emigración francesa hacia México no llegó con grandes inversiones en capital, sí aportó conocimientos y relaciones que le permitirían desarrollar florecientes negocios sobre todo en el área textil, de la banca y de la industria de la transformación.

Ernest Pugibet, gran industrial, forma en 1895 una sociedad para renovar la fábrica de San Ildefonso (una vez más se importan ingenieros, contramaestres y jefes de equipo de Francia “para desarrollar las buenas cualidades innatas de los obreros indígenas”). Pugibet había creado en 1875 una fábrica de cigarrillos, El Buen Tono, que se vuelve sociedad anónima en 1894 con un capital de un millón de pesos. La sociedad transformada en 1898 emplea a dos mil trabajadores y crea otra, igual de importante, en Nueva York. Estos éxitos que estimulan los capitales franceses de México y de Francia (por medio de la Unión Parisiense, el Banco de París y los Países Bajos, etcétera) no se detienen ahí: papeleras de San Rafael, vidrieras de Calpulalpan, Compañía Litográfica y Tipográfica Francesa, compañía de aguas gaseosas, Compañía Electrica (ciudad de México), Compañía de Fuerza Motriz y de Irrigación (Hidalgo), Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey (capital de 10 millones de pesos, 2/3 franceses), Compañía Nacional Mexicana de Dinamita y Explosivos. La entrada de los franceses en el campo de la metalurgia y de los explosivos se debe a las inversiones de bancos franceses en las minas mexicanas: las más espectaculares son las de la mina de cobre El Boleo en Baja California (París, 1885, capital de 12.5 millones de francos), y Dos Estrellas (20 millones invertidos) en Michoacán. Posiblemente una consecuencia inesperada de la expedición francesa haya sido que las inversiones mostraran

⁹ Pierre Arnaud, *L'emigration et le commerce français du Mexique*, París, Université de Paris/L. Boyer, Imprimeur, 1902, p. 63.

¹⁰ Jean Meyer, “Los franceses en México en el siglo XIX”, en *Relaciones*, vol. 2, núm. 16, 1980.

menos inclinación que en otras partes por los fondos del Estado: durante mucho tiempo fue imposible colocarlos en Francia a causa del obstáculo del empréstito de Maximiliano. Fue preciso aguardar a que los bancos que participaron reembolsaran por su cuenta a los portadores perjudicados, es decir, hasta principios del siglo XX.

La banca. La entrada de la banca francesa en el sector bancario mexicano es bien conocida: en 1881, Edouard Noetzelin, presidente del Banco Franco-Egipcio, obtiene una concesión bancaria y crea el Banco Nacional Mexicano, rápidamente transformado en Banco Nacional de México, por fusión con el Mercantil, Agrícola e Hipotecario. Los fondos eran franceses (de Europa), mexicanos, españoles y franceses (de la colonia residente). En 1910, 70 por ciento de los 20 millones de pesos de capital era propiedad de franceses. El Banco de Londres y México (1889) se encuentra en 1902 con cinco miembros del consejo (de doce) que son los directores de las principales firmas comerciales francesas en México. Los franceses controlan entonces 46 por ciento de sus 21.5 millones de pesos de capital. El Banco Central Mexicano (1899), después de varios incrementos de capital en los que desempeña un papel importante la Unión Parisiense, es francés en 60 por ciento (18 de 30 millones de pesos). Si se añaden las participaciones en bancos regionales e hipotecarios, se llega a los resultados siguientes:

Cuadro I

Situación de la banca a finales del siglo XIX

Grandes bancos de la capital	50 750 000
Bancos estatales	8 310 000
Hipotecarias e inmobiliarias	34 850 000
Sociedades financieras	600 000
TOTAL	94 510 000
Acciones dispersas valuadas en	5 484 000
GRAN TOTAL	99 994 000*

*Esta cifra no toma en cuenta la cuota de los títulos nominales (cuota media de 1910-1911), es decir 235 millones de pesos. Fuente: Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia moderna de México*, vol. VII, *El Porfiriato. Vida económica, 1953- 1973*, México, Hermes, 1985, p. 1061, cuadro XVI.

Las inversiones bancarias de Estados Unidos siguen muy detrás con 34 millones; Inglaterra con diecisiete, Alemania con doce. Francia ocupa de este modo el primer rango con 60 por ciento de los capitales, y si bien el papel de la metrópoli es importante, el de los franco-mexicanos no lo es menos: la extensión de sus empresas comerciales e industriales los ha llevado a los negocios bancarios, a donde no temen llevar sus fondos disponibles. El círculo se cierra cuando unos capitalistas franceses y suizos fundan en 1900 la Sociedad Financiera para la Industria de México (en la que se encuentra Noetzelin), con un capital inicial de cinco millones de francos.

Balance de las inversiones. El embajador de Francia responde al Quai d'Orsay en 1902 que los franceses han invertido 300 millones de francos (115 millones de pesos), si se excluye la deuda pública y el ferrocarril. Esta estimación baja (disminuye todavía la de Neymarck en 1909) es corregida por la de Auguste Genin, representante de los francomexicanos, en *L'Economiste Européen* (en 1910 y 1914), y d'Alexis Caille (1913). Genin señala 625 millones de francos (250 millones de pesos) como capital invertido en las explotaciones agrícolas, comerciales e industriales *enteramente* francesas. *L'Economiste* hace referencia a un total (deuda, banca, ferrocarril, servicios públicos, minas, industria, comercio, petróleo, etc.) de 2 401 millones de francos (964 millones de pesos).¹¹

En México, la afluencia de capitales se ve estimulada, aparentemente, por la reforma monetaria (abandono de hecho del bimetalismo, adhesión al oro, estabilización del peso). Mientras que los fondos públicos constituyen en 1912 el 70 por ciento de la fortuna francesa en el extranjero, no constituyen más que 28 por ciento del portafolio francés en México, pero los franceses controlan 66 por ciento de la deuda

¹¹ Auguste Genin, *Les français au Mexique du XVI siècle à nos jours*, París, Nouvelles éditions ARGO, 1933; Alexis Caille, *La question mexicaine et les intérêts français*, París, Le Neveau Monde, 1913.

pública. La alta rentabilidad de la industria mexicana y el lugar que en ella ocupan los “Barcelos” explican la diferencia.

La cultura

La agresión contra México no aminoró la influencia de la cultura, aunque provocó por un tiempo un fuerte resentimiento anti-francés, en especial en la pequeña burguesía nacionalista y republicana. Pero la invasión acentuó la influencia de la cultura francesa; la gran mayoría de los miembros de la clase acomodada mexicana era partidaria del emperador Maximiliano, una clase profundamente afrancesada que imitaba modas y costumbres, hablaba y escribía francés.

En 1880, Porfirio Díaz, presidente de México, escribió a Jules Grévy, presidente de la República Francesa:

Animado por los mismos deseos que la República Francesa por retomar los lazos de amistad entre los Estados Unidos de México y esta república, he tomado la resolución, con la aprobación del Senado, de acreditar ante el gobierno de Vuestra Excelencia, un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, para que favorezca, llegado el momento, las relaciones amistosas y comerciales de nuestros dos países, manteniéndolas y estrechándolas.¹²

Así fue. Ignacio Altamirano, que había luchado contra la intervención francesa fue nombrado cónsul general en París en 1890. ¡Todo un símbolo político y cultural!, confirmando el lugar importante que México otorgaba a Francia en el concierto internacional. México celebraba cada año la fiesta nacional francesa del 14 de julio, y el centenario de la Revolución francesa fue abundantemente reportado en la prensa mexicana.

¹² *La Casa de México en París*, México, SRE/SEP, 2003.

Por su lado, los franceses comenzaban a ver a México no sólo como un país en donde invertir, sino que se mostraban atraídos por su cultura, especialmente por el México prehispánico. Varias misiones arqueológicas francesas en la época de Napoleón III habían realizado investigaciones en el país, formando a jóvenes mexicanos como Leopoldo Batres, arqueólogo oficial del Porfiriato. Este interés se acrecentó con los años. El arquitecto Antonio Rivas Mercado, formado en Lyon, como director de la Academia de San Carlos, encabezó el afrancesamiento de la arquitectura mexicana del periodo. Emile Bernard y Paul Dubois construyen grandes palacios civiles y mansiones privadas en el mejor estilo de la Tercera República y formarán a toda una generación de arquitectos y decoradores. La poesía mexicana del periodo modernista, de Manuel Gutiérrez Nájera a José Juan Tablada, estuvo relacionada con la gran poesía simbolista y “decadente” francesa sin perder su originalidad. Las artes editoriales y plásticas, ostentosamente “afrancesadas”, marcaron el estilo porfiriano.

Fernández Leal, Fidencio Nava, Julio Ruelas, Alfredo Ramos Martínez, Gonzalo Argüelles Bringas, Rafael Ponce de León, Roberto Montenegro, Jesús Contreras, la lista podría ser larga, hasta incluir al joven becario Diego Rivera.

Si en el ámbito político es perceptible la influencia del positivismo francés entre los ministros de Díaz, los llamados “científicos”, las élites mexicanas mostraron en esa época un profundo interés por la cultura francesa. Estaban atentas a las reformas educativas que la Segunda República de Ferry llevaba a cabo en la enseñanza elemental en Francia. Ésta provocó un amplio debate que dio a conocer Justo Sierra desde principios de los años 1880, durante la discusión del reglamento correspondiente al artículo Tercero constitucional. Sierra fue el gran promotor de la divulgación de las ideas que se generaban en Francia en materia educativa, como lo muestran las numerosas referencias en su obra escrita sobre la educación

nacional. Francia aportaba las tesis y las antítesis: si los positivistas mexicanos estudiaban a Comte, sus adversarios ideológicos estudiaban a Bergson.

En el terreno de la cultura, más particularmente en el campo de la formación de recursos humanos, la Legación atiende al creciente número de *pensionados* mexicanos, como se llamaba a los becarios, mientras que el secretario de Educación Pública, Justo Sierra, informaba al ministro Mier sobre el nombramiento de la señora Juana G. de Fernández, para ocuparse de esa tarea: “para que relacione a los becarios con el mundo intelectual de Francia, organice exposiciones de sus obras y envíe informes de los avances en materia de educación y del arte en Francia, además de contratar profesores e intelectuales para que den conferencias e impartan cursos en México”.

Durante ese fin del siglo XIX, los jóvenes hispanoamericanos y mexicanos se inscribían particularmente en las facultades de medicina, preferencia que se prolongaría hasta la primera mitad del siglo XX; les seguían los estudiantes de derecho. Las artes plásticas eran otro de los campos preferidos y favorecidos por el Estado mexicano y así un sistema de becas comenzó a desarrollarse. Artistas seleccionados por el gobierno fueron enviados a París y a Roma; de ahí regresarían para responder a las aspiraciones de la naciente burguesía, pero también para servir al arte oficial.

El año de 1910 marcó la culminación de la influencia francesa en nuestro país. En resumen, en vísperas de la Revolución mexicana, las relaciones culturales con Francia más que estrechas, son obligatorias. Esto se manifestaba de muchas maneras: en los estilos generales de la vida (desde las fiestas hasta la comida), en la elegancia de las tiendas (la Pastelería Genin) y comercios franceses (El Palacio de Hierro o la Sombrerería Tardán), en los clubes privados (el Jockey Club) y restaurantes (el Chat Noir

o el Sylvain). Pero también en la atención crítica a la producción literaria y filosófica francesa que era rápidamente traducida y analizada en las revistas y diarios del periodo (desde la *Revista Moderna* hasta *El Mundo Ilustrado*); o en la nutrida actividad teatral, dominada por los autores franceses, cuyos melodramas encienden la vida nocturna de la ciudad elegante.¹³

II. 1910-2010

En este segundo siglo, la historia global es determinante en un mundo sometido a un cambio acelerado, caracterizado por una creciente internacionalización. Pero Francia y México no estaban solos; los Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, la URSS, Japón, Italia y la España de la Guerra Civil conformaban un nuevo escenario estratégico en movimiento continuo. A partir de 1914, la política exterior francesa hacia México perdió importancia, no se puede hablar de una erosión de sus posiciones en México, ya que, de hecho, se trata de un derrumbe repentino provocado por la catástrofe de la Primera Guerra Mundial.

Hasta 1914, Francia se comportó como la gran potencia que quería y creía ser. En el siglo XIX, de todas las potencias internacionales fue la única que tuvo la pretensión de cambiar el nombre y hasta el modo de andar de México. Ni los Estados Unidos anexionistas se habrían atrevido a tanto. Entre 1880 y 1910 Francia había logrado una impresionante penetración económica y cultural. El contraste, por lo tanto, entre el siglo XIX y el XX es mayúsculo. Como lo apunta Friedrich Katz:

Entre las grandes potencias en México, Francia fue la que optó por jugar un papel secundario. En la década de 1860 Francia había intentado una penetración unilateral y uniintencionada en México, pero durante la Revolución mexicana fue la única

¹³ *Ibidem*, pp. 42, 45.

de las grandes potencias que nunca intentó aplicar una política independiente respecto a México. Fue también la única cuya política nunca tuvo un impacto importante en este país.¹⁴

En cuanto a los gobiernos revolucionarios, desde Carranza hasta Cárdenas, no tuvieron nunca la opción política de buscar un acercamiento a las potencias europeas como contrapeso frente a los Estados Unidos, opción que buscó el gobierno de Porfirio Díaz. La Primera Guerra Mundial dividió a Europa en dos bloques, el de los imperios centrales y el de los aliados, y significó la alianza de los segundos con los Estados Unidos. Por ello, a México no le quedaba más opción que olvidarse del contrapeso europeo o buscar una alianza suicida con Alemania, tentación que Carranza lúcidamente supo rechazar, con todo y la germanofilia de varios de sus generales. Y si bien el presidente Calles intentó al principio de su mandato buscar apoyos europeos, inclusive soviéticos; si el presidente Cárdenas, a la hora del conflicto con las compañías petroleras anglosajonas logró importantes acuerdos comerciales con la Alemania nazi, ambos movimientos fueron muy pronto suspendidos frente a la dura realidad geopolítica. Después del suicidio de Europa en la Primera Guerra Mundial, México se encontraba solo frente a los Estados Unidos. Cuando rompe con las potencias del Eje en diciembre de 1941 luego del ataque japonés a Pearl Harbor, y posteriormente en 1942 cuando les declara la guerra, no hace sino reconocer una situación claramente percibida en 1913-1914 por los responsables de la diplomacia francesa.

Francia y la Revolución mexicana

Los franceses, al igual que los otros extranjeros, no vieron venir la Revolución y fueron sorprendidos por la rápida caída de don Porfirio. El hé-

¹⁴ Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, 3ª ed., México, Era, 1983, t. II.

roe del 2 de abril escogió, lógicamente, París para terminar su vida, sin que eso afectara las relaciones con el presidente Madero. Pero la colonia francesa, así como el representante francés Paul Lefaivre, no sólo no entendieron la novedad de los tiempos, sino que manifestaron su animadversión hacia un régimen que consideraban “incapaz de restablecer el orden”. Por eso saludaron con alegría el cuartelazo del general Huerta y consiguieron de París un reconocimiento *de facto* a su gobierno, así como el otorgamiento de un empréstito por parte de los banqueros franceses, el cual, sin embargo, fue rápidamente bloqueado por el gobierno francés.¹⁵

La guerra de los Balcanes, que estalló en el verano de 1913, empezó a preocupar al gobierno francés justo cuando la política de Wilson frente a Huerta se endurecía. A diferencia de las otras potencias europeas, Francia se hizo progresivamente a un lado, y se acercó a los Estados Unidos para prepararse para lo esencial, el conflicto que se perfilaba en Europa. Así como en 1866 la victoria de Prusia en Sadowa obligó a Napoleón III a retirarse de México, la ofensiva alemana de 1914 obligó a la República Francesa a desistir de toda política exterior independiente de los Estados Unidos en México. En 1913 desapareció la divergencia entre la diplomacia francesa y la inglesa. En ese mismo año se abrió también una zanja entre el análisis geoestratégico de París, o mejor dicho de J. J. Jusserand¹⁶ y la conducta de los franceses en México (la colonia francesa y la sede diplomática), que apoyaron hasta el final al general Huerta. Paul Lefaivre, el encargado de la embajada, antimaderista desde el primer momento, fue el Henry Lane Wilson francés y resultó un estorbo tal para la política exterior francesa, definida por la primacía absoluta de sus buenas relaciones con Washington, que hubo finalmente que quitarlo de su puesto.

La dependencia de Francia frente a los Estados Unidos, en el marco de la guerra mundial,

¹⁵ Pierra Py, *Francia y la Revolución mexicana. 1910-1920*, México, FCE, 1991, pp. 96-107.

¹⁶ Jean Jules Jusserand, notable embajador de Francia en Washington durante más de 20 años a partir de 1903.

puso en evidencia su estatuto de potencia mediana, hecho que no había querido reconocer nunca desde 1815, con la derrota final de Napoleón. La aceptación de esta realidad explica el nuevo realismo de la diplomacia francesa frente a la Revolución mexicana, realismo que se traduce en la inacción y la desaparición de Francia del escenario. ¿Qué mejor prueba de eso, que ver al gobierno francés confiar la protección de sus nacionales y de sus intereses a los Estados Unidos en agosto de 1914? La presencia de Alemania se sostuvo hasta 1918, pero desapareció al enfrentarse a los aliados primero y a los Estados Unidos después. Todos los intentos ingleses por oponerse a la dura razón geopolítica entre 1914 y 1940 fracasaron. México y la Revolución se quedaron solos frente a los Estados Unidos, único triunfador de la guerra mundial, de la que emergió con el estatuto nuevo de superpotencia.

La Revolución no afectó la pauta tradicional de la migración francesa a México. El partea-guas fue otra vez agosto de 1914. En Francia todos los hombres, jóvenes y no tan jóvenes, fueron a la guerra a formar *le grand troupeau* destinado al matadero. Muchos murieron. En el caso de los *Barcelonette*, los pocos que volvieron tuvieron que quedarse en el Valle, y desde aquel entonces se puede decir que la corriente migratoria se detuvo. Muchos voluntarios salieron de la colonia francesa de México para los campos de batalla. Según mis datos, de los 4125 franceses oficialmente registrados en el consulado de Francia en México, 1304 fueron a la guerra, y de ellos 315 murieron.

Culturalmente, Francia también perdió su posición hegemónica, lo cual no puede atribuirse a la Revolución mexicana, con todo y su nacionalismo, o a la influencia de los estadounidenses. Eso se debió, más bien, a la guerra mundial que rompió con la continuidad y destruyó la influencia de la cultura europea. Luego de la disminución de la presencia económica francesa en 1914, se anticipaba ya la erosión, más lenta, de la influencia cultural. Es cierto que hasta 1940-1945 el idioma francés figuró en el programa de la SEP, y que el fundador de la famosa escuela mexicana de cardiología, el doctor Ignacio

Chávez, era todavía un representante de la influencia francesa en el campo de la medicina; pero éstos son ejemplos de resistencia, no de dinámica. En materia cultural, los Estados Unidos estaban progresando, y José Vasconcelos podía notar con orgullo que los *whiskies* y *bourbons* eliminaban a los vinos y al coñac.¹⁷

Después de la Primera Guerra, a diferencia de Inglaterra, Francia no intentó abrir un combate, que sabía sería de retaguardia, contra los gobiernos revolucionarios. Su personal diplomático se contentó con observar, con más o menos inteligencia, según el personal en turno, los acontecimientos en México. Ahí, sí, es notable el contraste con el Reino Unido, que no dudó en romper dos veces las relaciones diplomáticas con México. Ese realismo francés es muy diferente de las ilusiones pos napoleónicas nutridas entre 1821 y 1866.

1910-1914

La Revolución fue una sorpresa desagradable tanto para la colonia como para la embajada francesa. Pocos intentaron descifrar lo que les resultaba un enigma. En 1910 Europa le disputaba aún América Latina a los Estados Unidos, y la suma de los intereses económicos europeos en México rebasaba las inversiones estadounidenses. México había buscado un contrapeso a los Estados Unidos en Europa, y bien hubiera podido persistir en esa línea. En esa breve etapa, la actitud francesa podía caracterizarse como neocolonial.

Cuando los franceses vieron con asombro que el ejército federal no podía acabar con los maderistas, calificados de “sediciosos”, empezaron a denunciar la “pasividad” y luego la “complicidad” de los Estados Unidos. En febrero de 1911, por primera vez, se preguntaron de qué manera podían defender sus intereses si don Porfirio lle-

¹⁷ José Vasconcelos, como secretario de Educación, fue señalado en París por la delegación francesa como un nacionalista enemigo de la influencia francesa; Jean Meyer, “Vasconcelos y Francia”, en *Relaciones*, otoño de 1997.

gaba a perder. En marzo mandaron un buque de guerra, el *Condé*, al puerto de Veracruz, lo que provocó reacciones agresivas en los Estados Unidos: *French intervention again*. Sin embargo, en abril de 1911 los cónsules usaron por primera vez la palabra “revolución”. En ese mismo año, una delegación maderista visitó al embajador Jusserand, un diplomático de primera, en Washington. Jusserand, quien tuvo un papel decisivo en la definición de la política exterior francesa entre 1905 y 1918, calificó la victoria maderista de manera muy positiva, a diferencia del personal encargado de la embajada francesa en México. Jusserand hizo suyo el análisis del barón De Vaux, quien estuvo encargado brevemente de la delegación francesa en México: la Revolución mexicana es “[...] la única de todas las revoluciones latinoamericanas hecha en nombre de las reivindicaciones legítimas. Sus ideales son más fuertes que las ambiciones personales y parece concluir con el triunfo de los civiles sobre los militares”.¹⁸

A pesar de que el 18 de diciembre de 1911 los empresarios franceses ofrecieron un banquete al presidente Madero, tanto ellos como el embajador Lefaiivre consideraban al presidente como “un peligroso socialista”. La colonia francesa no tardó en volverse antirrevolucionaria y furiosamente reaccionaria. Eso influyó mucho en el personal diplomático de la embajada, pero no en el punto de vista del gobierno francés, inteligentemente aleccionado desde Washington por Jusserand, quien tenía una perspectiva mundial. Víctimas del “síndrome de Pekín” (la rebelión de los bóxers y el famoso sitio de las embajadas), los franceses de México lograron la presencia del buque de guerra *Descartes* en Veracruz a partir de abril de 1912. Pero cuando, en ese mismo mes, el 15° Batallón dejó Orizaba para ir en campaña contra Pascual Orozco, el pánico cundió: “¡Acuérdense de Río Blanco!”. El embajador Lefaiivre manifestó a partir de este momento un desprecio total por Madero, sólo igualado por su

gran rival, el embajador estadounidense Henry Lane Wilson.

Lefaiivre fue, lógicamente, partidario del general Huerta. No encontré pruebas de ganancias personales, pero durante su gobierno se hizo el gran negocio entre el general Mondragón, posteriormente refugiado en Francia, y la industria militar francesa. Afortunadamente (palabra condenada por la objetividad requerida del historiador), Jusserand se dio cuenta del error que era tratar con Huerta, y convenció al gobierno francés de que Francia no podía comprometerse con él porque las relaciones con los Estados Unidos tenían la prioridad. Sin embargo, los consejos de prudencia del Ministerio de Asuntos Exteriores francés no fueron escuchados por los bancos franceses (y alemanes), que otorgaron un préstamo a México en 1913. El gobierno de Francia le llamó la atención a Lefaiivre y le recomendó calmar a la colonia francesa.

Entre abril y mayo de 1913, una delegación de revolucionarios, entre los cuales se encontraban Juan Sánchez Azcona y José Vasconcelos, tuvo un encuentro positivo con el gobierno francés en París. El resultado fue la no aprobación del empréstito de Huerta en la bolsa de París. Para octubre de 1913, Francia se había desligado totalmente del gobierno huertista y se había alineado a las posiciones estadounidenses.

Francia desaparece del escenario mexicano

“Las necesidades de nuestra defensa en Europa [...] pasan [por] encima de todas las otras consideraciones”.¹⁹ El 10 de octubre de 1913, Huerta disolvió el Congreso para preparar su “elección” del día 26. El 24 de octubre, el Departamento de Estado de los Estados Unidos redactó una nota para los países europeos con la solicitud expresa de no reconocer a Huerta. Cuatro días más tarde, en su contestación al embajador estadounidense en París, Francia la aceptó implícitamente. En noviembre, Paul Lefaiivre, desde México, hizo todo para lograr el

¹⁸ MAE, De Vaux, informe núm. 52, México, 7 de junio de 1911.

¹⁹ Instrucciones de París, 28 de julio de 1915.

reconocimiento de Huerta, y Jusserand desde Washington, para evitarlo.

El 1 de agosto, al principio de la guerra de Europa, los buques de guerra franceses, *Condé* y *Descartes*, abandonaron las costas mexicanas para zarpar hacia el Atlántico norte. En esos días, al tiempo que se inauguraba el Canal de Panamá, símbolo de la victoria de los Estados Unidos sobre Europa, Francia, que había empezado la construcción de dicho canal, le confiaba a Washington la protección de “la vida y las propiedades de nuestros compatriotas en México”. Con eso todo estaba dicho.

El 19 de octubre de 1915, Washington reconoció *de facto* a Carranza. El 21 de ese mismo mes, el gobierno francés le avisó al molestísimo Lefaiivre que haría lo mismo. Como Lefaiivre posponía la medida, el gobierno francés lo mandó llamar. El exembajador, sin embargo, no dejaría de intrigar contra el gobierno mexicano junto con De la Barra y Limantour desde Francia. La colonia francesa y el personal diplomático local tampoco cambiaron de actitud y se aferraron a su antiamericanismo reaccionario, sin entender nada ni de la Revolución ni del nacionalismo mexicano.

Los británicos no eran diferentes, pero los dos países adoptaron líneas diplomáticas divergentes. Francia, en relación con el gobierno mexicano, se limitó a vigilar sus intereses económicos y las intrigas alemanas, especialmente con el telegrama *Zimmerman*. Nunca volvió a adoptar una línea antiestadounidense. La principal preocupación de los inversionistas franceses era recuperar los préstamos hechos a México en tiempos de Díaz. Pensaban que la prioridad era la consolidación de un gobierno estable en México, y que la hegemonía de los Estados Unidos era la mejor manera de lograrlo.

Poco a poco, la colonia francesa en México tuvo también que cambiar y aceptar la realidad, tal como la pintaba el encargado de negocios Victor Ayguesparsse, quien el 23 de febrero de 1920 escribió a París: “Uno no debe olvidar que estamos en un país lleno de talentos, de recursos y de futuro, en el cual veo [a] los ameri-

canos y [a] los ingleses expandir su influencia en nuestro detrimento”.²⁰

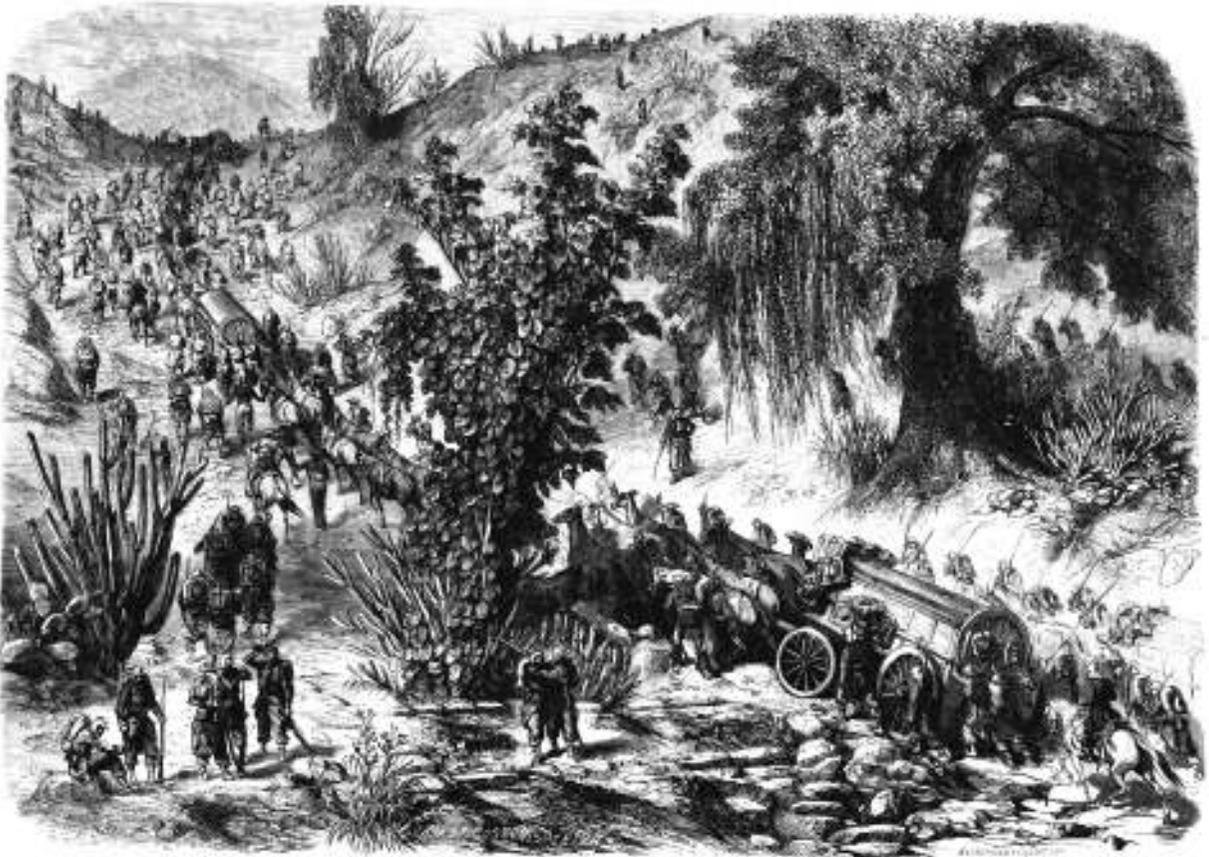
Los representantes de Francia en México adoptaron entonces la posición lógica de mediadores entre los franceses residentes en México y el gobierno francés, y entre los franceses y el gobierno mexicano. En un telegrama de Washington, recibido en París el 11 de julio de 1919, Jusserand insistía en que, de acuerdo con el secretario del Departamento de Estado de los Estados Unidos, Francia y las naciones europeas en general, estarían bien aconsejadas al seguir la política estadounidense en México, precisamente cuando Carranza rechazaba la Doctrina Monroe...

La nueva línea

En la década de 1920, los años de la “reconstrucción”, particularmente entre 1920 y 1926, se puede hablar de un *boom* económico en los sectores industrial y minero, lo cual benefició a la colonia francesa en México. Por lo tanto, su oposición al gobierno bajó en forma proporcional y se volvió, de hecho, gobiernista cuando encontró en el presidente Calles a “un nuevo Porfirio Díaz”, según el embajador Périer, excelente observador y decano del cuerpo diplomático.

Sin embargo, no todos fueron tan lúcidos y exitosos en sus predicciones. En abril de 1920 el encargado de la delegación francesa llegó a considerar que Obregón estaba rodeado de los peores elementos militares y que su insurrección era un movimiento limitado; asimismo, pensaba que Bonilla ganaría las elecciones presidenciales: “Con Bonilla a la cabeza del gobierno, habrá menos radicalismo y menos mala voluntad hacia las naciones extranjeras”. El 12 de mayo de 1920, quince días después, Ayguesparsse rectificaba: “¿No aseguró [Obregón] que tomaría personalmente bajo su protección [a] los ciudadanos y [a] los intereses franceses?”. No sería justo burlarse, tanto como no sería correcto repro-

²⁰ MAE, Victor Ayguesparsse (éste se casó con una mexicana), 23 de febrero de 1920.



LA MONTAÑA DE MICHEL, — LOS RIOS DE TOLONAY, VALLE GRANDE DE LA YEMA-CRUC A MURGO. — Cópia de una pintura del siglo XVII. — Por el Señor pintor de S. Mateo.

charle a Francia su oportunismo. Entre las dos guerras mundiales, Francia no tenía ni el tiempo ni los medios para actuar en México. Ayguesparsse concluía en un informe con las siguientes frases: “prefiero enfrentar a los revolucionarios mexicanos que a los representantes de los *trusts* americanos [...] Diez años de revolución no han arruinado los intereses franceses en este país. Mientras que diez años de ocupación americana arruinarían, o por lo menos atrofiarían completamente nuestros negocios”.²¹

No quedaba, entonces, más opción que no fuese la de seguir los acontecimientos con atención, con el fin de adaptarse mejor a las circunstancias. Por eso fue que Ayguesparsse vio con filosofía caer a Carranza y subir a Obregón. Por eso Lagarde y Périer reconocieron en Calles al gran estadista y presentaron una imagen bastante objetiva tanto de las crisis revolucionarias de 1927 y 1929 como del conflicto religioso. Por primera vez, la colonia francesa le dio la razón al Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia.

El gobierno francés reconoció oficialmente, el 19 de marzo de 1921, antes que Washington, al gobierno de Obregón. En un documento redactado por el ministerio de Asuntos Exteriores, Aristide Briand, éste resumió la posición francesa frente a México:

Nuestra acción debe ser dictada por las inversiones francesas que representan grandes intereses y han sido evaluadas [en] más de dos billones de francos. Uno y medio en ferrocarriles, industrias, minas y bonos del gobierno. 500 millones representan compañías francesas en el comercio y la industria. Para proteger dichos intereses, tuvimos que alinearnos sobre la política de los Estados Unidos, celosos de cualquier intervención en México y capaces tanto de favorecer nuestra acción como de combatirla.

²¹ MAE, 15 de mayo de 1920. En el informe núm. 24, del 15 de junio, decía que el reconocimiento *de facto* era “conveniente para nuestros intereses”.

Los intereses americanos en México son diferentes de los nuestros, sin serles contrarios [...] La política francesa ha sido más flexible [que la estadounidense], en la medida de lo posible, sin chocar con la política de los Estados Unidos. Varias razones explican tal actitud: Una necesidad. No podemos adoptar el tono amenazador usado en vano durante diez años por los Estados Unidos en México. Una preferencia: la experiencia nos enseñó que en las revoluciones de América del Sur (*sic*), es mejor negociar y lograr un compromiso con los nuevos amos del poder que quedarse en la reserva.²²

En 1923 llegó Jean Périer en calidad de embajador. La excelencia de sus cualidades sociales y diplomáticas, su gran lucidez, así como la de su colaborador Ernest Lagarde, le permitieron desarrollar excelentes relaciones con el gobierno mexicano, con el presidente Calles, con su adversario, el general Arnulfo Gómez, con el ministro Tejeda, con los obispos, así como con la colonia francesa. Sus informes han sido muy valiosos para los historiadores, pero manifiestan claramente que la posición francesa no podía variar. Él mismo, incluso, manifestó que *wait and see* era lo único que se podía hacer.

El conflicto religioso en México y el papel de Francia en él nos muestran el paradigma de la situación: con todo y la gran actividad desarrollada por los diplomáticos franceses, Francia no fue más que un testigo —aunque sus informaciones hayan sido muy útiles para el gobierno mexicano, el Vaticano y el embajador estadounidense, Dwight Morrow—; un testigo capaz de mantener contactos valiosos con todas las partes, pero incapaz de influir en la política mexicana. El famoso “informe Lagarde”, tan importante para Morrow y el Vaticano, antes de serlo para los historiadores, es un ejemplo perfecto de un buen análisis y de la imposibilidad para los franceses de actuar. Los “arreglos” no fueron obra de Périer, Claudel o Briand.

²² MAE, 22 de octubre de 1921.

Los católicos franceses acababan de movilizarse y de vencer la ofensiva anticlerical de Edouard Herriot y del partido radical-socialista. Si bien las provincias muy cristianas de la periferia (Bretaña, Poitou, Vendée, Savoya, Alsacia) reaccionaron con pasión y se manifestaron contra la política anticlerical del presidente Calles, el gobierno francés no se movió. Había hecho suya, mucho antes de que la formulara, la caracterización de Marco Appelius: “el presidente Calles no es ningún bolchevique, es un Edouard Herriot, en las botas de un general mexicano”.²³

Como lo hicieron y lo volverían a hacer, los diplomáticos franceses intervinieron en el conflicto religioso únicamente para defender la presencia cultural francesa, es decir, las escuelas privadas —católicas, por supuesto—, con maestros y maestras franceses —hermanos de las escuelas cristianas y monjas—. Así lo había hecho desde 1913 y el gobierno mexicano no se había molestado. Según un informe del 20 de febrero de 1926, 200 maestros y maestras franceses, religiosos, enseñaban a ocho mil alumnos. Con el fin de conservar la influencia intelectual francesa, cuyo destino estaba íntimamente ligado al destino de las instituciones religiosas, la embajada de Francia en México ordenó a sus connacionales obedecer la nueva legislación, llamada Ley Calles. De esa manera consiguió la autorización de enseñar para los hermanos maristas. Más prudente no se podía ser.

Francia tomó en cuenta la disminución de su peso específico en el mundo. Desde 1918 hasta después de la Segunda Guerra Mundial, los agregados militares, navales y aeronáuticos de Francia para México residieron todos en Washington. El único que se quedó en México fue el agregado comercial. Si uno piensa que la Banca Morgan controlaba la Comisión Internacional de Banqueros, encargada de resolver la cuestión de la indemnización de los intereses extranjeros afectados por la Revolución, uno no

puede sino concluir que Francia había desaparecido de México.

En 1939 Francia representaba 3 por ciento de las importaciones mexicanas, los Estados Unidos 26 por ciento y Alemania 16 por ciento. Para 1938, los intercambios comerciales alcanzaban apenas, en francos constantes, el nivel de 1914, muy inferior al de 1910. Económicamente empobrecida, la colonia francesa se había ido diezmando demográficamente. A México no llegaba ya ni el capital francés ni el flujo migratorio tradicional. Por eso, en 1938 el gobierno francés suprimió dos de sus tres circunscripciones consulares en México.

1930-1942

En la década de 1930 no hubo novedades. El gobierno francés, a lo largo del Maximato y durante los seis años de la presidencia de Lázaro Cárdenas, que coincidieron con un gobierno del Frente Popular en Francia, se preocupó cada vez más por los asuntos europeos y la evolución progresiva de los peligros en Europa, como el rearme de la Alemania nazi y la crisis socioeconómica. Con México mantuvo la línea definida en 1913: evitar en forma sistemática todo lo que pudiera parecerse a intervencionismo, conservar las posiciones francesas y vigilar a los alemanes.

Sin embargo, hubo un asunto que preocupó a ambos países: el destino de la República española y, después de la tragedia, la emigración desde Francia hacia México de varios miles de españoles, quienes en su mayoría se encontraban internados en los siniestros campos de concentración franceses de Argeles, Rivesaltes, Le Vernet... la actividad de Narciso Bassols y de los consulados mexicanos en París y Marsella es conocida de sobra.

A diferencia del periodo anterior, no he trabajado personalmente los archivos del periodo que comienza en 1940. Pero he tenido la oportunidad de leer los periódicos publicados por la colonia francesa y disponemos del libro muy interesante de Denis Rolland: *Vichy et la France*

²³ Marco Appelius, *El Águila de Chapultepec*, Barcelona, Ed. Maucci, 1928, p. 286 (periodista fascista italiano; Herriot, primer ministro francés, anticlerical, de los años 20).

*Libre au Mexique: guerre, cultura et propagande pendant la deuxième guerre mondiale.*²⁴

De nuevo nos encontramos en el contexto de una guerra mundial, pero ahora México se encuentra con dos Francias. En 1942 México se decide a favor de la Francia del general De Gaulle, y en contra del gobierno proalemán del mariscal Pétain en Vichy. Rolland explica la triple evolución paralela del gobierno mexicano, de la opinión pública mexicana y de la colonia francesa en México. En otras palabras, ya no se trataba de relaciones bilaterales exclusivamente, sino trilaterales, en las cuales la cultura, política y estrategia se entrelazaban en una guerra mundial entre la democracia y el totalitarismo. La propaganda francesa, a favor de la Francia Libre, fue bien recibida en México, recientemente revolucionario, ya que este último insistía en su afiliación a la revolución de 1789, la Declaración de los derechos del hombre y la democracia.

Sin la Segunda Guerra Mundial, durante esos años se hubiera dado un lento pero constante alejamiento entre México y Francia. Francia había perdido, 25 o 30 años antes, toda posibilidad de tener una política exterior independiente en México, y durante la guerra estaba subordinada, como nunca, a sus alianzas anglosajonas. La retirada de las democracias europeas en la Guerra Civil de España decepcionó a Cárdenas, quien utilizó este hecho para justificar el trueque petrolero con Alemania e Italia. Sin embargo, tan pronto como comenzó la guerra, Francia redescubrió a México. Aquí construyó, contra el III Reich, una especie de OSS y de servicio de propaganda bastante eficientes bajo la dirección de un joven antropólogo y agregado militar: Jacques Soustelle. Francia se esforzó por mediar entre Inglaterra y México en la cuestión del petróleo y aceleró la solución al problema de los refugiados españoles.

La derrota en junio de 1940 y la capitulación del mariscal Pétain aceleraron el cambio. De Gaulle ordenó a Soustelle, quien quería alcanzarlo en Londres, seguir en México para organizar

desde ese país apoyo a la Francia libre. La colonia francesa y los intelectuales de izquierda mexicanos lo apoyaron en seguida. El hecho de que Albert Bodart, embajador francés (del gobierno de Vichy) fuera anglófilo y apoyara al general De Gaulle, como la mayoría de los franceses residentes en México, también contribuyó. En julio de 1940, el periódico francés publicado en México celebró la posición del general De Gaulle.

El surgimiento y el triunfo del movimiento de la Francia Libre en México es una hermosa historia. ¿Cómo la colonia francesa, tan reaccionaria en 1910-1915, pudo en 1940-1942 optar contra el régimen de Vichy? ¿Cómo consiguió la Francia Libre el apoyo del gobierno mexicano? La francofilia de una buena parte de las elites intelectuales tuvo su papel, pero también existieron factores personales: Jacques Soustelle tuvo un papel decisivo. Antropólogo, hombre de trabajo de campo, entre 1935 y 1939 se había hecho amigo de todos los antropólogos mexicanos y también de la clase política cardenista: era un buen conocedor del país y sabía como llegar a la opinión pública. En 1939, cuando empezó la guerra, fue movilizado como teniente y agregado militar en la embajada francesa. En 1940 reconoció inmediatamente al general De Gaulle en Londres.

La evolución de la actitud mexicana hacia la Francia Libre debe entenderse también en el marco de sus relaciones con los Estados Unidos y de la institucionalización de la Revolución. Entre 1939 y 1940, Cárdenas empezaba a dar el giro que llevaría a México a un retorno hacia una economía más clásica, al acercamiento a los Estados Unidos, y a la entrada a la guerra del lado de los aliados en mayo de 1942. El 2 de noviembre de ese año, México rompió relaciones con el gobierno de Vichy y reconoció al Comité Nacional Francés en México.

Lo que no se ha estudiado, pero que no es menos evidente, es el surgimiento de México como una potencia mediana; si en la Primera Guerra Mundial los aliados y Alemania se peleaban sus simpatías, o por lo menos su neutralidad, en la Segunda Guerra México optó por unirse a los aliados en contra del Eje.

²⁴ París, Harmattan-Sorbonne, 1990.



BANQUET OFFERT AU GÉNÉRAL FOREY PAR L'AYUNTAMIENTO (MUNICIPALITÉ) D'ORIZABA.

En ese sentido se puede hablar de la desaparición de la antigua relación asimétrica entre nuestros países, y por lo tanto cambió también el discurso diplomático ligado a los términos de la relación. Para los franceses, México había dejado de ser un país colonial, y había que elaborar un nuevo tipo de relaciones, mucho más respetuosas, e inventar un discurso que prefiguraba ya los temas del Tercer Mundo, del desarrollo y del diálogo norte-sur. Jacques Soustelle y el general De Gaulle fueron los primeros en articularlo.

Las relaciones culturales franco-mexicanas, moribundas, si no es que muertas en 1939, renacen en seguida sobre las bases del nuevo discurso desarrollado en esa nueva relación política definida por la participación en la guerra. México y Francia habían luchado en el mismo bando por la democracia y la libertad en el mundo. México recibió, y fascinó, a André Breton, Roger Caillois, Benjamim Péret. Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet y Octavio Paz apoyaron esa relación renovada. La Francia Libre tuvo en México una editorial literaria de primera calidad bautizada con el nombre de ave-fénix americano-*quetzal*.

Para concluir esa parte, cito, a través de Paulette Patout, a Alfonso Reyes a la hora de la liberación de París:

Al hojear el *Diario* de los últimos años de Reyes, buscamos las páginas que prometen versar sobre sus relaciones con Francia y, antes que ninguna otra, la fecha de la liberación de París. Las hojas que preceden a esta fecha dejan ver en don Alfonso un gran desaliento. Y sobre este fondo de tristeza, rompiendo con la escritura apretada de todo el pequeño cuaderno, el 23 de agosto de 1944 vemos aparecer de repente en grandes mayúsculas a todo lo ancho de la página: ¡París Reconquistada! Sigue la mención de una comida en un restaurante francés de México con nombre evocador: La Vie Parisienne. Después, en seguida, don Alfonso anota la preparación de un artículo titulado: “La liberación de París”. “La liberación

de París” estaba destinado a *Cuadernos Americanos* y por tanto al mundo hispánico por lo menos”.²⁵ Era un grito de liberación, el grito de alegría de un escritor que mucho había sufrido por la derrota francesa y por las innumerables pullas y mofas con las que se había abrumado a los franceses en el mundo entero. “La liberación de París” muestra hasta qué punto don Alfonso había compartido el dolor de los franceses. En tres movimientos: “1. Francia para el mundo; 2. Francia para nosotros; 3. Francia eterna”, el autor medita una vez más sobre Francia, sobre el destino francés, sobre lo que este país representaba todavía para cada uno de los franceses y para el propio don Alfonso. Es cierto que se había hablado mucho y Reyes había dicho mucho sobre Francia. Su amor por este país se había convertido en un lugar común. Pero la liberación de París, y llevada a cabo por franceses, no era únicamente un primer paso hacia “la recuperación, primero de Francia y luego de Europa”. Un puñado de patriotas había fundado “en la obscuridad de las nuevas catacumbas” una nueva patria ideal, más universal y más humana, pues ignoraba las diferencias sociales, las opresiones internacionales, las injusticias el fanatismo. El texto de Reyes adquiere en seguida el tono de un alegato a favor de “la presencia de Francia en torno a la mesa de paz”, problema ardientemente discutido. En la organización del mundo que iba a ser llevada a cabo, del genio francés se esperaba esencialmente “la coherencia”, pues Francia poseía un secreto para encontrar un vínculo entre las ambiciones teóricas y las vías prácticas; desempeñaba el papel de un “catalizador indispensable” ¡Existían tantos proyectos y planes para edificar la vida del mañana! Más que otras naciones,

²⁵ Este texto data de 1944 y se publicó en *Cuadernos Americanos*, México, el 9 de octubre del mismo año. Fue incluido en Alfonso Reyes, “Los trabajos y los días”, en *Obras Completas*, México, FCE, 1959, t. IX, p. 415.

Francia tenía el genio del dibujo, y el dibujo francés, “transflorado a modo de calco, puede todavía dar normas de viabilidad y de convivencia”.²⁶

1945-2010

Durante y después de la guerra fría, México y Francia no tuvieron enfrentamientos serios; incluso México manifestó una amistosa indulgencia cuando cada año entre 1955 y 1961 se negó a condenar a Francia (por la guerra de Argelia) en el Comité de Descolonización de las Naciones Unidas. La Cuarta República, atrapada en sus guerras de Indochina y Argelia, así como la precariedad de sus efímeros gobiernos no podía dedicarle mucho tiempo a un México cuya población, en rápido crecimiento, alcanzaba y rebasaba a la de Francia.

Año	Número de habitantes	
	México	Francia
1821	8 000 000	33 000 000
1910	15 000 000	35 000 000
1940	20 000 000	40 000 000
1960	50 000 000	50 000 000
2010	112 000 000	63 000 000

A la Quinta República, nacida violentamente en 1958, le tocó la primera visita de un presidente mexicano, Adolfo López Mateos, en 1963; al año siguiente el presidente De Gaulle llenó el zócalo de la ciudad de México, se ganó a los mexicanos con su famosa frase “los dos pueblos, la manó en la manó” (y su acento francés). Le comentó a López Mateos lo difícil que es gobernar un país que tiene doscientas variedades de queso...o de chile. El general devolvió a México las banderas mexicanas que el mariscal Bazaine había mandado a París cien años antes. Esta restitución dio lugar a asombrosas y masivas escenas de devoción y seguramente contribuyó

²⁶ Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México, 1990, pp. 614-615.

al acercamiento espectacular entre las dos naciones en los años siguientes.

El general había vencido la resistencia del Quai d’Orsay que desde hace muchos años rechazaba la solicitud mexicana; también la del director de Museo del Ejército y de la Secretaría de la Defensa. Las banderas se sacaron de noche, en el mayor secreto, y nadie en Francia se enteró, hasta que el presidente mexicano se arrodillara para besar las banderas, en el aeropuerto Benito Juárez de la ciudad de México.²⁷

Casi todos los presidentes mexicanos, desde Luis Echeverría, visitaron Francia; a México vinieron Valéry Giscard d’Estaing, François Mitterrand (1981), Jacques Chirac (1998) y Nicolas Sarkozy (2009).

Las relaciones entre México y Francia se desarrollaron dentro de un marco muy positivo en el que se observó una creciente cooperación, motivada en gran medida por el nuevo entorno internacional, la transición democrática en México y los esfuerzos comunes para la paz en Centroamérica.

La frecuencia de los contactos de alto nivel, aunada al trabajo de los mecanismos y acuerdos vigentes que constituyen el marco político de la relación bilateral, así como la actividad de las representaciones diplomáticas de ambos países, evidencian el interés permanente y la voluntad de diálogo que anima hoy las relaciones entre los dos gobiernos.

En este contexto, destacan los múltiples encuentros entre los jefes de Estado de ambos países en los últimos diez años, en ocasión de distintos foros internacionales y visitas bilaterales. Así, mientras que el presidente Fox realizó cinco visitas a Francia desde su elección en julio de 2000, el mandatario francés, Jacques Chirac, se desplazó en dos ocasiones a México, durante las Cumbres de Monterrey de financiamiento al desarrollo (marzo de 2002) y de líderes de ALC-UE en Guadalajara (mayo de 2004).

Asimismo, en el marco de la celebración del foro económico Francia-México-Québec Futura-

²⁷ Adolfo López Mateos, *Charles de Gaulle: Alianza ejemplar entre México y Francia*, México, La Justicia, 1964.

llia 2004, el Primer Ministro Jean Pierre Raffarin realizó una visita de trabajo, misma que representó el primer desplazamiento de un jefe de Gobierno francés a México. En este marco, ambos países enfatizaron la convergencia de posiciones en distintos asuntos de la agenda internacional (Irak, Medio Oriente, Haití). En materia de cultura, ambos gobiernos suscribieron una Declaración Conjunta sobre Diversidad Cultural.

Por otro lado, los trabajos de la Comisión Binacional México-Francia han contribuido a la generación de coincidencias entre ambos gobiernos. La primera sesión de la Comisión Binacional se realizó en México el 23 y 24 de mayo de 1996, la segunda en París el 2 y 3 de octubre de 1997 y la tercera en París el 21 y 22 de octubre de 2004. De esta última emanó un documento final titulado "México-Francia: Construyendo una Alianza Estratégica para Enfrentar Retos Comunes". En esa ocasión los gobiernos de Francia y México aprovecharon para evaluar y dar un nuevo impulso a la relación bilateral, a través de un formato novedoso y abierto en el que participaron funcionarios gubernamentales de ambos países (relaciones exteriores, economía, cultura y educación), legisladores (diputados y senadores) y representantes del ámbito cultural, académico y económico.

Relación económica bilateral

Las relaciones entre México y Francia se han caracterizado por un estancamiento en la mayor parte de las áreas económicas; poco comercio, sobre todo del lado de las exportaciones mexicanas hacia ese país; bajo nivel de inversión francesa en comparación con sus inversiones en países en condiciones similares a las de México; poca cooperación técnica en las áreas científico, tecnológicas y técnicas en sectores donde Francia y las empresas francesas han demostrado liderazgo a nivel internacional (generación de energía, transportes, infraestructura, tecnología del medio ambiente y servicios ambientales, etc.)

La apertura y modernización de la economía mexicana, sobre todo con la suscripción del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), y la entrada en vigor del TLC con la Unión Europea en julio de 2000, marcaron un cambio en la percepción de Europa sobre México en general. No obstante, en Francia todavía no se ha logrado proyectar una percepción completa y real sobre el nuevo papel que México desempeña en la economía internacional.

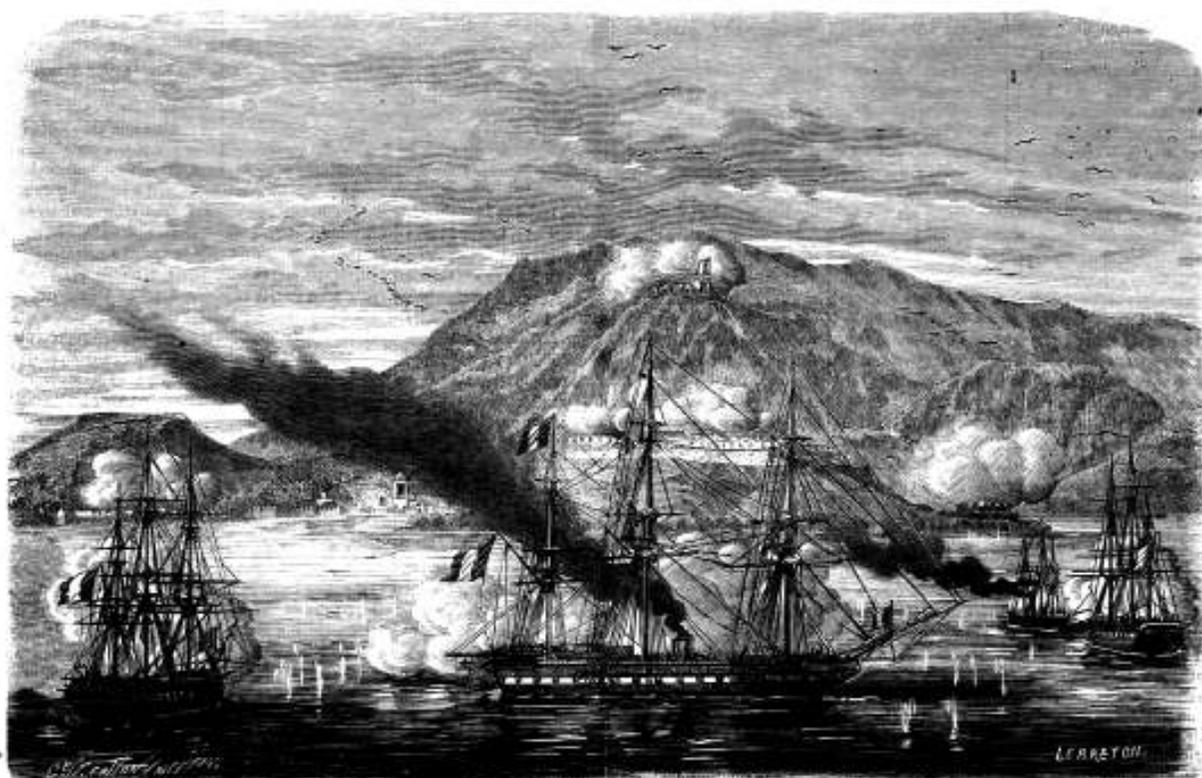
En este sentido, el acceso al mercado mexicano, en términos de igualdad con respecto a otros socios de tratados de libre comercio, así como las oportunidades de inversión que trajo consigo la ampliación del mercado mexicano por la firma de diversos acuerdos de libre comercio y de protección recíproca de inversiones (con 15 países miembros de la UE entre ellos), no ha llegado a permear como factores importantes que atraigan el interés y la presencia de empresas e inversiones francesas a México.

Por el lado de las inversiones, Francia desempeña un papel importante en la economía mexicana con la creación de empleos directos, sobre todo en los sectores energético, automotriz y de autopartes, farmacéutico, de productos de belleza y de lujo, así como en los servicios a las empresas. Si bien dicha presencia podría ser mucho mayor, en los últimos años se ha observado un incremento de la presencia francesa en los sectores agroalimentario y de alta tecnología, especialmente en la aeronáutica, la salud y las telecomunicaciones.

III. Los puentes culturales del siglo xx: hombres e instituciones

1910-1944

El *afrancesamiento* comenzó a ser considerado excesivo por ciertos intelectuales y artistas, como los del Ateneo de la Juventud, que en 1910, y sobre todo después de iniciada la Revolución mexicana, plantearon en su programa la intención de liberar al México intelectual y artístico de una influencia que, con el positivismo



Expédition du Mexique. — ENTRÉE DE LA DIVISION FRANÇAISE DANS LA BAIE D'ACAPULCO, LE 10 JANVIER 1862. — D'après un croquis de M. H. H., capitaine de marine.

el modernismo, se había vuelto casi exclusivamente francesa. La Revolución de 1910 provocó un cambio de mentalidad en los artistas plásticos y cristalizó el interés de los pintores por su país y su cultura, provocó la ruptura definitiva con el academicismo de influencia europea.

Comenzaba a germinar el nacionalismo que tanto brillo —y tanta sombra— habría de arrojar sobre la cultura mexicana, mientras se anunciaba también en Europa, en el mundo, grandes cambios, y Paul Valéry escribía en 1919: “nosotros, las civilizaciones, sabemos que somos mortales”²⁸

La Francia de la posguerra siguió siendo, a pesar de las ruinas causadas por el conflicto bélico, el centro artístico del mundo. En estos años se creó el Servicio de las Obras Francésas en el Exterior (1920) y la Agencia Francésa para la Acción Artística (1922). Poco a poco, en el México posrevolucionario y en la Francia de la posguerra, renacieron movimientos de reconstrucción y desarrollo educativo. Como en otras épocas, el acercamiento a Europa fue percibido por las elites mexicanas como un contrapeso necesario a las presiones estadounidenses sobre México, algo que se manifiesta claramente en la empresa educativa del nacionalista José Vasconcelos.

Vasconcelos, admirado pero señalado como hostil a la influencia francesa por el embajador Jean Périer (amigo de Alfonso Reyes), concibió y aplicó un plan educativo global, de educación popular para todos los mexicanos. Convenció al presidente Obregón (y a sus sucesores) de que el Estado debía promover el arte y la cultura, pero más adelante, en los años 1930, denunciaría la empresa estatal de poner la educación y la cultura y el arte al servicio de sus intereses.

El indigenismo, el mexicanismo, el “prole-cult” nacional, el muralismo, todo llamaba la atención de los escritores y de los artistas de Europa, Estados Unidos, América Latina; los franceses no fueron los últimos, de Jean Charlot a Paul Rivet, Robert Ricard, André Breton

y Benjamin Péret, pasando por Antonin Artaud. Sin embargo, como bien lo notaba Luis Cabrera, “con el mexicanismo turístico se intensificó la invasión cultural norteamericana”.²⁹

Este alejamiento de Europa no podría sino afectar profundamente los intercambios culturales entre México y Francia. En el panorama de la cultura parecen dominar dos actitudes distintas y aun opuestas; por una parte el apoyo de unos intelectuales a la labor del régimen, acompañados por una cultura de cierto contenido social; por otra, el rechazo de otros, acompañado de sus correspondientes manifestaciones culturales y exilios personales. Porque junto a los excesos nacionalistas, una nueva corriente intelectual veía en Francia la interlocutora imprescindible de la cultura.

Los intelectuales libres, los poetas y los pensadores, menos entusiastas que los artistas plásticos y musicales, se conservaron al margen del nacionalismo y realizaron críticas inteligentes a los proyectos del Estado y a un singularismo cuya demagogia muchas veces denunciaba como una veleidad la atención al pensamiento foráneo. Fue una posición sana en un momento en que se corrió el grave riesgo de crear un arte y una literatura totalmente subordinados a la ideología del Estado, o a las necesidades de una atención europea que exigía productos culturales cargados de color local [...]³⁰

Así, los grupos del Ateneo, la generación de 1915 y el grupo de los Contemporáneos —y siempre Alfonso Reyes— continuaron con intensidad el trato con la cultura francesa, el intercambio con su pensamiento y su literatura, traduciendo y divulgando a contracorriente del nacionalismo las ideas y las obras de André

²⁹ Luis Cabrera, *El balance de la Revolución*, pp. 31-32. “El balance de la Revolución”, conferencia pronunciada por Luis Cabrera el 30 de enero de 1931 en la Biblioteca Nacional de México.

³⁰ *La Casa de México en París*, op. cit., pp. 53-54.

²⁸ Frase que abre su famoso ensayo, publicado en *Le cri-se de l'esprit, Oeuvres*, I, París, Pléiade, 1957.

Gide, de Paul Valéry, de Henri Bergson, de Julien Benda y de muchos otros escritores franceses. Había otra cultura y otros intelectuales con preocupaciones más serias que los entusiasmos del *made in Mexico*. Trabajaban en silencio, escribiendo gran poesía y crítica de relieve, pero no contaban con la fuerza suficiente para hacerse escuchar entre la alharaca nacionalista. Xavier Villaurrutia, entonces joven poeta, en 1925 escribía apesadumbrado una carta a Alfonso Reyes, diplomático en París: “Añada usted que nada se hace en México de las cosas que podrían salvarme. Ni una revista, ni un libro. La inquietud por la cultura popular que, de cualquier modo, sembró Vasconcelos, se ha apaciguado por nuestra parte; y por la de los otros, se ha negado y destruido”.³¹

En el marco de esas discusiones entre nacionalistas y populistas se explican los obstáculos que enfrentó el primer proyecto de abrir una Casa de México en la Ciudad Universitaria de París. En efecto, desde el primer momento México fue invitado a participar en el proyecto de la *Cité Universitaire*. El senador André Honnorat, uno de los principales promotores de la Ciudad Universitaria, viajó a México para promover su proyecto entre los oficiales mexicanos que recibieron con entusiasmo la idea, sobre todo el rector Alfonso Pruneda. Francia se sentía capaz de atraer estudiantes mexicanos, mandar jóvenes franceses a México, son las dos caras de esta política. A partir de 1930, dio becas, por uno y dos años, a jóvenes investigadores franceses orientados por Paul Rivet, director del Museo del Hombre, y uno de los grandes artífices del desarrollo de la investigación francesa en México. Habría que esperar 1945 para que los primeros becarios mexicanos llegaran a París, un año después de la creación del Instituto Francés de América Latina en México, y unos años antes de que fuera colocada la primera piedra de la Casa de México en París.

³¹ *Ibidem*, p. 55.

Alfonso Reyes

Francófilo y francófono, vivió en París, como diplomático en 1913-1914 y luego de 1924 a 1927. Reyes era un Par, como lo muestran las emocionadas saluciones de Jean Cassou y Valéry Larbaud. Incluso, en un dato poco conocido, Charles Maurras —a quien Reyes admiraba mucho— le dedicó un capítulo de *Sur la cendre de nos foyers* (1929).³²

Que Reyes haya habitado algunos meses de 1924 el departamento de 44 de la rue Hamelin, que había sido del agonizante Proust, deja de ser una casualidad para convertirse en un pequeño acto de justicia poética.

Reyes cultivó la amistad de Paul Valéry, Saint-John Perse y Jules Romains. Como lo muestra Paulette Patout en su excepcional *Alfonso Reyes y Francia* (1978), muy variadas fueron las relaciones literarias, políticas y personales de Reyes en París: Jean Cassou, Cocteau, Marcelle Auclair, René Etiemble, André Gide, Marcel Bataillon, la lista sería interminable...

Al caso de Jaime Torres Bodet (1902-1974) siempre ha de seguirlo la leyenda negra del funcionario ejemplar que despoja a la figura del poeta. Ningún escritor mexicano pasó tantos años en París como él, haciendo de su estancia una contribución de primer orden para México y, sobre todo, para la UNESCO, que dirigió entre 1948 y 1952. En la búsqueda del aliento humanista que devuelva a sus principios a los organismos multilaterales, la gestión de Torres Bodet es vista actualmente, antes en Francia que en México, como ejemplar. Siguiendo los pasos de Reyes, Torres Bodet llegó a París por primera vez en 1930, como secretario de embajada. Entre 1952 y 1958 será el embajador.

Una parte esencial de la obra de Torres Bodet se escribió en París, desde los *Sonetos* (1949) hasta *Tres inventores de la realidad* (1955), su paseo por el mundo de

³² Paulette Patout, *op. cit.*, p. 701.

Stendhal, Dostoievski y Galdós. Las memorias de Torres Bodet, tan justamente despreciadas por su señera incapacidad para penetrar en el fondo de las cosas, quizá sean otra expresión de la reticencia de los Contemporáneos (Pellicer confirma la regla) ante la audacia geográfica. El París de Torres Bodet es la ciudad de los grandes funcionarios y de los escritores famosos.³³

Paul Rivet fue amigo de estos dos hombres.

Paul Rivet (1876-1958), siendo médico de formación, se interesó en el origen del hombre en América. En 1906 se integró al Museo Nacional de Historia Natural, al cabo de residir durante varios años en Ecuador. Fue profesor de antropología en el Museo de Etnografía (también conocido, por su ubicación, como el Museo del Trocadero, luego Musée de l'Homme) y en 1930, con el respaldo del ministro francés de Relaciones Exteriores, fundó la llamada École Française de México —que de escuela tuvo bien poco, aunque sí fue centro de operaciones de un total de ocho estudiosos, quienes así pudieron vivir un año en México para completar sus investigaciones. Así, en julio de 1930, Rivet viajó a la ciudad de México para instalar al primer pensionado de dicha École, Robert Ricard (1900-1985), y luego fue a Guatemala y El Salvador. Rivet fue una pieza clave en las páginas del *Journal de la Société des Americanistes de Paris*. La École Française de México murió en 1940, luego de haber dado cobertura a François Weymuller, Jacques Soustelle, Latarjet, Guy Stresser-Péan, Gessain, Halpern y Georgette Soustelle. Rivet formó parte de la resistencia en la Francia de Vichy, y fue consejero de la Francia combatiente en México. En 1942 Rivet se instaló en Colombia, donde fundó el Instituto y Museo de Antropología. En 1945 regresó a Francia, después de fundar el Instituto Francés de América Latina en la ciudad de México, con el apoyo de Alfonso Reyes y Jules Romains.

De 1945 en adelante

Francia en México

“Se trataba, para aquellos hombres que habían huido de la ocupación alemana y del régimen de Vichy, de hacer vivir y de conservar la cultura de una Europa dominada por el totalitarismo”.³⁴ Este grupo, que rápidamente se verá enriquecido con la ola de refugiados españoles, entre quienes se contaban destacadísimos intelectuales, dará al Instituto Francés de América Latina (IFAL) un espíritu y una orientación política en defensa de la democracia, al menos en sus primeros años de existencia.

Con la creación del IFAL, Francia elige a México como punta de lanza para desplegar su política cultural en América Latina. El Instituto se convierte en una de las primeras piezas de la red de cerca de 130 centros culturales e institutos franceses en el exterior. En el discurso inaugural del IFAL, Robert Escarpit habló del “humanismo francés” bajo la presidencia de ese “Erasmus” (Reyes) que aprecia la “cultura francesa como expresión del humanismo universal”. Por su parte, en su discurso, Reyes concluye exaltando al humanismo francés “valor común de México y Francia”, “fertilizador de la cultura sudamericana”. Rápidamente, el IFAL, como la Casa de España, se convierte en un centro de encuentro para los refugiados, en “un refugio de los partidarios de la democracia contra las dictaduras” que participan así de alguna manera en el movimiento de la Francia libre.

Alfonso Reyes jugó un importante papel en la creación de ambas instituciones. Supo agrupar a buen número de franceses, españoles y mexicanos en las conferencias, ceremonias que se realizaban particularmente en el IFAL: Alfonso Caso, Jaime Torres Bodet, los Asúnsolo, Diego Rivera, por sólo citar algunos. Este grupo formó parte del “Comité para las Relaciones Culturales México-Europa”, encargado por Caso y Rivet.

³³ *La Casa de México en París, op. cit.*, p. 180.

³⁴ Denis Rolland, *op. cit.*, p. 301.



Événements de Mexico. — LE GÉNÉRAL DE MIANZOL POURSUIVANT LA CAVALERIE D'AUBILLANO PRÈS DE LOS LLANOS. — D'après un croquis de M. Dapp, copié au D^r de manusc.

“Discurso ofrecido por Jaime Torres Bodet en el acto inaugural del Instituto Francés de América Latina, México, D.F., 16 de abril de 1945”:

Hay en la historia poderosas naciones que se distinguen por su tesón en el tiempo de la cosecha. Otras, en cambio, suelen poner lo más puro de su entusiasmo en la dádiva de la siembra. Pueblos incomparables, la fama acuña —sobre el oro nítido del recuerdo— el perfil de su símbolo prestigioso: la silueta del sembrador.

En la vocación de esos pueblos —que, como el griego de la edad clásica y el español de los siglos renacentistas, viven perennemente de lo que dieron— se ilustra Francia; la dulce Francia de Alda la Bella y Clemencia Isaura, la Francia caballerescas de Juana de Arco, la pensativa Francia metódica de Descartes, la inmortal Francia de la Revolución del '89, la Francia mártir de los cuatro años recientes de ocupación.

Sembradora de ideas y de doctrinas, de instituciones y de esperanzas, Francia lo ha sido desde los tiempos de la Edad Media, cuando iban a estudiar a sus universidades los inquietos discípulos de diversas tierras, hasta esos otros —también oscuros por engañosos— que precedieron a la guerra mundial en que nos hallamos. Tiempos terribles durante cuyo transcurso, escindida del trono vital de las responsabilidades cívicas apremiantes, la flor soberbia de una cultura, que soñó persistir por sí misma gallardamente, se vio amenazada por la mano sangrienta del agresor.

Sólo el que da se agranda y, por gracia del espíritu, se enriquece. De ahí que Francia —que ha dado al mundo tantas auroras de voluntad y de pensamiento y tantas experiencias de trabajo, de arte y de bienestar— surja, como la planta, de la muerte de la semilla en la que se entrega y, digna de las victorias en la victoria, encuentre hasta en las crisis más dolorosas una fuerza nueva para empezar otra vez y para vivir.

Y es que existen países a los que no impone lastre la madurez: ejecutorias que representan augurios de éxito y culturas que, aunque se ofrezcan a menudo al espectador en calidad de plácido testimonio, contienen tantas reminiscencias como promesas y, más que orgullo de lo pretérito, son explicación de la actualidad y faro de luz lanzada sobre el futuro.

A tal categoría pertenece la profunda cultura de Francia. Cuando la califico así, de profunda, pienso en el escritor que, al regresar de un paseo por las ciudades francesas del Mediodía, exclamaba elocuentemente: “¡Venturoso país, que puede encontrar, para todo, una tradición profunda de sí!” Porque la tradición de Francia es tenerlas todas. Es decir: ha trabajado, sufrido, gozado y creado en todas las direcciones y “ha dado a su alma todas las formas posibles.”³⁵

Entre las tareas del Instituto destacan la labor de traducción y edición de los clásicos franceses, la publicación de la *Revue de l'IFAL* y después de *Terres Latines*, las conferencias científicas y literarias, los cursos de lengua francesa y de formación pedagógica, teatro, música... Desde los años cuarenta, el gobierno francés considera a la enseñanza del francés como uno de los pilares de la cooperación franco-mexicana en materia de educación. El Liceo Franco-Mexicano, construido por el arquitecto mexicano de origen francés Vladimir Kaspe, fue inaugurado en 1950.

Cada director imprimiría su propio sello y orientación, y contribuiría a definir la vocación y organización del Instituto. Después de Jules Romain, es nombrado el doctor Fiasson —médico especializado en enfermedades tropicales— asistido por Marceau-Pivert; en 1946, después de un interinato de Robert Escarpit llega Jean Camp. François Chevalier, de 1949 a 1962, hace maravillas: invita a José Luis Martínez, Gonzalo Obregón, Lucio Mendieta y

³⁵ *La Casa de México en París, op. cit.*, p. 60.

Núñez, Ramón Xirau, Juvencio López Vásquez, Silvio Zavala, Luis Chávez Orozco, Daniel Cosío Villegas, Luis González, etc...

El instituto tuvo entonces un papel de primer orden en la vida cultural y artística de México. Carlos Fuentes lo recuerda como “ese oasis urbano de la calle Río Nazas donde toda mi generación fue a aprender el cine, la literatura y sobre todo la civilización [...], que yo supongo que nos salva, a nosotros latinoamericanos, de la vieja subordinación hispánica y de la nueva subordinación anglo-sajona: Francia representa una protección segura y deseada”.³⁶

Los intelectuales mexicanos más ilustres se acercaron inmediatamente; los mejores artistas de la época expusieron en sus muros. Un grupo de teatro, animado por André Moreau (viejo actor del grupo de Louis Jouvet quien decide quedarse en México después del paso de su compañía por el país), le dio una gran reputación a la Sala Molière, que durante veinte años presentó un amplio repertorio en francés y en español. El cine club del IFAL fue uno de los primeros de México y de gran calidad gracias al trabajo de Jomi García Ascot. La biblioteca era una de las más completas de América Latina en lengua francesa, como lo cuenta Jean-Marie Le Clézio, quien trabajó en el IFAL en 1967-1968.

En esta época México experimentó una vida artística en plena eferescencia, y entre las numerosas galerías que se abrían, la del IFAL se impondría exponiendo artistas de gran calidad como Pedro Coronel, quien hizo su primera exposición en 1957; José Luis Cuevas, Francisco Toledo, Zúñiga, entre otros muchos. El papel del IFAL durante esos años, fue de primer orden en la vida artística y cultural de la capital mexicana. Una maravillosa novela autobiográfica de Juan García Ponce, *Pasado presente*, revive intensamente esos años del IFAL.³⁷

³⁶ *Ibidem*, p. 57.

³⁷ *La Casa de México en París*, op. cit., p. 58; y François Bataillon, FA. Giraud, *IFAL, 1945-1985*, México, IFAL, 1986.

Una segunda edad de oro del IFAL se presentó en los años 1986- 1990, bajo la dirección de Louis Panabière, apoyado por un gran consejero cultural, André Ladousse.

Guy Stresser-Péan (1913-2009)

El antiguo becario (1936-1940) de Paul Rivet, gran especialista de la Huasteca, había regresado a México en 1950 y para siempre.

Fue colega y amigo de Claude Lévi-Strauss, cuya trayectoria científica fue radicalmente diferente de la suya, casi opuesta podríamos decir, y sin embargo sorprendentemente complementaria. Esta complementariedad el propio Lévi-Strauss la reconoció en más de una ocasión, y hasta en las líneas que le envió después de haber recibido el libro *Le Soleil-Dieu et le Christ. La christianisation des Indiens du Mexique vue de la Sierra de Puebla*,³⁸ probablemente la obra principal de Guy Stresser-Péan, y que lo era ciertamente a sus propios ojos. En una carta del 24 de junio de 2005, anunciando que iba a leer el libro durante el verano, Lévi-Strauss le escribía: “Votre immense savoir des choses mexicaines me sera, comme à d’autres, d’un constant profit”.³⁹ Y en otra, fechada el 20 de septiembre del mismo año, a propósito del mismo libro: “C’est un trésor d’observations et de réflexions originales que je vous suis reconnaissant de m’avoir envoyé. J’admire que vous ayez mené à bien cette grande entreprise malgré les fatigues de l’âge. Plus vieux que vous, certes, j’ai renoncé aux livres”.⁴⁰

³⁸ París, L’Harmattan, 2005. Edición en español: *El Sol-Dios y Cristo. La cristianización de los indios de México vista desde la Sierra de Puebla*, México, Conaculta/FCE/CEMCA, 2010.

³⁹ “Su inmenso conocimiento del mundo mexicano será para mí, como para otros, de un provecho constante”.

⁴⁰ “Es un tesoro de observaciones y reflexiones originales que le agradezco haberme enviado. Admiro que haya llevado a cabo esta gran empresa. Por cierto, soy mayor que Usted pero renuncié a los libros.” [Agradecemos a la señora Claude Stresser-Péan habernos facilitado una copia de estos dos correos].

Antropólogo, sociólogo rural, arqueólogo, sabelotodo, de una exigencia extraordinaria, logró en 1962 el apoyo de las autoridades mexicanas y de París para crear la “Mission archéologique et ethnologique française au Mexique”. Así lograba dar una legitimidad oficial a los arqueólogos franceses que pudieron conseguir permisos de excavaciones; abrió México a la arqueología francesa, ciencia que Francia ha financiado de manera muy peculiar desde el siglo XIX en Egipto, Grecia, Italia y otros sitios importantes de la historia humana. Stresser-Péan, apoyado por sus colegas mexicanos hasta el fin de sus días, dirigió la Misión hasta 1979.

En 1982 el geógrafo Claude Bataillon, conocido y reconocido en México, fue encargado de abrir este instituto financiado por le Quai d’Orsay a las otras ciencias sociales; esto explica el cambio de nombre: la Misión pasó a ser el Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA), base de trabajo de muchos investigadores confirmados así como de becarios y otros doctorados.

En 2008 el embajador Daniel Parfait, al celebrar los 25 años del CEMCA, pudo decir:

Desde hace 25 años, el CEMCA significa para ambos países un lugar privilegiado para la observación y el estudio científico. La presencia de este centro en México proporciona a los investigadores los medios con los que pueden contribuir al avance del conocimiento. Para Francia eso se traduce en una oportunidad para percibir de manera más cercana a uno de sus principales socios en América Latina, para aproximarse a los países de Centroamérica y, en especial, a Guatemala. En este centro de estudios, se han propiciado cientos de aventuras científicas y humanas que, hasta la fecha, han quedado plasmadas en la edición de más de 300 obras y revistas, sin contar con los numerosos encuentros y debates de alto nivel, que no siempre se publican, pero que son alimento para aquellos hombres y mujeres que les dan vida gracias al espíritu de la curiosidad científica.

Los temas de intercambio y de investigación evolucionan, como también lo hacen los países y sus sociedades. Así se trazan cada día nuevos rumbos en el CEMCA, siguiendo las prioridades y metodologías de cada época. Gracias a lo adquirido a lo largo de sus 25 años, el CEMCA puede reflexionar sobre su acción y su colaboración con las instituciones mexicanas que, ahora, han logrado situarse en el ámbito de la investigación internacional de primer rango. Compartir la riqueza de sus hallazgos científicos y difundir los últimos estudios sobre Mesoamérica seguirá siendo un desafío pero, sin duda, un desafío apasionante. Es responsabilidad del CEMCA aceptar este reto, aprovechando el patrimonio que ha sabido construir, al ofrecerlo para el servicio de la inteligencia de uno de los gigantes del nuevo siglo.⁴¹

México en Francia

En los años de la posguerra se retoman las negociaciones para la construcción de la Casa de México en la Ciudad Internacional Universitaria de París y, posteriormente, del Centro Cultural de México en París.

Pero las relaciones franco-mexicanas deben su fuerza y permanencia no sólo a las políticas desarrolladas en diversas épocas por los respectivos gobiernos; también a numerosas personalidades del mundo artístico e intelectual, mexicanos y franceses, que cultivaron un profundo interés por todo aquello que sucedía a ambos lados del Atlántico.

A las diez de la noche en el Café de Inglaterra
Salvo nosotros tres
No había nadie
Se oía afuera el paso húmedo del otoño
Pasos de ciego gigante
Pasos de bosque llegando a la ciudad

⁴¹ Texto del tríptico en que se invitaba a celebrar el aniversario del CEMCA.

Con mil brazos con mil pies de niebla
 Cara de humo hombre sin cara
 El otoño marchaba hacia el centro de París
 Con seguros pasos de ciego

Octavio Paz,
Noche en claro (1958)

La estancia de Octavio Paz (1914-1998) en París, como tantas cosas en su vida, fue excepcional. Paz se instala en la ciudad como tercer secretario de la embajada mexicana, en diciembre de 1945. Había estado en París por primera vez en 1937, antes y después del Congreso Antifascista de Valencia. Pero esa experiencia de posguerra, según recordará en numerosos textos y poemas, fue el momento capital de su formación intelectual: el surrealismo (Benjamin Péret y André Breton), el marxismo heterodoxo (Kostas Papaioannou y David Rousset) y el encuentro con otros poetas que, franceses o extranjeros, hacían de París, tras los fuegos de la guerra mundial, las brasas del siglo. Dice Paz en *Itinerario* (1993):

Mi vida dio otro salto en 1945: dejé los Estados Unidos y viví en París los años de la posguerra. No encontré ni rastro de la revolución europea. En cambio, [...]. La mirada más clara y penetrante era la de Raymond Aron, poco leído entonces: su hora llegaría más tarde. Había otros solitarios; uno de ellos, aún muy joven, Albert Camus, reunía en su figura y en su prosa dos prestigios opuestos: la rebeldía y la sobriedad del clasicismo francés. Jean Paulhan, otro solitario, tuvo el valor de criticar los excesos de las “depuraciones” y de enfrentarse a la política de la intimidación de los intelectuales comunistas. Una roca en aquel océano de confusiones, el poeta René Char. También, aislado, en el centro de las mermadas huestes surrealistas, André Breton. Pero los más apreciados, leídos y festejados eran Sartre y su grupo. Su prestigio era inmenso, lo mismo en Francia que en el extranjero.⁴²

⁴² Octavio Paz, *Itinerarios*, México, FCE, 1993, pp. 81-82.

Pocos como Octavio Paz, entre los intelectuales latinoamericanos, aprovecharán la experiencia de París para pasar de testigos a protagonistas de su siglo, o para decirlo con su famosa frase de *El laberinto de la soledad* (1950), a ser contemporáneos de todos los hombres. En París, Paz no sólo redacta este último libro sino prepara su primera recopilación poética, *Libertad bajo palabra* (1949). Y también desde esa ciudad divulga la denuncia de David Rousset de los campos de concentración soviéticos, logrando que se publique en la revista *Sur*, de Buenos Aires, en 1951. Junto a ese gesto de gallardía moral, Paz elabora en París una *Antología de la poesía mexicana*, que Samuel Beckett traducirá al inglés. Pero al embajador Torres Bodet le incomodaba el activismo político de Paz, visible en su simpatía por la causa argelina o en su defensa de Luis Buñuel, cuya película *Los olvidados*, que se exhibía en el festival de Cannes, había escandalizado al gobierno mexicano. Paz fue enviado a la India y a Japón.

La cultura francesa marcó de manera definitiva su talante intelectual, su posición crítica y su fervor literario. Sin la presencia de la Francia que amó desde que, cuando niño, leyó una historia de Francia y las novelas de Dumas, su obra no habría tenido la altura que tiene. Amor correspondido: muy pronto en la prestigiosa colección La Pléiade, canon final de la cultura francesa, deberá aparecer la poesía completa de esta voz universal.⁴³

De la misma manera, México marcó de manera definitiva a Jean-Marie Le Clézio.

En el marco de las conmemoraciones del cuarto centenario de la Universidad de México, el 21 de septiembre de 1951, la Universidad Nacional de México otorgó el doctorado *honoris causa* a un grupo de humanistas y científicos entre los que estaban Paul Rivet y Jean Sa-

⁴³ Guillermo Sheridan, “Aquí, allá, ¿dónde? Octavio Paz en el servicio diplomático”, en *Escritores en la diplomacia mexicana*, México, SRE, 1998.

rrailh, rector de la Universidad de París. Este último, “en impecable castellano, evocaría los momentos cruciales de nuestra institución” (La Casa de México), como lo recuerda en sus memorias Miguel Alemán.

Con motivo de celebrarse los 400 años de la institución, su rector me expuso la idea de establecer una residencia de estudiantes en París, la cual daría hospedaje a los mexicanos becados en cursos de posgrado, cuya principal obstáculo económico era precisamente el de conseguir una habitación decorosa. Ya don Isidro Fabela, egregio maestro universitario y por entonces juez de la Corte Internacional de Justicia, había propuesto fundar la Casa de México en París, iniciativa muy encomiable, aunque la construcción de la Ciudad Universitaria, gozaba de primacía absoluta. Consciente de estas limitaciones, el doctor Garrido atendió mi sugerencia de recurrir a la próspera colonia de residentes franceses, mientras yo solicitaba el apoyo de otros organismos e instruía a nuestro embajador en Francia, doctor Víctor Fernández Manero, para secundar este proyecto. Gracias a la generosidad de numerosas empresas y particulares, la residencia estudiantil pudo construirse en un terreno cedido a México por la Universidad de París, inaugurándose hacia principios de 1953.⁴⁴

El entusiasmo de México se hizo patente en París con una magna exposición de arte mexicano, integrada por seiscientas piezas de arte prehispánico, más de dos mil objetos de artesanía popular, importantes obras coloniales y una colección notable de arte moderno.

La primera piedra de la Maison du Mexique fue colocada el 17 de julio de 1951, en presencia de las autoridades francesas y de don Antonio Castro Leal, delegado permanente de México ante la UNESCO, en representación de la UNAM. En su discurso, Castro Leal recordó al maestro

⁴⁴ Miguel Alemán Valdés, *Remembranzas y testimonios*, México, Grijalbo, 1986, p. 302.

Justo Sierra, quien decía que Francia, por su carácter, por su espíritu y por sus instituciones, es el centro de gravedad de la solidaridad latina.

La vida de los pueblos hispanoamericanos está profundamente ligada al pensamiento francés. En los comienzos de la historia de nuestros países, encontramos siempre una figura nacional, en quien el deseo de independencia, justicia y libertad nació o creció al contacto de un libro francés del siglo XVII que entró en las colonias españolas burlando las mal resguardadas fronteras. Unas veces se trataba de un tomo de la enciclopedia; otras, de alguna obra de Voltaire, Montesquieu o Rousseau.

La Revolución Francesa puso después un deseo de acción en los hombres ya conquistados por las doctrinas y los razonamientos enciclopedistas.⁴⁵

El París de la posguerra, donde faltaba todo o casi todo, le permitió a Manuel Cabrera estudiar filosofía con Jean Wahl y Vladimir Jankélevitch, leer a Albert Camus y a Jean-Paul Sartre, conocer a sus amigos de entonces: Octavio Paz, Rodolfo Usigli, Pablo González Casanova y graduarse en La Sorbona. Manuel Cabrera fue, unos años después, director de la Casa de México en París, que transformó en un centro cultural indispensable.

Las primeras generaciones de residentes fueron brillantes, como lo recuerda Margo Glantz:

La Casa de México se había inaugurado hacía poco y todo estudiante mexicano que se dirigía a París la conocía. Varios amigos ya estaban instalados en ella y además su director —el doctor Manuel Cabrera— era amigo personal nuestro, al igual que su esposa, María Ramona Rey de Cabrera. Ya estaban allí varios amigos, como los pintores Lilia Carrillo y Manuel Felguérez; el filósofo Ricardo Guerra; los escritores Enrique González Pedrero, Julieta Campos,

⁴⁵ *La Casa de México en París*, op. cit., p. 93.

Gabriel Zaid y Salvador Elizondo; los cineastas Manuel Michel y José Luis González de León; Ramón Xirau y Ana María Icaza de Xirau, Emilio Uranga, Vera Yamuni, Sol de la Borbolla y el pintor uruguayo Horacio Torres García. Más tarde llegaron Víctor Flores Olea, Porfirio Muñoz Ledo, Manuel de Ezcurdia, el músico Joaquín Gutiérrez Heras, Martín Seidel, la clavecinista Luisita Durón y otros. Pasaron por allí también y residieron brevemente, creo, Alejandro Rossi, Luisa Josefina Hernández, Luis Villoro, Estela Ruiz Milán, Joaquín Díez Canedo y Rafael Gutiérrez Girardot. También estaba allí, exiliado, el poeta José Bergamín, con el que salíamos a menudo. En una ocasión, fuimos a cenar con la viuda de Breton y con Dominique, la de Paul Eluard. [...]

Recuerdo mucho las conferencias, divertidísimas de Salvador Elizondo; el saludo cotidiano de Horacio Torres García, que pretendía que los mexicanos éramos muy nacionalistas; las partidas de ajedrez de Víctor Flores Olea y Paco López Cámara [...]⁴⁶

Poco después le tocaría a Rafael Segovia hacerse amigo de su maestro Jean-Baptiste Duroselle, y auditor y lector de Raymond Aron. En aquellos años Luis Villoro traduce *El principito* de Saint-Exupéry. Paz, Juan García Ponce y Salvador Elizondo leen a Bataille, Blanchot, Klossowski. Tomás Segovia da a conocer a Lévi-Strauss y traduce a Lacan; Arturo Ripstein, José de la Colina, Emilio García Riera y Tomás Pérez Turrent leen *Les Cahiers du Cinéma*.

Héctor Pérez Rincón era el discípulo de Jean Delay, si bien la medicina francesa había sido desplazada en México por la estadounidense. En los años 1960, la Librería Francesa en México, al principio del Paseo de la Reforma, era un lugar obligatorio para muchos: De Gaulle había ordenado que Air France transportara cada día, gratuitamente, la prensa francesa, de

modo que Paz, Fuentes y otros muchos tenían su casillero. ¿Será por eso que México escogió entonces un metro francés?

Muchos de los becarios mexicanos en Francia llegaron a ser gobernadores, ministros, candidato a la presidencia de la República...

Después vendrían años de vacas flacas cuando París disminuyó progresivamente las becas, hasta su casi desaparición. Pasarían años antes de que se corrigiera semejante error.

México y Francia hoy

En los años noventa, Francia eligió en América Latina dos sitios clave: México y Brasil. Por fin se sintió la necesidad de recuperar un lugar en la formación de las elites académicas latinoamericanas, factor de indiscutible repercusión en las relaciones económicas y políticas entre las naciones.

Por su lado, México, preocupado por diversificar unas relaciones fuertemente ligadas a Norteamérica —en particular a partir de la firma del Tratado de Libre Comercio—, buscaba una apertura hacia Europa.

Hoy en día el intercambio cultural y educativo se rige por el Acuerdo de Cooperación Cultural suscrito en 1970, el Acuerdo Marco de Cooperación firmado en 1992 y por numerosas propuestas aprobadas en cada reunión periódica de la Comisión Mixta México-Francia. A los mecanismos tradicionales, becas para estudios universitarios y doctorados, se suman otras formas de cooperación como las estancias lingüísticas, tesis en co-tutela, prácticas profesionales en empresas y en universidades, videoconferencias, laboratorios mixtos, redes universitarias y de investigación, etc.

En los registros de la Embajada de México en Francia se encuentran inscritos aproximadamente más de 408 acuerdos entre instituciones educativas, 24 acuerdos gubernamentales y tres acuerdos multilaterales en materia de cooperación educativa, científica y tecnológica. Cabe señalar que la cifra de acuerdos antes mencionada no es exhaustiva, debido a que las

⁴⁶ Cit. en *La Casa de México en París*, op. cit., pp. 153-154.

instituciones participantes gestionan en su gran mayoría de manera directa los convenios bilaterales. En promedio hay 2000-2500 estudiantes mexicanos en Francia.

La cooperación educativa y cultural es un campo de excelencia en el marco de las relaciones bilaterales entre México y Francia. En el renglón educativo, Francia constituye para México uno de los más importantes destinos de formación universitaria en el extranjero y de intercambio de cátedras entre instituciones de educación superior. La cooperación educativa entre México y Francia se ha visto reforzada en años recientes al sumarse a los programas de becas de formación técnica, profesional y de postgrado, nuevas becas de bachillerato y de asistentes para la enseñanza de idiomas, así como programas de estancia para maestros de educación básica.

Para el Ministerio de Asuntos Extranjeros del Gobierno de Francia, la prioridad de sus actividades en México consiste tanto en la formación de elites (políticas, empresariales, intelectuales y artísticas) como en la creación de instancias de cooperación científica y tecnológica. De ahí se deriva el fuerte acento impreso en la promoción de la lengua francesa a través de 44 sucursales de la Alianza Francesa en la República mexicana, del IFAL y la Casa de Francia, así como mediante cursos de lengua francesa en numerosas universidades. A esto se suma la oferta en los institutos superiores franceses, accesible mediante becas de posgrado y para la enseñanza de la lengua.

Francia es el tercer país receptor de estudiantes mexicanos después de Estados Unidos y España, empatando con el Reino Unido.

Las dos naciones coinciden en su interés por fortalecer y ampliar la colaboración entre instituciones gubernamentales en los sectores educativo y cultural, con el refuerzo de entidades públicas y privadas. Asimismo, desean favorecer la presentación de actividades culturales de México en Francia y viceversa, y el intercambio de profesionales de museos, artistas, intelectuales y promotores culturales de ambos países. Las actividades de educación y difusión de la cultura en Francia se realizan principalmente por medio de las siguientes instancias: la Consejería Cultural de la Embajada de México en Francia, el Ins-

tituto de México en París, la Casa de México de la Ciudad Internacional Universitaria de París y la Casa Universitaria Franco-mexicana de Toulouse.

En 2009, la exposición Teotihuacán en París tuvo un éxito que sorprendió a los organizadores y obligó a reimprimir varias veces el catálogo; la literatura mexicana, invitada de honor en la Feria del Libro, en octubre del mismo año, rompió récord de asistencia. Sin embargo ambos países, de manera general, reducen sus créditos culturales, quizá Francia más que México. Una vez más el historiador recuerda las palabras pesimistas de José Vasconcelos: “¿Hasta cuándo Francia dejará de vender Luisianas en América?”

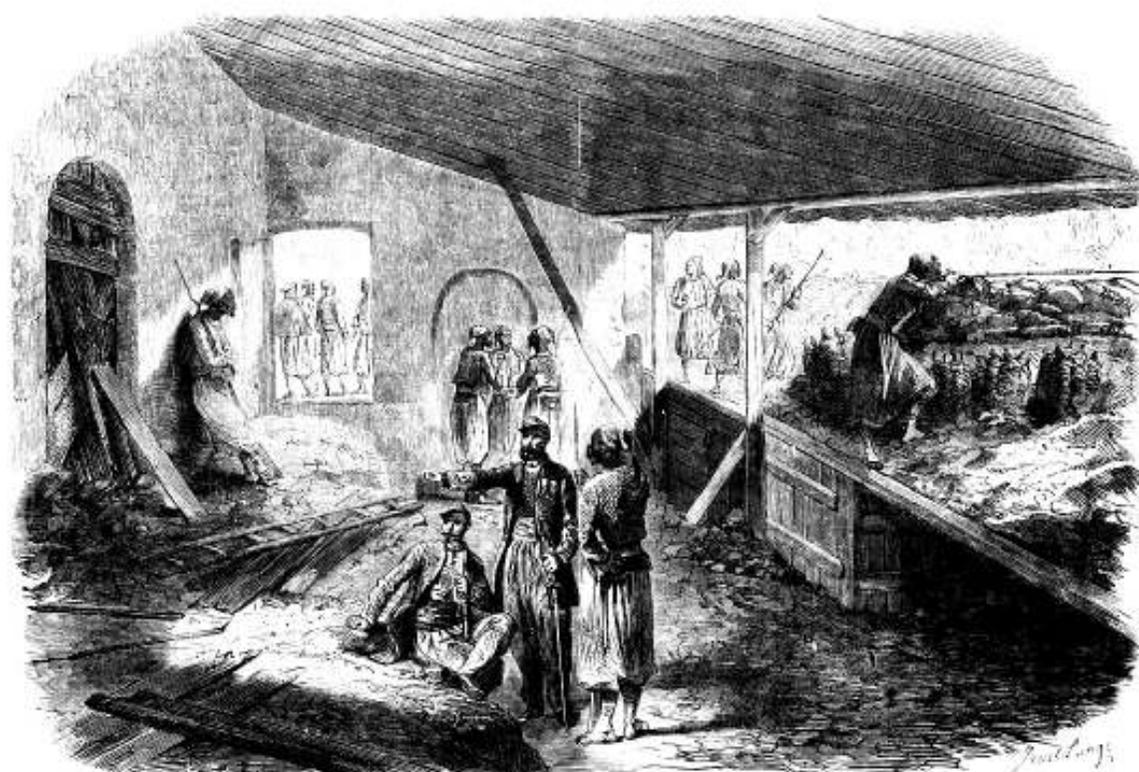
Felizmente, no todo depende de los gobiernos y la atracción recíproca entre las dos naciones, los dos pueblos, resiste a todos los desencuentros, malentendidos, decepciones que son inevitables cuando de política se trata.

Uno podría celebrar la muy real amistad entre Francia y México, y felicitarse de unas relaciones culturales aparentemente perennes; pero sería olvidar que la mundialización de la cultura no es favorable al mantenimiento de la “excepción cultural francesa”. De hecho, la guerra mundial cultural ha sido declarada y los medios de producción franceses y mexicanos son muy inferiores a los de los Estados Unidos, China o la India. Sea alta cultura elitista o divertimento de masa, la guerra por el *soft power* la estamos perdiendo, como lo demuestra la omnipresencia del inglés... hasta ahora.

El español tiene buenas posibilidades y la “francofonía” también, pero nuestras flaquísimas políticas culturales no logran mucho en un mundo en el cual el comercio, la ciencia, el arte y la geopolítica se entrelazan.⁴⁷



⁴⁷ Frédéric Martel, *Mainstream. Enquête sur cette culture qui plaît à tout le monde*, París, Flammarion, 2010.



BOURSE DE NÔTRE-DAME OCCUPÉE PAR LES FRANÇAIS DANS VIERLA. — D'après un croquis de M. V. Perron.

Los extranjeros en México. Reflexiones sobre una presencia diversa, de cifras difusas y cualidades evidentes

Delia Salazar

El sueño por contabilizar el número de individuos procedentes de otras latitudes del mundo llegados a suelo mexicano durante los siglos XIX y XX, e incluso al inicio del siglo XXI, ha tenido una historia tan larga, quizá, como la misma obsesión decimonónica por atraer inmigrantes extranjeros al país, expresada por distintos intelectuales, científicos y políticos desde los albores del México independiente, cuando —según refirió la *Gaceta Imperial de México* en octubre de 1821—, se aseguraba que “había llegado la hora de invitar a los inmigrantes a compartir las delicias con que la naturaleza había dotado a las tierras mexicanas”.¹ Si bien en las cuentas de los inmigrantes al inicio del siglo XIX se tenían como antecedentes los datos que reunió el científico alemán Alejandro de Humboldt, a quien se le atribuye la noción de asemejar al territorio no-vohispano como “un cuerno de la abundancia”,² durante los primeros años de vida independien-

te bien a bien nadie logró contabilizar con mediana certidumbre y método el número de los recién llegados. Claro está, la comunidad científica nacional, interesada en conocer el binomio malthusiano de la población y sus recursos, naturalmente ofreció algunas alternativas contables de corte general, muchas de ellas basadas en la reunión de indagatorias estadísticas parciales o simples cálculos y extrapolaciones, hasta que, a finales del siglo XIX, gracias al impulso de la Dirección General de Estadística (DGE), fundada en 1882, se llevó a cabo el primer censo general de población en 1895.

De entonces a la fecha, aunque la posibilidad de contabilizar con mayor tino, rigor y método el número de habitantes del país, mediante sofisticados y costosos ejercicios estadísticos que requirieron de innumerables encuentros y discusiones de doctos y funcionarios —encargados de diseñar y ejecutar investigaciones contables de tal magnitud como los censos nacionales o las estadísticas permanentes—, tampoco lograron crear un *corpus* estadístico suficientemente eficaz para conocer el monto y el comportamiento de los inmigrantes internacionales llegados a México durante el siglo XX.

Y aunque las estadísticas nacionales, así como otros registros públicos que dan cuenta sobre el devenir de los inmigrantes externos y sus

¹ Dieter George Berninger, *La inmigración en México (1821-1857)*, México, SEP (SepSeteantas, 144), 1974, p. 27.

² Alejandro de Humboldt, “Tablas geográficas del reino de Nueva España, que manifiestan la superficie, población agricultura, fábricas, comercio, minas, rentas y fuerza militar (enero de 1804)”, en Enrique Florescano e Isabel Gil (comps.), *Descripciones económicas generales de Nueva España, 1784-1817*, México, SEP/INAH (Fuentes para la historia económica de México: I), 1973, p. 132.

descendientes en el país, casi siempre ofrecen cifras difusas, heterogéneas y parciales, que requieren un cuidadoso escrutinio para emplearse como indicadores fidedignos de un comportamiento demográfico de difícil medición, sus resultados en más de una ocasión también han revelado el carácter cualitativo de un modesto conglomerado poblacional, que ha dejado una huella indeleble en muy distintos procesos de la historia mexicana en su relación con el exterior. Por ello, en este ensayo pretendemos analizar en líneas generales los límites y posibilidades que ofrecen algunas fuentes contables sobre las migraciones exteriores llegadas al territorio mexicano desde finales del siglo XIX hasta la actualidad, que si bien han sido empleadas parcialmente en distintos trabajos académicos, a los que aludiremos, aún ofrecen fértiles derroteros para nuevas investigaciones o necesarias relecturas de algunos aspectos y periodos ya estudiados.

Para tal fin, divido mi exposición en cuatro apartados. El primero remite a los resultados generales de la contabilidad censal; el siguiente, al uso de ciertos indicadores socio-demográficos contenidos en los censos; el tercero destaca las fuentes periódicas que han dado cuenta sobre el movimiento migratorio a largo plazo; en el último me avocaré a algunos registros públicos o privados, que si bien no fueron creados con fines estadísticos, su explotación ha sido útil para perfilar el comportamiento de algunos grupos en periodos particulares de tiempo.³

³ Debo señalar que, con cierta arbitrariedad, en este trabajo sólo me centraré en las fuentes contables del periodo que podría considerarse propiamente estadístico, signado por la creación de la DGE en 1882, momento en que también aumentan los flujos de inmigrantes y capitales externos llegados al país y que ha sido el lapso de mi mayor interés académico. Las fuentes estadísticas de las primeras seis décadas de vida independiente, si bien fueron abundantes en el nivel nacional y regional, y han servido como base para importantes estudios sobre la presencia extranjera en México, por su heterogeneidad y falta de periodicidad requieren de un trabajo de mayor profundidad, que bien valdría una investigación particular.

Las cuentas generales

Como mencionamos, hasta la aparición del primer censo general de 1895 las cifras sobre la presencia extranjera en México casi siempre se obtuvieron mediante cálculos o indagatorias parciales elaboradas por diversos especialistas. Si sirve como ejemplo, según una estimación efectuada por Jesús Hermosa, hacia 1857 vivían en México unos 28 mil o 30 mil extranjeros, entre los cuales predominaban españoles y franceses, seguidos muy de lejos por algunos ingleses, alemanes y estadounidenses.⁴ Aunque la apreciación de Hermosa ofrece una cifra un tanto elevada, si consideramos que la población total se estimaba en 8 247 660 habitantes,⁵ los extranjeros apenas alcanzaban a representar 0.3 por ciento de la población total del país en aquel entonces. Pero su monto, con algunas diferencias que dependen de los métodos utilizados, parece mantenerse en el mismo rango, puesto que al finalizar la República restaurada los extranjeros en México sumaban 25 mil, según otras valoraciones.⁶

Una década después, indicadores más halagüeños, dados a conocer por Eduardo Noriega, un experto del fenómeno inmigratorio durante el Porfiriato, mostraban que los extranjeros habían llegado a ser 45 601 individuos hacia 1885.⁷ Ello durante la segunda administración de Díaz, en tanto que en el siguiente lapso, el censo de 1895, ofreció una cifra de 54 737 habitantes de origen extranjero en México, aunque en ese entonces sólo representarían 0.4 por ciento de la población total del país. Luego vendría el gran

⁴ Jesús Hermosa, *Manual de geografía y estadística de la República Mexicana* (edición facsimilar de la de París, Librería de Rosa Bouret y Cía., 1857), México, Instituto de Investigaciones Históricas Dr. José María Luis Mora (Facsimiles), 1991, p. 29.

⁵ *Ibidem*, p. 83.

⁶ Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*, México, El Colegio de México, 1993-1994, vol. II, p. 20.

⁷ Eduardo Noriega, "La inmigración en México", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, núm. 4, t. IV, pp. 487-501, tomado de Moisés González Navarro, *op. cit.*, vol. II, p. 271.

momento de la inmigración extranjera, cuando la contabilidad estadística expresaría, un mes antes del inicio del levantamiento armado de 1910, la presencia de más de 116 000 individuos nacidos en una veintena de naciones. No obstante, según los censos las cuentas más abundantes las aportaron españoles, guatemaltecos, estadounidenses, chinos, británicos, franceses, alemanes, cubanos, sirios y libaneses, italianos y japoneses. A primera vista, esta situación reflejaba no sólo un crecimiento significativo en sí mismo, sino que también exponía un proceso excepcional, en donde se manifestó la mayor tasa de crecimiento de la población de origen extranjero en la historia mexicana (7.1), aunque su contribución al bono demográfico siguió siendo limitada, puesto que en conjunto sólo representaron 0.8 por ciento de la población total.⁸

Pero si los extranjeros no fueron tantos, en un periodo de franca apertura a la inmigración y los capitales venidos del exterior, tampoco crecieron exponencialmente en otro lapso signado por el nacionalismo económico producto de la Revolución mexicana de 1910. Tal fue el caso que, en 1921, un censo más que deficiente, organizado en paralelo con una convulsionada elección, cuyas boletas recabadas en algunas localidades ni siquiera llegaron al entonces Departamento de la Estadística Nacional, ubicó a los oriundos de otros países en 108 080 habitantes.⁹ Y aunque su endeble cifra refleja sólo a poco más de ocho mil individuos perdidos en comparación con los que se registraron en 1910 —y muchos menos que los

800 mil mexicanos ausentes—,¹⁰ nadie se percató de que la mitad de los faltantes eran los inmigrantes temporales guatemaltecos, cuyo monto en los censos precedentes naturalmente dejaba mucho que desear.¹¹

Los migrantes guatemaltecos, pertenecientes a distintas comunidades indígenas de los altos de Guatemala, difícilmente podían haber aportado datos fidedignos a los censos, no sólo porque la mayoría no sabían leer y escribir en español, sino también porque enfrentaron graves problemas para resolver las preguntas de las boletas censales, puesto que el censo suponía un método de auto empadronamiento que debía llenar cada jefe de familia, aunque el encuestador podía realizar alguna corrección.¹² Así, las cifras de los nacidos en Guatemala que figuran en los primeros censos nacionales, con enormes variaciones inexplicables, seguramente son cálculos arbitrarios ofrecidos por jefes políticos o administradores de las fincas cafetaleras del Soconusco, en donde se podía ubicar

¹⁰ El censo de 1921 reportó una población total de 14 334 780 habitantes, lo que significó una disminución de 825 589 individuos en comparación con el censo de 1910. Tal decrecimiento ha sido explicado como “el millón de muertos de la Revolución mexicana”. Más allá de la escasa calidad del registro de 1921, a los individuos que se estima fallecieron en la guerra civil —cerca de 300 mil—, se deben agregar las víctimas de la influenza española y otras enfermedades, los emigrantes mexicanos que salieron hacia Estados Unidos e incluso la reducción de la tasa de natalidad, producto de la separación de las parejas.

¹¹ El censo de 1895 reportó 13 992 individuos nacidos en Guatemala; el de 1900 muestra una reducción a más de la mitad —con 5 820 individuos— y el de 1910 indica un aumento cuatro veces mayor, al ubicarse en 21 334. En 1921, el censo los ubica en 17 473 individuos y el de 1930 en 13 133. MDGE, *Censos generales de población, 1895-1930*, según su lugar de nacimiento. Los guatemaltecos del Soconusco constituyeron un movimiento transmigrante que traspasaba la frontera sur del país, bajo el ciclo de siembra o cosecha del café. Los primeros censos se levantaron en la misma temporada agrícola y no existen razones de peso para explicar una disminución tan drástica como la reportada en 1900. Delia Salazar, *Las cuentas de los sueños. La presencia extranjera en México a través de las estadísticas nacionales, 1880-1914*, México, Instituto Nacional de Migración/INAH/DGE, 2010, pp. 337-347.

¹² MDGE, *Instrucciones para la ejecución del censo de 1910*, México, Gobierno del Estado de México, Secretaría General, Sección de Fomento, Departamento de Estadística, 1908.

⁸ Dirección General de Estadística (DGE), *Censos generales de población, 1895-1910*, según su lugar de nacimiento. En este trabajo sólo citaré en forma abreviada la publicación de los censos generales de población y la de los anuarios estadísticos, una vez que cada volumen particular se publicó en distinta fecha y por distintos órganos editoriales.

⁹ Delia Salazar Anaya, *La población extranjera en México, 1895-1990. Un recuento en base a los censos generales de población*, México, INAH (Fuentes), 1996, p. 61. El historiador Moisés González Navarro también abundó sobre las deficiencias del censo de 1921, en *Población y sociedad en México (1900-1970)*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, 1974, pp. 31-39.

más de 90 por ciento de ellos.¹³ El problema de la contabilidad, bajo un método de auto-empa-dronamiento, seguramente fue un límite para otros extranjeros que no dominaban la lengua o enfrentaban obstáculos para comprender los conceptos censales.

Si bien las cifras generales sobre la población extranjera residente en México, que pueden observarse en el gráfico que presentamos, enfrentan serios límites que tal vez ni los mismos encargados de los trabajos imaginaron, derivados del contexto histórico en que se generaron, durante los años siguientes sus resultados mostraron un crecimiento bastante moderado. Si sirve como indicador, en 1930 el censo arrojó un total de 140 587 individuos nacidos en un país extranjero; el de 1940 ubicó la cifra en 177 375 y el de 1950 en 182 707, aunque al parecer el mayor aumento vino en la década siguiente, ya que en 1960 su cifra llegó a 223 468.¹⁴ Expansión que se explica por el monto de los nacidos en el continente americano o el europeo —como los exiliados españoles—, puesto que la población de origen asiático había tendido a decrecer desde los años treinta, debido al fuerte movimiento antichino que se dio en el noroeste de México, así como por los efectos de una política migratoria restrictiva hacia el ingreso de trabajadores temporales o desplazados.

Durante la década de los años sesenta, la dinámica de la inmigración internacional en México cambia frente al comportamiento que

había tenido en los años precedentes, pues se presentó un importante decremento de la población europea y asiática que incide en los conteos, ya que el censo de 1970 revela que los extranjeros fueron 191 184, es decir 32 mil individuos menos que en 1960. De tal forma, a partir de esos años el crecimiento de los extranjeros en México hasta el año 2000, y seguramente el que se registrará en 2010, se asocia básicamente al aporte de la población de origen americano y muy concretamente a la que nació en Estados Unidos. Fenómeno que ofrece una cifra más que difusa y sobre-representada de los inmigrantes extranjeros en México.

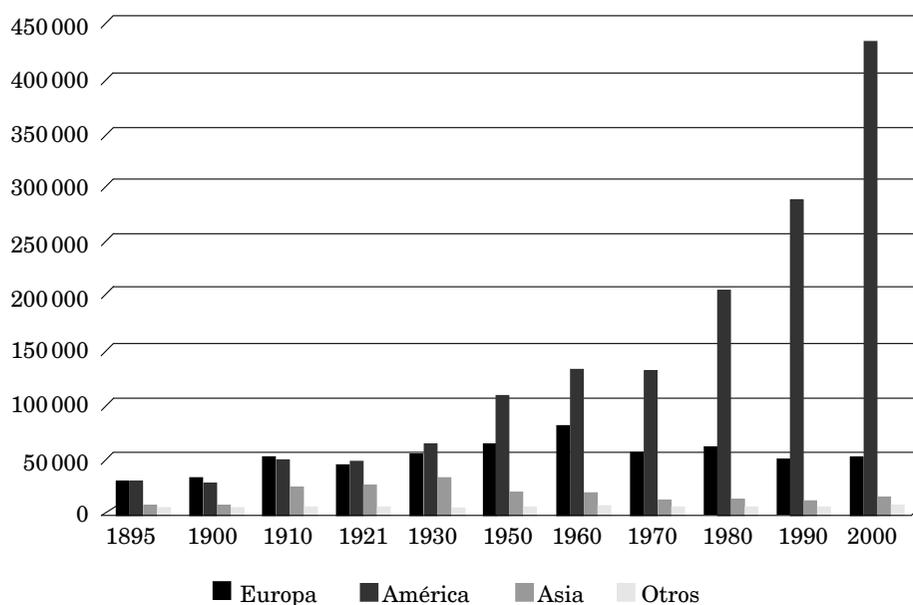
En la frontera norte, la compleja relación humana, económica y política de la región ha generado fenómenos demográficos que dificultan la correcta evaluación de la inmigración internacional a través de los censos. Pues si bien el traspase de población de origen estadounidense en México ha sido relevante durante el siglo XX,¹⁵ las cifras reportadas en los censos siempre han estado sobre-representadas, puesto que incluyen un alto número de individuos que difícilmente podrían considerarse inmigrantes. El problema se explica, en primer lugar, porque muchos de los nacidos en Estados Unidos en realidad eran repatriados, es decir, individuos de origen mexicano que habitaban en el territorio nacional con anterioridad a la firma de los tratados de Guadalupe Hidalgo (1848), y que luego establecieron

¹³ Manuel Ángel Castillo y Mario Vázquez Olvera abundan en el problema del registro de la población guatemalteca en la frontera sur en “Los inmigrantes guatemaltecos en México: antecedentes históricos y situación actual”, en Ernesto Rodríguez Chávez (coord.), *Los extranjeros en México. Continuidades y nuevas aproximaciones*, México, Centro de Estudios Migratorios, INM/DGE, El Equilibrista, 2010, pp. 239-250.

¹⁴ MDGE, *Censos generales de población, 1940-1960*, según su lugar de nacimiento. Una evaluación de la dinámica seguida por la población extranjera en el periodo 1880-1950 puede verse en Delia Salazar Anaya “Imágenes de la presencia extranjera en México: una aproximación cuantitativa, 1895-1950”, en *Dimensión Antropológica*, año 3, vol. 6, enero-abril de 1996, pp. 25-60; y “Tres momentos de la inmigración internacional en México, 1880-1946”, en Ernesto Rodríguez Chávez (coord.), *op. cit.*, pp. 51-87.

¹⁵ Diversas fuentes cuantitativas y cualitativas permiten afirmar que la presencia de los migrantes estadounidenses en México ha sido muy significativa en distintos procesos de la historia mexicana a lo largo del siglo XX. Incluso Mónica Palma ofrece buenos referentes para afirmar que constituyen el flujo migratorio de carácter internacional más importante de las últimas décadas del siglo XX. Véase Mónica Palma Mora, *De tierras extrañas: un estudio sobre la inmigración en México 1950-1990*, México, Instituto Nacional de Migración/INAH/DGE, 2006, pp. 244-255. De la misma autora: “Estadounidenses en México. Una inmigración histórica y diversa”, en *Historias*, núm. 43, mayo-agosto de 1999, pp. 65-84. Uno de los libros más significativos sobre el tema es el de John Mason Hart, *Imperio y revolución: estadounidenses en México desde la guerra civil*, México, Océano, 2011 [primera edición en inglés: *Empire and revolution. The Americans in Mexico since the Civil War*, Berkeley/Los Ángeles, University of California Press, 2002].

Población nacida en el extranjero por continentes de origen, 1895-2000



Fuente: MDGE, *Censos generales de población, 1895-2000*.

su residencia en los estados fronterizos. Otros más, cuya cifra siempre ha ido en ascenso, son los hijos de mexicanos nacidos en Estados Unidos, que envían a sus hijos a vivir con sus familias o se repatrian junto con sus padres, puesto que son notorios en localidades expulsoras de emigrantes, como en los estados de Michoacán, Jalisco, San Luis Potosí o Zacatecas.¹⁶

Pero la distorsión más importante se deriva de ciertas prácticas fronterizas que han generado un alto número de individuos nacidos en los Estados Unidos, que nunca vivieron en dicho país y se consideran mexicanos por las leyes nacionales. Dicho comportamiento se explica fundamentalmente porque muchas mujeres residentes en la frontera norte desde finales del siglo XIX y

¹⁶ Confrontar los resultados censales sobre la población extranjera y estadounidense presentados en el nivel municipal y publicados en los volúmenes estatales de los censos de 1895-1910, 1940-1960, 2000.

durante todo el siglo XX, al término de su embarazo recurrieron a los servicios hospitalarios de Estados Unidos, para propiciar allí el nacimiento de sus hijos.¹⁷ Práctica derivada de la escasez de instituciones de salud en algunos centros de población, pero también por la expectativa laboral o educativa que les ofrecía a los habitantes de la región la posibilidad de que sus descendientes adquirieran la ciudadanía estadounidense. Situación que se observa claramente a través de los resultados censales de 1895 a 1960, puesto que en entidades y municipios fronterizos en ge-

¹⁷ Desde la perspectiva demográfica, con base en la calidad de las cifras censales de 2000; véase Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI), *Los extranjeros en México*, México, INEGI, 2000, p. 17. Como historiadora lo señalé por primera vez en Delia Salazar Anaya, "La inmigración extranjera en Baja California", en *Eslabones*, núm. 10 (Extranjeros en las regiones II), julio-diciembre de 1995, pp. 82 y 85.

neral es mucho mayor el número de individuos nacidos en Estados Unidos que el de aquellos que declararon poseer la nacionalidad estadounidense.¹⁸

El sobre-registro, que he señalado en algunos trabajos de corte histórico,¹⁹ resultó digno de atención para los estudiosos del fenómeno migratorio actual, después de la publicación de los resultados del censo del año 2000.²⁰ Así, aunque a simple vista la mayoría de los extranjeros residentes en México nacieron en Estados Unidos —70 por ciento en el año 2000—, muchos de ellos residían en Baja California, Chihuahua y Tamaulipas, donde se ubican nueve de cada diez individuos nacidos en otro país, según el censo de 2000. Paradójicamente, 50 por ciento de los registrados eran menores de 15 años y 95 por ciento vivía en hogares donde el jefe de familia era de nacionalidad mexicana.²¹ Ello muestra que una lectura llana de los censos, sin considerar el fenómeno del registro de los habitantes fronterizos, puede dar por inmigrantes externos a individuos que nunca enfrentaron tal proceso. El propio Instituto Nacional de Migración (INM), con base en un estudio del censo de 2000, considera que aun cuando los nacidos en Estados Unidos suman 343 591 individuos, la cifra más real podría ser de 147 767, al restar a los menores de 16 años que viven en hogares donde todos los de-

más miembros son nacidos en México.²² Así, aunque el problema estadístico arriba mencionado podría llevarnos a la escritura de un ensayo particular, en términos generales —y a partir de distintos indicadores estadísticos que permiten evaluar los resultados censales en periodos particulares y por el avance de la misma investigación histórica— es necesario señalar que las cifras censales de los nacidos en Estados Unidos siempre han estado sobre-registradas, si lo que se busca encontrar en ellas es el comportamiento de los inmigrantes internacionales.²³

Inmigrantes y extranjeros en las cuentas

A pesar de sus imperfecciones, los censos periódicos son la única fuente pública que ofrece cierta regularidad y homogeneidad en el registro de la población extranjera en México durante 115 años. Tal vez por ello sus resultados, y algunas estadísticas permanentes, fueron base de muchos estudios de época, elaborados por los mismos funcionarios de la Dirección General de Estadística o el Departamento de Migración, así como de los trabajos pioneros dedicados a los extranjeros en México.²⁴ De igual forma, aunque analizados con mayor crítica, los censos

¹⁸ Delia Salazar Anaya, *op. cit.*, 1996, cuadros sobre la población nacida en Estados Unidos y la población estadounidense, pp. 267-269 y 450-452. Corroboré el fenómeno aún durante el Porfiriato, al revisar las series de nacimientos, matrimonios y defunciones, consignadas en el registro civil del Distrito Norte de Baja California; Delia Salazar, *op. cit.*, 2010, pp. 324-330.

¹⁹ *Ibidem*; y de la misma autora, “Imágenes de la presencia extranjera en México...”, ed. cit., y “Tres momentos de la inmigración...”, ed. cit.

²⁰ INEGI, *op. cit.*, 2000; INEGI, *XII Censo general de población*, 2000, según su lugar de nacimiento. Algunos estudios realizados por el Consejo Nacional de Población también han avanzado en dichos aspectos.

²¹ *Ibidem*, vol. 1, pp. 24-25. Véanse también las dificultades del registro de estadounidenses en los censos en Ernesto Rodríguez Chávez, “La inmigración en México al inicio del siglo XX”, y Mónica Palma Mora, “Los vecinos del norte. Aspectos de su inmigración en México en la segunda mitad del siglo XX”, en Ernesto Rodríguez Chávez (coord.), *op. cit.*, pp. 112-114 y pp. 200-208, respectivamente.

²² Instituto Nacional de Migración (INM), Centro de Estudios Migratorios, “Aspectos generales de la inmigración actual en México. Algunas tendencias y características de la población nacida en el extranjero y residente en México, 2000”, en línea [<http://www.inami.gob.mx/estudios/avancesdeinvest/aspectgrales.pdf>], tabla 4.

²³ Un buen estudio sobre la información estadística sobre los extranjeros en México, y en particular sobre el censo de 2000, puede verse en el trabajo de Ernesto Rodríguez Chávez, ed. cit., pp. 103-114. También avancé en la evaluación sobre las cifras censales en una ponencia presentada el 15 de octubre de 2006, “Un siglo de registros migratorios 1895-2005”, en *Memoria del Primer Simposio Los Mexicanos que nos Donó el Mundo*, México, UNAM (México Nación Multicultural) (en prensa).

²⁴ Tal es el caso de los trabajos de Gilberto Loyo, *Obras. Demografía y estadística*, México, Libros de México, 1975, vol. I; Moisés T. de la Peña, “Problemas demográficos y agrarios”, en *Problemas agrícolas e industriales de México*, vol. II, núms. 3-4, julio-septiembre, octubre-diciembre, 1950, pp. 9-327; Moisés González Navarro, *Población y sociedad...* ed. cit., y *Los extranjeros en México*, ed. cit.

siguen empleándose como indicadores del comportamiento demográfico de algunos grupos venidos del extranjero al finalizar el siglo XIX y durante el siglo XX, tanto en algunos trabajos monográficos que atienden a determinados flujos migratorios como en valoraciones de conjunto sobre la presencia extranjera en México en distintos periodos, algunas de las cuales ofrecen distintas comparaciones y valoraciones con base en otras fuentes contables disponibles.²⁵

En general, los censos ofrecen indicadores más firmes cuando evalúan el proceder de la población de origen europeo y asiático o el de los individuos oriundos del continente americano, ajenos a las alteraciones que ofrece la dinámica demográfica de la frontera sur o norte de México. Los censos, analizados en el nivel estatal, municipal o de principales ciudades, son convenientes referentes sobre la composición y dinámica seguida por los extranjeros en muchas regiones o localidades del país. En ese sentido, sus indicadores suelen ser más confiables cuando la información se relaciona con el comportamiento de los extranjeros residentes en centros urbanos, como la ciudad de México, Guadalajara, Monterrey o Puebla, por ejemplo.²⁶ No debe ignorarse que, gran parte de los

²⁵ Véanse como ejemplo los ensayos que atienden a diversos flujos migratorios reunidos en dos libros colectivos recientes, que ofrecen visiones de conjunto sobre los extranjeros en México o en la ciudad de México: Ernesto Rodríguez Chávez (coord.), *op. cit.*; Carlos Martínez Assad (coord.), *La ciudad cosmopolita de los inmigrantes*, México, Gobierno del Distrito Federal / Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades / Fideicomiso del Centro Histórico de la Ciudad de México, 2009, 2 vols. Para el caso de los inmigrantes procedentes de Asia, distintos aspectos se apuntan en María Elena Ota (coord.), *Destino México. Un estudio de las migraciones asiáticas a México, siglos XIX y XX*, México, El Colegio de México, 1997. Para lapsos particulares, Mónica Palma Mora, *De tierras extrañas...*, ed. cit., y Delia Salazar Anaya, *Las cuentas...*, ed. cit.

²⁶ La DGE también publicó un censo de la municipalidad de México en 1890, que funcionó como censo preparatorio de 1895. Tiene la cualidad de ofrecer indicadores sobre los extranjeros en el nivel de manzana y cuartel, lo que permite cierta comparación con los padrones llevados a cabo a lo largo del siglo XIX y aún en el periodo colonial; Delia Salazar (coord.), *Imágenes de los inmigrantes en la*

obstáculos que enfrenta el censo también están asociados al nivel educativo de cada flujo migratorio y a su propia disposición ante los encuestadores. Los inmigrantes, sobre todo los indocumentados o aquellos que viven algún rechazo, suelen omitir o falsear sus informes ante cualquier intento estatal por contabilizarlos.

Por tanto, aunque ninguna estadística sobre el movimiento migratorio en el mundo está ajena a posibles factores de error u omisión en la declaratoria de los encuestados —lo que no niega la validez o utilidad de un censo para estudiar comportamientos específicos—, el mayor problema que enfrentan los indicadores censales de 1895 a 1980 es que no se publicaron todos los temas recabados en el cuestionario censal y ese ha sido su principal obstáculo para la investigación académica. A pesar de que en cada levantamiento los extranjeros aportaron los mismos datos que los nacionales en las boletas, los informes que podemos conocer son escasos, y además ofrecen clasificaciones que han confundido a muchos investigadores. Los encargados —seguramente por el costo de la publicación y por la mínima relevancia que le han otorgado al fenómeno frente a otros temas que consideran prioritarios— sólo han dado a conocer algunos datos agregados en cuadros especiales; algunos de ellos no se han presentado en formatos similares, por lo que muchas variables no son susceptibles de comparación.²⁷

Por dichas razones, a falta de indicadores firmes sobre la edad de la población extranjera o el tiempo de residencia en el país, las series generales sobre los extranjeros y sobre cada lugar de nacimiento específico, tal y como se han publicado en los censos nacionales, no ofrecen posibilidades de corrección o estimación estadística para el periodo 1895-1980. No obstante, en fecha reciente, la posibilidad de consultar por medios digitales una muestra de los censos de 1990, 2000 y 2010 constituye una gran ventaja para los académicos interesados en el fenómeno en la

ciudad de México, 1753-1910, México, INAH/Plaza y Valdés, 2002.

²⁷ Una descripción detallada de cada censo puede verse en Delia Salazar Anaya, *La población extranjera...*, ed. cit.



actualidad, pero —como señalamos— ello no sucede con toda la producción anterior, lo que dificulta el uso de sus informes contables y una correcta comparación de la dinámica seguida por los extranjeros a largo plazo.²⁸

Cabe señalar que en 2010 el INEGI colocó en su portal de Internet una biblioteca virtual, que contiene gran parte de los censos nacionales publicados por la DGE desde 1895 a la fecha. Los volúmenes que ya pueden consultarse se presentan en versión digital, lo que permite revisar con especial eficiencia la publicación original, y además se acompaña con un material excepcional: las boletas que se emplearon en cada levantamiento, donde pueden conocerse aspectos metodológicos básicos mediante las instrucciones que debían seguir los empadronadores. La biblioteca también contiene algunos tabulados básicos, relacionados con informes sobre la población extranjera, lo que sin duda multiplica las posibilidades de análisis.²⁹

Los informes recabados sobre el lugar de nacimiento de la población, clasificada por país de origen y sexo, que son los únicos aspectos que han mantenido continuidad de 1895 a 2000, son útiles para analizar la dinámica demográfica de ciertas naciones de origen, así como la composición del conjunto en momentos específicos. Sin embargo, los censos también ofrecen otro indicador, vinculados a la nacionalidad de los habitantes del país, sobre el que habría que detenerse.

²⁸ Sobre las cualidades de las bases de datos digitales de los censos de 1990 y 2000, véase Ernesto Rodríguez Chávez, “Fuentes de información estadística sobre los inmigrantes en México. Potencialidades y limitaciones”, en Ernesto Rodríguez Chávez (coord.), *op. cit.*, pp. 21-50.

²⁹ INEGI, en línea [<http://inegi.org.mx/est/contenidos/Proyectos/ccpv/default.aspx>]. Elogio el esfuerzo del INEGI, porque hace dos décadas, cuando intenté editar los informes sobre la población extranjera contenidos en los censos, no localicé una sola biblioteca nacional que contara con una colección completa y menos aún las boletas o los cuadernillos que contenían las instrucciones de cada censo. Años después, cuando intenté recuperar los datos de la División Territorial de 1895 a 1910, tuve que recurrir a la Biblioteca Natiie Lee Benson, de la Universidad de Texas en Austin, el único acervo que reunía gran parte de las estadísticas mexicanas y donde también logré localizar los cuadernillos que contenían las instrucciones de los censos porfirianos.

Cabe señalar que si bien entre 1895 y 1960 se publicó tal dato diferenciado por sexo y denominación nacional, el análisis serial de las cifras debería considerar las leyes de extranjería y naturalización vigentes en cada momento histórico. Ello, porque cuando menos en los censos de 1921 y 1930 se incorporan en la cifras los datos de los hijos o cónyuges de inmigrantes nacidos en el país, que eran considerados “extranjeros” por las leyes mexicanas. En cambio, a partir de 1940 los censos ofrecen montos muy reducidos en comparación con los anteriores, no sólo por los extranjeros que efectivamente solicitaron su naturalización, sino porque sus hijos menores se clasificaron como mexicanos.³⁰ Las series sobre nacionalidad también merecen un análisis cuidadoso por grupo, puesto que existen variaciones en función de las leyes respectivas de cada nación de origen.

Como puede observarse en el cuadro comparativo, los censos de 1895 a 1910 ofrecen indicadores muy similares en cuanto a su clasificación por lugar de nacimiento y nacionalidad. Si bien durante el Porfiriato el número de extranjeros que se naturalizaron mexicanos fue muy bajo, el censo de 1900 los ubica en 491, es posible que muchos individuos nacidos en México, y poseedores de una nacionalidad extranjera por filiación o vínculo matrimonial, se contabilizaran como mexicanos.³¹ Pero las cifras reportadas en 1921 y 1930 muestran variaciones muy grandes, seguramente asociadas al impacto del nacionalismo posrevolucionario. En 1921, en todas

³⁰ Los censos de 1895 a 1930 fueron recuperados bajo los lineamientos de la Ley de Extranjería y Naturalización de 1886 y los siguientes bajo la Ley de Nacionalidad y Naturalización que entró en vigor en 1934. La diferencia fundamental reside en que la primera disposición considera “extranjeros” a los hijos y esposas de los extranjeros nacidos en México; siendo que, en el segundo marco jurídico, los hijos de extranjeros nacidos en el territorio nacional serían “mexicanos” hasta su mayoría de edad y las mujeres casadas con extranjeros podían mantener su ciudadanía mexicana, con la excepción de aquellos que legalmente hubieran optado por otra; Carlos A. Echanove Trujillo (ed.), *Manual del extranjero*, 14ª ed., México, Porrúa, 1974.

³¹ Sólo 19 individuos registraron ser mexicanos y haberse nacionalizado extranjeros; DGE, *Censo general de población, 1900, Resumen general*, pp. 60-61.

las naciones europeas, el total de los nacidos en el extranjero es inferior al de la nacionalidad correspondiente, cifra que en ese año en gran medida se complementa con los individuos que se habían hecho mexicanos o los que optaron por otra nacionalidad extranjera (6 977 y 3 338, respectivamente). En el caso de los nacidos en América, la diferencia se invierte, muy particularmente porque los hijos de padres mexicanos nacidos en el exterior, seguramente se declararon mexicanos, porque así lo asumían y lo señalaba la misma ley (cuadro 1).

Un problema frecuente en las investigaciones que han empleado datos sobre nacionalidad en los censos deriva de una falta de observación del marco legal y el contexto histórico, que incide particularmente en las cifras de 1930 y 1940. Tal es el caso en 1930, cuando el censo reporta un total de 159 768 habitantes de nacionalidad extranjera, mientras el de 1940 sólo consigna a 67 542 en el mismo rubro. Si bien en aquel momento un amplio número de extranjeros residentes se vieron presionados a naturalizarse como mexicanos, por los límites que impuso a su contratación la Ley Federal de Trabajo de 1931 y otras medidas de corte nacionalista durante el cardenismo, también existe la hipótesis de que ciertos extranjeros se declararon mexicanos ante los funcionarios del censo por temor a alguna represalia, como los alemanes, italianos y japoneses residentes en el país, a los que se les atribuían naturales vínculos con las naciones del Eje al inicio de la guerra europea.³²

Sin embargo, los temerosos no pudieron ser tantos, ni las cifras que ofrecían las autoridades competentes sobre los extranjeros naturalizados —más de 20 mil, según la Secretaría de Relaciones Exteriores y más de 37 mil según el censo de 1940— explican la cuenta. ¿Qué ocu-

rrió? Como ya señalé, si se revisan los contrastes por grupo, es evidente que el censo de 1930 mostró cifras muy elevadas para las nacionalidades de origen europeo y asiático, donde se contabilizaron a los hijos o esposas de inmigrantes nacidos en México, en tanto que el censo de 1940 no los consideró. En el mismo lapso, los individuos de nacionalidad guatemalteca se reducen en forma drástica, pasando de 17 000 a poco más de 3 300, derivado no sólo del origen de las familias de inmigrantes, sino también de un intenso proceso de regularización de la documentación migratoria que se llevó a cabo en esos años, derivada del reparto agrario en el estado de Chiapas.

Otro factor que contribuye a un uso arbitrario de la información censal en forma comparativa fue que los editores del censo de 1940 no publicaron en forma desglosada el catálogo de naciones de origen de donde provenían los extranjeros, que en ese momento eran 177 375 individuos.³³ Debido a que sólo se dio a conocer el nombre y la cifra de las principales nacionalidades externas que detentaban los habitantes del país, que según ya señalamos eran sólo 67 542, algunos especialistas han confundido las categorías censales y toman los datos sobre nacionalidad y lugar de nacimiento como sinónimos, razón por la cual no logran explicar los radicales cambios arriba señalados, vistos dentro de una tendencia general.³⁴ Si sirve como ejemplo, si se comparan arbitrariamente las cifras sobre los nacidos en España reportadas en 1930, que referían a la residencia de 28 855 habitantes, con los 21 022 de nacionalidad española registrados en 1940, se podría indicar que la llegada de más de 20 mil

³³ DGE, *Censo general de población, 1940*, según su lugar de nacimiento.

³⁴ Véase como ejemplo el ensayo de Sergio Campos Ortega, “Análisis demográfico de las corrientes migratorias a México desde finales del siglo XIX”, en María Elena Ota (coord.), *op. cit.*, 1997, pp. 23-53. El autor, aunque detecta las diferencias numéricas al comparar los resultados censales, no sólo confunde e incorpora en sus cuadros indistintamente datos sobre el lugar de nacimiento y la nacionalidad de los extranjeros, sino que también ofrece cifras corregidas sobre los faltantes en cada periodo.

³² Gilberto Loyo, “Esquema demográfico de México”, en *Obras. Demografía y estadística*, ed. cit., p. 96. El problema de la contabilidad censal durante el periodo de guerra también se abordó en Delia Salazar Anaya, “¿Espionaje empresarial o indagatoria estatal? Los censos industriales de 1930 y 1940”, en Rosa María Meyer Cosío y Delia Salazar (coords.), *Los inmigrantes en el mundo de los negocios, siglos XIX y XX*, México, INAH/Plaza y Valdés, 2004, pp. 169-192.

**Cuadro 1. Población extranjera por lugar de nacimiento y nacionalidad, 1895-1960.
Naciones y nacionalidades seleccionadas**

Años	1895	1900	1910	1921	1930	1940	1950	1960
América								
Estados Unidos	12 108	15 267	20 639	21 744	36 308		83 391	97 902
<i>Estadounidenses</i>	10 220	14 918	20 507	11 090	12 396	9 585	30 454	15 145
Guatemala	13 992	5 820	21 334	17 473	13 133		7 829	8 743
<i>Guatemaltecos</i>	12 333	5 817	21 329	13 974	17 023	3 358	4 613	1 533
Europa y Asia								
España	13 727	16 302	29 541	26 675	28 855		37 540	49 637
<i>Españoles</i>	11 871	16 176	29 332	29 119	47 239	21 022	26 876	18 820
Alemania	2 420	2 567	3 827	3 347	4 471		4 567	6 690
<i>Alemanes</i>	2 332	2 571	3 775	3 841	6 401	2 852	2 894	2 081
Francia	3 756	3 978	4 604	3 318	2 996		2 893	4 196
<i>Franceses</i>	3 650	3 958	4 540	3 937	4 949	1 801	1 997	2 377
Italia	2 062	2 574	2 595	2 099	2 554		2 062	3 489
<i>Italianos</i>	1 559	2 448	2 529	2 299	4 898	1 183	1 220	1 069
China	1 009	2 835	13 203	14 813	15 976		6 180	5 085
<i>Chinos</i>	942	2 833	13 140	14 472	18 965	4 856	5 124	2 151
Japón	27	41	2 216	1 828	2 751		1 951	2 205
<i>Japoneses</i>	18	39	2 212	1 823	4 310	1 550	1 550	687
Nacidos en el extranjero	54 737	58 179	116 526	108 080	140 587	177 375	182 707	223 468
<i>Nacionalidad extranjera</i>	49 196	57 139	115 871	100 856	159 768	67 542	106 252	52 276

Fuente: MDGE, *Censos generales de población, 1895-2000*.

refugiados simplemente no existió.³⁵ Sin embargo, en algunos casos ha sido más fácil descalificar al censo que valorar cuál fue el universo social contabilizado o el aspecto que los encargados de su diseño pretendían medir.³⁶

Lamentablemente, son abundantes los cuadros temáticos que ofrecen distintas características de la población extranjera, clasificados

³⁵ Sobre el número de exiliados españoles llegados a México a consecuencia de la Guerra Civil española, véase Dolores Pla Brugat, *Els exiliats catalans. Un estudio de la emigración republicana española en México*, México, INAH/Orfeo Català de México, 1999.

³⁶ Tan no fue un equívoco de los encargados de los censos, que en la presentación de los resultados de 1930, al referirse al concepto de nacionalidad no sólo señalan que entre 1895 y 1930 se clasificó con base en la Ley de Extranjería y Naturalización de 1886, sino que incluso incorporan varios de los incisos que definen a un extranjero y un mexicano en la legislación. Véase "Prefacio", en MDGE, *Censo general de población, 1930, Resumen general*, pp. XXVIII-XXIX.

precisamente por su nacionalidad, y menos los que lo hacen por lugar de nacimiento, el indicador empleado con mayor regularidad para inferir el comportamiento de los inmigrantes internacionales.³⁷ Tal sería el caso de los resultados que ofrecen informes sobre las ocupaciones de los extranjeros según su nacionalidad y sexo en 1930, 1940 y 1960, pues de alguna manera integran en el mismo rubro a inmigrantes recién llegados que podrían desempeñarse como empleados de comercio, que a los hijos de antiguos residentes que conservaron la nacionalidad paterna pero al mismo tiempo eran

³⁷ De acuerdo con los censos que lleva a cabo el INEGI, "un inmigrante internacional es toda persona residente en el territorio nacional que declara haber nacido fuera de México, aun y cuando dicha persona sea mexicana por naturalización o provenga de padres mexicanos por nacimiento o naturalizados". INEGI, *XII Censo de población y vivienda*, México, INEGI, 2001-2003, vol. 1, p. XII.

profesionistas. Otros temas, como el número de extranjeros que poseían bienes raíces o se detenían como jefes de familia, también aparecen vinculadas por nacionalidad, más allá de aquellos que efectivamente dan cuenta sobre un posible cambio de nacionalidad, etcétera.

Si me he detenido en el asunto es porque considero, como se verá adelante, que gran parte de las fuentes públicas que se han empleado para conocer el comportamiento de los inmigrantes en realidad refieren el proceder de “los extranjeros”, cuyo universo siempre ha incorporado a individuos nacidos en México, a veces hijos o nietos de aquellos que en realidad fueron inmigrantes, así como sus cónyuges, oriundas del territorio nacional. De igual forma, la nacionalidad de los extranjeros tampoco corresponde necesariamente con su nación de origen, aun entre aquellos que efectivamente emprendieron la carrera migratoria.

Vale mencionar que, en forma paralela a los censos de población y vivienda, la DGE también ha emprendido algunos censos especiales, como los industriales, agrícolas y ganaderos, comerciales, de servicios o de edificios, así como derivados de los de población que refieren a la división territorial empleada en cada levantamiento. Algunos de ellos ofrecen detallados informes sobre la actividad de los extranjeros, pero clasificados preferentemente por nacionalidad. Si sirve como ejemplo, un análisis de los censos industriales de 1930 o 1940 permite ubicar en cada momento histórico las ramas de la actividad productiva en donde se insertaban los extranjeros por cada nacionalidad, el valor de sus capitales o su producción, el número de sus trabajadores, e incluso su posición laboral o empresarial por sectores. Indicadores que, en conjunto o por grupo, permitirían aquilatar el carácter cualitativo de un conglomerado poblacional, pequeño en número pero de especial peso en la economía nacional de aquel entonces, por referir un ejemplo. Sin embargo, las posibilidades de aquilatar los cambios ocurridos entre ambos censos resultan un esfuerzo infructuoso, una vez que las diferencias numéricas derivadas de las leyes de extranjería y naturalización

ya mencionadas obstaculizan una comparación estricta.³⁸

Por último, aunque algunos investigadores también han empleado los indicadores sobre lengua y credo religioso, para aproximarse al comportamiento de ciertos flujos migratorios o minorías étnicas, cabe señalar que el universo contabilizado lógicamente incorpora a no pocos individuos nacidos en México.³⁹ Por tanto, aunque muchos de los informes que remiten a aspectos de carácter cualitativo sobre los inmigrantes o sus familias en México no cumplen con la periodicidad y homogeneidad que podría esperarse de un ejercicio estadístico, o fueron captados con base en la nacionalidad de los individuos, considero que su uso en el análisis histórico siempre debería de considerar rigurosamente el universo social que efectivamente refleja un indicador estadístico, no lo que un investigador supone o pretende encontrar en ellos. Como bien señala el mismo INEGI, para evaluar la calidad de los datos actuales: “*No son todos los que se cuentan ni se cuenta a todos los que son*; ésta es una frase coloquialmente utilizada para decir que no se dispone de todo lo que debe ser, ni aquello con lo que se cuenta corresponde a lo requerido; y resulta adecuada para describir la realidad de nuestro país en materia de migración internacional”.⁴⁰

El arribo y la salida en cifras

Los primeros boletines de estadística y anuarios estadísticos⁴¹ producidos por la DGE consignaron el movimiento de pasajeros de los puertos marítimos y terrestres de la República mexicana entre 1884 y 1907, aunque con la salvedad

³⁸ Delia Salazar Anaya, *op. cit.*, 2004, pp. 169-192.

³⁹ Mayores informes sobre los conceptos censales, pueden verse en Delia Salazar Anaya, *La población extranjera...*, ed. cit.

⁴⁰ INEGI, *op. cit.*, 2000, p. 5.

⁴¹ DGE, *Boletín Semestral de la Dirección General de Estadística de la República Mexicana*. A cargo del Dr. Antonio Peñafiel, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 9 vols., 1884-1893; DGE, *Anuario Estadístico de la República Mexicana*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 14 vols., 1894-1907.

de que resulta más abundante la información relacionada con el primer indicador. A pesar de que las estadísticas portuarias sólo muestran una parte del movimiento migratorio —debido a la exclusión de los individuos que traspasaron las fronteras mexicanas a pie, o mediante algún otro tipo de transporte—, son especialmente útiles para estudiar los flujos migratorios intercontinentales, en vista de que los inmigrantes europeos y asiáticos casi siempre se trasladaban por vía marítima. En los puertos, los responsables de las empresas navieras debían registrar el nombre, número y nacionalidad de los pasajeros que transportaban, mismos que por medio de la autoridad portuaria llegaban en forma agregada a la DGE, para su contabilidad periódica y posterior publicación.

Dichos informes también pueden consultarse en la prensa periódica de la época, en donde generalmente aparecían noticias sobre la llegada de los navíos extranjeros que realizaban el movimiento marítimo de altura en ese entonces. Por medio de ellas resulta posible saber la denominación y nacionalidad del buque, la fecha y puerto de ingreso y salida, así como el nombre de los pasajeros y su nacionalidad. Los movimientos a nivel continental, específicamente los que se presentaron en la frontera norte, se omiten de las cuentas, puesto que las series publicadas no distinguen la nacionalidad de los pasajeros que ingresaron o salieron del país por ferrocarril. Sin embargo, por las notas de prensa también sabemos que las empresas registraban el nombre y la nacionalidad de sus pasajeros, aunque dichos datos no figuren en las series estadísticas. Sin embargo, tal vez esas listas puedan ubicarse en los archivos sobre movimiento marítimo o ferroviario.

Aunque, por ley, la información estadística debe darse a conocer omitiendo el nombre de los encuestados, los boletines y anuarios porfirianos ofrecen cuadros semestrales que indican la nacionalidad y el número de los pasajeros que ingresaron o salieron del país por barco, con otras referencias sobre la nación de procedencia o destino de los mismos. Su riqueza fundamental, analizada desde una perspectiva serial, reside

en que posibilita una estimación del saldo migratorio anual, durante un periodo de veintitrés años; no sólo para el movimiento a nivel nacional, sino que también permite aproximarse al comportamiento de distintos flujos migratorios, mediante los informes sobre la nacionalidad de los pasajeros. Aunque en las series sobre pasajeros también se contabilizaron los individuos que entraban o salían del país por razones de negocio o placer, incluso nacidos en México, en términos generales los saldos entre las salidas y entradas anuales por cada nacionalidad son un buen indicador sobre el comportamiento de los inmigrantes. Cuando menos durante el periodo, entre las nacionalidades que aportaron más inmigrantes a México —españoles, chinos, franceses, libaneses, por mencionar algunos—, siempre se observa un número más alto de ingresos de dichas nacionalidades frente a quienes salían con la misma denominación.

Por otro lado, a través de los datos sobre procedencia y destino es posible saber cuáles fueron las naciones de mayor movimiento migratorio y reconstruir las rutas de las corrientes migratorias. Los *Boletines* del periodo 1884-1892 sólo registran el monto total y la nacionalidad de los pasajeros que se internaron por los puertos del Golfo y el Pacífico, mientras los *Anuarios* de 1893 a 1907 incorporan informes sobre el número de eventos que se presentaban en los más importantes puertos en ambas latitudes.⁴² Los segundos también presentan algunos datos sobre los pasajeros transportados en ferrocarril, pero sin diferenciar su nacionalidad.

Como todas las estadísticas portuarias sólo registran los movimientos de quienes ingresaron legalmente al país, ello supone cierto subregistro del monto anual, ya que no es difícil asegurar que algunos extranjeros traspasaron las fronteras nacionales sin registrarse al no existir una regulación migratoria restrictiva y no contarse

⁴² Los puertos del Golfo consignados son Alvarado, Campeche, Coatzacoalcos, Frontera, Isla del Carmen, Progreso, Tampico, Tuxpan y Veracruz. Los puertos del Pacífico: Acapulco, Guaymas, La Paz, Mazatlán, Puerto Ángel, San Blas, San José del Cabo, Salina Cruz, Santa Rosalía Tonalá y Todos Santos (más tarde Ensenada).



UNE RUE DE PUEBLA PENDANT LE SIÈGE DES QUÉCHES. — D'après un croquis de M. le Lieutenant-colonel Capozzello.

con funcionarios encargados de inspeccionar algunos puertos menores, llamados de cabotaje, por donde pudieron desembarcar algunos navíos que transportaban ilegalmente pasajeros venidos del exterior, como sucedió con algunos contrabandistas de inmigrantes chinos.⁴³ Cabe señalar que, en este mismo periodo, en otras naciones del mundo los cálculos sobre la inmigración y emigración generalmente se han estimado mediante las listas de pasajeros, ya que la categoría legal de inmigrante prácticamente no existía.

Los anuarios porfirianos⁴⁴ ofrecen algunas estadísticas vitales de los extranjeros. En ellas pueden encontrarse datos sobre la mortalidad de la población extranjera residente, pero desafortunadamente no incluye un capítulo para la natalidad. También existen referencias sobre el número de extranjeros que contrajeron nupcias en el país, diferenciando entre aquellos que se casaron con mexicanos o con individuos de otras nacionalidades. No obstante, la falta de indicadores sobre la edad de los pasajeros imposibilita la realización del cálculo necesario para corregir la tendencia general de la inmigración a lo largo del periodo. Algunos también incluyen listados parciales sobre el nombre, nacionalidad y monto de las colonias agrícolas establecidas en el país.

Un año antes del estallido de la Revolución mexicana se llevó a cabo la primera estadística de inmigración en México,⁴⁵ misma que resulta de interés para el estudio del movimiento de población en 1909 porque aporta datos sobre el monto, nacionalidad, sexo, edad, estado civil y ocupación. También incluye el lugar de procedencia del inmigrante, así como su destino den-

tro del territorio nacional. Su límite principal obedece a que algunos temas engloban a nacionales y extranjeros. Por ejemplo, en el catálogo de ocupaciones refiere a las actividades declaradas por los inmigrantes al llegar a México, no es posible distinguir entre mexicanos y extranjeros. Por último, no podríamos descartar la posibilidad de que se presentaran errores en la contabilidad, derivados de los límites de un primer trabajo estadístico de su tipo.

La Revolución imposibilitó la publicación continua de los anuarios. Sin embargo, los encargados de elaborar las estadísticas periódicas durante los años veinte —en ese entonces adscritos al Departamento de la Estadística Nacional— recabaron los datos de años anteriores y publicaron en el *Anuario de 1930* diversos cuadros que dan cuenta del movimiento migratorio entre 1909 y 1929.⁴⁶ Algunos de estos informes, sobre todo las cifras generales, continuaron apareciendo en los anuarios de la DGE, y actualmente del INEGI, elaborados a partir de los datos que les aportan periódicamente las oficinas o delegaciones de migración establecidas en las fronteras terrestres y marítimas del país —y más adelante en aeropuertos, para los llegados por vía aérea—, lo que permite su seguimiento a largo plazo, aunque han sufrido algunas variaciones conceptuales al paso del tiempo y limitan su comparación estricta.

Como antecedente, es necesario señalar que en 1909 se estableció el Servicio de Inspección de Inmigrantes, órgano encargado de registrar el traslado de individuos a través de las fronteras nacionales, mismo que estuvo en funciones hasta 1926, cuando apareció la Ley de Migración de los Estados Unidos Mexicanos.⁴⁷ Con anterioridad a la entrada en vigor de ordenamiento legal referido, el servicio migratorio mexicano sólo registraba el movimiento global de entradas y salidas de inmigrantes por nacionalidad y sexo, sin distinguir ninguna calidad

⁴³ La prensa periódica señala reiteradamente el arribo de inmigrantes chinos en forma clandestina. Al respecto véase Lawrence Douglas Taylor Hansen, “El contrabando de chinos en las fronteras de las Californias durante el Porfiriato (1876-1911)”, en *Migraciones Internacionales*, vol. I, núm. 3, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, julio-diciembre de 2002, pp. 5-31.

⁴⁴ DGE, *Anuario estadístico*, 1894-1907.

⁴⁵ DGE, *Estadística de inmigración, formada por la Dirección General de Estadística a cargo de del Dr. Antonio Peñañiel*, núm. 1, México, Imprenta y Fototipia de la Secretaría de Fomento, 1910.

⁴⁶ DGE, *Anuario estadístico de los Estados Unidos Mexicanos*, México, DGE, 1930.

⁴⁷ Andrés Landa y Piña, *El servicio de inmigración en México*, México, Secretaría de Gobernación, 1930.

migratoria. Por esta razón, la información del citado *Anuario de 1930* sólo da cuenta del número de ingresos y salidas totales de nacionales y extranjeros. No obstante, después de 1926 el registro se hace más específico, incorporando las categorías de inmigrante definitivo, inmigrado, transmigrante, visitante, repatriado y turista, a partir de los lineamientos de las leyes vigentes en cada momento histórico. Y aunque las estadísticas permanentes sobre el movimiento de población con el paso del tiempo han mostrado distintos cambios, sobre todo porque se ha limitado el desglose por nacionalidades de origen internacional que se enlistan, en distintos periodos es posible reconstruir parcialmente el movimiento migratorio.

A pesar de sus diferencias, los anuarios permiten estimar el monto migratorio anual por sexo y nacionalidad, al tiempo que incluyen otras características de dicha población.⁴⁸ Por ejemplo, durante el periodo 1908-1929 la información aparece desglosada por zonas de ingreso y salida, así como la nación de procedencia y destino, lo que vuelve a posibilitar el trazado de rutas migratorias. Durante el periodo 1925-1960 se incorporan datos sobre ramas de ocupación, clasificados por sexo. El único cambio apreciable se relaciona con la clasificación en las ramas de ocupación: entre 1925 y 1929 se da cuenta de un gran número de distinciones y en los años siguientes se consignan sólo diez ramas de actividad principal. Información que, combinada con otros indicadores, como los que aparecen en los censos en algunos periodos arriba señalados, permiten evaluar aspectos sobre la movilidad ocupacional, al comparar las ramas de actividad declaradas por los inmigrantes al ingreso y las mostraron durante su vida en México.

En ciertos periodos los anuarios ofrecen series adicionales sobre el movimiento migratorio. Por ejemplo, la raza, diferenciada por sexo entre 1911 y 1927; la edad, clasificada por sexo entre 1929 y 1950, con algunas variaciones en el

⁴⁸ DGE, *Anuario estadístico*, 1930, 1939, 1940-1941, 1943-1945, 1946-1950 y 1951-1952.

formato en que se presentan los datos.⁴⁹ También aparecen cuadros que informan sobre el número, sexo y nacionalidad anterior de los extranjeros naturalizados mexicanos y otros relacionados con la inmigración española, especialmente la que llegó a raíz de la Guerra Civil.⁵⁰ Los anuarios en las décadas más recientes suelen presentar sus resultados en forma más agregada, diferenciado el movimiento anual de entradas y salidas para no inmigrantes, inmigrantes e inmigrados en cifras totales, casi siempre sin distinción de nacionalidad.⁵¹ En el caso del movimiento de inmigrantes ofrecen cifras diferenciales sobre varias características de ingreso. Según el artículo 44 de la Ley General de Población, éstas son: rentistas, inversionistas, profesionales, cargos de confianza, científicos, técnicos, familiares, artistas y deportistas y asimilados.⁵² En ocasiones también aportan indicadores relacionados con algunos trámites o acciones gubernamentales, como la expedición de pasaportes, cartas de naturalización, y certificados de nacionalidad, o las acciones de atención a refugiados, repatriación o expulsión.⁵³

Cabe señalar que dichas series muestran algunos problemas para su manejo. Evidentemente las indagaciones anuales que dan cuenta del comportamiento migratorio del periodo revolucionario tienden a presentar problemas y limitaciones, por las dificultades obvias que enfrentó el registro de inmigrantes en un país convulsionado por una guerra civil.⁵⁴ Por otro

⁴⁹ Entre 1929 y 1940 se registró a los menores de 14 años, de 15 a 50 años y mayores de 51. A partir de 1941 se clasificó por quinquenios.

⁵⁰ DGE, *Anuario estadístico*, 1943-1945.

⁵¹ En este rubro, no inmigrantes —según el artículo 41 de la Ley General de Población— se consideran turistas, transmigrantes, visitantes, ministros de culto o asociados religiosos, visitantes de negocios, visitantes y consejeros, estudiantes, visitantes distinguidos, visitantes locales marítimos, visitantes provisionales, corresponsales, consejeros, diplomáticos extranjeros, visitantes locales terrestres, visitantes agrícolas, asilados políticos y refugiados.

⁵² INEGI, *Anuario estadístico*, México, INEGI, 2007, p. 452.

⁵³ INEGI, *Anuario estadístico*, México, 1999 y 2000.

⁵⁴ Durante el periodo 1908-1930 el saldo migratorio se puede obtener mediante la simple comparación entre entradas y salidas de extranjeros.

lado, su correcta recopilación en más de una ocasión ha sido susceptible de alteración o subregistro derivado de la ineficacia de las oficinas de migración, que en momentos específicos no han reportado datos completos, y en otros casos omitieron sus funciones.

Especial problema en el registro se ha presentado en la frontera sur y muy particularmente en la contabilidad del trasvase guatemalteco, no sólo de aquel que llegaba en temporada de siembra y cosecha a laborar en las regiones cafeteras del Soconusco, sino durante la década de 1980, cuando llegó un gran número de refugiados del mismo origen, así como de otras naciones del área centroamericana.⁵⁵ Además, como señalamos, los resultados refieren a los extranjeros que se internaron legalmente, así que es factible que su cifra minimice el volumen del movimiento. Por su parte, las leyes en materia de migración ofrecieron cambios que también se reflejan en la estadística, por lo cual existen serios límites para la comparación histórica. Sin embargo, la información que aportan los anuarios permite reconstruir una parte del movimiento migratorio internacional y, a pesar de sus limitaciones, son un indicador que si bien ha sido muy socorrido en el estudio de los trasvases de población en el mundo, en el caso mexicano apenas han sido utilizadas.

En las dos últimas décadas el INM ha producido varios indicadores estadísticos sobre el movimiento de extranjeros en el país. Series publicadas en cuadros mensuales que ofrecen informes desde 1989 hasta la actualidad, y algunas de ellas pueden consultarse con cierta facilidad en Internet. Pero como señala Ernesto Rodríguez, “la serie no refleja el número de inmigrantes que cada año llegan al país, sino el número de eventos de entradas de extranjeros en condición de inmigrantes o inmigrados, sea que recién llegan para el caso de los primeros o que salen y regre-

san al país varias ocasiones en el año”. Sin embargo, las series ofrecen cierta utilidad para evaluar una tendencia relativa general del movimiento migratorio de extranjeros en México, al conocer el comportamiento de los inmigrantes y emigrados. Lamentablemente los indicadores que se publican no dan cuenta sobre las diferencias que atañen a cada nacionalidad o muestran diferencias sobre sus características socio-demográficas. Por tanto, al igual que las series anuales recogidas por el INEGI, casi siempre ofrecen cierto subregistro derivado del escaso control de las oficinas encargadas de su recolección en las fronteras sur y norte del país.⁵⁶

Otros registros cuantificables sobre los inmigrantes y sus familias

Gran parte de los indicadores consignados en las estadísticas periódicas, publicados en los boletines y anuarios estadísticos ya citados, ofrecen informes que han sido generados por diversas entidades gubernamentales. Como mencioné, en ocasiones las estadísticas periódicas publicaron cifras generales sobre el número de extranjeros que procrearon a sus hijos en México, así como los que contrajeron nupcias o fallecieron en el país. No obstante, con excepción de algunos estudios referidos a una localidad o a una minoría extranjera restringida,⁵⁷ prácticamente las actas de nacimiento, matrimonios o defunciones que se conservan en el Registro Civil o los registros vitales consignados por los actos sacramentales que pueden localizarse en los archivos parroquiales, han sido una fuente demográfica claramente ignorada por los estudiosos del fenómeno migratorio internacional en México. Evidentemente, la revi-

⁵⁶ Ernesto Rodríguez Chávez, “Fuentes de información...”, ed. cit., p. 40.

⁵⁷ Para el caso de los inmigrantes franceses en Puebla, véase Leticia Gamboa Ojeda, *Au-Delà de L’Océan. Les barcelonnettes à Puebla, 1845-1928*, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades-BUAP/Sabença de la Valéia, Barcellonanette, 2004. Para los estadounidenses en Baja California, véase Delia Salazar Anaya, *op. cit.*, 2010.

⁵⁵ Germán Martínez Velasco, *Plantaciones, trabajo guatemalteco y política migratoria en la Frontera sur de México*, México, Gobierno del Estado de Chiapas/Consejo Estatal de Fomento a la Investigación y Difusión de la Cultura/DIF-CHIAPAS/Instituto Chiapaneco de Cultura (Serie nuestros pueblos), 1994.



ARRIVÉE DE LA GARIBOLDI DE FERRIA SE CARP FRANCO. — Reproduit sur ordre de E. V. Ponce.

sión de este tipo de fuentes en el nivel nacional —o incluso local— resulta una labor titánica, que sólo podría emprenderse a través de un proyecto colectivo que pudiera reunir un amplio número de recursos materiales y humanos. Sin embargo, no podría dejar de señalar que dichas fuentes, que han revisado algunos especialistas y personalmente he consultado por algunos intereses de investigación, son especialmente útiles para conocer el comportamiento de las familias de los inmigrantes: sus prácticas matrimoniales, el número de miembros que integraban sus familias, las causas de fallecimiento e incluso la tendencia hacia la naturalización o la conservación de una nacionalidad de origen.

No obstante, al inicio de la década de los ochenta un importante equipo de académicos interesados en conocer con mayor precisión el número y las características de extranjeros residentes en México, vieron con especial optimismo la apertura de una fuente estatal de especial valor, el Registro Nacional de Extranjeros (RNE), que llevaba a cabo El Departamento de Migración de la Secretaría de Gobernación. La Ley de Migración del 13 de marzo de 1926 estableció que todos los extranjeros que residieran, entraran o salieran del país debían inscribirse en dicho padrón y contar con una tarjeta individual. Para cumplir con tal requisito, los extranjeros debieron presentarse ante las autoridades municipales o federales para solicitar su inscripción y después volver para reportar cualquier cambio en su situación migratoria, civil, laboral y aun domiciliaria. Tal obligación, con algunas modificaciones, se mantuvo en distintos artículos de la Ley de Población de 1930, y en las leyes generales de población de 1936, 1947 y 1974, e incluso en la reglamentación vigente.⁵⁸

Como resultado, las oficinas encargadas del registro migratorio, dependientes de la Secretaría de Gobernación, han generado un importante archivo que contiene una parte de las fichas del RNE y un expediente asociado a cada extranjero consignado desde 1926 hasta la actualidad, así como aquellos que realizaron al-

gunos otros trámites migratorios. El INM considera que hasta 2008 se contaba con poco más de un millón de registros.⁵⁹ No obstante, sólo una parte de tales materiales se abrió a la consulta pública al finalizar la década de los ochenta, como fueron más de 300 mil tarjetas depositadas en el Archivo General de la Nación (AGN) correspondientes a los años de 1926 a 1942, aunque más allá de las formas F14 que debían tener los extranjeros residentes, también incorpora los formatos F5, emitidos por la autoridad consular, cuyo corte temporal se extiende hasta 1952 o 1953.⁶⁰ Sin embargo, las nuevas tarjetas F1, que contienen los datos del RNE a partir de 1942, aún se encuentran bajo resguardo del Archivo del INM y su consulta ofrece diversas restricciones, aunque según refieren las autoridades correspondientes todas las fichas con que cuentan ya han sido digitalizadas y sistematizadas, para agilizar las búsquedas mediante medios electrónicos.⁶¹

La explotación de una parte de las fichas de dicha matrícula, depositadas en AGN o las que pueden consultarse en los mismos archivos municipales, ha producido un amplio número de trabajos de corte socio-demográfico que atienden a distintos grupos de origen extranjero. Uno de los trabajos más relevantes que emplearon estos materiales dio a conocer sus resultados mediante el citado libro colectivo coordinado por la doctora María Elena Ota Mishima (†), que incorpora ensayos sobre japoneses, coreanos, árabes, palestinos, filipinos e hindúes. Aun-

⁵⁹ Ernesto Chávez Rodríguez, "Fuentes de información...", ed. cit., p. 36. Cabe señalar que dichos registros no indican que cada individuo registrado haya permanecido en México.

⁶⁰ Quien consulte las cajas correspondientes a cada nacionalidad depositadas en el AGN, encontrará dos fichas distintas: las formas F14, que consignan a los extranjeros residentes que asistieron a las oficinas del Registro Nacional de Extranjeros a inscribirse, mientras las formas F5 corresponden al registro que un inmigrante llevaba a cabo ante la autoridad consular cuando ingresaba a México o cuando solicitaba un permiso de salida.

⁶¹ Una valoración sobre dichas fuentes puede verse en Pablo Yankelevich y Paola Chenillo Alazraki, "El Archivo Histórico del Instituto Nacional de Migración", en *Desacatos*, vol. 26, enero-abril 2008, pp. 25-48. Ernesto Rodríguez Chávez, "Fuentes de información...", ed. cit., pp. 36-37.

⁵⁸ María Elena Ota (coord.), *op. cit.*, 1997, pp. 11-13.

que el volumen que debió contener los ensayos referentes a los americanos y europeos lamentablemente nunca vio la luz pública, se conocen algunos de sus resultados publicados en forma independiente como artículos o en trabajos de tesis.⁶² En forma independiente, el registro también ha dado importantes indicadores sobre la presencia hispana, tal y como lo muestra Clara E. Lida en algunos de sus ensayos sobre distintos flujos de inmigrantes españoles.⁶³ Luis Enrique Hernández realizó otro acercamiento más general para el caso de los judíos.⁶⁴ La información del RNE, en combinación con otras fuentes de archivo y testimonios orales, también sienta las bases estadísticas de tres libros recientes: el de Gabriel Baeza para los griegos;⁶⁵ Monika Szente Varga, con los húngaros,⁶⁶ y Theresa Alfaro con el análisis de quienes vinieron del Medio Oriente,⁶⁷ por mencionar algunos.

⁶² Sirven como ejemplo los trabajos de Rosa Denise Hellion Puga, "Inmigración francesa. Presencia barcelonota en la ciudad de México", tesis de licenciatura en Antropología Social, ENAH-INAH, México, 2000; y Alma Parra, "The British Trail in Mexico During the Nineteenth Century", en Robert Aguirre y Ross Forman (eds.), *Connecting Continents: Britain and Latin America, 1780-1900*, Rodopi, Amsterdam/Nueva York (en prensa).

⁶³ Clara E. Lida, con la colaboración de Pilar Pacheco Zamudio, "El perfil de una inmigración: 1821-1939", en Clara E. Lida (comp.), *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionistas españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 25-51. Clara E. Lida y Leonor García Millé, "Los españoles en México: de la guerra civil al franquismo, 1939-1950", en Clara E. Lida (comp.), *México y España en el primer franquismo, 1939-1950*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 203-252.

⁶⁴ Luis Enrique Hernández, "La emigración ashkenazita en cifras", en Gloria Carreño, *Pasaporte a la Esperanza*, vol. I. de Alicia Gojman (coord.) *Generaciones judías en México. La Kehila Ashkenazi (1922-1992)*, México, Comunidad Ashkenazi de México, A.C., 1993, pp. 122, 125 y 131.

⁶⁵ Gabriel Baeza Espejel, *Una minoría olvidada. Griegos en México, 1903-1942*, México, INM/DGE Editores (Colección Migración), 2006.

⁶⁶ Mónica Szente-Varga, *Migración húngara a México entre 1901 y 1950*, Puebla, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Vélaz Pliego", BUAP/Departamento de Estudios Hispánicos-Universidad de Szeged, 2007.

⁶⁷ Theresa Alfaro-Velcamp, *So Far from Allah, So Close to Mexico. Middle Eastern Immigrants in Modern Mexico*, Austin, University of Texas Press, 2007.

Por su parte, con el respaldo de algunas instituciones y del mismo AGN, otros grupos de trabajo se preocuparon por seleccionar y digitalizar los registros asociados a las comunidades libanesa y judía de México,⁶⁸ que pueden consultarse con especial facilidad a través de medios electrónicos, así como una colección que remite a los extranjeros residentes en la ciudad de Oaxaca.⁶⁹ Sin embargo, en los dos primeros casos, aunque las búsquedas pueden realizarse por distintas variables, una vez que funcionan con una base de datos asociada, sólo se digitalizó una imagen de las fichas F14 o F5, lo que impide consultar los datos del anverso de las fichas, así como los de aquellos extranjeros que tuvieron varias tarjetas; por tanto, quien se interese por obtener más datos sobre cada inmigrante de dichas comunidades debe recurrir al AGN.

Cabe señalar que, debido al volumen de las fichas correspondientes a ciertas nacionalidades, algunos especialistas han empleado muestras aleatorias para explotar el acervo y perfilar el comportamiento de algunos grupos, en tanto son menos los estudiosos que cubrieron el universo completo por nacionalidad o localidad. Si bien el método del muestreo es válido en la investigación socio-demográfica o cuantitativa, creo que se ha incursionado muy poco en las posibilidades que ofrece el acervo del RNE, para analizar el comportamiento de los extranjeros registrados a través de otros métodos, como la reconstrucción de familias o incluso para emprender estudios de corte prosopográfico, en combinación con otras

⁶⁸ María Stella González Cícero y Jorge Nacif Mina (coords.), *Libaneses en México*, México, Archivo General de la Nación/Fideicomiso para la Preservación de la Memoria de México/Instituto Cultural Mexicano Libanés, A.C., 2001 (CD). Bella Attie Sutton, Sofía Betech Tawail, Gloria Carreño y David Placencia Bogarín, *Estudio histórico demográfico de la migración judía a México, 1900-1950*, México, Tribuna Israelita/Comunidad Ashkenazi México/CDICA/Maguén David, A.C./AGN, 2005 (CD).

⁶⁹ Carlos Sánchez Silva, *Los extranjeros en la ciudad de Oaxaca*, Aurelio López López y Dulce María Millán, autores de la versión electrónica, México, Instituto de Humanidades de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca (Memoria e Imagen en la Historia de Oaxaca), 2004 (CD).

fuentes.⁷⁰ La división por nacionalidades en ocasiones limita las posibilidades para conocer el comportamiento de algunas células familiares integradas por individuos de muy distintas nacionalidades, aun cuando el estudio cuidadoso de las variables que ofrecen las fichas del RNE ofrece muchas opciones de análisis.

Aunque las fichas en ocasiones se encuentran duplicadas, también revelan datos temporales sobre un mismo individuo. Si sirve como ejemplo un extranjero puede contar con una ficha F5 expedida por la autoridad consular en el puerto de salida, una F14, expedida en México cuando asistió a registrarse e incluso otras fichas F5 cuando llegó a salir del país por algún viaje. Siguiendo a los individuos registrados también es posible detectar a muchos menores, originalmente registrados en el anverso de las fichas de sus padres, ya sea a su salida del país de origen o durante su vida en México, y que al paso del tiempo se registraron en forma individual.

Un aspecto que se puede detectar, analizando las fichas del registro en comparación con otras fuentes —como registros consulares, cartas de naturalización, actas del registro civil—, es que los datos que aportan algunos extranjeros residentes en el RNE, sobre su fecha de ingreso al país, no corresponde necesariamente a un primer ingreso al país. Si sirve como ejemplo de tal situación, he localizado un amplio número de casos de inmigrantes franceses que llegaron a México al finalizar el siglo XIX o durante la primera década del siglo XX, pero consignan en su ficha del RNE que ingresaron en 1919 o 1920. Situación que se explica por el hecho de que un amplísimo número de ciudadanos franceses salieron de México para sumarse al esfuerzo bélico de su nación de origen durante la Primera Guerra Mundial y regresaron al país al fin de

⁷⁰ Personalmente he adelantado algunos aspectos sobre estas posibilidades metodológicas en Delia Salazar Anaya, “Xenofilia de elite: los franceses en la ciudad de México durante el Porfiriato”, en Delia Salazar (coord.), *Xenofobia y xenofilia en la historia de México, siglos XIX y XX. Homenaje a Moisés González Navarro*, México, INM/INAH/DGE, 2006, pp. 233-266, y en “Generaciones *barcelonnettes* en la ciudad de México, 1866-1930”, en Leticia Gamboa (coord.), *Los barcelonnettes en México, Miradas regionales, siglos XIX-XX*, Puebla, ICSyH/BUAP-III/UJED, 2008, pp. 163-187.

la misma. La situación también se observa con los datos que aportan muchos franceses nacidos en México, cuya ficha en el RNE reporta que ingresaron al país en un determinado año por el puerto de Veracruz, debido a que sus padres se repatriaron temporalmente o lo enviaron a realizar estudios al extranjero.

Tanto por las experiencias reseñadas por los autores, por los comentarios que he recogido a través de las experiencias particulares de quienes han buscado a sus parientes en el AGN o en los discos compactos que contienen informes sobre los libaneses y judíos, así como por mis propias pesquisas, es evidente que el RNE sólo ofrece un referente parcial sobre los inmigrantes externos llegados a México. Más allá de que muchas fichas se perdieron, por los diversos traslados que vivió el archivo, cabe señalar que el registro también fue incompleto porque los extranjeros no asistieron a las oficinas de Migración cuando fueron convocados. Tal fue el caso, que al finalizar la década de los treinta, en el prelude de la guerra europea tanto la prensa nacional como los propios inspectores de la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales de la Secretaría de Gobernación constantemente hacían referencia al escaso éxito del RNE, cuando buscaban datos sobre los extranjeros que investigaban por alguna denuncia o interés particular, e insistían en su necesaria reorganización.⁷¹ Por otro lado, la comparación entre el número de registros que se encuentran depositados en el AGN y los que existen en algunos archivos municipales, o las cartas de naturalización de los extranjeros que se encuentran en el Archivo Histórico Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores, contrastando los nombres de los registrados, muestran que el número de faltantes fue elevado, en tanto otros formatos, tomados por las autoridades municipales, nunca llegaron a las oficinas centrales del Departamento de Migración.

Sin embargo, las fichas son útiles porque ofrecen datos sobre la filiación de cada individuo,

⁷¹ Delia Salazar Anaya y Begoña C. Hernández y Lazo (coords.), *Guía del Fondo Gobernación. Sección Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales. Periodo 1920-1952*, México, INAH, 2006 (CD).

informan sobre la fecha y puerto de ingreso —o reingreso—, lugar de nacimiento, nacionalidad, religión, estado civil, ocupación, lengua o lenguas, dirección, referencias, fecha de registro, y en su anverso dan cuenta sobre el número de hijos menores de 15 años, el nombre de sus cónyuges, sus cambios de calidad migratoria, estado civil, domicilio, y en algunos casos incluso se declaran las razones del viaje a México o la cancelación del documento por fallecimiento, naturalización o expulsión, aunque algunas fichas no cuentan con todos los datos aludidos. Cada documento incluye una fotografía del extranjero o sus hijos menores cuando éstos llegaron en compañía de sus padres. Las formas F5 también remiten al puerto de salida o la fecha en que diversas secretarías de Estado o consulados autorizaron su ingreso a México o permiso de embarque, en tanto algunas reportan salidas temporales, o las razones de salida.

Actualmente con esos mismos datos, contenidos en las formas F1, el INM genera algunas estadísticas periódicas, publicadas en el propio portal de la Institución en Internet.⁷² Sin embargo, las cifras totales que ofrecen suelen ser acumulativas, de tal forma que sólo sabemos cuál ha sido el número total de individuos de cada nacionalidad extranjera que se han inscrito en el RNE a través de los años y como tal se ignora su monto real, pues seguramente muchos extranjeros que en algún momento realizaron su registro al paso del tiempo optaron por regresar a su patria, emigraron a otro país, se naturalizaron como mexicanos o fallecieron después de haberse registrado.⁷³

Otras fuentes también permiten complementar o corroborar los datos sobre los extranjeros consignados en el RNE. Tal es el caso de algunos fondos que se conservan en el Archivo Histórico Diplomático Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores y en el mismo AGN, que se relacionan con los extranjeros que solicitaron un documento migratorio, una carta de naturalización, o los que llegaron como asilados

políticos o refugiados bajo la protección de las autoridades diplomáticas. Estos informes, aunque remiten a un universo contable menor que el del RNE, generalmente ofrecen datos susceptibles de convertirse en información cuantitativa, puesto que también aportan informes sobre su lugar de nacimiento, calidad migratoria, el año de nacimiento o llegada al país, puerto de ingreso, filiación, ocupación, estado civil, número de hijos, etcétera. Los expedientes sobre naturalización, en ocasiones también ofrecen actas de registro civil de matrimonio de los extranjeros o del nacimiento de sus hijos.⁷⁴

Por último, algunas fuentes gubernamentales remiten al número de extranjeros que fueron investigados por diversas dependencias de la Secretaría de Gobernación, ya sea porque se vieron involucrados en alguna práctica considerada antisocial o inconveniente, porque fueron sometidos a algún juicio o expulsión, o simplemente porque debieron de solicitar un permiso o un trámite.⁷⁵ Evidentemente muchos de estos registros son parciales, porque sólo remiten a los extranjeros que durante su vida en México solicitaron una carta de naturalización, un pasaporte o fueron deportados, expulsados, o encarcelados, pero algunos estudiosos también han apelado a dichas fuentes para perfilar el comportamiento de ciertos grupos, con importantes resultados. Sin embargo, los registros gubernamentales sobre los inmigrantes más recientes, o los que aún se en-

⁷⁴ Un trabajo pionero, que empleó las cartas de naturalización para analizar el comportamiento de los inmigrantes japoneses, puede verse en María Elena Ota Mishima, *Siete migraciones japonesas en México, 1890-1978*, México, Centro de Estudios de Asia y África-El Colegio de México, 1985.

⁷⁵ Pablo Yankelevich seguramente es el investigador que más ha adelantado en relación con el comportamiento de los extranjeros inconvenientes y expulsados del país; véanse como ejemplo sus primeros trabajos: “Extranjeros indeseables en México (1911-1940). Una aproximación cuantitativa a la aplicación del artículo 33 constitucional”, en *Historia Mexicana*, vol. LIII, núm. 3, enero-marzo de 2004, pp. 693-744; “Gachupines rigurosamente vigilados. La excepcionalidad del gobierno de Lázaro Cárdenas en la política de expulsión de españoles expulsados”, en *Historias*, núm. 59, septiembre-diciembre de 2004; “Nación y extranjería en el México revolucionario”, en *Cuicuilco*, núm. 31, mayo-agosto de 2004, pp. 1-29.

⁷² INM, “Estadísticas migratorias”, 2006-2008, en línea [www.inami.gob.mx].

⁷³ Ernesto Rodríguez Chávez, “Fuentes de información...”, ed. cit., pp. 34-37.

cuentran bajo resguardo de las propias secretarías de Estado, ofrecen límites para su consulta derivado del hecho de que en muchas ocasiones sus expedientes personales se protegen por razones de seguridad nacional o se reservan por algunos artículos de la Ley Federal de Transparencia y Acceso a la Información Pública Gubernamental, publicada en junio de 2002.

Para concluir, hay que señalar que gran parte de los académicos que han empleado el archivo del RNE construyeron un amplio número de cuadros estadísticos, que concentran series agregadas sobre las características más destacadas de los individuos registrados, y en ocasiones muestran paralelismo con las tendencias que ofrecen los censos y los anuarios estadísticos en relación con las nacionalidades más estudiadas. Sin embargo, aunque algunos de los indicadores obtenidos a través del RNE remiten a inmigrantes llegados a México desde las últimas décadas del siglo XIX, los datos que ofrecen los cuadros estadísticos que acompañan muchos de los trabajos sobre su fecha de ingreso suelen ser parciales, debido a que seguramente muchos inmigrantes llegados en el mismo lapso abandonaron el país o fallecieron antes de que se estableciera la matrícula. Los datos sobre su ocupación, estado civil, número de hijos, dirección o referencias, corresponden a la fecha en que el individuo se registró y no al de su llegada. Ello indica que a pesar del esfuerzo por sistematizar la información del RNE, desde mi punto de vista no sustituyen a los censos periódicos, ni a las estadísticas permanentes; por el contrario, cada fuente tiene su propia naturaleza y deberían utilizarse en forma complementaria.

Debo señalar que las restricciones para la consulta de muchos acervos públicos, amparadas en la ley de transparencia arriba referida, como ahora también sucede con la consulta de las cartas de naturalización expedidas por el gobierno mexicano —que por largos años habían estado disponibles para la consulta de los especialistas y fueron la base de muchos trabajos pioneros—, tiende a complicar las posibilidades de realizar estudios de corte sociodemográficos, biográficos o prosopográficos. Bajo el argumento de que los expedientes relativos a los extranjeros en

México contienen datos personales susceptibles de restricción por algunos incisos de la legislación vigente, derivados de una arbitraria y burocrática valoración de los archivos históricos, el estudio de los inmigrantes internacionales tiende a limitarse, antes que a multiplicar sus posibilidades.

Si bien buena parte de los estudios sobre migración internacional en el mundo han dejado de lado el estudio de las series estadísticas generales y han tendido a centrarse en el análisis de las redes sociales, regidas por el parentesco, el paisaje, las relaciones laborales o mercantiles, que entrelazan naciones de origen y recepción, tal parece que en México dichos estudios difícilmente se podrán realizar. En tanto que en el mundo circulan de una manera cada vez más acelerada fuentes genealógicas sobre los inmigrantes de muy diversa índole, incluso disponibles para su consulta en Internet en no pocos archivos públicos y o bases de datos conformadas por asociaciones privadas, en México las fuentes que dan cuenta sobre los mismos aspectos se consideran restringidas.

Tal vez uno de los retos para los estudiosos sobre el fenómeno migratorio que busquen nuevos derroteros en sus investigaciones particulares también sea evitar que sus fuentes enfrenten los mismos obstáculos que en gran medida se presentaron con las estadísticas nacionales. Informes que se consignaron, incluso con una enorme inversión de recursos públicos, pero nunca se dieron a conocer, puesto que sólo ofrecieron cifras difusas sobre el comportamiento de aquellos que alguna vez encuestaron. Si bien gran parte de los trabajos que hasta el momento se han producido en relación con los extranjeros en México han profundizado en sus indagatorias a través de la historia oral, los protocolos notariales o la revisión de algunas fuentes creadas por las mismas comunidades extranjeras o los consulados y embajadas extranjeras, los estudios de caso, más allá de su importancia, siempre deberían de valorarse en relación con los comportamientos de grupo, porque finalmente la inmigración internacional es y seguirá siendo un fenómeno colectivo.



LA PLUIE DANS LES RUES DE MEXICO.

El espectacular lanzamiento de la guerrilla urbana en Colombia, el M-19 en 1974

Paulo César León Palacios*

La Fundación del M-19

En 1974 el movimiento guerrillero colombiano pasaba por una crisis: las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL) se encontraban por diversas causas en un franco repliegue militar, y en algunos casos la crisis también pasaba por desmesuradas purgas internas. No obstante, aún se sentía con fuerza no sólo la Revolución cubana, sino también esa ola que generó la guerrilla urbana en el cono sur. En ese contexto el surgimiento del M-19 representó una opción verdaderamente nueva, pues respondía de manera original a esa crisis de la izquierda subversiva colombiana, convirtiéndose en un seductor acceso de las clases medias radicalizadas a la guerrilla, y viceversa. El M-19 también fue una respuesta radical contra el abuso del poder, y en particular contra las polémicas elecciones presidenciales de 1970, que, en el sentir de muchos, fueron un fraude contra el candidato de la Alianza Nacional Popular (Anapo).

El comienzo

Entre 1972 y 1973 Jaime Bateman Cayón (líder histórico del M-19) había consolidado un pequeño grupo de jóvenes provenientes de diversos grupos de izquierda (las FARC, el ELN y la Juventud Comunista, principalmente). Este grupo venía realizando pequeñas acciones anónimas para financiarse, y a principios de 1973 se acercó a la Anapo.² Hubo tres reuniones importantes en el segundo semestre de 1973. Las dos primeras fueron en Cali y la otra en uno de los conventos de Villa de Leyva, en las cuales se discutió sobre la vigencia de la lucha armada urbana y sobre los principios del nuevo grupo. A finales de 1973, en la finca “Jalisco” del parlamentario anapista Milton Puentes se celebró la primera reunión nacional (que luego sería considerada la conferencia fundacional del M-19). En dicha reunión quedó claro que la nueva guerrilla urbana podría encontrar en la Anapo tanto una causa

² Este movimiento populista venía en franco decaimiento, luego de haber estado a punto de ganar las polémicas elecciones presidenciales de 1970, con el caudillo general Gustavo Rojas Pinilla. En este contexto se alegó fraude y hubo conatos de defender la supuesta victoria de Rojas por medio de las armas; César Diago Ayala, *El populismo atrapado, la memoria y el miedo*, Medellín, La Carreta, 2006.

* Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México.

justa para defender como una base de masas con la cual mimetizarse,³ y adoptar por tanto el nombre “M-19” (en alusión a la fecha exacta de las elecciones presidenciales de 1970: 19 de abril) y los colores de la Anapo.⁴

El éxito de la reunión fundacional se conjugó en un peculiar plan para dar a conocer la nueva guerrilla, plan que quedó a cargo de Germán Rojas y Nelson Osorio, el primero artista gráfico, el segundo publicista y compositor. Se trataba de anunciar a través de una publicidad pagada la llegada del M-19. Luego de materializar esta campaña, la actividad del M-19 durante 1974 se centró en la propaganda. El 28 de enero dejó en la Quinta de San Pedro (Santa Marta) una proclama en la cama del Libertador que decía “La Espada de Bolívar vengará a sus hermanos muertos en las Bananeras”;⁵ el 15 de febrero incursionaron en la Universidad Santiago de Cali para pintar las paredes en protesta por la detención de activistas de izquierda y en conmemoración de la muerte de Camilo Torres; y el 5 de abril, en la Marcha del Hambre convocada por la Anapo —para inscribir la candidatura presidencial de María Eugenia Rojas— se distribuyó un comunicado a nombre del M-19; en mayo aparecería la polémica “Carta a María Eugenia”.⁶ Por supuesto, esto corría paralelo con actividades anónimas de financiación

³ Entrevista del autor a Arjaid Artunduaga, Bogotá, 23 de abril de 2007 y 15 de junio de 2007: “La discusión era sobre por qué necesitábamos aparecer como una organización con cobertura de pueblo [...] Cuando decimos el M-19 Brazo Armado del Pueblo Anapista, era porque si aparecemos solos nos hacemos vulnerables, pero si aparecemos como una vaina del pueblo, había un millón de votos [...]”. En cuanto a la reivindicación del 19 de abril de 1970 hubo discusión entre los “puristas” que no aceptaban el pasado de dictadura y “populismo” del general Rojas Pinilla (caudillo de la Anapo), y la mayoría que veía en Rojas Pinilla como una oposición al bipartidismo colombiano; entrevista a Germán Rojas en Ángel Beccassino, *M-19. El heavy metal latinoamericano*, Bogotá, Fondo Editorial Santo Domingo, 1989, p. 157.

⁴ Los colores de la Anapo simbolizaban: la unión de conservadores y liberales desde la pureza del blanco (entrevista del autor a César Ayala).

⁵ Archivo Histórico Movimiento 19 de Abril (AHMA), “M-19”, exp. 4, enero de 1974.

⁶ AHMA, “Carta a María Eugenia”, exp. 9, mayo de 1974.

como el robo a bancos, secuestros y otras acciones similares (en breve, el M-19 realizaría el primer secuestro de un ciudadano estadounidense en Colombia).

De manera que la actividad pública del M-19 se centró en la comunicación de masas. Precisamente, este punto es sin duda el más peculiar y, cabe decirlo, el más espectacular del día en que nació ante la opinión M-19: se trataba de una guerrilla que en menos de tres días hizo virar a la opinión pública nacional en torno a una enigmática sigla, y a través de un acto de manipulación mediática sin precedentes.

El discurso en el lanzamiento del *Eme*

¿Por qué la comunicación de masas se planteó como elemento esencial del lanzamiento del M-19, siendo que era una organización “político-militar”? ¿Cómo fue posible que la *imagen* del M-19, siendo una “guerrilla”, causara tal nivel de polémica sin disparar una sola bala?⁷ ¿Qué tradiciones revolucionarias amalgamó el M-19 en el discurso de su surgimiento?

Para resolver estas preguntas, analizaremos, en primer lugar, en qué sentido el *Eme* emergió como *populismo*, cuál era su concepción de la acción política y a través de qué mecanismos discursivos la hizo realidad; en segundo lugar, describiremos los anclajes históricos e ideológicos de la plataforma discursiva del *Eme*: el 19 de abril de 1970, el bolivarismo y el socialismo “a la colombiana”; en tercer lugar examinaremos la reacción periodística de la gran prensa a la campaña publicitaria que lanzó al *Eme*, contribuyendo a crear su presencia como mito en la sociedad colombiana de los setenta.

Discurso y acción política en el diseño del M-19

El 14 de enero de 1974 apareció en el periódico *El Tiempo* un aviso de fondo negro y letras blan-

⁷ Esto debe tomarse literalmente.

cas, que contenía un corto mensaje: “¿Parásitos... gusanos? espere M-19”. En los siguientes tres días aparecieron, en lugares similares avisos con frases como: “¿Decaimiento... falta de memoria? espere M-19” o “Falta de energía... inactividad? espere M-19”. Simultáneamente, esto mismo sucedía en los periódicos *El Espectador* y *El Bogotano*.

El 17 de enero apareció un solo aviso en la portada de los mismos periódicos que simplemente decía: “Ya llega... M-19”. Ese mismo día, la toma del Concejo de Bogotá y el robo de la espada de Bolívar —en la Quinta del mismo nombre— dieron a conocer que se trataba de una *campaña publicitaria*, con un singular contenido político, organizada por un nuevo grupo subversivo que surgía reivindicando los hechos del 19 de abril de 1970: no era, pues, en vano la referencia *publicitaria* a la “memoria”, los “parásitos” y la “inactividad”.

Ese mismo día se conoció la proclama “Bolívar, tu espada vuelve a la lucha”, escrita por el poeta y publicista Nelson Osorio. Pero el M-19 no sólo aspiraba a *recuperar* a Bolívar como un símbolo insurgente, sino que también deseaba darse a conocer como la revancha contra el *olvidado* fraude del 19 de abril de 1970, y la garantía de que uno nuevo no ocurriría. En su primer comunicado oficial, titulado “A los Patriotas”,⁸ esta guerrilla presentó los elementos fundamentales de su primera plataforma discursiva, que se mantendrá igual hasta la ruptura con la Anapo en 1975. El primer elemento fue la *memoria y la revancha*, partiendo de dos *acontecimientos*: el del 19 de abril de 1970 y el del 11 de septiembre de 1973; el *fraude* contra Rojas Pinilla y el golpe a Salvador Allende se consideraron allí como *consustanciales*, pues en ambos casos “el pueblo no estuvo en condiciones de hacer respetar su triunfo”, y sin duda también por esa noción romántica de

⁸ AHMA, “A los Patriotas”, exp. 2, s. f. (enero 17 de 1974). Para delinear al pueblo, el comunicado parte de la existencia originaria de un anhelo revolucionario en él, creado antes de y violado en las elecciones de 1970.

la consustancialidad de las luchas en “América Latina”.

Se llega así a una tesis propia sobre la adecuada combinación de las formas de lucha, discusión esencial en la izquierda colombiana de la época. El M-19 plantea dos elementos en su comunicado: uno abstracto y de gran tradición en la izquierda de la época, y el otro referido a la combinación concreta de las formas de lucha: 1) todo acto político *necesita* estar respaldado por la fuerza para ser efectivo, 2) la táctica electoral debe ser un complemento de la lucha armada.⁹ Y con ese tono, el grupo finaliza convocando a la militancia anapista a prepararse política y militarmente para ganar las elecciones de 1974 con “María Eugenia de Colombia”.

El populismo vanguardista del Eme

Al hablar de oligarquías y masas populares el M-19 inscribió su lucha en una tradición mundial de luchas sociales, que se distingue por el concepto de pueblo como un nodo que no significa nada en concreto para poder abarcar literalmente todo lo que pueda, y en tal sentido por su *comportamiento populista*.¹⁰ Y eso es exactamente lo que *opera* el discurso del M-19 en su presentación: una catacresis¹¹ que *vacía* de su significado

⁹ AHMA, “A los Patriotas”, exp. 3, s. f. (enero 17 de 1974): “insistir en las elecciones por las elecciones mismas, cerrando los ojos a tan costosas experiencias nos parece un acto no sólo de cretinismo político, sino además de abierta traición a los anhelos revolucionarios del pueblo, pues con las elecciones a secas le estaríamos haciendo el juego a las oligarquías y el imperialismo norteamericano en su falaz empeño de mantener las apariencias democráticas en nuestros países”.

¹⁰ Ernesto Laclau, *La razón populista*, México, FCE, 2005, p. 96 y *passim*.

¹¹ La catacresis, explica Laclau, es una sinécdoque, valga decir una operación donde se significa el todo por la parte, que responde a la imposibilidad de reemplazar un término figurativo por uno literal. Esto es en esencia lo que sucede con el uso de la palabra “pueblo” en los discursos populistas: es una imagen que funciona nominativamente, pero no denotativamente; no puede referirse a nada en concreto, pues pierde su valor ritual en la política. No sobra decir que por significado concreto entendemos la descripción del hecho o estado de cosas (el “fraude” electoral),

concreto el 19 de abril de 1970, no sólo para poder emparentarlo con el golpe a Allende, sino fundamentalmente para intentar convertirlo en un nodo de la lucha de las “masas populares” colombianas contra las “oligarquías”. La expresión “Brazo Armado del Pueblo Anapista”, como título nobiliario del M-19, va en la misma dirección, pero en un lugar preparatorio: se refiere al M-19 como parte integrante del “pueblo anapista”, lo señala como su parte más activa y hábil (el brazo) y lo prepara simbólicamente para un intento de consagración discursiva como vanguardia armada popular.¹²

Lo que debe subrayarse es que, en la óptica del M-19, la construcción ideológica de una plataforma discursiva obedecía fundamentalmente a un objetivo político: erigirse en vanguardia del movimiento de masas, el movimiento armado y un futuro partido revolucionario, es decir, encabezar el movimiento insurreccional. Esto queda demostrado en el diseño previo de la estrategia de lanzamiento del M-19. En primer lugar, la dirección política consideraba que en Colombia “las masas” se encontraban, de un lado, ante una izquierda sin perspectiva estratégica popular, y de otro lado ante una izquierda armada sin perspectiva táctica:¹³ el M-19 representaría la unión de los lados.

pues alguien podría alegar que precisamente el “significado concreto” que da el *Eme* al “fraude” es el de una lucha antioligárquica, cuando en realidad eso ya es trascender el significado concreto hacia una catacreción

¹² Aunque el M-19 tuvo un éxito rotundo en su lanzamiento, su pretensión populista fracasará, y entre las razones de ese fracaso podemos plantear una en este momento: el M-19 usa como primado de las masas populares de su discurso un supuesto “anhelo revolucionario”, cuando quedó muy claro rápidamente que, del modo como ellos fueron definiendo lo que entendían por revolución, ese primado no existía, y, por tanto, dio lugar a una falacia de la que el *Eme* se retractaría rápidamente, tanto en el discurso (que giró al de una típica organización marxista-leninista), como en sus acciones terroristas.

¹³ AHMA, “Documento No. 2”, exp. 2, s. f. (1973): “es pues la hora de que una organización revolucionaria ligue la lucha electoral, ligue las acciones reivindicativas, impulse el anti-imperialismo con una práctica de lucha urbana armada que se apoye en las masas, siembre raíces en ella con una labor de organización paciente y con una táctica audaz”.

Políticamente, según el Documento No. 2, la organización debía mantenerse clandestina dentro de la Anapo, pero con una incidencia amplia en su rumbo; el objetivo concreto era “posibilitar la formación de un partido revolucionario”. Publicitariamente, se consideraba necesario que las “acciones, comunicados, propaganda, etc., estuvieran impregnados de su lenguaje (el de la Anapo), buscando con esto “que se nos identifique como algo suyo, algo surgido de su experiencia [...] se tomaran sus banderas, el nombre de María Eugenia, consignas y terminología popular”.¹⁴ Y se agregaba el siguiente lineamiento:

Las acciones serán de carácter espectacular, pero sin que sean relacionadas, en lo posible, con el concepto negativo que sobre la lucha armada existe, procurando que no sean de tipo sangriento [...] Para que las masas nos acepten es imprescindible que las acciones se realcen a nivel de sus necesidades inmediatas (alimentación, salubridad, transporte, educación, etc.), inicialmente de tipo populista para ir las convirtiendo en acciones de tipo político y reivindicativo.¹⁵

Este pasaje, particularmente significativo, muestra a las claras la gran particularidad del M-19 en su accionar político-militar: la acción armada es publicidad, para socializar un concepto y provocar una legitimidad. Esto muestra una conciencia de la guerra como acto simultáneamente militar, simbólico y dramático.

La identidad nacional: el Bolívar del Eme

“Seguiremos siendo una organización marxista-leninista” aseguraba el M-19 en 1973.¹⁶ ¿Cuál era pues ese “marxismo-leninismo”, que había buscado con tanta decisión el símbolo de Bolívar? Todo apunta a un proceso que tomó buena

¹⁴ AHMA, “Documento No. 2”, exp. 2, s. f. (1973).

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ *Idem.*

parte del siglo XX en Colombia: la construcción de una lectura de Bolívar, alternativa a la de los círculos tradicionales, y que se hizo desde el liberalismo de izquierda hasta la izquierda.

Según Germán Zabala, fundador de Golconda y uno de los asesores políticos que tenía Jaime Bateman en los inicios del M-19, hubo una influencia considerable de José Abelardo Ramos, en especial de su *Bolivarismo y marxismo*, texto escrito en 1969, y que plantea precisamente la necesidad de fusionar a Bolívar con Marx: el uno porque ya no era posible la realización de su ideario latinoamericano sino en la lucha socialista, el otro porque para aplicar el marxismo en América Latina había que hacerlo con autenticidad, por la mediación del nacionalismo, y no como un mera exportación de “stalinismo”.¹⁷ Y, desde luego, el pasar por la Juventud Comunista (Juco) ya suponía conocer un Bolívar de izquierda.¹⁸ Probablemente, Bolívar se hizo familiar para los futuros fundadores del *Eme* en la vida de partido, pero el Bolívar del M-19 no necesitaba ser públicamente legitimado por una fusión con el marxismo, si bien existía internamente dicha lectura. Se trata más bien de un Bolívar donde la elaboración ideológica es más abstracta y está en función de un plan para construir la identidad popular entorno a las pro-

¹⁷ No menos importante es que, según Ramos, el marxismo bolivariano tendría que ser desarrollado por un movimiento que precisamente combinara todas las formas de lucha (Jorge Abelardo Ramos, *Marxismo y bolivarismo*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1969). La obra de Ramos que fundamentó este escrito fue *América Latina: un país* (Buenos Aires, Ediciones Octubre, 1949), donde sostiene que la esperanza de América Latina es la fusión de Bolívar con Marx. Ramos fue uno de los pocos cuadros trotskistas que apoyó al movimiento peronista, constituyendo en 1953 el Partido Socialista de la Revolución Nacional, que pretendió ser el partido del ala proletaria peronista. Posteriormente Ramos abandonó su dimensión marxista.

¹⁸ El Partido Comunista Colombiano se interesó decididamente en Bolívar como parte de combate ideológico contra el Frente Nacional; un ejemplo puede verse en su revista *Documentos Políticos*, núm. 82, 1969, pp. 11-13 y 15. Villamizar, biógrafo de Bateman coincide en este análisis, al igual que el historiador de la Anapo, César Ayala. Entrevistas del autor a Darío Villamizar, Bogotá, 2 de abril y 10 de abril de 2007, y César Ayala, Bogotá, 29 de marzo de 2007.

puestas políticas que el grupo guerrillero se disponía a hacerle a la sociedad colombiana.

El M-19 como publicidad y noticia en la gran prensa

En este pasaje sostendremos la hipótesis de que la campaña de avisos que dio a conocer al M-19 constituyó una forma de resistencia exitosa, como publicidad y como acción propiamente subversiva. Esta forma de lanzamiento hizo del M-19 un fenómeno *sui generis* en la guerrilla colombiana por varios aspectos: estuvo por encima de la consideración de la publicidad como propaganda;¹⁹ persiguió una relación complementaria entre el uso de la fuerza y la comunicación de masas; no fue una acción reactiva con respecto a los medios y la ideología dominante, sino todo lo contrario: eran los propios columnistas y editorialistas los que no sabían como responder ante la singular acción; finalmente, fue una apelación pública a la memoria y la idiosincrasia de la vida política del país.

La reacción de la gran prensa ante la publicidad del M-19

Comenzaremos con un vestigio: “La clase dominante, entiende bien la diferencia entre la vieja violencia bipartidista que la benefició y la nueva violencia revolucionaria que la amenaza, ha hecho todo lo posible para que el pueblo no llegue a captar esta diferencia”.²⁰

Captar la diferencia, que el pueblo capte la diferencia, que la sociedad entera capte el enfrentamiento histórico en el que surge el M-19. Eso era lo que perseguía la campaña publicitaria con que inició su vida pública. No es casualidad que los dos triángulos (cuya forma era similar a la de un corbatín) que acompañaron a los avi-

¹⁹ Nos referimos al modo simple como usualmente se consideraba la propaganda en la izquierda colombiana de la época: un vehículo explícito y poco creativo de sus doctrinas políticas.

²⁰ AHMA, exp. 1, El Comunero, s. f. (1972-1973), núm. 3.

sos publicados significaran el enfrentamiento, la lucha entre dos fuerzas.²¹

El concepto publicitario diseñado por Nelson Osorio era claro y contundente. La campaña consistía en un acto de manipulación de la capacidad publicitaria de la gran prensa. Concretamente, se apeló a tres elementos centrales en la publicidad: la sorpresa, la espectacularidad y la polisemia. ¿Cómo? Lo que parecía ser la publicidad de un producto desconocido (“Parásitos, gusanos: ya viene... M-19”), era en realidad la primera parte de un relato subversivo. Primero, se trataba de una publicidad —llamativa pero corriente— a través de los medios de comunicación; segundo, había que revelar a través de acciones armadas que en realidad se trataba de anunciar la llegada de un grupo subversivo. Antes de la acción armada el público se encontraba ante una simple polisemia patológica que señalaba la promoción de un “vermífugo” (“¿gusanos... falta de memoria? Ya viene M-19”); luego, la *divulgación* de la acción armada del M-19 obliga al público a resignificar lo visto, pero en el contexto del 19 de abril de 1970, es decir, una nueva polisemia: lo que los avisos señalan es una visión patológica de la política colombiana.

El lanzamiento generó desde su aparición tres sorprendidas perspectivas para el consumidor. Primero, un aumento vertiginoso en la curiosidad sobre la misteriosa publicidad de un producto que parecía ser *una medicina* para los “parásitos”, el “decaimiento” y la “falta de memoria”. Segundo, la propia acción que reveló, como en una radionovela de suspenso y comedia, “qué es el M-19”.²² Y, tercero, la consumación de un evidente e irreversible acto de manipulación de los grandes medios de comunicación. La combinación de actos comunicativos y acciones de guerrilla

²¹ Como lo explica su dibujante: “[...] es una ley de la conservación de la energía. Nosotros qué hicimos: nosotros diseñamos los actos que hicimos como M-19, y el resto lo hicieron todos los medios de comunicación, que tuvieron que colocarse a hablar de eso [...] duraron como dos años hablando del *Eme*, que habían venido marcianos, que habían venido técnicos de no sé dónde” (entrevista del autor con Germán Rojas, Cali, 29 de abril de 2007).

²² *El Tiempo*, 18 de enero de 1974, titular a página entera.

urbana constituyó al fin de cuentas una campaña publicitaria, no la de un producto comercial, pero sí la de un lanzamiento político (bastante costoso por cierto).

El mensaje encriptado del M-19 encerraba una sencilla pero conveniente idea para el contexto colombiano: “no es chiste, no es engaño, realmente el país está enfermo de ‘parásitos’, ‘gusanos’, ‘inactividad’ y ‘falta de memoria’, y nosotros somos la medicina. No es gratuito, entonces, lo que se afirmó en un artículo de *El Tiempo*: “se consideró que la(s) acción(es) [...] fueron ejecutadas por verdaderos expertos en la comunicación [...]”.²³

... *El misterio*

Ahora bien, el equilibrio simbólico entre el robo de la espada de Bolívar, la toma del Concejo de Bogotá y la campaña de avisos, no permitió que alguna de las tres acciones sustrajera de las otras parte alguna de su exacta sustancia en materia de espectacularidad: los medios no sabían ni por dónde empezar. Las indagaciones de la prensa fueron múltiples. Según *El Bogotano*, “un hombre alto, de tez blanca y con acento costeño colocó los anuncios radiales y de TV”,²⁴ igualmente se cuenta la historia de un “mono” que fue a poner los avisos al periódico. En la versión de *El Tiempo* se habla de un moreno, de estatura regular, como autor de los avisos, y se asegura que “según averiguaciones [...] no recurrieron a ninguna agencia de publicidad”.²⁵ Este mismo periódico afirmó que la acción fue anunciada por teléfono, 10 minutos antes, a *El Tiempo*.

Metodología del estudio

Para investigar a fondo el impacto del lanzamiento del M-19 en la gran prensa realizamos un estudio discursivo entre el 14 de enero y el 25

²³ *El Tiempo*, 19 de enero de 1974.

²⁴ *El Bogotano*, 19 de enero 19 de 1974, p. 5.

²⁵ *El Tiempo*, 18 de enero 18 de 1974, pp. 7B, 12A, 4A.

de enero de 1974 (45 noticias). Una parte del estudio se basó en examinar cualitativa y cuantitativamente los titulares, las estrategias argumentativas de los periodistas y el léxico.²⁶ Finalmente, analizamos dos elementos fundamentales para comprender en qué sentido sostenemos que las noticias sobre el lanzamiento del M-19 contribuyeron a la creación de su mito, a saber, el uso de tropos y la construcción de tramas.²⁷ Todo esto nos condujo a una nueva sorpresa: los relatos periodísticos tendieron a construir una versión *romántica* del M-19, mientras ridiculizaron a las autoridades.

El relativo predominio del punto de vista oficial

En la prensa estudiada²⁸ predominó la mirada del robo de la espada de Bolívar como un problema de delincuencia, al que por naturaleza responden las autoridades de policía. Pero, en contraste, el tema del terrorismo resultó absolutamente minoritario; es decir, la adhesión al punto de vista oficial fue relativa (véase cuadro 1). *El Bogotano* fue el que más despliegue visual y sensacionalista le dio al *Eme*, llegando incluso a encontrar el lado cómico del hecho: “¿M-19 en Roma? Robado anillo de Juan XXIII”.²⁹ No obstante, los titulares de misterio y asombro representaron una concesión simbólica al M-19:

²⁶ Para este desarrollo metodológico partimos del método de Teun Van Dijk, lingüista holandés, especialista en el análisis crítico de la prensa. Se construyó un formulario que permitió la indagación cualitativa y cuantitativa de los 45 artículos.

²⁷ Por tropos entendemos los usos figurados de las palabras, y por tramas el sentido narrativo de las noticias.

²⁸ En el cuadro 1 hemos clasificado en seis temas predominantes los titulares de *El Tiempo*, *El Espectador*, *El Bogotano* y *Alternativa*; hay que anotar que los tres primeros eran periódicos de gran circulación, mientras *Alternativa* era una revista quincenal de circulación media, pero era la revista más leída por la izquierda y los intelectuales.

²⁹ *El Bogotano*, 26 de enero de 1974, p. 7. A partir de allí nació una peculiar relación entre ese diario y esta guerrilla, manifestada muy en especial en 1976, cuando el M-19 le suministró, de forma exclusiva, toda la información sobre el tristemente célebre secuestro de José Raquel Mercado.

ayudaron a percibir una confusión e impotencia de las autoridades frente al hecho.

En otro triunfo simbólico, la naturaleza de las fuentes consultadas por los periodistas revela que se vieron en la necesidad de buscar muchas otras voces, diferentes a las autoridades, para poder escribir sus columnas, si bien predominó el punto de vista oficial. Los periodistas recurrieron a la Anapo³⁰ y a los historiadores para que contaran la historia de la espada.³¹ Y en una dirección similar fueron las ilustraciones: periodistas y diagramadores tuvieron que reproducir una vez más los avisos del M-19, e incluso buscar la “motivación del robo” en las incisivas frases de los anuncios.

Los periodistas también apelaron a premisas morales o éticas para plantear un porqué a la situación generada por el *Eme*. Como caso significativo, nos referimos al editorial de *El Bogotano* (que probablemente escribió Yamit Amat, su director) titulado: “La sorpresa del M-19”.³² El editorial afirma que si bien el M-19 ha logrado sorprender, no es una salida política para el pueblo. Para argumentar recurre tanto a fórmulas éticas y mensajes políticos:

“No nos engañemos, la revolución solamente triunfará cuando el pueblo hastiado con el sistema salga en masa a la calle y la cambie por su propia cuenta; pero la revolución a base de guerrillas y de terrorismo solamente brindará la oportunidad inmejorable para un golpe de Estado [...] es mejor mil veces avanzar con un López liberal”. Acá vemos el obvio contexto electoral, en el sentido de que sí podría haber alguna rela-

³⁰ En nombre de la Anapo se hicieron varios titulares asegurando el repudio, y la desautorización de la acción, así como la negación de relación alguna con el hecho. Estos titulares recogieron selectivamente lo dicho en el comunicado expedido por la Anapo (que, de hecho, se expresó sutilmente a favor del uso de la fuerza por el pueblo).

³¹ Algunos expresaron “confianza” en las autoridades, pero en otras pasó lo contrario. Por ejemplo, los historiadores de la Casa Bolivariana plantearon la posibilidad de negociar con el M-19. Según su vocero, un coronel retirado, “la forma en que fue perpetrada la acción” no permitía pensar que la espada fuera a ser vendida, como cuando se robaron el testamento de Bolívar, durante la Junta Militar que sucedió a Rojas Pinilla (*El Espectador*, 22 de enero de 1974, p. 12A).

³² *El Bogotano*, 19 de enero de 1974, p. 3.

Cuadro 1. Titulares sobre el lanzamiento del M-19 en la prensa

	<i>El Espectador</i>	<i>El Tiempo</i>	<i>El Bogotano</i>	<i>Alternativa</i>	Total y %
Misterio y asombro	Llamadas Anónimas El Robo de la espada Otro enigma policiaco Estado de Alerta por el "M-19"		Confusión nacional ante asaltos (sub) (M-19) TOTAL DESPISTE "Ni siquiera hay sospechosos" La sorpresa del M-19 (editorial)	¿Y de la espada qué?	8 17.7 %
Crimen (robo, asalto, ocupación)	ROBO EN LA QUINTA DE BOLÍVAR Robo en la Quinta de Bolívar y asalto al consejo Informe al exterior por asalto	Asaltan Quinta de Bolívar y el Consejo Asaltan Quinta de Bolívar Ocupan también Consejo de Bogotá Asaltada Quinta de Bolívar	Los asaltantes: son jóvenes y elegantes Si Ud. Fuera M-19 ¿qué robaría? M-19 en Roma? Robado Anillo de Juan XXIII Otra amenaza del M-19 (severa vigilancia en sitios históricos)		11 24.4 %
Terrorismo			PROCLAMA TERRORISTA "M-19": En marcha otro grupo terrorista. Qué busca?		2 44 %
Anapo	"La Anapo" desautoriza al M-19	Anapo repudia acción del M-19	Anapo niega condena Empleados oficiales. (Los miembros del M-19 sí pertenecen a la Anapo)		4 8.8 %
Respuesta policial	Requisas a medianoche Presos sospechosos: Búsqueda de espada de Bolívar Presos sospechosos por asalto del M-19 (El robo de la espada) "M19, grupo de locos"	(la espada de Bolívar) La policía está desorientada La policía está desorientada Desorientada la policía	(El grupo M-19) Buscan a anunciadores (la espada de Bolívar) Un policía narró la historia Extra: Dibujan rostros (pero no hay pistas) Ubicados miembros del M-19 (Hoy primeras capturas)		11 24.4 %
Respuesta social y política	"No creímos que fueran esa clase de visitantes" Orden del día: Recuperar la espada del Libertador Estado de alerta por "M-19" Pocos Curiosos en la Quinta de Bolívar Llamamiento para recuperar la espada del Libertador Academia de historia de Santa Marta condena robo de la espada	(La espada de Bolívar) "La más querida de las reliquias" ¿Qué es el M-19?	"No podemos anticipar juicios": Min. Gobierno		9 20 %
Titulares (noticias) y %	17 (14) 37.7 %	11 (8) 24.4 %	16 (14) 35.5 %	1 (1) 2.2 %	45 100 %

ción entre la Anapo (rival del “López liberal” al que alude el editorial) y el M-19. Eso ya ha quedado ratificado cuando en líneas anteriores se afirma: “quizá la Anapo resultó tanto o más sorprendente, (pero) es muy difícil creer que tenga ninguna vinculación con el M-19. Si así fuera habría que catalogar de estupidez mayúscula [...] No hay duda de que inmiscuir a la Anapo en lo del M-19 es un simple truco para despistar”.

La representación poética del Eme en las noticias

A continuación estudiaremos el lanzamiento del M-19 a partir de su poética, es decir desde su producción de tropos. En la reacción de la gran prensa a la publicidad del M-19, el tema con más tropos fue el de las autoridades (cuadro 2). Esto no es coincidencia, pues fue clara la multiplicidad de sentimientos e ideas que inspiró su respuesta a la intrépida acción del M-19, según se tratara de “informantes”, autoridades de alto rango, mandos medios cuyas actitudes ingenuas eran descritas con cierta ironía³³ o policías que reprimían a la prensa por cubrir el hecho.³⁴ Por lo demás, un conjunto grande de metáforas (las menos duras con las autoridades) contenían la misma idea: las autoridades están haciendo todo lo posible (“tratan por todos los medios”).³⁵

La noción de *totalidad*, presente en la mayoría de estos tropos, merece otra reflexión sobre la fuerza del lanzamiento del M-19. Expresiones como “total despiste” y “buscan por todas partes la espada... todo el día” (cuadro 1), la una referi-

da a la sociedad en general y la otra a las autoridades, tienen en común el efecto de universalizar un estado psicológico del periodista: la confusión. Otro ejemplo: la expresión “¿Qué es el M-19?, se pregunta todo mundo”, cómo entenderla sino como concesión simbólica (el M-19 interesa “a todo el mundo”), pues aunque sea una exageración, finalmente fue escrita por un poderoso periodista (Hernando Santos Calderón).

La asociación del M-19 con la oscuridad (y su “olor”) fue otra forma en que los noctóforos periodistas contribuyeron a su misterioso hálito. La cobertura del hecho con este tono contribuiría a reproducir *la atmósfera de intriga*, justo lo que buscaba el M-19 al atacar en las entrañas de los medios.³⁶

El tema de la espada también tendió a favorecer al M-19, pues se reconoció su condición de símbolo, y la pretensión plebeya del M-19 en ese sentido. De manera que al menos algunos lectores se habrán preguntado ¿y si la Espada es tan importante, por qué está ahora en manos de un movimiento subversivo?

Léxico: el M-19 como elemento activo en las noticias

El lenguaje usado por los periodistas se refirió siempre al M-19 como el protagonista de la noticia, y por tanto el elemento activo (tanto positiva como negativamente), mientras las autoridades casi siempre aparecieron referenciadas con términos pasivos. Si dividimos el lanzamiento en tres pasos: avisos, robo de la Espada y reacción social, en el primero el léxico periodístico constituyó un reconocimiento a la capacidad comunicativa del M-19 y su carácter activo y legítimo. Este reconocimiento bajó ostensiblemente para referirse al robo de la espada: mientras en el primer paso los periodistas reconocen en la acción algo “espectacular”, “asombroso” y “audaz”, en el segundo paso se le etiquetó con términos como “robo” y “profanación”; es decir, se le asoció con

³³ Por ejemplo en *El Tiempo*, 19 de enero de 1974, p. 7B.

³⁴ *El Tiempo*, 18 de enero de 1974, p. 14A.

³⁵ Se trata de una metonimia. Simplemente debemos buscar si hay una elipsis en el sentido que hemos propuesto, pues toda metonimia puede ser traducida a una expresión completa; Michel Le Guern, *Metáfora y metonimia*, Madrid, Cátedra, 1990, pp. 28-32. Así tenemos como resultado: “tratan por todos los medios (a su alcance)”. Lo importante aquí es mostrar cómo la metonimia se presta perfectamente para expresarse a favor de las autoridades sin necesidad de renunciar a la atmósfera de impotencia oficial que provocó el lanzamiento del M-19.

³⁶ Paradójicamente, este acierto también convenía a los medios por su valor noticioso.

**Cuadro 2. Producción de tropos
en la prensa sobre el lanzamiento del *Eme***

<i>Tema</i>	<i>El Espectador</i>	<i>El Tiempo</i>	<i>El Bogotano</i>	<i>Total</i>
Espada	“Símbolo de la libertad” <i>Si/M</i>	“Patrimonio espiritual de cada uno de los hombres de América” (<i>M, Si, Me</i>) con la que Bolívar realizó “sus actuaciones guerreras”	“Para utilizarla como símbolo de la revolución”	4
Bolívar	“Países bolivarianos” <i>Me/Sus</i>	(bis)		2
Colombia (sociedad)	“Contra los colombianos” <i>Me</i>		“Nos han tomado a todos por sorpresa” (universalización) <i>H</i> “A ciencia cierta nadie sabe nada”	3
Historia	“Trascendencia histórica internacional” <i>H</i>			1
Entrevistados	“Encuestado” <i>H</i>	“Los empleados de la casa deambulaban como atontados” (<i>H</i>)		2
Autoridades		“Cajas destempladas” <i>M</i> (atropellos a la prensa) “Una de las operaciones más grandes de que se tenga noticia en Colombia” <i>H/Me</i> “Operación rastrillo” <i>Me</i>	“Hubo mucho calor en la cabeza de las autoridades” <i>Me</i> (amenazas a periodistas) “Impedir brotes de violencia” <i>M</i> “Estamos atando cabos” <i>M</i> “Total despiste” <i>S</i> (universalización) (ver ficha) “Tratan por todos los medios” (posibles) <i>Me</i> “Buscan por todas partes la espada... todo el día” <i>Me</i> “El hermetismo guardado por las autoridades” <i>Su</i>	10
M-19		“¿Qué es el M-19 se pregunta todo mundo?” (<i>H</i>) “M-19 con sabor nacionalista y olor de «colombiana»” (<i>M</i>)	“La noche continúa cayendo” (<i>M</i>) “la noche ayudaba a cubrir (con su oscuridad) la vandálica acción” (<i>Me</i>)	4
Total (noticias)	5 (14)	9 (8)	12 (14)	26 (38)*

H: hipérbole, *M*: metáfora, *Me*: metonimia, *Si*: Sinécdoque; *Su*: sustantivación

* Esto quiere decir que sólo 26 de 38 noticias tenían tropos.

la ilegalidad y el pecado. En cuanto al tercer paso (la reacción social), los efectos de la acción se resumen muy bien en dos términos que usaron frecuentemente los periodistas: “alerta”, que es más cercano a una idea de agresión al orden y la sociedad, y “misterio”, que —como dijimos— convenía más al M-19.

La trama de las noticias sobre el Eme

La noticia generalmente es un relato, y un relato puede ser narrado de diversos modos; es decir, puede construir diversas posibilidades de trama. Hemos clasificado buena parte de las noticias sobre el lanzamiento del M-19 en dos

Cuadro 3. La trama en las noticias

<i>Trama</i>	<i>El Espectador</i>	<i>El Tiempo</i>	<i>El Bogotano</i>	<i>Alternativa</i>	<i>Total</i>
Romance	3	1	4	1 (contra-romance)	8 (9) 30 %
Sátira	1		1		2 6.6 %
Romance trágico	2		2		4 13.2 %
Romance cómico	1	1	1		3 10 %
Sátira cómica	1	2	3		6 20 %
Sátira trágica	3		2		5 16.6 %
Tragedia			1		1 3.3 %
No (noticias) %	11 (15) 36.6 %	4 (8) 13.3 %	14 (14) 46.6 %	1(1)	30 (38)* 100 %

* Esto quiere decir que, de 38 noticias, 30 tenían tramas discernibles.

modos fundamentales. En el *romance* el eje del relato es la expectativa por el triunfo absoluto de las autoridades sobre la conjura del M-19 (el triunfo del bien sobre el mal). La *sátira* es lo contrario al romance, es el drama de la impotencia total de las autoridades frente al M-19 (un drama por el temor de que se permanezca atrapado en las contradicciones del mundo).³⁷ La *comedia* y la *tragedia* son formas de tramar que hemos tomado las más de las veces como formas de matizar a las dos principales. En el caso estudiado, la *comedia* se define como la esperanza de pactar la entrega de la espada por las buenas, o la esperanza de que todo fuera una mala broma, mientras la *tragedia* se da cuando se acepta de mala gana la pérdida de la espada, pero se convoca a la sociedad a “prevenir” nuevos actos similares.

El *romance* fue la trama dominante en las noticias que permitieron este tipo de lectura poética (cuadro 3). Eso quiere decir que los periodis-

³⁷ Para el concepto de trama en un relato histórico nos basamos en Hayden White, quien concibe este esquema para analizar las narrativas históricas. Simplemente hemos partido de la idea de que la noticia es un relato histórico simple, que efectivamente se puede comprender mejor a partir del concepto de trama; a su vez White se basa en una rica tradición poética y literaria que es bastante más amplia que la historiografía; Hayden White, *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992, pp. 20-21 y ss.

tas narraban la dinámica de los acontecimientos en torno al lanzamiento del *Eme* como una cruzada, tardía, de las autoridades. Ahora bien, no se respira la unanimidad que se esperaría tratándose de una profanación guerrillera en la ciudad capital. Sin embargo, la complejidad de la publicidad plebeya con que el M-19 irrumpe nos muestra un resultado paradójico. Puede que la gran prensa haya sido un aparato ideológico del Frente Nacional y la burguesía. Pero lo periodistas no. Eso está muy claro en nuestros resultados. Muchos periodistas escribían para el régimen, aunque decir que el régimen escribía por ellos sería una versión muy pobre de la mente y la acción social. Algunos periodistas, incluso los más simpatizantes del régimen y las autoridades que atendieron el caso, demostraron tener capacidad de distancia ante la desilusión en la ejecución de las autoridades, así como una curiosidad insaciable por saber qué había movido al M-19 a hacer tal cosa. Así lo demuestra la gran presencia de la *sátira* en las noticias. Predominó, en particular, la *sátira cómica*, es decir la aceptación del enfrentamiento simbólico planteado por el M-19 en su lanzamiento, y su incorporación a una especie de jocosa connivencia con la buena “sociedad”.

Un dato curioso pero significativo es que las noticias de *El Bogotano* pudieron ser leídas totalmente desde este punto de vista de la poética

(14 de 14), a diferencia de la gran prensa. Esto prueba una vez más que el lanzamiento del M-19 sacó a flote todo el carácter carnavalesco de esa prensa amarillista (un elemento más para comprender la peculiar relación entre ese periódico y el M-19).

Ejemplos sobre las tramas noticiosas

Romance: las autoridades continúan infatigables

- a) “Hasta ahora no han sido desenmascarados [...] pero existe un ambiente de optimismo para desenmascarar a los autores”
- b) Las autoridades “continúan infatigables averiguaciones, las cuales concluirán con la captura de los autores”.³⁸

Romance trágico: impedir nuevas incursiones

- a) “No se ha logrado establecer el paradero de los responsables [...] pero se guardan esperanzas que los autores puedan ser identificados”.
- b) Habrán “Nuevas medidas... tendientes a impedir que se produzcan nuevas incursiones”.³⁹

Romance cómico: un investigador intrépido

“Algunos tomaron jocosamente el episodio, otros lo calificaron como acción romántica”. Uno de los investigadores “expresó su esperanza de que el episodio tenga un desenlace feliz: ‘ojalá que los ladrones, una vez logrado su objetivo publicitario, nos devuelvan la espada’”.⁴⁰

Sátira trágica: nuestra única esperanza

“Nuestra única esperanza estriba en que [...] aunque sea en una fiebre del real patriotismo [...] entreguen estas reliquias” (cita del coronel Alfonso Lozano Cleves, entrevistado).

El coronel (aparentemente retirado) también está “decepcionado” por la falta de alguna pista “verosímil”, y no cree que haya otra esperanza

diferente a negociar con el M-19 la devolución, según la noticia.

Por las consignas dejadas, anota el periodista, resulta plausible que “la espada de Bolívar, en manos de los rebeldes, constituirá solamente un símbolo y no algo a la venta”.⁴¹

Sátira cómica: Bateman muerto de la risa

- a) “Mayito”, de *El Bogotano*, decide, en lugar de seguir hablando de la infructuosa búsqueda de la espada, entrevistar a personajes famosos por su buen humor, para invitarles a que “juguemos un poco a que somos del movimiento que tanto ha dado de que hablar”, diciendo cada uno qué “robaría” si fuera M-19 (como decía el titular). Igual de interesante es lo que responden los personajes. Alfonso Morero, administrador de un hotel, robaría “las polleras [...] a María Eugenia” (en alusión a la directora de la Anapo), Daniel Samper robaría, entre otras, “las playas del mar de Bolivia”, Stella de Suescún robaría “la amnesia recurrente de la masa votante”. Es decir, cada uno menciona cosas para parodiar situaciones o personas que puedan merecerlo públicamente, lo que al mismo tiempo sugiere que el M-19 hizo lo mismo con el robo de la espada. Se trata pues de una construcción *mamagallística* —o alburera, como dirían en México—, que adhiere a la idea de robo pero trivializando su significado sacrílego. Esto implicaba la percepción que de hecho el robo era una parodia a un tema público y no propiamente un robo, y le restaba a la satanización del nombre “M-19”, pues se propuso “jugar” a ser como ellos. También es muy revelador que en el artículo el M-19 aparece indirectamente como elemento activo y jocosos de la vida nacional, mientras en el lado de la pasividad aparece lo parodiable: típicos asuntos políticos.⁴²

- b) “Acaso hoy no nos miramos todos con un espíritu de desconfianza, y cuando alguien se

³⁸ *El Bogotano*, 19 de enero de 1974, pp. 5 y 9.

³⁹ *El Bogotano*, 18 de enero de 1974, p. 2; *El Espectador*, 19 de enero de 1974, p. 1A.

⁴⁰ *El Tiempo*, 19 de enero de 1974, p. 7B.

⁴¹ *El Espectador*, 22 de enero de 1974, p. 12A.

⁴² *El Bogotano*, 26 de enero de 1974, p. 7.

acerca en forma un poco extraña, no nos preguntamos: ¿será el M-19?”.⁴³

Conclusión: la publicidad como resistencia al abuso del poder

Hemos mostrado en qué sentido el M-19 se hizo y fue hecho mito en su lanzamiento. El *Eme* comenzó a hacerse mito a través de un simbolismo: el 19 de abril de 1970. Por si fuera poco, el M-19, que era marxista-leninista-bolivariano en sus inicios, seleccionó un segundo objeto olvidado: la espada de Bolívar y dijo “Bolívar tu espada vuelve a la lucha”, y vuelve con nosotros, el “brazo armado del pueblo anapista”. Ellos, la sociedad política dominante, muy bien representada en la gran prensa, no pudieron sino responder a quemarropa la intrusión del M-19 en sus páginas, y lo hicieron del único modo que podían: sorprendidos, anonadados y, por tanto, sin tiempo ni disposición para aplicar con unanimidad el excluyente esquema noticioso del Frente Nacional.

Anapismo, marxismo y bolivarismo, memoria, socialismo e identidad, sorpresa, espectacularidad y misterio, todos ellos conceptos insuficientes por sí solos, se fundieron en un solo momento, 17 de enero de 1974, para conspirar a favor del objetivo fundamental del M-19 en su lanzamiento: ser pensado como pueblo por el pueblo.

Las investigaciones de Eduardo Sáenz y César Ayala⁴⁴ permiten afirmar que entre los años 1950 y 1970 en Colombia la gran prensa colombiana fue el principal aparato ideológico y de propaganda de la sociedad frentenacionalista. Comprar editoriales, hacer campañas a favor de gremios,

reproducir la línea política e ideológica del bipartidismo y el Frente Nacional, apoyar la cruzada anticomunista y calumniar hasta el cansancio al mayor opositor del Frente Nacional: el general Gustavo Rojas Pinilla fue tarea fácil para periódicos poderosos como *El Tiempo* y *El Espectador*. Congruentemente, la exclusión mediática de las minorías políticas fue una realidad.

El lanzamiento del M-19 se inmiscuyó como una poderosa publicística plebeya en la monología electoral de la alta sociedad, logrando que se reconociera con exageración su “maestría”. Asimismo, por más de que la gran prensa calificó de “robo” la acción, se vio obligada a indagar por qué la espada y no la toma de un pueblo, por qué la astucia y no la fuerza; y se vio obligada, entonces, a leer, a tratar de entender, y a reproducir los comunicados del M-19, mejor contruidos que las respuestas de las autoridades.

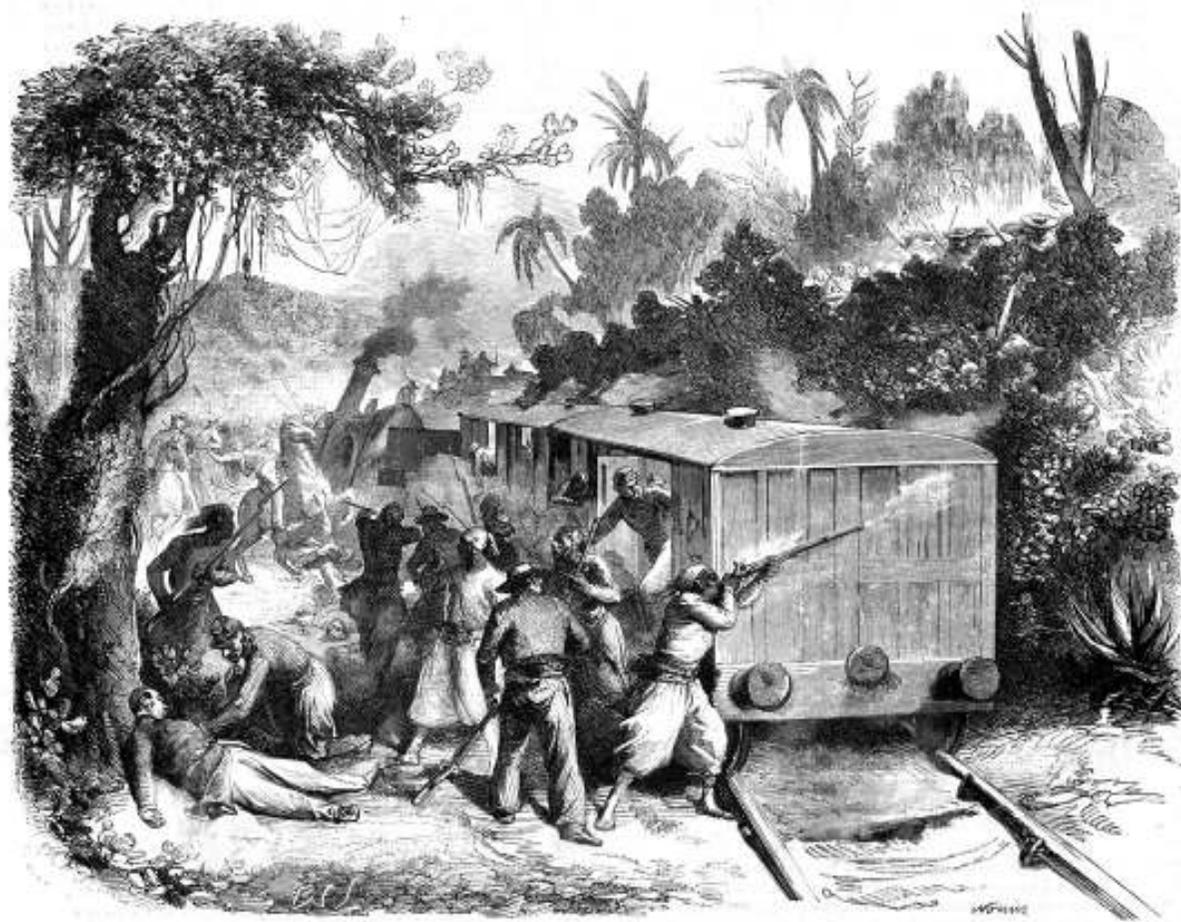
Estas diversas voces que fueron surgiendo, la mayoría confusas y traumatizadas, proponían lecturas alternativas del hecho y minuciosas indagaciones, motivadas por la falta de respuestas de las autoridades, por la extraña simpatía que en algunos generó la acción y por la represión de la libertad de prensa que en un comienzo ejercieron las autoridades según los periodistas.

¿Era ese el efecto que buscaba el M-19? Evidentemente. Su preferencia por esta publicística se expresa en que la inversión económica se centró en la campaña y no en las armas para ejecutar el lanzamiento.⁴⁵ El efecto del lanzamiento del M-19 se sintió estruendosamente en la prensa, de donde desapareció luego de varias semanas. No obstante, hemos abordado aquí un peculiar episodio histórico de resistencia exitosa a la dominación.

⁴³ *El Tiempo*, 20 de enero de 1974, p. 5A.

⁴⁴ Eduardo Sáenz Rovner, *La ofensiva empresarial*, Bogotá, Tercer Mundo, 1993; también *Colombia años 50. Industriales, política y diplomacia*, Bogotá, UN, 2002, y “Elites, Estado y política económica durante el segundo tercio del siglo XX”, en *Análisis Político*, núm. 32, 1997; César Ayala Diago, *op. cit.*; del mismo autor, *Nacionalismo y populismo. Anapo y el discurso político de la oposición en Colombia: 1960-1966*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1995.

⁴⁵ Esto se invertiría poco después, cuando el M-19 comenzó a comportarse como cualquier guerrilla urbana, privilegiando el militarismo.



MEXIQUE : ATTAQUE D'UN CONVOCÉ PAR DES GUERRILLEROS SUR LE CHEMIN DE FER DE LA VERA-CRUZ. — D'après un croquis de M. H. W., capitaine d'artillerie.

La fotohistoria y el centenario de la Revolución mexicana: una aproximación biblio-hemerográfica

Daniel Escorza

Se había dicho que el año 2010 traería una cauda de publicaciones, coloquios, videos, programas de televisión, libros, revistas, y exposiciones, relativas a la conmemoración del inicio de la Revolución mexicana, lo cual, en efecto, sucedió. Tanto la iniciativa privada como las instituciones públicas de investigación y de enseñanza superior dieron a conocer múltiples publicaciones, la mayoría de ellas ornamentadas con videos y fotografías de la Revolución mexicana.

No obstante, de todas estas publicaciones, muy pocas hablan acerca de la fotografía como documento histórico; las menos realizan una reflexión sobre los fotógrafos de la Revolución y el impacto de la fotografía, o en general sobre la fotohistoria de esta efeméride patria. El centenario del inicio de la Revolución nos dejó, entre otras cosas, el descubrimiento de nuevos fotógrafos, y la consecuente reflexión y análisis acerca de ellos.

Como se sabe, la fotografía de los Casasola es probablemente la más vista y la más divulgada relativa a la historia de la Revolución mexicana. Desde la década de 1980 no han dejado de publicarse libros y textos sobre

ello.¹ A lo largo de la década de 1990 aparecieron más libros con nuevos enfoques, así como fotografías emblemáticas de este archivo fotográfico, desde el coordinado por David Mawaad, *Los inicios del México contemporáneo*, hasta el libro de *Mirada y memoria* (2002) publicado por Turner, también coordinado por Pablo Ortiz Monasterio.² De igual forma, allende las fronteras han sido notables las publicaciones sobre Casasola y la fotografía de la Revolución.³

¹ Por ejemplo el libro de Pablo Ortiz Monasterio (ed.), *Jefes, héroes y caudillos*, México, FCE, 1986. En el ensayo de Flora Lara Klahr se proponía la lectura temática del Fondo Casasola, para lograr una comprensión cabal. Dos años después se publicó el libro editado por la Editorial Gustavo Casasola, *Agustín Víctor Casasola, el hombre que retrató una época*, en ocasión del cincuentenario de la muerte de Agustín V. Casasola.

² El texto de Pete Hamill no aporta nada a la fotohistoria, en contraste con el muy sugerente de Rosa Casanova y Sergio Raúl Arroyo, quienes hacen un acercamiento puntual a la fotografía de Casasola en su contexto histórico.

³ Por ejemplo, el catálogo de Mark Suver, *The World of Agustín Víctor Casasola. México: 1900-1938*, Washington, The Fondo del Sol Visual Arts and Media

Center, 1984. La publicación *¡Tierra y Libertad! Photographs of Mexico 1900-1935 from the Casasola Archive*, Oxford, Museum of Modern Art, 1985. La colección *Photo Poche* de París dedicó un número a Agustín Víctor Casasola en 1992, con texto de Alfredo Cruz-Ramírez; también hicieron lo propio la reciente tesis de la investigadora Marion Gautreau, por su aproximación al “mito Casasola” (2003) y “Les photographes de la Revolution mexicaine dans le press”, tesis doctoral, Université Paris IV Sorbonne, 2007. Finalmente, el estudio del brasileño Carlos Alberto Barbosa Sampaio, quien abordó la historia gráfica de la Revolución mexicana como un fenómeno editorial y fotográfico en su libro, *A fotografia a serviço de Clio. Uma interpretação da história visual da Revolução Mexicana (1900-1940)*, Sao Paulo, UNESP, 2006.

Los estudios de los últimos cinco años acerca de la imagen, la fotografía y la historia⁴ han hecho énfasis

⁴ De las más recientes investigaciones, entre otras, están: Jesse Lerner, *El impacto de la modernidad*, México, Turner, 2007; Leonard Folgarait, *Seeing Mexico Photographed. The Work of Horne, Casasola, Modotti, and Alvarez Bravo*, New Haven, Yale University Press, 2008; Roberto Tejada, *National Camera. Photography and Mexico's Image Environment*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2009; John Mraz, *Looking for Mexico:*

en el periodo revolucionario, quizá debido a la efeméride relativa al centenario de la Revolución mexicana, por lo cual el año 2010 fue pródigo en investigaciones y publicaciones al respecto. Muchos de estos estudios son valiosos y aportan nuevos enfoques y metodologías para abordar la imagen fotográfica. De ellos existen artículos en publicaciones académicas y de divulgación.

Durante 2009, las publicaciones seriadas, de formato popular y accesible —tanto por el precio como visualmente—, tuvieron un auge en la divulgación del conocimiento. De ellas destacan, la revista *Relatos e historias en México* de la editorial Raíces, aunque no precisamente centrada en el proceso del centenario de la Revolución, así como la revista *Proceso*, que desde mediados de 2009 editó una serie de fascículos coleccionables con temas relativos a la Revolución en diálogo con las mujeres, la patria, la ciudad de México, el cine, la educación, etcétera. De todos es conocida su línea editorial crítica, y en este caso, aunque en su primer número anunciaba que el propósito de estos fascículos coleccionables era hacer una reflexión de la memoria que nos ha dejado el bicentenario (de la Independencia) y el centenario (de la Revolución), la mayoría de los artículos se centraron en este último acontecimiento.

En el número inicial los editores advertían: “queremos superar la historia de estampitas”. El escritor Juan Villoro es elocuente en el primer ensayo que abre la colección y que se titula: “Revolución, estate quieta que ya te van a retratar”. En esencia, Villoro comenta las fotos del archivo Casasola, y asienta que “el esplendor visual de la Revolución



pertenece al código rural, la última oportunidad del campo mexicano”. Escritores como Villoro y Fabrizio Mejía Madrid, entre otros, realizan un acercamiento a la imagen un tanto cuanto literario. Aun cuando las imágenes cunden por toda esta colección, muchas utilizadas como portada, en la mayoría de los artículos la fotografía es ilustración o complemento del texto. Con las excepciones de los trabajos de Rebeca Monroy, John Mraz, Alberto del Castillo y Ariel Arnal, entre otros.

Este tipo de publicaciones constituyen un gran acierto, ya que acercan los conceptos e ideas que suelen permanecer en los gabinetes de investigación y en círculos extremadamente cerrados de la academia a grandes públicos.

Por otra parte, los libros/revistas *20/10, Memoria de las revoluciones en México*, constituye otra propuesta de publicación, que desde el otoño de 2008 reunió a los más destacados especialistas en temas tanto de la Independencia como de la Revolución. Se publicaron 10 números, desde la primavera de 2008 hasta el invierno de 2010. Aunque no tan accesible en cuanto a precio y formato, esta colección iba más dirigida al público académico y especializado. La publicación está “profusamente ilustrada” con fotografías que provenían de diversos archivos fotográficos, pero en su gran mayoría la fotografía es sólo ornamento, o en el mejor de los casos herramienta visual que catapultaba una idea. Las excepciones se colocaban en una sección denominada “Galería”, donde se incluyeron los artículos de Rebeca Monroy (en el núm. 2, sobre Saturnio Cedillo), Samuel Vi-

llela (en el núm. 5 sobre la fotografía de la Revolución), Paulina Michel y Fernando Ortega Pizarro (en el núm. 6, sobre el fotógrafo Cruz Sánchez, y *Rotofoto*, respectivamente), Ariel Arnal (en el núm. 7, sobre los rurales mexicanos), Ángel Miquel (en el núm. 4 sobre cine), John Mraz y el que esto escribe (en el núm. 10, sobre el mito Casasola, y la cámara Graflex en la campaña orozquista, respectivamente).

Vemos entonces que, en la mayoría de los casos, la foto se sigue utilizando como estampa e ilustración, lo cual no me parece mal, pero es sólo el primer paso del proceso del análisis de la fotohistoria.

Por otra parte, la efeméride centenaria produjo una serie de investigaciones de lo que denomino las investigaciones “monográficas”; es decir publicaciones originales que nos dan a conocer alguna faceta de archivo de un fotógrafo o de un tema relativo a la historia visual, a la imagen o a los fotógrafos de la Revolución. Me pareció, por ejemplo, muy novedoso el libro coordinado por Laura González Flores sobre una serie de fotografías encontradas y resguardadas por Ricardo Espinosa Orozco (Reo) que muestran otra narrativa visual de un ciudadano anónimo que fotografió la ciudad de México entre los años de 1910 y 1918. En estos negativos de vidrio se registran los eventos revolucionarios emblemáticos de la ciudad de México, pero también se trasluce una mirada que no es la del fotoperiodista ni la del fotógrafo profesional.

Otro caso es el libro de Ariel Arnal relativo a la imagen del zapatismo en la prensa de la ciudad de México. Se trata de una notable investigación que incluyó tanto la fotografía como la hemerografía de la época, en un diálogo constante. El formato del libro llama la atención del posible lector; por otra parte, la

Modern Visual Culture and National Identity, Durham, Duke University Press, 2009.

propuesta de análisis visual está centrada en la creación de un código visual del zapatismo y en cómo la prensa de la época construyó este código. Sin duda es una propuesta epistémico-metodológica que hay que tomar en cuenta.

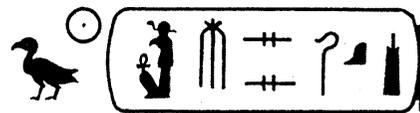
Un libro notable, por su excelente factura y su novedad, es el de Alberto del Castillo, quien aborda la imagen de la Revolución mexicana a través de la colección de fotografías del político y diplomático Isidro Fabela (Atlacomulco, Estado de México, 1882-Cuernavaca, Morelos, 1964), a quien ubica como una mirada importante en torno al acontecimiento social más influyente del siglo XX mexicano. El planteamiento central es de gran rigor metodológico y consiste en dar a conocer la mirada personal del político mexiquense como coleccionista fotográfico. Es notable el tratamiento de las fotografías seleccionadas cuando se alude a la pose, a las secuencias visuales, o a la resignificación de la foto en la prensa, en los álbumes, o en las tarjetas postales. El otro estudio acucioso y original es el de Samuel Villela, quien nos da a conocer el trabajo de la fotógrafa Sara Castrejón, originaria de Tloloapan, Guerrero. De acuerdo con Villela, Castrejón es la primera fotógrafa que realiza registros de la Revolución mexicana, abarcando su producción desde principios del siglo XX hasta la década de 1950.

Por otra parte tenemos los libros que tratan lo que yo llamo el “proceso general de la Revolución”, pero en relación con la fotografía; por su propuesta, su método y el aporte que hacen a la fotografía de la Revolución destacan dos. El primero de ellos, cronológicamente hablando, es

el de Miguel Ángel Berumen, publicado por la Fundación Cultural Televisa y la prestigiosa editorial Lunweg, con textos del mismo Miguel Ángel, Claudia Canales, Laura González Flores, Mauricio Tenorio y Marion Gautreau. El título es *México, fotografía y Revolución*.

Me parece que estamos ante un documento muy valioso, que aporta nuevos enfoques desde la disciplina de la historia, con novedosos documentos fotográficos. El hecho de haber consultado decenas y decenas de archivos y repositorios visuales (como el de los Hermanos Cachú) se tradujo en una visión de la fotografía de la Revolución desde otra mirada. Esto incluyó observar el registro visual de la Revolución desde afuera, ya que se tomaron en cuenta publicaciones periódicas de Alemania, Inglaterra, Francia y España, principalmente, con el propósito de revisar qué se publicó en aquellos lares y por qué. Si bien el libro de Televisa/Lunweg en su primera versión es un formato casi inaccesible (en tamaño y en precio) para el público en general, el INAH hizo una versión más popular, y aun cuando prescindiera de muchas fotografías, incluye los principales ensayos de los autores.

La otra gran obra de la fotografía revolucionaria es el libro de John Mraz, publicado por el INAH y cuyo título alude a la visualidad hecha verbo: *Fotografiar la Revolución mexicana. Compromisos e iconos*. La investigación se nutre fundamentalmente de las imágenes del Archivo Casasola, y su tesis central es que los fotógrafos de la Revolución expresaron sus compromisos políticos de una manera visual, creando estrategias estéticas derivadas de su identidad o simpatía con determinado grupo revolucionario. La investigación aborda imágenes impactantes de la década de la guerra civil; resal-



ta el ya célebre “mito Casasola” y pone de relieve la participación de fotógrafos con nombre y apellido. Sin duda estos dos libros abren nuevas perspectivas para ir armando este rompecabezas en el que se ha convertido la fotografía revolucionaria.

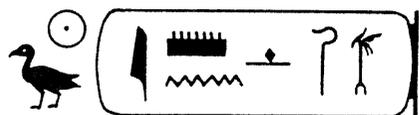
En esta recopilación hemos dejado de lado aquellos textos que hablan en general del proceso revolucionario, que aun cuando recopilan e incorporan fotografías o imágenes tipo *comic*,⁵ el discurso no se refiere fundamentalmente a la fotografía, y más bien la imagen es utilizada como estampa, o como ornamento a la narrativa histórica. Finalmente, hemos incluido en este *corpus* las publicaciones que abordan el fenómeno de la fotografía y la historia, así como las ediciones facsimilares y/o recopilaciones de fotografías relativas a las fiestas del centenario de la Independencia, y si bien no se trata del proceso revolucionario, se refieren al año 1910 como parte del ocaso del régimen porfirista.

Libros

Arnal, Ariel, *Atila de tinta y plata*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2011.

Berumen, Miguel Ángel (coord.), *México: fotografía y Revolución*, México, Lunweg/Fundación Cultural Televisa, 2009.

⁵ Por ejemplo, el libro de Javier Gardiadio, *La Revolución. Nueva historia mínima de México*, México, Turner/El Colegio de México, 2010. O el de José Luis Trueba Lara, *La vida y la muerte en tiempos de la Revolución*, México, Taurus, 2010.



Castillo Troncoso, Alberto del, *Isidro Fabela, una mirada en torno a la Revolución mexicana*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, 2010.

Escorza Rodríguez, Daniel, *Casasola*, Madrid, La Fábrica Editorial (PhotoBolsillo. Fotógrafos Latinoamericanos, núm. 2), 2010.

González Flores, Laura, *Otra Revolución. Fotografías de la ciudad de México 1910-1918. Catálogo Ricardo Espinosa* (colaboración de Miguel Ángel Berumen), México, IIH-UNAM, 2010.

México en el centenario de la Independencia. Álbum Gráfico de la República Mexicana 1910, Editado por el Gran Establecimiento Tipo-Litográfico de Muller Hnos, México, 2 ed., Edición facsimilar de Gerardo Moctezuma Barragán sobre el álbum de Eugenio Espino Barros, México, 2010.

Montes Recinas, Thalía y Martha Evelyn Ghigliazza Solares, *El Museo Nacional. Una mirada a las fiestas del Centenario de la Independencia, 1910*, México, INAH, 2010.

Mraz, John, *Fotografiar la Revolución mexicana. Iconos y compromisos*, México, INAH, 2010.

Torres Sánchez, Rafael, *El negativo de la Revolución: vida cotidiana*, México, Gobierno del Estado de Hidalgo/Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo, 2010.

Tovar y de Teresa, Guillermo, *La primera gran Revolución del siglo XX. México 1910-1921. Un imaginario de la Revolución mexicana*, México, Proceso, 2010.



Villela, Samuel, Sara Castrejón, *fotógrafa de la Revolución*, México, INAH, 2011.

Artículos y ensayos

Arnal, Ariel, “Los rurales mexicanos, civilización de la barbarie”, en *20/10 Memoria de las Revoluciones en México*, México, RGM Medios, núm. 7, primavera de 2010, pp. 142-155.

Bartra, Eli, “¿Qué tan negra es la Negra Angustias?”, en *20/10 Memoria de las Revoluciones en México*, México, RGM Medios, núm. 10, invierno de 2010, pp. 266-275.

Berumen, Miguel Ángel, “Disparando desde todos los frentes. Los fotógrafos que documentaron la Revolución”, en Miguel Ángel Berumen (coord.), *México: fotografía y Revolución*, México, Lunweg/Fundación Televisa, 2009, pp. 281-301.

Canales, Claudia, “La densa materia de la historia. Notas sobre la fotografía olvidada de la Revolución”, en Miguel Ángel Berumen (coord.), *México: fotografía y Revolución*, México, Lunweg/Fundación Televisa, 2009, pp. 47-81.

Castañeda García, Laura, “La fotografía en los festejos del primer centenario de la Independencia de México”, en *Alquimia*, México, Sistema Nacional de Fototecas, año 13, núm. 39, mayo-agosto de 2010, pp. 6-22.

Castillo Troncoso, Alberto del, “Las imágenes disputadas de la Revolución”, en *Proceso Bi-centenario*, México, núm. 4, julio de 2009, pp. 24-33.

Escorza Rodríguez, Daniel, “Imagen y apariencia de Huerta después de la Decena Trágica”, en *Historias*, México, DEH-INAH, núm. 72, enero-abril de 2009, pp. 65-74.

———, “Gerónimo Hernández, un fotógrafo enigmático”, en *Dimensión Antropológica*, México, INAH, año 16, vol. 47, septiembre-diciembre de 2009, pp. 143-168.

Escorza Rodríguez, Daniel y Heladio Vera Trejo, “La cámara Graflex, en la campaña federal maderista contra Pascual Orozco, 1912”, en *20/10 Memoria de las Revoluciones en México*, México, RGM Medios, núm. 10, invierno de 2010, pp. 254-265.

García Prado, María Violeta, “J. H. Abitia. Legado iconográfico de un fotógrafo revolucionario”, en *Alquimia*, México, Sistema Nacional de Fototecas, año 13, núm. 39, mayo-agosto de 2010, pp. 71-80.

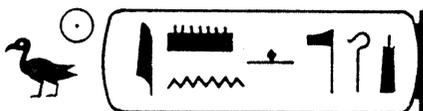
Gautreau, Marion, “La Revolución mexicana a los ojos del mundo. Diferentes perspectivas en la prensa ilustrada”, en Miguel Ángel Berumen (coord.), *México: fotografía y Revolución*, México, Lunweg/Fundación Televisa, 2009, pp. 87-199.

González Flores, Laura, “Técnica fotográfica y mirada. La fotografía en el país de la metralla”, en Miguel Ángel Berumen (coord.), *México: fotografía y Revolución*, México, Lunweg/Fundación Televisa, 2009, pp. 53-61.

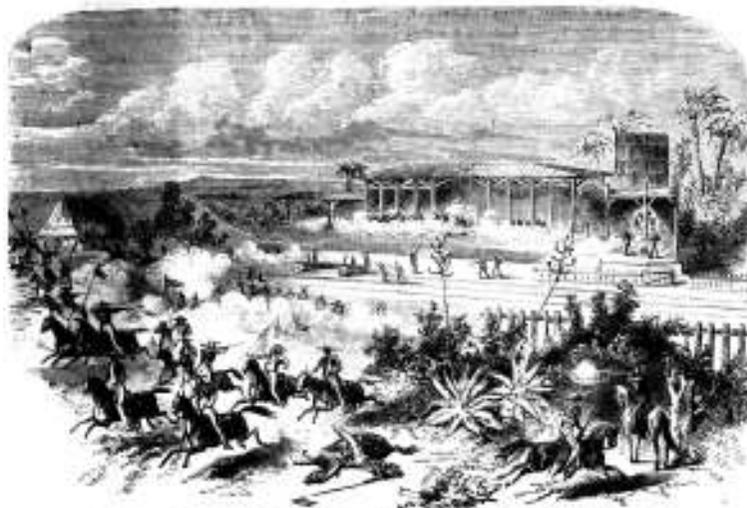
Guevara Escobar, Arturo, “H. J. Gutiérrez, Foto”, en *Alquimia*, México, Sistema Nacional de Fototecas, México, año 13, núm. 39, mayo-agosto de 2010, pp. 60-70.

———, “La fotografía de Emiliano Zapata. Un cliente no tan común”, en *Relatos e historias en México*, año 1, núm. 9, mayo de 2009, pp. 22-23.

Michel, Paulina, “Cruz Sánchez y su estudio ambulante”, en *20/10 Me-*



- moria de las Revoluciones en México*, México, RGM Medios, núm. 6, invierno de 2009, pp. 138-150.
- Millán, Paulina, “Jesús H. Abitia: la fotografía como propaganda revolucionaria”, en *20/10 Memoria de las Revoluciones en México*, México, RGM Medios, núm. 1, otoño de 2008.
- Miquel, Ángel, “El compadre Mendoza y la crítica del presente”, en *20/10 Memoria de las Revoluciones en México*, México, RGM Medios, núm. 4, verano de 2009, pp. 176-183.
- Monroy Nasr, Rebeca, “Una Revolución a caballo: de la foto fija al movimiento continuo”, en *Proceso Bi-centenario*, México, núm. 13, abril de 2010, pp. 14-25.
- , “Polvo de aquellos lodos: fotografía de niños durante la Revolución”, en *Alquimia*, México, Sistema Nacional de Fototecas, año 13, núm. 39, mayo-agosto de 2010, pp. 32-43.
- , “Rebeldes y posrevolución: Saturnino Cedillo”, en *20/10 Memoria de las Revoluciones en México*, México, RGM Medios, núm. 2, invierno de 2008, pp. 137-149.
- Mraz, John, “Fotografiar a la Revolución mexicana: ‘El mito de los Casasola’”, en *20/10 Memoria de las Revoluciones en México*, México, RGM Medios, núm. 10, invierno de 2010, pp. 244-253.
- Negrete Álvarez, Claudia, “Tiempos nuevos, miradas antiguas. Persistencias de la visión decimonónica en el México revolucionario (1910-1920)”, en *Alquimia*, México, Sistema Nacional de Fototecas, año 13, núm. 39, mayo-agosto de 2010, pp. 23-31.
- Ortega Pizarro, Fernando, “Rotofoto”, en *20/10 Memoria de las Revoluciones en México*, México, RGM Medios, núm. 6, invierno de 2009, pp. 166-175.
- Siller, Pedro, “Retrato de Madero con familia revolucionaria”, en *Relatos e historias de México*, México, año 1, núm. 7, marzo de 2009, pp. 44-50.
- Tenorio Trillo, Mauricio, “La Revolución mexicana en el álbum del mundo”, en Miguel Ángel Berumen (coord.), *México: fotografía y Revolución*, México, Lunwerg/Fundación Televisa, 2009, pp. 47-49.
- Torres Rodríguez, Alberto, “Hugo Brehme y la Decena Trágica”, en *20/10 Memoria de las Revoluciones en México*, México, RGM Medios, núm. 2, invierno de 2008.
- Villela F., Samuel L., “La fotografía de la Revolución mexicana”, *20/10 Memoria de las Revoluciones en México*, México, RGM Medios, núm. 5, otoño de 2009, pp. 80-89.
- , “Las postales de la Revolución mexicana”, en *Relatos e historias de México*, año 1, México, núm. 6, febrero de 2009, pp. 79-84.
- , “El álbum fotográfico del general Silvestre Mariscal”, en *Relatos e historias de México*, año 1, núm. 8, México, abril de 2009, pp. 51-56.
- , “Fotografía y Revolución en Guerrero”, en *Alquimia*, año 13, núm. 39, México, Sistema Nacional de Fototecas, México, mayo-agosto de 2010, pp. 44-59.



Escuelas repartidas por las zonas de la Matlapa a la par de la Tula, ciudad de San Juan de los Ríos y la zona de Tula.

La traducción como generadora de imágenes

Salvador Rueda

Anales de Tlatelolco (paleografía y traducción de Rafael Tena), México, Conaculta (Cien de México), 2004.

Al comienzo de su libro *Después de Babel*, sumergido en el flujo imparable del conocimiento, George Steiner se descubre en el momento mismo en el que las traducciones abrían el horizonte cultural del mundo contemporáneo a contrape-lo del parroquianismo al que sujetaban los idiomas nacionales hasta la apertura de Europa oriental. En su Prólogo a la tercera edición, Steiner afirmó que tanto “la filosofía como la práctica de la traducción se encuentran en constante debate y movimiento”.

Hacia otro territorio nos abre el “arte exacto” del traductor cuando se aventura por la paleografía y traslado de documentos antiguos. El suyo es un paisaje que tiene

como atractivo su distancia respecto a las literaturas vivas. A este territorio, el de los viejos escritos, poblado de especialistas pero también de curiosos del pasado, nos ha acostumbrado el conocido estudioso Rafael Tena en los últimos años; y al que ahora nos invita a través de los *Anales de Tlatelolco*, texto que ha dejado su signo dramático en el espíritu de quienes comenzamos a leer al mediodía del siglo XX. Y debo decir que un signo dramático que no pocas veces dio argumentos a cierto rostro de la identidad mexicana, en particular sobre la estatura épica de la historia de la Conquista, aquella historia que fue vista con los ojos de los indígenas vencidos y leídos en castellano como idioma nacional. Pero, ¿ha sido el texto mismo de los *Anales de Tlatelolco* o han sido sus traducciones la fuente de una conciencia moderna de la Conquista relatada como canto épico? ¿Una traducción actualizada puede abrirnos a otros

horizontes? Quisiera ensayar los caminos de una posible respuesta apoyándome en el libro que aquí se presenta y a la traducción de un hombre que fluye con los ritmos de cambio del conocimiento.

Esta versión de los *Anales de Tlatelolco* es la paleografía y traducción de dos manuscritos anónimos en náhuatl, redactados a manera de antología presumiblemente durante la primera mitad del siglo XVI —aceptando como muy temprana la fecha de 1528 que aparece en el inicio de la VI Sección del Manuscrito 22 bis y en la inscripción de la portada decimonónica de la Biblioteca Nacional de Francia—, cuya edición actual es de mano de Rafael Tena, de la Dirección de Etnohistoria del INAH, y con el respaldo editorial del Conaculta y su serie Cien de México.

Las noticias más certeras sobre este par de manuscritos están ligadas al drama que dio fama a la biografía de Boturini y a su tragedia

coleccionista al mediar el siglo XVIII. También a él puede deberse su nombre de *Unos Annales Históricos de la Nación Mexicana*, y la atribución de su temprana pero improbable fecha. Al comienzo de la sexta sección del llamado manuscrito 22 bis, según nos avisa Tena, se anotó que era copia de uno redactado anteriormente: “Este papel fue escrito hace ya mucho tiempo aquí en Tlatelolco, en el año de 1528, al poco tiempo de llegados los españoles”. Asimismo, en su Catálogo del *Museo histórico indiano*, el caballero Boturini describió el manuscrito como de “autores indios”:

[...] en papel indiano del tamaño casi de marca mayor y lengua náhuatl, encuadernados con cordeles de ixtle que se tejen con hilos sacados de las pencas del maguey, en 16 fojas útiles. Empieza desde la gentilidad y prosigue tocando algo de la Conquista, en cuyo tiempo debió morir el autor. Es pieza antigua y de mucha estimación.

En esto último, sin duda, Boturini juzgaba razonablemente; no así de la inverosímil fecha de muerte del autor del texto, apenas concluida la derrota de Tenochtitlan-Tlatelolco: imposible que fuera de mano indígena en la década de la Conquista; tampoco del padre Andrés de Olmos, uno de los primeros afamados nahuatlatoles, quien llegaría apenas en ese 1528 con la barcada de don Juan de Zumárraga; ni de fray Pedro de Gante o el múltiple veces apócrifo fray Toribio de Benavente *Motolinía*, como se desprendería de la afirmación de Ángel María Garibay, quien su-

giere la primera redacción por 1524. Podría alegarse que es posible, aunque no probable, que el amanuense fuera algún otro franciscano desconocido, quien trasladó a escritura los relatos pictográficos y orales transmitidos por sus informantes, aunque el carácter mismo del documento dé pie a conjeturar que ninguno de ellos murió antes de 1528.

Curiosamente, sin embargo, en su *Historia de la literatura náhuatl* Ángel María Garibay acepta la antigüedad del texto escrito, y no sin entusiasmo le sirve de prueba de la existencia de un ánimo literario al modo clásico grecorromano. Debo adelantar una primera conclusión: yo creo que en la influencia clásica vista con ojos renacentistas de este texto Garibay no estaba tan desencaminado, aunque la edición de Tena apunte hacia otros rumbos, como veremos más adelante. El erudito Garibay asentó que:

La fecha de su redacción es seguramente el año de 1528: siete apenas de pasada la tormenta de la Conquista. El autor, anónimo hasta hoy, no estuvo sometido a la disciplina de los frailes, que queriéndolo, o sin quererlo, necesariamente habrían de imponer normas de la cultura occidental. [...]

Si se redactó la parte principal por el año de 1524, o si en todo caso los materiales copiados son anteriores al año 1528, para la parte más valiosa del Ms. Es evidente que tenemos una alfabetización de la historia genuina, tal y como se usaba en la época anterior a Cortés [...]. Puede, por tanto, ser un buen ejemplo de

cómo se mantenía entre los antiguos el hilo de los hechos consignados en forma imperecedera. Tan imperecedera como puede ser toda obra humana.

Al respecto, en su Presentación Rafael Tena anota, con la prudencia que lo caracteriza, sobre la antigüedad de ambos manuscritos:

Algunos arrepentimientos de la escritura que se advierten en el manuscrito 22 nos inducen a pensar que se trata de una copia; pero en tal caso, el amanuense pudo estar copiando de simples apuntes o borradores previos o de un texto ya definitivamente estructurado. Mas, aun tratándose de una copia, por ser en tal caso la más antigua, el manuscrito 22 seguiría haciendo para nosotros las veces del original.

La fecha de 1528 consignada en el encabezado de la sección VI se refiere exclusivamente a ésta y no al documento en su conjunto; pero tampoco resulta fácil aceptar una fecha tan temprana para un texto extenso en náhuatl dispuesto en escritura alfabética [...]. Lo más probable es que, pocos años después de la conquista, uno o más testigos oculares, conocedores a la vez de la historia antigua, hayan registrado algunas noticias históricas que luego habrían de servir a los compiladores finales para redactar las varias secciones de los *Anales de Tlatelolco*, en sus dos versiones complementarias de los manuscritos 22 y 22 bis.

Atento a los pocos indicios que cargan los documentos, como el

tipo de amate y el estilo de la letra, Tena sugiere su factura hacia 1560, contemporánea a otros que considera del mismo tipo, como los *Anales de Cuauhtitlán*, la *Leyenda de los Soles*, o la también adivinada primera copia de la que derivó el más tardío documento mixto de pintura y escritura conocido como *Ordenaza del Señor Cuauhtémoc* (que inverosímilmente se había imaginado de 1523).

El contenido de los Manuscritos 22 y 22 bis descubre las variadas formas del recuerdo y los sentidos de la historia tanto de los sabios indígenas nahuas como del posible amanuense hispano. Pero quizás, más oscuramente, el oculto sentido de las traducciones y de su influencia en la visión del mundo de los lectores. Veamos ambos asuntos:

El *pathos* de la distancia echa a andar los distintos mecanismos de la reparación del pasado. Con todo, la memoria es un instrumento maravilloso pero falaz, según advirtió alguna ocasión el memorioso Primo Levi. La sucesión de acontecimientos que alimentan la memoria siempre está llena de interpretaciones, invenciones, ausencias, suposiciones y olvidos que se superponen a las imágenes atestiguadas. Su eficacia se apoya más en la verosimilitud de la construcción narrativa que en la exactitud factual. Esta regla general se puede ajustar al de por sí magro conocimiento moderno de los sucesos de la Conquista desde la perspectiva de los pueblos derrotados. Un ejemplo, entre muchos, de esa mixtura de realidad e interpretación lo proporciona la mirada tlatelolca de estos *Anales* sobre el capítulo final de la biografía de Cuauhtémoc, en febrero de

1525. De acuerdo con el relato del manuscrito, Cuauhtémoc —tlatelolca de nacimiento— no sabía del propósito de la expedición de Cortés a las Hibueras. De hecho, imaginaba otro derrotero. En el transcurso de un suceso que más parecía seguir el protocolo prehispánico de visita a regiones dominadas por los mexicas que una simple elaboración imaginaria de hechos no atestiguados, mandó decir a los señores de Acallan, gobernantes del litoral del Golfo, que iban en calidad de cautivos rumbo a Castilla “a saludar al gran teul emperador” en un viaje del que presumían no tendría regreso. Los acalantecas —o acaltecacas, según la versión de Tena— contestaron con comedimiento y un recato que trasluce normas pactadas, y los recibieron con bien elaborados discursos, abanicos de plumas de quetzal, ornamentos de oyamel, una tilma y sandalias de turquesa, oro y jades, y una diadema señorial como inequívoco signo de aceptación de su condición de vasallos. Cuauhtémoc los arengó para que no descuidaran a sus gobernados —“la cola y el ala”—, el pueblo pensado como partes del cuerpo social detrás de una metáfora que hacía de la sociedad similar a la exactitud de un ave. Una danza marcada por los teponaztles sellaba el protocolo, según el relato de estos *Anales* tlatelolcas, a pesar de que otras fuentes —en este caso españolas— dejan entrever que Cuauhtémoc no podría danzar luego de quedar inválido después de que le quemaran los pies, y que como consecuencia de la tortura tuvo que ser llevado siempre en andas. La narración tlatelolca marca con la frialdad del

guerrero vencido el clímax dramático con la aparición de un deforme traidor tenochca: fue Mexícatl, un “enano de rollisas pantorrillas”, quien sembró la sospecha en la señora Malintzin, vehículo nada ingenuo de los temores de Cortés. Prendieron a Cuauhtémoc y a otros señores durante la comida y, sin más, “les echaron una soga al cuello “como si fueran perros”, y fueron colgados de una ceiba —asunto que una tríada de códices confirma pictóricamente. Esto sería el martes de carnaval de 1525.

El relato en los *Anales* de la ejecución de Cuauhtémoc y sus acompañantes no buscó conmover ni terminó con una sentencia moral, como sí puede adivinarse del relato también memorizado del español Bernal Díaz —en el que se echaba en cara de Cortés su reprochable conducta en este suceso—; otro era el sentido de la historia. Como en otros pasajes del texto, tan sólo marcó la distancia entre los tenochcas y los tlatelolcas, en demérito de la valentía y honradez de los primeros.

En conjunto, estos manuscritos nahuas reflejan las extrañas formas de la memoria de una cultura que desaparecía. Como narraciones, tenían el propósito de mantener el recuerdo histórico a modo de cuadros impresionistas: lo mismo fatigan genealogías elaboradas a la manera de desfile ordenado de alianzas matrimoniales y sucesiones de linajes que avanzan en el tiempo con botas de siete leguas, con hambrunas, enfermedades y conquistas como referencias cronológicas precisas y con ritos y conflictos de raíz cosmogónica como referencias cronológicas rituales,

que se demoran en la explicación detallada de acontecimientos puntuales, cargados de palabras precisas, gestos y ademanes capturados en el instante.

Así, por ejemplo, se corre velozmente en las sucesiones dinásticas de tepanecas y mexicas, estos últimos durante la peregrinación; se detiene, como acto reflejo de lo que el autor consideraba relevante, en acontecimientos portentosos que repiten ritualmente —o inventan y entrelazan con la historia— el mito de origen. Tal sucede con la imprevista aparición de Cópil, la estrategia de su captura por parte de los caudillos mexicas y su sacrificio, en la que la descripción de lugares y de conductas llaman menos a la ubicación geográfica de los actores históricos o a sus decisiones momentáneas, que a la reiteración de acontecimientos míticos en el universo del pensamiento religioso. O con la persecución y muerte de los mexicas en Chapultepec, pasaje donde las necesidades rituales del sacrificio dominan la voluntad de las víctimas, alguna de las cuales —“la mujer que iba con Huitzilíhuitl”— exige incluso su propia muerte —“quiere la tiza y las plumas”— antes de quebrantar las normas religiosas. O con la incansable animadversión de los culhuacanos, siempre sorprendidos por las reacciones imprevisibles y sin duda bizarras de los mexicas, a las que responden con exigencias tributarias en tono maravillado y temeroso, en uno de los pocos episodios de todo el manuscrito en los que interviene el dios Huitzilopochtli; o con la guerra contra los xochimilcas, que termina con una

eficaz y tremenda manera de contar a los derrotados, reducidos a una colección de orejas cortadas; o contra los tepanecas, que se resuelve de un plumazo con la simple enunciación de la muerte de Maxtlaton; y aún la fratricida de tenochcas y tlattelolcas, que esconde su dolor de conflicto entre hermanos y el quebranto de las reglas del parentesco detrás de la exaltación de las mujeres guerreras que toman cautivos.

El manuscrito termina con el relato de la guerra de Conquista española. Su tono es frío, para usar el calificativo de Garibay, sin discursos glorificadores y menos aún justificadores de la nueva condición de vasallos del rey de España, como se verían en las crónicas indígenas de la generación siguiente, las de Chimalpain, Alva Ixtlilxóchitl, Alvarado Tezozomoc o Muñoz Camargo. Incluso la tristeza es descrita de manera escueta —como aquel pasaje que sigue a la persecución y muerte en Chapultepec, antes de la fundación de Tenochtitlan, en el que se relatan las penurias de los macehuales escondidos entre las cañas con el agua hasta la cintura.

Y aquí quisiera demorarme en una reflexión, a título personal. Toca, por entero, a las distintas traducciones del paisaje después de la batalla final, la de la Conquista y destrucción de la ciudad de México-Tenochtitlan, del estado de ánimo de los derrotados, y a las diferentes relaciones de sentido que derivan de la estructuración del relato —y, por tanto, a las reacciones que esos sentidos provocan y han provocado entre los lectores. Garibay tradujo en tonos épicos la construcción del contexto y la cir-

cunstancia que rodeó el suceso militar:

Todo esto pasó con nosotros. Nosotros lo vimos, nosotros lo admiramos. Con suerte lamentosa nos vimos angustiados. En los caminos yacen dardos rotos, los cabellos están esparcidos. Destechadas están las casas, enrojecidos tienen sus muros. Gusanos pululan por calles y plazas, y en las paredes están salpicados los sesos. Rojas están las aguas, están como teñidas, y cuando las bebimos, es como si hubiéramos bebido agua de salitre. Golpeábamos en tanto los muros de adobe, y era nuestra herencia una red de agujeros. En los escudos fue su resguardo: ¡pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad! Hemos comido palos de eritrina, hemos masticado grama salitrosa, piedras de adobe, lagartijas, ratones, tierra en polvo, gusanos [...]

Por su parte, Tena nos propone esta descripción del Manuscrito 22:

Esto fue lo que nos sucedió, lo que vimos, lo que nos causó asombro, tristeza y llanto, lo que padecimos. Tuvimos que beber agua salitrosa, y un adobe desgastado sobre el pozo nos parecía algo que debíamos defender con los escudos. Si alguien se preparaba un bocado, [también] tenía que defenderlo. Nos alimentamos con ramas de colorín, zacate salitroso, adobes, lagartijas, ratones y hierbas [...]

Una inserción a pie de página del mismo Tena nos ofrece la traducción del Manuscrito 22 bis de este pasaje:

[Esto fue lo que nos sucedió, (al margen: “Esto escribió el que lo vio”) lo que vimos, lo que nos causó asombro, tristeza y llanto, lo que padecemos] Por los caminos hay huesos rotos, cabellos esparcidos, casas destechadas, [paredes] teñidas de [sangres]; pululan los gusanos en las calles, y por las paredes resbalan los sesos. El agua está enrojecida, como si la hubieran teñido; así la bebimos, tuvimos que beber [...]

Dos traducciones cuyas diferencias son de fondo. Ambas, creo yo, descubren a los traductores y su idea del pasado. Por una parte, Ángel María Garibay ubica el peso literario de los *Anales de Tlatelolco* en la óptica de la lírica y de la épica. En este sentido, tal vez un poco abusivamente de mi parte, podría aplicarse su apreciación de un pasaje particular —la contienda contra Culhuacán— a la generalidad del relato o relatos que dan cuerpo a este manuscrito. Escribió que:

El conjunto, en su salvaje rudeza, no deja de tener una doble calidad: guarda la memoria de un hecho real y da la sensación de que, quien lo relata, tiene la capacidad de elegir lo más impresionante y dejar plasmado el momento de la emoción. No sólo el dato, sino también la sentimental consecuencia. Aquí, de valentía, de ferocidad y de estoica grandeza.

Garibay tiene razón cuando afirma que el relato, o más bien debió decir que su traducción, rayaba en la épica. El efecto fue de sentido. Durante dos o tres generaciones, en el último tramo del siglo xx los lectores de este pasaje de los *Anales* imaginamos el canto desesperanzado de un testigo de la muerte de una cultura, y lo llevamos dentro a manera de antiguo talismán que hace entrañable nuestro pasado indígena. Para Garibay, el autor anónimo de los *Anales* cantó, no narró.

Tena, por su lado, ofrece una versión sin duda más seca, dura, sin ánimos poéticos, más parecida al relato de un guerrero vencido que da testimonio del quebranto de su visión del mundo que al de un *tlatinime* de talentos poéticos que se pinta como sobreviviente del horror bélico; relato sólido, de tristeza contenida. No estalla en sentimientos, sino los dibuja a la distancia de quien vivió, participó y aceptó como destino el epílogo de su historia anterior y el inicio de la nueva circunstancia. Garibay inscribió el pasaje en la literatura épica universal, a la manera de los lamentos de Jeremías; Tena lo inscribe en la historiografía, a la manera de Jenofonte y su *Anábasis*, dándole un estilo narrativo igualmente de corte clásico, pero que perfila la tensión psicológica y la dignidad individual de un guerrero al que no se le pide otra cosa que ser un guerrero —para robar una idea de Italo Calvino.

Y quizás en este punto radique la importancia de la traducción que hoy Rafael Tena pone ante no-

sotros, ante quienes ya traemos impresa la huella de viejas lecturas fragmentarias del mismo manuscrito. Es el relato memorado de una historia difícil, como todas las historias, a veces descarnada de la idea de justicia, sin la idea de némesis aunque no de la venganza, ajena a cualquier forma que puedan asumir los actos de fe. Tena ofrece su versión del teatro de una aventura humana en la que el anónimo autor se dibuja, precisamente, en su proporción humana.

“El trauma de la Conquista” fue el subtítulo que Garibay dio al segundo volumen de su *Historia de la literatura náhuatl*; tal vez sin proponérselo, el sabio polígrafo construía un ambiente cargado de tristeza como destino de los pueblos indios a lo largo de dos siglos y medio, inmediatamente después de la caída de Tenochtitlan hasta el reinado de Carlos III —cuando el náhuatl dejó de escribirse en documentos oficiales y de imprimirse: trauma que las letras pueden seguir de 1521 a 1750. El dramatismo se descubre desde las primeras líneas: “Tiembla la voz de los cronistas indios con emoción al consignar la ruina de su nación y de su vida social [...]” Un aliento de las lamentaciones jeremíacas pasa por la pluma del anónimo historiador tlatelolca: “Se nos puso precio; hubo precio para el joven, para el sacerdote, para la doncella, para el niño. ¡Basta! Hubo precio del mismo miserable del pueblo bajo: ¡dos puñados de maíz, diez tortas de moscos, veinte tortas de grama salitrosa: ¡ese fue nuestro precio!” (Garibay, t. II, p. 7).

Para Garibay, el trauma dibujado en los relatos fue obra conjunta de

cronistas indígenas y españoles: “Contestes están los historiadores, lo mismo españoles que indios, en que aquel día infausto de 13 de agosto de 1521, en que la ‘Mexicanidad’ [*Mexicáyotl*] sucumbió, hubo una tormenta aterradora sobre la Tenochtitlan sumergida en el humoso fango de su ruina. ‘Llovió sobre nosotros’, dirá el cronista tlatelolca; y con el dramático sentido de la historia humana, dolorida, pero serena, dirá el inimitable Bernal Díaz del Castillo: Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde, y hasta media noche [hubo] mucho más agua que otras veces” (*ibidem*, p. 7).

Pero sería un error que pensáramos que se trataba de coincidencias en dos tradiciones literarias e historiográficas diferentes; el *epos* que es el denominador común tendría en realidad un solo origen, el de la tradición de la escritura y la memoria occidental, que al mediar el siglo XX encontraron un traductor-lector que conectó en una operación intelectual.

Pocos años después, en 1961, Miguel León-Portilla, discípulo de Garibay, en su ya clásico libro *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares* difundiría la versión poética del anónimo cantor de la Conquista que vio el polígrafo. Y León le otorgó una dimensión aún más influyente: su libro, extensamente leído —y lectura obligatoria entre los estudiantes de nivel preparatoria hacia el final de la década de los sesenta— ubica los pasajes trágicos de los *Anales de Tlatelolco* en el cierre de la grandeza civilizatoria: es el punto climático de una cultura que toca la cumbre de la sofisticación estética y costumbrista, y del sangriento mis-

ticismo guerrero (a la manera de la misteriosa, al tiempo refinada y bárbara Cartago), y al comienzo del rápido derrumbe. El final del capítulo III, *Los cien años del pueblo del sol*, resume la intención de imaginar el sentido trágico de la historia, lleno de vergüenza y dignidad: “La rendición misma del joven príncipe Cuauhtémoc es el símbolo de la derrota de un pueblo extraordinario que, cautivado por el hechizo mágico de sus flores y cantos, no pudo luchar con armas iguales, al verse atacado por quienes poseían una técnica superior en el arte de destruir ciudades y hombres. El documento indígena escrito en 1528, que se conoce como *Anales de Tlatelolco*, ofrece el dramático final del pueblo del Sol. Sus cien años de gloria habían terminado:

Este fue el modo como feneció el Mexicano, el Tlatelolca. Dejó abandonada su ciudad. Allí en Amáxac fue donde estuvimos todos. Y ya no teníamos escudos, ya no teníamos macanas, y nada teníamos que comer, ya nada comimos. Y toda la noche llovió sobre nosotros.

Ahora bien, cuando salieron del agua ya van Coyohuehuetzin, Tempantemoctzin, Temilótzin y Cuauhtemoctzin. Llevaron a Cuauhtémoc a donde estaba el capitán, y don Pedro de Alvarado y doña Malintzin.

Y cuando aquellos fueron hechos prisioneros, fue cuando comenzó a salir la gente del pueblo a ver dónde iba a establecerse. Y al salir iban con andrajos, y las mujercitas llevaban las carnes de la cadera casi desnudas. Y por todos lados hacen rebusca los cristianos. Les abren las fal-

das, por todos lados les pasan la mano, por sus orejas, por sus senos, por sus cabellos.

Y ésta fue la manera como salió el pueblo: por todos los rumbos se esparció; por los pueblos vecinos, se fue a meter a los rincones, a las orillas de las casas de los extraños.

En un año 3-Casa (1521), fue conquistada la ciudad. La fecha en que nos esparcimos fue en Tlaxochimaco, un día uno Serpiente [...]

El que era gran capitán, el que era gran varón sólo por allá va saliendo y no lleva sino andrajos. De modo igual, las mujeres, solamente llevaban en sus cabezas trapos viejos, y con piezas de varios colores habían hecho sus camisas.

“Un canto triste”, obra de un *cuicapicqui*, o poeta náhuatl, que logró sobrevivir, sintetiza en cuatro versos la desgracia del pueblo cuyo misticismo guerrero había hecho de él el antiguo señor de México. El sino fatal se había cumplido. Para el mundo náhuatl había llegado el final de esa “quinta edad o Sol en que se vive”. Los tesoros de oro y plata, las obras de jade, los libros de pinturas, los plumajes de quetzal, los palacios y templos y, en una palabra, todas sus “flores y cantos” habían sido arrebatados o destruidos para siempre:

Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe, y era nuestra herencia una red de agujeros.

Con los escudos fue su resguardo, pero ni con escudos pudo ser sostenida su soledad.

Recuento de la inmigración mexicana

María Dolores Morales

Delia Salazar, *Las cuentas de los sueños. La presencia extranjera en México a través de las estadísticas nacionales, 1880-1914*, México, INM/DGE/INAH, 2010.

Con el sugestivo título de *Las cuentas de los sueños. La presencia extranjera en México a través de las estadísticas nacionales, 1880-1914*, Delia Salazar nos ofrece un valioso e interesante libro acerca de la inmigración en México, resultado de una rigurosa y bien lograda investigación sustentada en el análisis de los primeros cuatro censos nacionales de población, los registros de entradas y salidas de pasajeros por los puertos marítimos mexicanos y el registro de inmigrantes establecido en 1908.

Se trata de un estudio cuyo objetivo central es presentar una visión general de los aspectos más destacados de la presencia extranjera en ese periodo. La autora aborda aspectos colectivos de la inmigración de los distintos grupos; se centra en los flujos migratorios de carácter transoceánico, como españoles, italianos, franceses, británicos, alemanes, rusos, chinos, libaneses, palestinos y japoneses, aunque también se refiere a algunos intercontinentales, particularmente los

llegados de fronteras terrestres o marítimas como Estados Unidos, Guatemala, Belice o Cuba.

El amplio conocimiento que Delia Salazar tiene del tema, y su impecable manejo de las fuentes estadísticas para construir las series y mostrar las tendencias del movimiento migratorio intercensal y anual, le permite darnos una detallada explicación de las semejanzas y diferencias en el comportamiento de los distintos grupos de inmigrantes, contrastando los datos estadísticos con el tipo de actividades que emprendieron en las regiones del país, y dar cuenta de su ingerencia en las ramas de la economía, como el comercio, la minería, la banca, la industria, la agricultura y los servicios.

Una de las principales aportaciones del libro es sin duda la vinculación que hace la autora entre la población inmigrante y el espacio donde se estableció, a partir de la elaboración de un conjunto de 45 mapas que relacionan los datos censales con la división territorial del país a nivel municipal, con lo que logra que este libro sea además un atlas de la presencia extranjera en México en tres momentos clave del periodo estudiado, donde muestra gráficamente la distribución de cada grupo de inmigrantes y deli-

nea con precisión los mayores polos de atracción.

El libro está conformado por diez capítulos. Los tres primeros: El origen de los sueños, Sueños de gabinete y realidades migratorias y Sueños en cuentas, ubican el fenómeno de la inmigración transoceánica e intracontinental en el marco de la historia mundial y latinoamericana, su forma y comportamiento en las distintas regiones de origen y destino, así como los estímulos y las razones internas que permitieron el asentamiento o salida de los flujos en México.

Nos dan cuenta de cómo en esos años, Europa —y también el sudeste asiático, especialmente China y Japón— enfrentó problemas de sobrepoblación y desempleo que originaron la eliminación de las trabas jurídicas y económicas que controlaban la emigración. Paralelamente, América iniciaba una política de puertas abiertas a la inmigración extranjera para subsanar la escasez de mano de obra, lo cual propició una gran afluencia de la inmigración transoceánica que se asentó principalmente en Estados Unidos y Canadá, que garantizaban una mayor seguridad económica y jurídica.

Las naciones latinoamericanas dirigían entonces su economía al abastecimiento de materias pri-

mas para la industria europea y estadounidense, lo que incrementó la necesidad de mano de obra calificada. Mientras Argentina y Brasil absorbieron las tres cuartas partes de la inmigración latinoamericana, México recibió sólo una mínima parte de ella, pero su importancia radica en el destacado desempeño que tuvieron muchos de los inmigrantes en la economía mexicana.

En México los funcionarios e intelectuales de gabinete, obsesionados por recibir una caudalosa inmigración que compensara la baja población de diversas regiones del país ricas en recursos naturales, abrieron las puertas a los inmigrantes y a los capitales foráneos. En estos años los capitales extranjeros registraron un incremento notable y posibilitaron la construcción de una amplia red ferroviaria y la habilitación y reacondicionamiento de los principales puertos del país, lo que facilitó los movimientos terrestres y fluviales. La política liberal de atracción y fomento a la inmigración del Estado porfirista promovió la colonización del territorio con extranjeros, a quienes otorgó facilidades legales y estímulos fiscales y económicos. No obstante, los sueños de alcanzar un efectivo poblamiento del territorio nunca tuvieron resultados tan exitosos como los esperados por las políticas públicas.

Las transformaciones registradas por la población extranjera en su conjunto, los lugares de donde provinieron los flujos más importantes, los principales puertos marítimos que los acogieron, las diferentes regiones del país donde se concentraron, las actividades

económicas que estimularon su asentamiento y las tendencias generales del movimiento migratorio durante el periodo analizado, las presenta Delia Salazar en cifras, cuadros y gráficas, con lo que logra mostrar un panorama global de la migración.

Con fundamento en el análisis y comparación de los cuatro primeros censos nacionales de población, la autora expone las tendencias generales del movimiento migratorio. Entre 1895 y 1900 el número de extranjeros residentes en México se incrementó paulatinamente, siendo el periodo 1900-1910 el que registra un crecimiento sin precedente por la gran afluencia de la migración transoceánica europea y asiática, con una tasa anual de 7.1, la mayor registrada en la historia mexicana. En contraste, entre 1910 y 1921 la población extranjera decrece por el movimiento revolucionario, que incidió en la repatriación de amplios contingentes migratorios. Los indicadores censales muestran también que los extranjeros tuvieron mayor expansión en el norte y sur del país, particularmente en los estados fronterizos.

Aunque las series obtenidas de la contabilidad anual de entradas y salidas de pasajeros por los principales puertos marítimos mexicanos confirmaron las tendencias mostradas por los censos: un aumento paulatino de los extranjeros que alcanzó su mayor incremento entre 1900 y 1910, seguido de un descenso al iniciar la Revolución, Delia Salazar descubre que estas cuentas demográficas resultaron considerablemente más elevadas que las reveladas por los censos generales, al reflejar un panorama

de la inmigración en un lapso temporal mucho más breve que el de los censos. Esta fuente —que la autora considera muy buena y confiable— le permitió construir una periodización que muestra con precisión las alzas, bajas y los momentos coyunturales del movimiento de extranjeros.

Con respecto a la procedencia regional del movimiento migratorio entre 1895 y 1910, Salazar señala que destacan los inmigrantes provenientes del Mediterráneo europeo (30%), seguidos por los originarios de Norteamérica (21%) y Centroamérica (21%); vienen después los inmigrantes de Europa noroccidental (12%) y los del sudeste asiático (9%). Los principales puertos marítimos que los acogieron fueron los del Golfo de México, principalmente Veracruz, Progreso y Tampico, que constituyó la vía principal de acceso para los inmigrantes provenientes de Europa, Medio Oriente y el Caribe, ya que poco más de 70% arribaron por ellos; solo una tercera parte de los pasajeros, principalmente los provenientes del sudeste de Asia, llegaron por los puertos del Pacífico —en especial por Salina Cruz y en menor medida por Mazatlán, Manzanillo, San Benito y Santa Rosalía.

Los siete capítulos restantes del libro examinan a fondo y de manera puntual el comportamiento de cada grupo de inmigrantes; de acuerdo con las áreas geográficas de origen, cinco de ellos se dedican a los inmigrantes transoceánicos y dos a los de carácter intracontinental.

En esta segunda parte del libro Delia Salazar aborda, con profundo conocimiento de las fuentes documentales y bibliográficas, la

diversidad de los flujos migratorios y sus comportamientos de acuerdo con la nación de origen. La autora nos explica las circunstancias históricas que condicionaron la salida de cada uno de los grupos, sus rasgos distintivos en el país, su distribución en el territorio a largo plazo, las actividades económicas en que destacaron, así como los vínculos entre los flujos de inmigrantes y los de la inversión en el mercado mundial de la época. Examina también el peso que tuvieron las relaciones diplomáticas y económicas entre los países de origen y el Estado mexicano, así como los mecanismos establecidos para llegar al país que muestran la existencia de diversas redes sociales y económicas, y explican su volumen y destino en México, los patrones de organiza-

ción familiar, los vínculos de amistad o de tipo comunitario que favorecieron su llegada, lo mismo que su participación en sociedades de apoyo mutuo, clubes y en la fundación de escuelas.

El libro cierra con unas reflexiones en que la autora muestra el impacto de la Revolución mexicana sobre la población inmigrante, que sufrió inseguridad y desasosiego y marcó el fin de un periodo de expansión y buena acogida para los extranjeros. Destaca la actuación de una minoría de empresarios inmigrantes exitosos, que si bien acumularon riquezas en el sector del comercio y diversificaron sus inversiones, actuaron en forma conservadora y generalmente no reinvirtieron sus ganancias en el territorio nacional; en contraste, muchos de los inmigrantes de los sectores medios y bajos lo-

graron asentarse de manera definitiva, por lo que ella plantea la necesidad de profundizar en el análisis de este último grupo, el cual ha sido poco estudiado.

Como hemos podido apreciar, este libro constituye una valiosa contribución al conocimiento histórico de la inmigración en México y representa un avance en la comprensión general de este proceso por su enfoque global, que analiza a todos los grupos de extranjeros. Las valiosas series estadísticas del movimiento migratorio que presenta y los mapas que delinean los mayores polos de atracción a nivel estatal y municipal le permiten descubrir las características y diferencias regionales de los inmigrantes, y su impacto tanto en la nación receptora como en sus naciones de origen.

Retratos de pasión

Rebeca Monroy

Gallegos, Luis Jorge, *Autorretratos del fotoperiodismo mexicano. 23 testimonios*, México, FCE, 2011.

Los 23 testimonios que reúne en este libro el fotógrafo, y ahora

escritor, Luis Jorge Gallegos, es una muestra palpable de la necesidad de documentar los andares de la fotografía de prensa en la segunda mitad del siglo pasado. Una necesidad que responde en gran medida a un autorreconocimiento y a la recapitulación de una profesión que merece mucho más crédi-

to y dignificación por propios y extraños.

Ya Antonio Rodríguez había iniciado dicha documentación en los años cuarenta también de aquel siglo, pero se quedó en ciernes, pues él sentó los prolegómenos pero pocos, muy pocos, siguieron su ejemplar trabajo que ahora se ha reunido en

el libro *Ases de la cámara: textos sobre fotografía mexicana* (de Rebeca Monroy Nasr, publicado por el INAH en 2010). La presencia del texto de John Mraz y Ariel Arnal sobre el *Nuevo fotoperiodismo mexicano*,¹ dio un vuelco al abandono de muchos años de esas figuras sustanciales de nuestra historia: los reporteros gráficos que se la juegan en el día a día de la noticia y el reportaje en acción. Con ese libro asistimos a un acercamiento sustancial del quehacer de los reporteros que habían trasmutado la manera de publicar y ver en nuestro país. Es ahora un texto clásico y referencia obligada para cualquier estudioso del tema, pero han pasado 15 años desde su publicación. Otros materiales reforzaron de una u otra forma la necesidad de recuperar esa experiencia colectiva y para ello encontramos aquel bien formado libro coordinado por Luisa Lucuix, publicado por La Fábrica en 2010, el cual presenta *Conversaciones con fotógrafos*, entre los que se encuentran la multipremiada Graciela Iturbide, junto con otros cinco fotógrafos europeos. Y está también el realizado por el catalán Claudi Carreras en 2007, él como entrevistador y Ernesto Peñaloza como fotógrafo retratista de los 22 participantes que forman parte de tres generaciones de usuarios de la cámara de diferentes géneros estilísticos, desde el documental, de prensa, imagen construida, intimista y fotografía de autor, por enmarcarlos en alguna

categoría más o menos comprensible.

Es decir, estamos ante la documentación colectiva de nuestros creadores más fecundos y presentes en la ftohistoria contemporánea y posmoderna mexicana. Me parece que responde, reitero, a la necesidad de sabernos y conocernos, de poder visualizar el quehacer de los constructores de imágenes desde diferentes perspectivas, además de hacer un serio intento por avanzar en la historia generacional y complementar las monografías que tanta falta nos hacen.

Así, el trabajo que publica ahora Luis Jorge Gallegos viene a fortificar esa condición de informador que reviste su vida, y desde la palabra y con la imagen devela la presencia de cuatro generaciones de fotógrafos que él ubica dentro del fotoperiodismo mexicano de mediados a fin de siglo (Aurelio de los Reyes ubicó otras cuatro generaciones anteriores a la primera mitad del siglo XX en el prólogo al libro *Ases de la cámara*). Son otras cuatro las que —para él— responden más al concepto de generación, no sólo por la edad sino por el contexto, el estilo, las propuestas, los problemas y las soluciones que han presentado cada uno en el medio impreso para el que han trabajado. Y aunque no se sabe bien a bien cómo eligió y por qué unos sí y otros no, lo importante es que casi todos ellos mantienen una serie de referentes semejantes, que probablemente fueron los elementos que lo llevaron a elegirlos para brindar sus testimonios. Veintitrés, tan solo, que vienen a dar muestras de rasgos que los acercan y otros que los determinan generacionalmente.

A saber, se encuentran estos fotógrafos tejidos por los hilos de la pasión, el interés, la forja, la independencia, la integridad, el deseo de informar, la mirada libidinizada, el andar por el mundo, el compromiso ante todo, el reto como figura de acción y la captura de lo inusual como reto y el disfrute. Y el que casi todos fueron invitados por la acción paterna o materna a la fotografía, un regalo casual.

Las entrevistas son dirigidas, es decir, parten de un formato previo, y con ello el autor Luis Jorge Gallegos logra dar cuenta de una serie de elementos que responden en común, aunque permite el aire suficiente para que se desdoblén otros elementos que surgen en la charla y aprovecha para colocarlos en la mesa de la historia fotográfica.

Es el caso de cuando se hacen evidentes las diferencias, algunas generacionales por lo común, que se revelan en lo que narran, sobre las maneras de actuar ante los acontecimientos, frente a los medios, a las demandas del editor, a la necesidad de abrirse brecha en el entorno nacional, al pelear, al tener una voz y una opinión en cuanto a los pies de foto y la redacción del artículo; las formas visuales respondían también en un inicio a un acuerdo de identidad nacional que después se transformó. También podemos observar en las entrevistas que las formas de conceptualización son diferentes. Por ejemplo, los de la primera y segunda generación son más empíricos, con una educación visual individualizada, con luchas personales con los editores, con problemas que debían solucionar por su cuenta y riesgo, así como las pro-

¹ John Mraz, *La mirada inquieta. Nuevo fotoperiodismo mexicano: 1976-1996*, México, Centro de la Imagen-Conaculta, 1996.

puestas estéticas que los hacían pelear de manera más bien personal que por el medio editorial en el cual participaban. En esta generación destacan Walter Reuter, Faustino Mayo, Julio Mayo, hijos directos de la segunda gran guerra y del conflicto civil en España. Por su parte, los mexicanos Enrique Bordes Mangel, Héctor García, Enrique Metinides y Rodrigo Moya, que destacan por su amor al México en construcción, por sacarlo de la corrupción y el abandono político y social, pero también visual. Son luchadores de tiempo completo, muchos de ellos sí expusieron la vida por la foto. Con excepción de Francisco Patiño, quien trabajó con gusto al lado del Estado mexicano, en especial con el eterno líder obrero Fidel Velázquez.

Los más jóvenes, y los de la tercera y cuarta generación del siglo XX, los finiseculares, muchos de ellos están formados y educados en escuelas superiores, con estudios en diversas disciplinas, son más conocedores de una cultura visual universal, sobre todo a los de la tercera y cuarta generación: desde Aarón Sánchez, Christa Cowrie, Pedro Valtierra, Omar Torres, Marco Antonio Cruz, Elsa Medina, Francisco Mata, Frida Hartz, Raúl Ortega, Eniac Martínez, hay un interés claro por el trabajo colectivo, y aunque predominan las personalidades fuertes de cada uno de ellos, impera un espíritu de la época, del trabajo en equipo, son hijos del 68, no partícipes como los anteriores, pero sienten más un compromiso moral e ideológico clarísimo con las causas sociales. Pero en las entrevistas es factible ver que lo colectivo no siempre funcionó y que

incluso lo ideológico los separó aun teniendo intenciones semejantes y comprendiendo la foto como un medio para llegar a un determinado fin, no los cohesionó lo suficiente para mantenerse en un mismo medio y buscaron —cada uno a su modo— sobrevivir de lo que más aman en la vida profesional, que es su cámara y el acto de fotografiar. Ese es su verbo... a la par de mantenerse congruentes con sus convicciones sociales y políticas. No es poca monta lo que se puso en juego y lograron que el periodismo mexicano tuviese un giro importante y destellase en el firmamento mundial de la fotografía periodística y documental. En este caso sería básicamente Sergio Dorantes quien se distinguiera por buscar otras vetas como forma de vida más allá de las fronteras nacionales. Muchos de ellos son los que trabajaron desde los años 70 y 80 en los medios alternativos de información, y aquí nos enteramos a detalle de algunos de los problemas suscitados en el interior de las organizaciones de estos diarios, con intereses colectivos y de izquierda más acentuados.

En el caso de los jóvenes de la cuarta generación es notable, por un lado, la individualización acentuada por el interés de traspasar fronteras, como es el caso de Víctor Mendiola, Daniel Aguilar, Darío López y Ernesto Ramírez. También es evidente el interés por el trabajo con agencias internacionales, que es una de las vetas que les permite arribar de manera más clara a nuevos horizontes económicos, pero también de mejores condiciones de vida y laborales,

con la posibilidad de internacionalizar su trabajo.

Destaca el interés del autor Luis Jorge Gallegos por mostrar otras caras de la moneda, y no sólo una, aunque del botón de muestra de lo diferente sólo hay básicamente dos casos: Dorantes y Patiño, y predomina el interés en el fotógrafo por entrevistar a ciertos fotógrafos de los medios más reconocidos por su renovación en el discurso visual, como *La Jornada*, *unomásuno* y *Proceso*.

Por otro lado, gracias a la información vertida por Luis Jorge, es factible ver que entre los fotógrafos la media de la edad promedio para iniciarse en el trabajo fotográfico es 18 años, la media es entre 21 y 23, el más joven empezó a los 12 y fue Enrique Metinides, seguido de Francisco Patiño de 14, ambos fotógrafos de la primera generación. El mayor en iniciarse es Sergio Dorantes de 31, seguido por Eniac Martínez y Elsa Medina, que se iniciaron a los 28 años. Interesante el rango en los mayores de la primera generación, pues eran los que aprendían el oficio de mano en mano, de familia en familia, de historia oral al laboratorio. Los otros tuvieron intereses profesionales diversos antes de arribar a la fotografía, pero en otros medios igual de intensos que la imagen captada con luz: vinculados al automovilismo, a la música y al arte y al diseño gráfico.

Interesante ver las modificaciones con el tiempo, los más jóvenes ya lograron becas de creadores que les facilitaron el aprendizaje y la experimentación con otros materiales y les permitió sobrevivir con un producto creado, financiado y sin

tener que correr detrás de la “chuleta” para sobrevivir. Otros también pletóricos de premios, que muestran un poco más el beneficio del trabajo cotidiano. O aquellos otros que declaran la necesidad de recibir *el chayote o el embute*, por el simple hecho de que no les alcanzaba el dinero que cobraban, que por lo general son los de la antigua guardia.

La lección de este libro, vinculada al de *Ases de la cámara*, es que se trata de un oficio que aún no es reconocido en su plenitud, que a pesar de que algunos de los medios son más democráticos que los de la primera mitad del siglo XX, el fotógrafo de prensa sigue siendo un instrumento para colocar imágenes en las planas de un diario que es una “empresa”, a veces más querido o mejor tratado. Sin embargo, se percibe un gran vacío en ese reconocimiento no sólo profesional sino económico, pues todavía se observa que no es un trabajo bien remunerado, ni apoyado en su esfuerzo y profesionalización, que requiere de pasión, sí, pero también de mucha entrega para que algo salga de manera “decente” o viable en la plana. En el sentido estético muchos de ellos lo conciben como algo natural en la imagen, otros no lo evalúan y los más procuran una proporción en la mirada; en la composición, una propuesta que haga más visible y notable la noticia por la que llegaron al evento. Encuadres cada vez más atrevidos, composiciones más reveladoras, formas acordes al contenido para revelar al espectador una nueva noticia. Son los más jóvenes quienes coinciden en la falta de una clara propuesta actual.

Este material que ahora nos presenta el Fondo de Cultura Económica tiene un sinfín de elementos a revisar: los medios, los editores, los directores, las tendencias ideológicas, los colectivos, las agencias, los libros de autor, cada uno de estos fotógrafos de prensa y documentalistas dan para un libro; por sí mismos, las monografías de cada uno arrojaría grandes haces de luz sobre la labor que parece tan reconfortante, pero que también tiene un aroma de frustración constante por el maltrato y la poca valorización a la profesión. Destaca la pregunta que se les hace a cada uno sobre “la mujer en la fotografía”. La mayor parte de los compañeros muestran su gusto y su interés por que trabajen, por que se incluyan, por que no notan diferencias de género en la mirada, pero a pregunta expresa de Frida Hartz podemos notar que se ha tenido que fajar la falda para ajustar el pantalón y mantenerse firme en un mundo eminentemente masculino. Lo mismo Elsa Medina, que sin mostrar que ha sentido diferencias, en su discurso se escucha la definición de vida que debió tomar: “entré al fotoperiodismo con un hijo y una vida hecha [...]” (p. 369). Ninguno de los otros compañeros se lo planteó así; al contrario, como se saben cabeza de familia y proveedores su papel es ése, y no el cuidado materno; luego, desde la clara postura de que son 20 entrevistados hombres y tres mujeres observamos que es una profesión eminentemente masculina, que ha dado importantes pasos para las mujeres pero que todavía le falta mucho a la sociedad en su conjunto para comprender el papel de la mujer trabajadora, madre y

proveedora, mucho más ¡fotoperiodista! No se ha forjado una estructura del Estado que sostenga un trabajo así. Y todavía es necesario evaluar su mirada.

De lo que hizo falta, además de algunos fotógrafos que tenemos noticia en su andar y su importancia en su época, fue el enfatizar a pregunta expresa sobre la técnica de materiales utilizados: las cámaras favoritas, las lentes, el tipo de película, formatos preferidos, los reveladores, las técnicas de laboratorio, el forzar el revelador, el tipo de papeles (fibra o resina), las ampliadoras, entre otros, pues con ello tendríamos un abanico de las formas y usos de esos materiales y equipos de la segunda mitad del siglo XX mexicano, así como de los cambios de los medios y la adaptación de los fotógrafos a las nuevas tecnologías.

El factor común que pudo llevar a Luis Jorge Gallegos, consciente o no de ello, es el hecho de que todos están en la fotografía analógica o digital por su pasión a la imagen, a informar, a ser honestos, a cuidar sus materiales con las limitaciones que tienen, y sobre todo por el compromiso que han adquirido consigo mismos; éste es el trasfondo más claro, son profundamente amantes de su trabajo y su disciplina, de su profesión y aunque los más jóvenes no dejarían su vida por una foto como bien lo confiesan, todos, sí, todos ellos manifiestan que su vida es la fotografía, que sea como fuere el vínculo está dado. Conquistados por la imagen, viven por ella y en su diario andar dejan su indeleble huella tráfuga, que hoy cobra permanencia gracias es este libro de Luis Jorge Gallegos, fotógrafo-escritor-historiador, en búsqueda de una identidad que pro-

fesionalizar y mostrarle al mundo lo importante que es el oficio y el arte de fotografiar lo instantáneo, la noticia, el evento. Como subraya Darío López “[...] por un lado [la fotogra-

fía] es mi trabajo, mi amor, mi arte, mi oficio; es mi gran frustración y mi gran alegría”, (p. 569). En este libro encontramos 23 *Autorretratos del fotoperiodismo mexicano*, diver-

sos, semejantes, dislocados, premeditados, analíticos, inconclusos, pero todos ellos, todos, contundentes, pues son retratos de una fuerte y preclara pasión.

De la fotografía de prensa

Daniel Escorza

Rebeca Monroy Nasr, *Ases de la cámara: textos sobre fotografía mexicana*, México, INAH (Científica. Serie Historia, 566), 2011.

El libro *Ases de la cámara: textos sobre fotografía mexicana*, de Rebeca Monroy Nasr, aparece en un momento significativo de la historiografía referente a la imagen, en el que se han multiplicado los estudios de la historia visual en nuestro país, y es sobre todo una referencia imprescindible para los estudiosos de este tema. Si la historia devela y construye un pasado, esta obra cumple con creces este propósito. No se trata solamente de una antología de textos sobre la fotocrítica de mediados del siglo XX en México, aunque su título así lo sugiere. Más bien nos encontramos con una obra que, además de rescatar estos artículos —publicados originalmente

en la revista *Mañana*, entre 1946 y 1947, y en 1951—,¹ reconstruye y nos da a conocer algunos aspectos de la vida de quien escribió esos textos: Antonio Rodríguez Díaz Fonseca, periodista, escritor y crítico de arte.

Como se sabe, en junio de 1947 se inauguró la denominada Primera Exposición de Fotógrafos de Prensa en México, organizada por la revista *Mañana* y por la Asociación Mexicana de Fotógrafos de Prensa, bajo el auspicio del Instituto Nacional de Bellas Artes. Esta exposición fotográfica tuvo por título. “Palpitaciones de la Vida Nacional. México Visto por los Fotógrafos de la Prensa”. Cabe señalar que la muestra en un principio

no fue vista con buenos ojos por las autoridades culturales de la época, quizá por la desconfianza hacia la fotografía como una expresión de arte. Por ejemplo, el pintor Julio Castellanos, director de Bellas Artes en ese entonces, negó rotundamente los espacios de esa institución, argumentando que los fotógrafos no tenían la categoría para presentar sus obras en el Palacio. “Hay que dignificar esa institución, presentando obras mejores, de mayor altura”. No obstante, la exposición se llevó a cabo. Se planeó otra para el año 1951, misma que no se realizó.

De acuerdo con el catálogo de la exposición, redactado por el propio Antonio Rodríguez, ésta tenía el propósito de reivindicar la fotografía de prensa, y rendir un “homenaje a los reporteros gráficos de México, cuya obra, de fuerte valor documental e indudable proyección estética, debe ser considerada como una de las vigorosas expresiones de nuestra época.” (p. 176).

¹ En un primer momento, Rodríguez realizó 19 ensayos-entrevistas, entre 1946 y 1947, con el nombre de “Ases de la cámara”. La segunda emisión la hizo en 1951, con 8 ensayos de otros tantos fotógrafos.

La primera parte de la investigación de Rebeca Monroy Nasr es un acercamiento por la inescrutable y conmovedora vida de Antonio Rodríguez. Aquí, la autora nos devela su verdadera identidad, ya que el crítico de arte y escritor en realidad se llamaba Francisco Paula de Oliveira, un comunista originario de Lisboa, Portugal, quien en los años de su militancia clandestina en el Partido Comunista Portugués se hacía llamar con el sobrenombre *Pavel*. Para la reconstrucción de esta trepidante historia entrevistó a su viuda, María Antonieta Fernández Moreno, a quien Rodríguez llamaba cariñosamente *Toinette*. Ella aportó muchos datos para conocer la singular vida de Antonio Rodríguez, quien formó parte de la historia de los transterrados y del exilio español en México.

En esta parte del libro vamos a encontrar a un Antonio Rodríguez que afirmaba: “nací el 19 de abril de 1939, en el puerto de Veracruz”, a pesar de que todos lo conocían y sabían que tenía más de 25 años de edad. En efecto, cerca de los 30 años de edad, llegó al puerto de Veracruz, con 95 dólares en el bolsillo, y un pasaporte a nombre de un combatiente español ya fallecido: Antonio Rodríguez Díaz Fonseca, de quien tomó el nombre para probar un mejor destino en tierras de América Latina. En Europa había sido encarcelado en tres ocasiones por sus posturas políticas, y había estado en la URSS y en París. En resumen, Antonio Rodríguez, o Pavel, o Francisco Paula de Oliveira, había nacido un 29 de octubre de 1908, y llegó a México en 1939.

Una vez instalado en tierras mexicanas comenzó a escribir para publicaciones de la época, como *Así* o *Tricolor*; en la *Revista de América* seguramente conoció al fotógrafo Enrique Díaz. Con José Pagés Llergo llegó a la revista *Hoy*, en 1942, y después en *Mañana*, 1943. A partir de 1952 colaboró en *Siempre!*, y en *El Nacional*, escribía por lo menos tres veces a la semana.

Así, Rodríguez se dio a la tarea de organizar la primera exposición de fotografía de prensa en el Palacio de Bellas Artes. Su evidente “iconofilia” le llevó a incursionar en todos los procesos de la fotografía: él mismo era fotógrafo, tenía un gusto por la cámara, por la ampliadora, él fotografiaba, revelaba e imprimía, ya que tenía un improvisado laboratorio en su casa. El fotógrafo Rodrigo Moya dice que Rodríguez era “un gran conocedor de lo que significaba la imagen y de los elementos que la conformaban”. Pero además de ello, reflexionaba sobre la fotografía, sobre los dispositivos sociales y mentales de los fotógrafos, y sobre el papel de la fotografía en el arte y en la sociedad de entonces.

Así fue como en 1946 la triada de Regino Hernández Llergo, Antonio Rodríguez y el fotógrafo Enrique Díaz lanzaron la convocatoria a un concurso de fotografía. El editor, el escritor y el fotógrafo planearon una de las “exhibiciones más importantes en la historia de la fotografía de prensa mexicana”.

Además de su trabajo en la ciudad de México, cabe destacar que Rodríguez en esos años visitó el Valle del Mezquital, lo que le “hizo

una conciencia fuerte de la situación de México”, de acuerdo con la autora. Esta experiencia de Rodríguez fue plasmada en su libro *La nube estéril. Drama del Mezquital*, que es una especie de novela-reportaje sobre las condiciones de vida en el Valle del Mezquital. Durante este periplo tomó fotos y algunas se publicaron en la revista *Hoy*. Durante casi dos años estuvo ahí, conviviendo y registrando las condiciones duras de los indígenas hñähñu. Es notable que este libro (traducido a varios idiomas, como el checo, el alemán y el ruso) tuviera un éxito sin precedentes, ya que por ejemplo, en su traducción al ruso, se han vendido entre 600 mil y un millón de ejemplares, desde 1954.

La segunda parte del libro está conformada por la transcripción de los 19 artículos escritos por Rodríguez, y publicados en la revista *Mañana* a partir del 22 de junio de 1946, bajo el título de “Ases de la cámara”, y relativos a los fotógrafos que intervendrían en la exposición de Bellas Artes.

Los textos están redactados en tercera persona, refiriéndose a fotógrafos como Luis Zendejas, Manuel Montes de Oca (autor de la célebre fotografía del caballo chocando con el automóvil, en las elecciones de 1940) Aurelio Montes de Oca, Ismael Casasola, los hermanos Mayo, por supuesto; Enrique Díaz, el famoso *Gordito*; también desfilan por estas páginas Agustín Casasola Jr., Agustín el *Chino* Pérez, entre otros. A veces incluye diálogos de los fotógrafos con otras personas, como los jefes de redacción o directores de

las publicaciones periódicas para los cuales trabajaron.

Lo notable de este trabajo es que nos permiten conocer el origen de los fotógrafos, su universo laboral, sus propósitos; como el aristócrata Ugo Moctezuma, quien estudió su educación primaria en Londres y estuvo en la Universidad de Cornell, del estado de Nueva York; o los orígenes populares de un Armando Zaragoza, en la tienda de abarrotes y en el taller de electricista. De él, señala Rodríguez: “[...] su enorme intuición y su profunda sensibilidad dan a sus fotografías un sentido artístico y humano de que carecen muchas obras de profesionales más preparados”, (p. 123). También podemos conocer los orígenes del fotógrafo colombiano Leo Matiz, “gitano, herrador, aventurero, caricaturista, pintor y fotógrafo”. Quizá uno de los más veteranos sea Antonio Carrillo, quien desde principios del siglo (1909) ya estaba trabajando en la fotografía de prensa.

En las entrevistas realizadas por Rodríguez se dejan ver algunas anécdotas, que ilustran el oficio del fotoperiodista, como aquella de Ismael Casasola, a quien Manuel Necochea, jefe de redacción de *El Demócrata*, le encargó fotos del caso de una mesera asesinada en el centro de la ciudad de México. Ismael no sabía exactamente el lugar en el que había ocurrido el asesinato, y después de varias horas de pesquisas finalmente llegó al Hotel Motolinía, pero la habitación ya había sido sellada por las autoridades policiacas. En segundos, Casasola rompió los sellos, tomó las placas de la infortunada mujer,

y corrió a la redacción del periódico para entregar las fotos. Después se entregó a la policía, por haber irrumpido en el lugar.

En los artículos se asoma la idea de la fotografía de prensa, como *hit*, como suerte, o las “chiripadas”, como le llama Rodríguez. Todos los fotógrafos son célebres por sus fotos, quizá una o dos, y se discurre sobre el “instante preciso”, o las condiciones que propician la toma de una placa.

Para 1951 se planeó la segunda Exposición Nacional de Fotografía, misma que no se llevó a cabo. Respecto a las entrevistas que continuó otro transterrado español, Antoniorrobes, afirma Rebeca Monroy que “la forma permaneció, pero la esencia se transformó”. El trabajo de Antoniorrobes no tuvo el mismo impacto que el anterior de Antonio Rodríguez, ya que en éste se observa un texto ensayístico, y el de Antoniorrobes es más descriptivo y periodístico. De los 22 ensayos publicados en 1951, ocho fueron de Rodríguez, uno de Carlos Argüelles, y trece de Antoniorrobes. Hasta ahora se desconocen las razones por las cuales no se realizó esta segunda exposición-concurso, pero la autora aventura hipótesis muy sólidas al respecto; conjeturas muy agudas, que van desde las consideraciones políticas hasta el cambio de organizadores con respecto a la primera exposición.

En los artículos relativos a la malograda segunda exposición se incluye a los fotógrafos íconos de la mitad del siglo XX: Héctor García y Nacho López, de quien Rodríguez señala que “reúne en su obra los valores abstractos del artista y el

impacto emocional del reportero” (p. 210).

Rebeca Monroy señala con gran acierto que Antonio Rodríguez encuentra la esencia estética de la fotografía de prensa, y “devela uno de los mitos más claros de la fotografía: que las imágenes sí llevan impresa la intención de su ejecutor, y por ello habla de la capacidad de los fotógrafos mexicanos de imprimir en sus imágenes sus intenciones políticas, sociales o humorísticas, dependiendo del caso y de su creador” (p. 56).

Por otra parte, alude a la denominada “fotocrítica” mexicana, rastreando los textos de Rodríguez, de los años cuarenta, sobre fotoperiodismo. Lo importante, dice la autora, es “empezar a concretar las aproximaciones puntuales para enriquecer nuestra historia de la fotocrítica [...]” (p. 20).

Este nuevo libro de Rebeca Monroy Nasr viene a enriquecer la historiografía de lo visual en México, principalmente por dos razones: una es el rescate de los textos de Antonio Rodríguez, y con ello el ambiente de la fotografía de prensa de mediados del siglo XX. Huelga decir que ésta no es toda la producción periodística de Rodríguez, ya que no sólo se refirió a la fotografía, sino a muchas otras manifestaciones artísticas y sociales. Sin duda, será otro esfuerzo gigante recuperar la totalidad de sus textos. La segunda es la reconstrucción histórica de la vida de uno de los críticos más agudos de la fotografía mexicana. La autora le ha dotado de existencia histórica a lo que se encontraba nebuloso, o de plano inexistente.

LIBROS

■ Estela Soberón Roselló (ed.), *Presencias y miradas del cuerpo en la Nueva España*, México, IIH-UNAM, 2011.

Introducción

Alfredo Nava Sánchez, “La voz descarnada. Un acercamiento al canto y al cuerpo en la Nueva España”.

Raffaele Moro Romero, “Las señas de los novohispanos. Descripciones corporales en los documentos inquisitoriales (siglos XVI-XVIII)”.

Adriana Rodríguez Delgado, “El goce del cuerpo. La impecabilidad entre los alumbrados de la Nueva España”.

Úrsula Camba Ludlow, “El pecado nefando en los barcos de la carrera de Indias en el siglo XVI. Entre la condena moral y la tolerancia”.

Estela Roselló Soberón, “Cuerpo y curación: espacios, solidaridades y conocimientos femeninos en torno a una curandera novohispana”.

José Luis Souto y Fernando Ciaramitaro, “El cuerpo imperial. Ideología del retrato regio en Nueva España bajo Carlos III y Carlos IV”.

■ Virginia Guedea (coord.), *Conquista y comida. Consecuencias del encuentro de dos mundos*, México, IIH-UNAM, 2011.

LA COMIDA EN ESPAÑA Y AMÉRICA A FINES DEL SIGLO XV

Xavier Domingo, “La cocina precolombina en España”.

Plutarco Naranjo Vargas, “La comida andina antes del encuentro”.

Sophie D. Coe, “Los europeos se encuentran con la tradición andina”.

José Rafael Lovera, “Intercambios y transformaciones alimentarias en Venezuela colonial: diversidad de panes y de gente”.

Marta Vesa Figueras, “La comida cubana”.

Julieta Ramos Elorduy y José Manuel Pino Moreno, “El consumo de insectos entre los aztecas”.

EL ENCUENTRO DE DOS COMIDAS

George Armelagos, “Cultura y contacto: el choque de dos cocinas mundiales”.

Alfred W. Crosby, “La fusión de dos comidas”.

Nina M. Scott, “La comida como signo. Los encuentros culinarios en América”.

Luis Alberto Vargas y Leticia E. Casillas, “El encuentro de dos cocinas: México en el siglo XVI”.

EL INTERCAMBIO DE PRODUCTOS ALIMENTARIOS

Janet Long, “América en Europa después de 1492”.

Lawrence y Lucille N. Kaplan, “Leguminosas alimenticias de grano: su origen en el Nuevo Mundo, su adopción en el Viejo”.

Rafael Lira y Robert Bye, “Las cucurbitáceas en la alimentación de los dos mundos”.

Sydney W. Mintz, “El dulce intruso: el azúcar en el Nuevo Mundo”.

Doris Heyden y Ana María L. Velasco, “Aves van, aves vienen: el guajolote, la gallina y el pato”.

Stanley Brandes, “El misterio del maíz”. Virginia García Acosta, “El pan de maíz y el pan de trigo: una lucha por el dominio del panorama alimentario urbano colonial”.

Patricia Rain, “La vainilla: orquídea dorada de las Américas”.

Martín González de la Vara, “Origen y virtudes del chocolate”.

EL SINCRETISMO ALIMENTICIO

Ellen Messer, “Plantas alimenticias zapotecas: transformación de dos culturas”.

Esther Katz, “La influencia del contacto en la comida campesina mixteca”.

Robert V. Kemper, “La comida en Tzintzuntzan, Michoacán: tradiciones y transformaciones”.

José N. Iturriaga, “Los alimentos cotidianos del mexicano o de tacos, tamales y tortas. Mestizaje y recreación”.

LAS BEBIDAS ALCOHÓLICAS ANTES Y DESPUÉS DEL ENCUENTRO

Sonia Corcuera, “Pulque y evangelización. El caso de fray Manuel Pérez (1713)”.

Teresa Lozano Arrendares, “Mezcales, pulques y chinguiritos”.

Javier Tabeada Ramírez, “Bebidas fermentadas indígenas: cacao, pozol, tepaches, tesgüino y tejuino”.

RELIGIOSAS, RECETARIOS Y REFRANES

John C. Super, “Libros de cocina y cultura en la América Latina temprana”.

Josefina Muriel y Guadalupe Pérez San Vicente, “Los hallazgos gastronómicos: bibliografía de cocina en la Nueva España y el México del siglo XIX”.

Rosalía Loreto López, “Prácticas alimenticias en los conventos de mujeres en la Puebla del siglo XVIII”.

Hernán Pérez Martínez, “La comida en el refranero mexicano: un estudio contrastivo”.

■ Gisela von Wobeser, *Cielo, infierno y purgatorio durante el virreinato de la Nueva España*, México, Coordinación de Humanidades/IIH-UNAM/Jus, 2011.

Introducción

I. La inmortalidad del alma y la vida ultraterrena

La idea de la inmortalidad

El juicio divino

El significado de la muerte

La salvación del alma

El “arte de morir”

II. La cosmovisión cristiana

Orígenes de la concepción cristiana sobre el más allá

La geografía del más allá

Vínculos entre los niveles cósmicos

Presencia de seres ultraterrestres en la tierra

Viajes místicos al más allá

III. El cielo

Atributos del cielo

El cielo empíreo teocéntrico

El paraíso celestial

La Jerusalén celestial

Los habitantes del cielo

Visión beatífica y festejos celestiales

Los placeres sensoriales

IV. El infierno

Origen y atributos del infierno

Concepción y representación del infierno

Habitantes del infierno

Las penas del infierno

El sufrimiento de los condenados

Sectores de infierno: los limbos y purgatorio

V. El purgatorio

Creencia en el purgatorio

Origen infernal del purgatorio

El purgatorio como antesala del cielo

Ánimas del purgatorio

Penas del purgatorio

Intercesores y sufragios a favor de la liberación de las ánimas

Apariciones de ánimas en busca de auxilio

Liberación de las ánimas e ingreso al cielo

Comunicación de las penas

Epílogo

Bibliografía

Índice de ilustraciones

REVISTAS

■ HISTORIA MEXICANA, vol. LXI, núm. 4, abril-junio de 2012

Gisela Von Wobeser, “Certezas, incertidumbres y expectativas en torno a la salvación del alma. Creencias escatológicas en Nueva España, siglos XVI-XVIII”. Silke Hensel, “La coronación de Agustín I. Un ritual ambiguo en la transición mexicana del antiguo régimen a la Independencia”.

Graciela Márquez Colín, “El Tratado de Reciprocidad de 1883: ¿una oportunidad perdida?”.

Gabriel Rosenzweig, “Los diplomáticos mexicanos durante la Revolución: entre el desempleo y el exilio”.

Réplica

Guillermo Aullet Bribiesca, “Trascendencia del pensamiento y la obra de Alfonso L. Herrera”.

René Villaboy Zaldívar, “La suerte de México nos ataño: ecos de la Revolu-

ción mexicana en la historiografía de Cuba: una reseña de autores, obras y problemáticas”.

Crítica de libro

Mariano Ardash Bonialian, sobre Iván Escamilla González, *Los intereses malentendidos. El Consulado de Comerciantes de México y la monarquía española, 1700-1739*.

Reseñas

Thomas Calvo, sobre Felipe Castro Gutiérrez (coord.), *Los indios y las ciudades de Nueva España*.

Giovanni Casetta, sobre Marcello Carmagnani, *Le isole del lusso. Prodotti esotici, nuovi consumi e cultura economica europea, 1650-1800*.

Enriqueta Quiroz, sobre Álvaro Jara, *El imperio español en América (1700-1820): una historia económica*.

Natalia Silva, sobre Gabriel Torres Puga, *Opinión pública y censura en Nueva España. Indicios de un silencio imposible. 1767-1794*.

Erika Pani y Carlos Rubén Ruiz Medrano (coords.), sobre Brian Connaughton, *Dios, religión y patria. Intereses, luchas e ideales socio-religiosos en México, siglos XVIII y XIX*.

Josefina Zoraida Vázquez, sobre James E. Crisp, *Confrontando El Álamo, la última lucha de Davy Crockett y otros mitos de la revolución de Texas*.

José Antonio Maya González, sobre Cristina Rivera-Garza, *La Castañeda. Narrativas dolientes desde el Manicomio General*.

Manuel Peña Díaz, sobre Pablo Escalante Gonzalbo, Pilar Gonzalbo Aizpuru, Anne Staples, Enegracia Loyo Bravo, Cecilia Greaves Lainé y Verónica Zárate Toscazo, *Historia mínima. La vida cotidiana en México*.

■ HISTORIA MEXICANA, vol. LXII, núm. 1, julio-septiembre de 2012

Rafael Rojas, “Mora en París (1834-1850) un liberal en el exilio. Un diplomático ante la guerra”.

Raquel Padilla Ramos y Zulema Trejo Contreras, "Guerra secular del Yaqui y significaciones imaginarios sociales". Guillermo Palacios, "Los *bostonians*, Yucatán y los primeros rumbos de la arqueología americanista estadounidense, 1875-1894".

María Dolores Lorenzo, "Los indigentes ante la asistencia pública. Una estrategia para sobrevivir en la ciudad de México, 1877-1905".

Ma. Eugenia Charol, "La higiene escolar en la ciudad de México en los inicios del siglo xx".

Sergio Moreno Juárez, "La infancia mexicana en los dos centenarios de la Independencia nacional (ciudad de México, 1910 y 1921)".

Luis Aboites Aguilar, "En busca del maíz duranguense. Tensiones entre mercado libre y regulación gubernamental en tiempos de guerra, 1943-1944".

Noticias

Gisela Mateos, Adriana Minory y Valeria Sánchez Michel, "Una modernidad anunciada: historia del Van de Graff de Ciudad Universitaria".

Crítica de libro

Rosalía Piazza, sobre David Tavárez, *The Invisible War. Indigenous Devotions, Discipline, and Dissent in Colonial Mexico*.

Reseñas

José Luis de Rojas, sobre William F. Connell, *After Moctezuma. Indigenous Politics and Self-Government in Mexico City. 1524-1730*.

Ethelia Ruiz Medrano, sobre Guy Stresser-Péan, *El sol-dios y Cristo. La cristianización de los indios de México vista desde la Sierra de Puebla*.

Gabriela Solís Robleda, sobre Matthew Restall, *The Black Middle. Africans, Mayas, and Spaniards in Colonial Yucatan*.

Carmen Yuste, sobre Iván Escamilla González, *Los intereses malentendidos. El Consulado de Comerciantes de México y la monarquía española, 1700-1739*.

Dorothy Tanck de Estrada, sobre Matthew D. O'Hara, *A Flock Divided*.

Race, Religion, and Politics in Mexico, 1749-1857.

Josefina Zoraida Vázquez, sobre Alicia Tecuanhuey, *La formación del consenso por la independencia. Lógica de la ruptura del Juramento. Puebla, 1810-1821*.

Rogelio Jiménez Marce, sobre Lilia Vieyra Sánchez, *La voz de México (1870-1875). La prensa católica y la reorganización conservadora*.

Luis Felipe Barrón, sobre Manuel Plana, *Venustiano Carranza (1911-1914). El ascenso del dirigente político y el proceso revolucionario en Coahuila*.

Engracia Loyo, sobre Renato González Mello y Deborah Dorotinsky Alperstein (coords.), *Encauzar la mirada. Arquitectura, pedagogía e imágenes en México, 1920-1950*.

Lourdes Díaz, sobre Johanna Lozoya, *Las manos indígenas de la raza española. El mestizaje como argumento arquitectónico*.

■ HISTORIA MEXICANA, vol. LXII, núm. 2, octubre-diciembre de 2012

Carolina Cunill, "Los defensores de indios de la alcaldía mayor de Tabasco (siglo XVI)".

Manuel Miño Grijalva, "La crisis demográfica de 1779 en la ciudad de México".

Erika Pani, "Ciudadanos precarios. Naturalización y extranjería en el México decimonónico".

Marcos Palacios, "Caballero sin reposo: Jorge Isaacs en el siglo XIX colombiano".

Rafael Rojas, "Viaje de un panfleto. Lorenzo Ignazio Thjulen y la lengua de la revolución".

Ariela Katz Gugenheim, "El Comité Mexicano contra el Racismo y lo que nos revela acerca de las relaciones entre los judíos de México y de Estados Unidos".

Reseñas

José Refugio de la Torre Curiel, sobre Salvador Álvarez, *El indio y la sociedad colonial norteña. Siglos XVI-XVIII*.

Carolina Cunill, sobre Jean-Pierre Berthe y Pierre Ragon (eds.), *Penser l'Amé-*

rique au temps de la domination espagnole. Espace, temps et société, XVI-XVIII siècles. Hommages à Carmen Val Julián.

David Carvajal, sobre Thomas Calvo y Martín Escobedo (coords.), *Sierra de Pinos en sus horizontes. Historia, espacio y sociedad (siglos XVI-XX)*.

Bernarda Urrejola, sobre Mónica Díaz, *Indigenous Writings from the Convent: Negotiating Ethnic Autonomy in Colonial Mexico*.

Carolina González, sobre Mariana Pinho Candido, *Fronteras de esclavización. Esclavitud, comercio e identidad en Benguela, 1780-1850*.

Gilberto López Castillo y César Morado Macías, sobre José Javier Ruiz (coord.), *Las milicias del rey de España. Sociedad, política e identidad en las monarquías ibéricas*.

Victoria Crespo, sobre Alberto Ramos Santana, *La Constitución de Cádiz y su huella en América*.

Valeria Sánchez Michel, sobre Renato González Mello y Deborah Dorotinsky Alperstein (coords.), *Encauzar la mirada. Arquitectura, pedagogía e imágenes en México, 1920-1950*.

Jaime Hernández Colorado, sobre James W. Wilkie y Edna Monzón Wilkie, *Daniel Cosío Villegas: un protagonista de la etapa constructiva de la Revolución mexicana*.

Marta Nogueroles Jové, sobre Antolín Sánchez Cuervo y Fernando Hermida de Blas y Blas, *Pensamiento exiliado español. El legado filosófico del 39 y su dimensión iberoamericana*.

Marco Antonio Landavazo, sobre Agustín Sánchez Andrés y Juan Carlos Pereira Castañares (coords.), *España y México. Doscientos años de relaciones, 1810-2010*.

Guillermo Zermeño, sobre Amauri A. García Rodríguez, *El control de la estampa erótica japonesa*.

■ HISTÓRICAS, núm. 92, septiembre-diciembre de 2011 (Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas)

Proyectos de investigación

Alicia María Juárez Becerril, "Los animales del temporal: un acercamiento al estudio de los animales en la cosmovisión indígena a partir de las fuentes mexicas".

Vida académica

Rosalba Cruz Soto, "En la carrera editorial: Ramón Luna Soto".

■ SECUENCIA, núm. 82, enero-abril de 2012

Luis Tognetti, "La disputa por el dominio del suelo en la región pampeana cordobesa, Argentina segunda mitad del siglo XIX".

Laura Cucchi y María José Navajas, "Un actor 'incómodo': prensa política en Córdoba y Tucumán a fines de la década de 1870. Discursos, prácticas y representaciones".

Luis Roberto Canto Valdés, "La muerte voluntaria en Yucatán durante el Porfiriato".

Mauricio Cantú Caamal y Juan Manuel Pat Fernández, "La reforma agraria en Campeche, ¿permanencia de una cultura indígena?".

Leandro Losada, "El mercado matrimonial de las familias tradicionales argentinas, 1900-1940. Algunas dimensiones y tendencias".

Elisabeth Cunin y Odile Hoffmann, "De la dominación colonial a la fabricación de la nación. Las categorías étnico-raciales en los censos e informes y sus usos políticos en Belice, siglos XIX-XX".

Raúl Romero Ruiz, "El uso de la imagen como fuente primaria en la investigación social. Experiencia metodológica de una etnografía visual en el caso de estudio: territorialidades de la vida cotidiana en la plancha del Zócalo de la ciudad de México".

Reseñas

Fernando Saúl Alanís, sobre Gisela von Wobeser, *Historia de México*.

Laura Suárez de la Torre, sobre Olivia Moreno Gamboa, *Una cultura en movimiento. La prensa musical de la ciudad de México (1860-1919)*.

Emiliano Gastón Sánchez, sobre Maximiliano Fuentes Codera, *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*.

María Paula, sobre Flavia Fiorucci, *Intelectuales y peronismo*.

Mónica Toussaint Luciani, sobre Katya Somohano y Pablo Yankelevich (coords.), *El refugio en México. Entre la historia y los desafíos contemporáneos*.

Rogelio Jiménez Marce, sobre François Hartog, *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*.

PÁGINAS DE INTERNET

<http://www.historicas.unam.mx/moderna/>

Edición electrónica de *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea* Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM

Contenidos

Presentación

Índice General

(Números de la revista del 1 al 30)

Artículos de los últimos cinco números
355. "Más allá de la negligencia racional. La Asamblea de Tacubaya, 1826-1828", Germán A. de la Reza.

356. "Las reliquias y sus héroes", María del Carmen Vázquez Mantecón.

357. "Francia y el anticlericalismo militante en la prensa", Nora Pérez-Rayón.

358. "Sir Weetman Pearson y el desarrollo nacional en México, 1889-1919", Paul Garner. 359. "La república castrense de Victoriano Huerta", Mario Ramírez Rancaño.

346. "José María Blanco White y la 'cuestión americana'. *El Semanario Patriótico* (1809) y *El Español* (1810-1814)", María Eugenia Claps Arenas.

347. "Expansión del comercio mundial y estrategias de fomento al comercio durante el gobierno de Manuel González, 1880-1884", Silvestre Villegas Reueltas.

348. "Un escribano sensible", Hildebrando Jaimes Acuña.

349. "Regreso a casa. La repatriación de mexicanos en Estados Unidos durante la Gran Depresión. El caso de San Luis Potosí, 1929-1934", Fernando Saúl Alanís Enciso.

330. "Orígenes e instalación del sistema de jefaturas políticas en México, 1786-1824", Francisco Javier Delgado Aguilar.

331. "La guardia de la emperatriz Carlota: su trágica aventura en México, 1864-1867", Laura O'Dogherty Madrazo.

332. "Los gobiernos de la Revolución y la problemática municipal en el Distrito Federal, 1912-1917", Sergio Miranda Pacheco.

333. "Apuntes para una historia de los testigos de Jehová en México: los orígenes, las primeras disidencias y la consolidación de su movimiento, 1919-1944", Harim B. Gutiérrez.

334. "Benjamín Argumedo y los colorados de La Laguna", Pedro Salmerón Sanginés.

321. "La fiesta de la conquista de la ciudad de México durante la guerra de Independencia", María José Garrido Asperó.

322. "Viajando como prisionero de guerra. Ernest Vigneaux y su travesía por el México de Santa Anna", Ana Rosa Suárez Argüello.

323. "Una renovada misión: las organizaciones católicas de trabajadores entre 1906 y 1911", Felipe Arturo Ávila Espinosa.

324. "Recuento bibliográfico del estado de Morelos, 1969-2000", María Eugenia Arias Gómez.

311. "Actores indios y Estado nacional: las rebeliones indígenas en el sur de México, 1842-1846", Jesús Hernández Jaimes.

312. "Niños y jóvenes aprendices. Representaciones en la literatura mexicana del siglo XIX", Susana Sosenski.

313. "Las razones de la democracia: el discurso liberal de Francisco I. Madero y la dictadura de Porfirio Díaz", Ignacio del Río.

314. “El general Amado Aguirre y Santiago y Quintana Roo”, Manuel Ferrer Muñoz.

315. “El mito de la riqueza de México. Variaciones sobre un tema de Cosío Villegas”, Pedro Salmerón Sanginés.

Índice de autores

Búsqueda

Ayuda

Mapa del sitio

Créditos

<http://www.revistadelauniversidad.unam.mx>

Versión electrónica de la revista de la Universidad de México

Contenido

Enero

“Un Ángel de visita”, Joaquín Armando Chacón. “César Vallejo y César Moro bajo la lluvia parisina”, Philippe Ollé Lapruné. “Nutrición, obesidad y envejecimiento, la ciencia y los alimentos”, Octavio Paredes López. “Friederich Katz: encomio de la amistad”, Enrique Semo. “Marguerite Yourcenar traduce a Palladas”, Adolfo Castañón. “Reportaje gráfico”, Javier Hinojosa.

Febrero

“Vargas Llosa y la cultura”, Sara Seifchovich. “Héctor Mendoza Centro del CUT”, Antonio Crestani. “La inocencia de los objetos”, Geney Beltrán Félix. “Lo que el ángel miraba”, Bolívar Echeverría, “Violencia y utopía”, Adolfo Gilly.

Marzo

“Infierno grande”, Hernán Lara Zavala. “No sé qué hago aquí”, Ana García Bergua. “Carlos Fuentes, los tiempos de México”, Georgina García Gutiérrez. “Gibran Kahlil Gibran. El soñador de almas”, Carlos Martínez Assad. “La lealtad y el sacrificio”, José Woldenberg.

Abril

“Ernest Hemingway. Escribir y vivir”, Beatriz Espejo. “Cartas de una amistad letrada, Álvaro Matute. “La escritura de la memoria y del olvido”, Anamari Gomís. “Entrevista a José Iturrriaga, sobreviviente de los tiempos”, Guadalupe Alonso.

Mayo

“Educación superior, ciencia y tecnología en México. Tendencia, retos, perspectiva”, Enrique del Val. “Friederich Katz: esclarecedor de mitos, Eugenia Meyer”.

Junio

“Gonzalo Rojas: consagración del instante”, Hernán Lavín Cerda. “Lázaro Blanco. Fragmentos del tiempo y del espacio”, José Luis Paredes Pacho. “Casa del Lago. El silencio del poeta. Antología poética de Javier Sicilia”, Nota y selección: Myrna Ortega. “Caja de música”, Silvia Molina.

Julio

“Entrevista a Leonora Carrington”, Beatriz Espejo. “Dostoievski: el aprendizaje del éxtasis”, Juan Villoro. “Jorge Semprún (1923-2011) Pasajero de la modernidad”, Francisco Prieto.

Agosto

“Hacia una propuesta integral de seguridad y justicia”, José Narro Robles. “Octavio Paz: la India como un palimpsesto”, Eunice Hernández. “Sergio Pitol en China. Un viajero y su fuga”, Pilar Jiménez.

Septiembre

“Violencia e historia en el siglo XXI”, Francisco Prieto. “Joaquín Pardavé: sus rostros de inmigrante”, Carlos Martínez Assad. “Mérida íntima”, Francisco José Paoli Bolio.

Octubre

“Rothko en fragmentos”, Lorena Maza. “200 años de otro Liszt, Rainer Matos. ‘Midnight in Paris’”, Mauricio Molina. “Gilberto Aceves Navarro. El devenir del Yo”, Pilar Jiménez Trejo.

Noviembre

“Tomás Segovia: el arte de pensar”, Daniel González Dueñas. “Manuel Rodríguez Lozano y María Antonieta Rivas Mercado ¿Qué se ama cuando se ama?”, Fabienne Bradu. “Torres Bodet: carácter y trayectoria”, José Woldenberg. “Poetas españoles: amor y dolor”, Emmanuel Carballo.

<http://www.esteticas.unam.mx/>

Página del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM

Contenido

Publicaciones electrónicas: Anales, Catálogo 2011, Encrucijada, Folium, Imágenes, Pintura prehispánica, RED Arte y género.

Investigación: Proyectos individuales, Proyectos colectivos, Investigadores, Seminarios, Financiamientos.

Áreas de apoyo: Biblioteca Justino Fernández: Catálogos: Audio, Bexart, DVD, Libros, Revistas, CD ROMS, Microfichas.

Departamento de publicaciones

Departamento de investigación documental: Catálogo de documentos de arte. Catálogos de Documentos de Arte 23: Archivo General de la Nación, México Real Casa de Moneda y Apartado, Segunda parte, Delia Pezzat Arzave. Catálogos de Documentos de Arte 24: Colección Manuel Toussaint, Segunda parte, Mina Ramírez Montes. Catálogos de Documentos de Arte 25: Noticias y opiniones sobre música y artes plásticas en el periódico *Excelsior* durante 1917, Margarito Sandoval Pérez. Catálogos de Documentos de Arte 26: Archivo Erasto Cortés Juárez, Julieta Ortiz Gaitán. Catálogos de Documentos de Arte 27: Noticias y opiniones sobre música y artes plásticas en el periódico *Excelsior* durante 1918, Margarito Sandoval Pérez. Catálogos de Documentos de Arte 28: Archivo General de la Nación, México, Ramos: policía, ayuntamientos, caminos y calzadas, Delia Pezzat Arzave. Catálogos de Documentos de Arte 29: Archivo General de Notarías de la ciudad de México, Protocolos III, Edén Mario Zárate Sánchez. Catálogos de Documentos de Arte 30: Archivo de Notarías de la ciudad de México, Protocolos IV, Raquel Pineda Mendoza y Edén Mario Zárate Sánchez. Catálogos de Documentos de Arte 31: Archivo General de la Nación, Temporalidades, Delia Pezzat Arzave. Catálogos de Documentos

de Arte 32: Noticias y opiniones sobre música, cine, teatro y artes plásticas en el periódico *Excelsior* durante 1919-1923, Margarito Sandoval Pérez. Catálogos de Documentos de Arte 33: Noticias y opiniones sobre música, cine, teatro y artes plásticas en el periódico *Excelsior* durante 1924, Margarito Sandoval Pérez.

Archivo fotográfico Manuel Toussaint
 Archivo histórico
 Laboratorio de hipermedios
 Laboratorio de diagnóstico de obras de arte
 Departamento de informática
 Comunicación y promoción
 Intercambio académico
 Educación: Posgrado, diplomado, Cursos, Los Mirones: Bibliohemerografía investigadores IIEs, Fondo histórico, Directorio, Contacto.
 Actividades
 Biblioteca
 Publicaciones

<http://www.analesiiie.unam.mx/>
 Versión electrónica de los *Anales* del Instituto de Investigaciones Estéticas Volumen XXXII, número 97, otoño de 2010

Artículos:

Mina Ramírez Montes, “José Mariano Oriñuela y su proyecto para el establecimiento de una Academia de Matemáticas en Querétaro”.

María Cristina Montoya Rivero, “Juan Caballero y Ocio, patrono y benefactor de obras religiosas”.

Mónica Silva Contreras, “Los catálogos de piezas constructivas y ornamentales en arquitectura: artefactos modernos del siglo XIX y patrimonio del siglo XXI”.

Carmen Sotos Serrano, “La vocación americanista de Diego Angulo y Enrique Marco”.

Obras, documentos, noticias:

Edén Mario Zárate Sánchez, “Andrés de Concha y la capilla de San Gregorio Taumaturgo”.

Sabrina Baños Poo, “Archivo de Arquitectura Mexicana del Instituto de Investigaciones Estéticas”.

Linda Báez Rubí, “Reflexiones en torno a las teorías de la imagen en Alemania: la contribución de Klaus Sachs-Hombach”.

Walter Moser, “Eulogy for Bolívar Echeverría”.

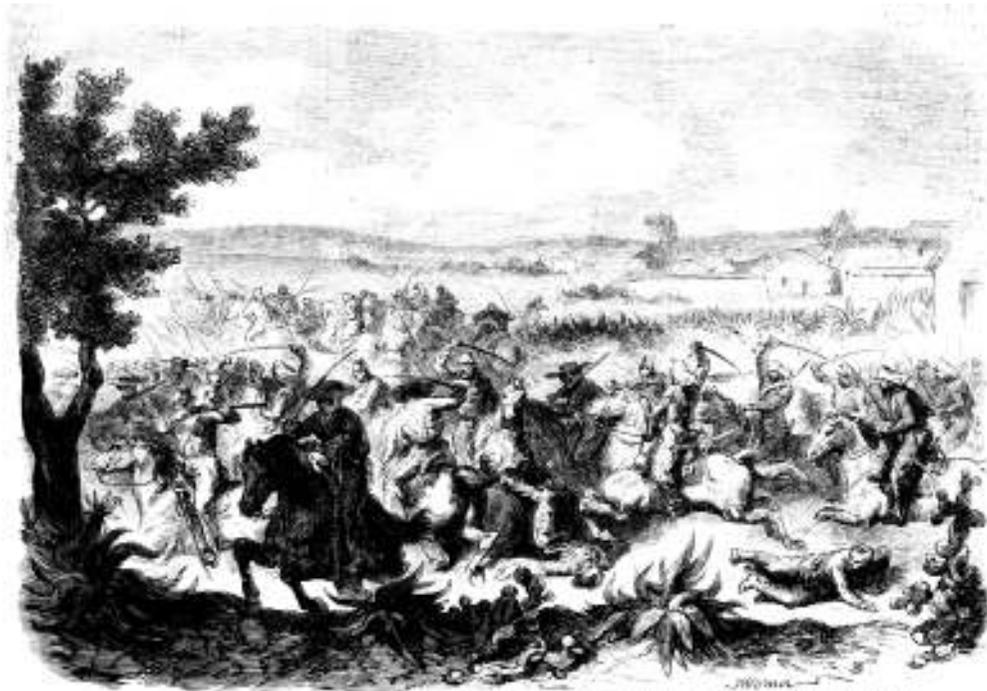
Reseñas:

Faking Ancient Mesoamerica de Nancy L. Kelker y Karen O. Bruhns, Walnut Creek, Left Coast Press, 2010, por Ann Cyphers.

Entwerfen und Entwurf. Praxis und Theorie des künstlerischen Schaffensprozesses, de Gundel Mattenklott y Friedrich Weltzien (eds.) 2010, por Peter Krieger.

Suburbanismo y el arte de la memoria 2010, por Leticia Sánchez Vieyra.

Cinematic Urbanism: A History of the Modern form Reel to Real, por Fabiola Hernández Flores.



LA BATALLA DE MEXICO. — CORTESADO DE LOS INDIOS DE LOS CAMPOS DE MEXICO EN LA BATALLA DE MEXICO. — MEXICO. — 1847.

ABSTRACTS

✍ **Rodrigo Martínez Baracs**
El largo descubrimiento del
Opera medicinalia de Francisco
Bravo

Opera medicinalia, a book written by Dr. Francisco Bravo (?–1599?), who was born in Seville and graduated from the University of Osuna, was first published in Mexico City in 1570 by Pedro Ocharte. It is the oldest medical book published in Mexico and the Americas. It is a book with a history full of enigmas, some already resolved and others still remaining to be explored.

✍ **Jean Meyer**
Dos siglos, dos naciones, México y
Francia, 1810-2010

Fortunately not everything depends on governments in the reciprocal attraction between the two nations, Mexico and France. Its two populations withstand all disagreements, misunderstandings, and disappointments that are inevitable when it comes to politics. It is possible to celebrate the very real friendship between France

and Mexico and to cheer the apparently perennial cultural relationships, which would mean overlooking that fact that the globalization of culture is not favorable to maintaining the notion of “French cultural exception.”

✍ **Delia Salazar**
Los extranjeros en México.
Reflexiones sobre una presencia
diversa, de cifras difusas y
cualidades evidentes

National statistics, as any other public or private record, that give an idea of foreign immigrants and their descendants in Mexico almost always offer vague numbers, which require careful scrutiny for the data to be used as reliable indicators of demographic behavior that is difficult to measure. This essay generally analyzes the possibilities and limitations of some countable sources, since the late 19th century to the present, for studying the phenomenon. The general census results from 1895 to 2000, as well as different social and demographic indicators in the national census related to the foreign

population residing in Mexico are evaluated. Research also takes into account periodicals dealing with long-term migratory movement and other public and private records, which although they were not compiled for statistical purposes have been used by experts in the analysis of specific foreign groups in specific periods.

✍ **Paulo César León Palacios**
El espectacular lanzamiento de la
guerrilla urbana en Colombia, el
M-19 en 1974

The article analyzes the spectacular launching in 1974 of the April 19th Movement (M-19), the main urban guerrilla group in Colombia's history, and its impressive results in the mass media. The author reviews the background of the action through the group's internal documents, as well as its ideological and political strategy. The core of the article is a deconstruction of how the most powerful Colombian newspapers observed the surprising issue, in order to confirm the major success of the group's launch.

Articles appearing in this journal are abstracted and indexed in *Historical Abstracts and America: History and Life*.

Instrucciones para los colaboradores

Historias solicita a sus colaboradores que los artículos, traducciones, reseñas, bibliografías comentadas y documentos inéditos sean remitidos siguiendo en lo posible las siguientes indicaciones:

1. Los autores enviarán original, copia y disquete al director o los editores de la revista, a la Dirección de Estudios Históricos (INAH).
2. En la primera página de la colaboración deberá incluirse el título, el nombre del autor y la institución a la que está adscrito.
3. En el caso de las reseñas y las traducciones, además de los datos solicitados en el punto anterior se incluirá la nota bibliográfica completa de la obra reseñada o traducida.
4. En el disquete se anotará claramente el nombre del autor, el título de la colaboración y el programa utilizado (Word, Word Perfect y Word for Windows).
5. Se incluirá una hoja indicando el nombre del autor, la institución a la que está adscrito y sus números de teléfono y fax (especificando los horarios en que se le puede localizar) y correo electrónico.
6. Todas las colaboraciones se acompañarán de un resumen, de ocho líneas como máximo, en español y en inglés.
7. Los trabajos deberán ser inéditos sobre historia mexicana y, excepcionalmente, americana o española.
8. Los artículos tendrán una extensión mínima de 20 cuartillas y máxima de 40.
9. Las reseñas, una extensión de entre cuatro y ocho cuartillas.
10. La bibliografía comentada (Andamio) no excederá de 40 cuartillas.
11. El documento inédito (Cartones y cosas vistas) no excederá las 40 cuartillas y tendrá que contar con una pequeña presentación no mayor de dos cuartillas.
12. Todas las colaboraciones estarán escritas a doble espacio.
13. Los cuadros, figuras, gráficas y fotografías se entregarán impresas por separado (si es fotocopia, que sea de buena calidad). En el texto sólo se indicará el lugar donde deben ir; en el disquete deberán estar incluidas.
14. Los artículos no deben presentar bibliografía al final, por lo que la primera vez que se cite una obra la referencia o nota bibliográfica deberá presentarse completa. En el caso de los libros, deberá citarse el nombre del autor (nombre de pila y apellido o apellidos), el título de la obra en cursivas, lugar de edición, editorial, año de publicación y página o páginas (p. o pp.). En el caso de un artículo publicado en un libro, deberá citarse igualmente el nombre del autor, el título del artículo entre comillas, el título del libro en cursivas anteponiendo “en”, el número en caso de que sea revista, el lugar, el año y la página o páginas. En citas subsiguientes se usará *op. cit.*, *ibidem* o *idem*, según corresponda.
15. Cuando se utilicen siglas, en la primera ocasión deberá escribirse su significado; en las posteriores, sólo las siglas.
16. Todas las colaboraciones se someterán al dictamen de dos especialistas, asegurándose el anonimato de los autores.
17. Después de haber recibido los dictámenes, los editores determinarán sobre la publicación del texto y notificarán de inmediato la decisión al autor.
18. Los editores de *Historias* revisarán el estilo y sugerirán los cambios que consideren pertinentes, en tanto no se altere el sentido original del texto.
19. En ningún caso se devolverán originales.
20. Cada autor recibirá cinco ejemplares del número en que aparezca su colaboración.

Las colaboraciones deberán enviarse a:

Historias, Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH)

Apartado postal 5-119, CP 06150, México, D.F.

Tel.: 50 61 93 00

Correo electrónico: estagle@yahoo.com

www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/